El pensamiento de los

sueños

PEDRO QUINTANA MORENO

Pedro Quintana Moreno

El pensamiento de los sueños

©Pedro Quintana Moreno - 2017 buenavera@outlook.com Revisión: Invierno 2018

R. Propiedad intelectual: TF-412-16

Portada: canva.com

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización por escrito del autor.

Mi agradecimiento a Daniel A. Franco y Fernando Hidalgo Cutillas por su inestimable colaboración

ÍNDICE

- 01. El pensamiento de los sueños
- 02. Un deseo inconfesable
- 03. El ángel del agua
- 04. Hasta que muera el otoño
- 05. La bruja de las flores
- 06. Sin tiempo para volver
- 07. Una repentina brisa
- 08. Alberto
- 09. Danel
- 10. La comedia
- 11. La nada y el caos
- 12. Singularidades
- 13. La Maresía
- 14. Un deseo inconfesable II
- 15. La casa azul: acto I
- 16. Templos

- 17. La cajita de alabastro
- 18. El jardín del primer beso
- 19. Designios
- 20. La casa Azul: acto II
- 21. Los demonios de dios
- 22. El ayer siempre muere con la noche
- 23. Lo que no oculta una mentira
- 24. El Diácono
- 25. Los días que se ocultan de la luz
- 26. El sabor del alma
- 27. El cuerpo de la vida
- 28. Un mundo perfecto
- 29. El Cerro de los Cipreses
- 30. Una cama sin deshacer
- 31. La casa azul: acto III
- 32. El llanto oscuro
- 33. Un mal parto de la noche
- 34. En el corazón de una esfera de ámbar

- 35. La flor de los nueve pétalos de fuego
- 36. El sentido de las cosas
- 37. El rastro que deja la luz
- 38. Lo que se ve cuando se mira
- 39. El sendero del último aliento
- 40. Del miedo que a la vida le tienen los muertos
- 41. Fotos sobre un daguerrotipo
- 42. El pensamiento de los sueños. Epílogo

01. El pensamiento de los sueños

¿Te acuerdas de los primeros días?... Sí, tienes que recordarlos, fueron tan felices que los creímos eternos, jy cuán lejos se los llevaron los años! Aún creo ver las casas del pueblo trepar la montaña entre las brumas de la mañana... ¡nos gustaba imaginar que no pararían hasta alcanzar el cielo!, y sus fachadas tapizadas de musgo o sus calles de peldaños esculpidos en la roca. Aquel lugar incubó en nuestros corazones la magia de los cuentos de hadas: simples chimeneas se transformaron en atalayas que oteaban sobre un piélago de nubes, en bastiones en que, cautivas de la fantasía, aguardábamos la llegada de un príncipe azul.

Una vez me preguntaste de qué estaban hechos los sueños, ufana respondí que de esperanzas, pero tú insistías en que eran de algodón, como las nubes. Un algodón suave y mullido en el que se guardan las cosas extraordinarias, las más brillantes, las que engalanan los deseos... y que por eso, decías, los sueños pasan de largo en el firmamento de la noche. Tenías razón, el de la juventud pasó

sin apenas darnos cuenta. Ahora sabemos que las nubes son agua que arrastra el viento.

Mucho ha llovido desde entonces y aún hoy nos resistimos a abrir los ojos en vano empeño por no despertar. Porque ya no encontraremos las atalayas en su blanco mar ni los baluartes en los que el tiempo marchitó la inocencia, solo chimeneas ennegrecidas por el humo de la vida al arder, y la consciencia diluyéndose en el aire que respira, ¿dónde, si no, podría nacer un pensamiento?

Más tarde afirmaste que esa caótica atmósfera no era fruto del azar, según tú era imposible, pues la realidad no se limita a un laberinto en el que las historias se entrecruzan hasta terminar de golpe. Sospechabas la existencia de sutiles tramas que hilan coincidencias que van más allá de los años y lo verosímil. No te presté atención. Me costaba admitir que junto a nosotras deambularan muertos que le temen a la vida, que el viento acarreara un llanto oscuro o que el día llegara a ser el parto de una mala noche.

Y aquí seguimos, al albur de que la tarde dé paso al crepúsculo: tú, en mi memoria; yo, perdida en la textura de los sueños.

02. Un deseo inconfesable

Según cuenta el fabulario popular, sus diseñadores la construyeron sobre la boca de una caverna consagrada a idolatrar ominosas deidades, sin embargo, su aspecto recio y señorial no dista del que distingue a las muchas casonas de la región. El nombre, «La casa de los deseos concedidos», tampoco encaja en la imagen que la superstición dibujara en la memoria colectiva. Sea como fuere, cuando el joven Graciano franquea la verja de acceso, un escalofrío se une al misterio que divulgan los rumores. Su anfitrión, Vitaliy Gólubev, desbloquea el portón con una pesada llave y lo insta a pasar.

Descendiente de un antiguo linaje moldavo, el hijo mayor del vizconde Svyatoslav Gólubev heredó el inmueble tras el fallecimiento de un tío abuelo con el que compartía largas temporadas. Reconocido hedonista y excelso amante del buen vino, es el único de su extensa familia que en la región se prodiga por tabernas y salones de mancebía. En una de las numerosas noches bendecidas por el sagrado jugo de la uva,

quiso el destino, o el capricho de fuerzas imposibles de evaluar, que Graciano y Vitaliy iniciaran la amistad que determinaría la vida del primero.

El invitado no puede reprimir una exclamación de asombro al cruzar el umbral. A veinticinco pasos, frente a él y de espaldas a la pared enmoquetada de rojo intenso, un ángel de mármol oscuro blande espada que apunta a tierra; a uno y otro lado de la escultura, unas escalinatas suben, rodeándola, hasta confluir en el rellano donde una lámpara ilumina el óleo de hombres postrados con devoción; luego, dos nuevos tramos se despliegan para concluir, en semicírculo, el recorrido al piso superior. El balaustre, integrado por piezas metálicas que parecen de oro, sostiene un pasamano de nogal negro.

Vitaliy sonríe al ver la expresión de su amigo.

—El vestíbulo o recibidor es lo más reseñable, casi ocupa un tercio de la planta. Los pasillos a tu izquierda y derecha son los del ala este y oeste —le informa, señalando sus pilares de roca en forma de columna. Un grueso dintel, también de piedra, salva el vacío entre ellos con la cabeza de un león esculpida

en el centro—. Pero ven —añade, y tira con suavidad de su brazo hacia el ala oeste—, sígueme a la biblioteca, te encantará.

La estancia, animada por ventanales que casi tocan el techo, está repleta de anaqueles y repisas en las que resulta inviable hacerle hueco a un nuevo libro. Apliques dispuestos con habilidad se encargan de que la luz repose en la madera y en los tomos del vasto inventario con el mimo que requiere una confortable lectura. Un par de mesas rodeadas de voluminosos sillones completan el mobiliario.

—He aquí mi sacristía.

El moldavo se aproxima a uno de los muchos embellecedores que separan los estantes, acciona un mecanismo oculto y una sección de la librería se abre dejando al descubierto un túnel que desciende en acentuado desnivel. De setenta centímetros de ancho y un largo de al menos quince pasos, desemboca en una bodega excavada bajo los cimientos.

—¿No asegurabas que la escalera del ángel era lo más reseñable? —pregunta el huésped, al ver la variedad y cantidad de caldos.

—Son tres metros por cuatro, apuesto a que no encontrarás lugar con tantos tesoros en semejante espacio. Obsérvalas, todas las botellas tienen la misma inclinación: cinco grados, suficientes para que su precioso líquido bese el corcho. La humedad y la temperatura son rigurosamente estables aquí abajo, jamás se coge una si no es con la intención de verter su contenido. Esta es la que hoy quiero disfrutar contigo.

Vitaliy toma una con delicadeza y regresan a la biblioteca.

-Acomódate.

La apoya sobre la mesa y, sin apenas moverla, la destapa. Huele el corcho, desliza un paño limpio por la boca y sirve dos copas a un tercio de su capacidad.

—Este bendito néctar tiñó de rojo el mar Negro —dice, aireándolo con un leve movimiento de muñeca.

Graciano exterioriza un gesto de extrañeza sin apartar la vista del polvo que los años acumularon en el recipiente.

—Su historia es extraordinaria, a la par de la bodega de donde salió. Es un prodigio degustarlo.

Guarda silencio unos segundos, y

prosigue mascullando una palabra.

- -Massandra.
- —¿Massandra?
- —Massandra —repite, con los ojos extraviados en la memoria—. Ese es el nombre de la bodega.

Pasea el vino por el fondo de la copa, como si intentara acariciarlo con el brillo del cristal, y luego lo acerca a la nariz. El aroma lo invade susurrándole al paladar. No se resiste a beberlo.

- —¡En verdad que es un milagro!
- —Sí, es increíble —admite Graciano, tras catarlo—. ¿Qué es eso de que tiñó de rojo el mar Negro?
- —Ocurrió en el cuarenta y uno, mientras el mundo se enzarzaba en un nuevo enfrentamiento bélico, sin embargo, la historia de Massandra comenzó con un decreto del zar Nicolás II en mil ochocientos noventa y cuatro. Tres años después, muy cerca de Yalta, en Crimea, se terminaba la construcción de la bodega que habría de albergar una legendaria colección de vinos y elaborar caldos que le procurarían fama, además de prestigio. Durante la revolución rusa del diecisiete fueron sellados y camuflados todos sus túneles con la

esperanza de que pasaran desapercibidos a las tropas de Stalin. No valió de nada. Cómo serían las maravillas allí almacenadas, que decidieron incrementar su inventario con botellas provenientes de los palacios de los zares en Moscú y San Petersburgo. Pero fue en el transcurso de la ocupación alemana, en la Segunda Guerra Mundial, cuando sus tesoros, en vasijas numeradas, se trasladaron a tres emplazamientos secretos con objeto de que no cayeran en manos de los nazis. La producción de ese año, aún en los depósitos, se derramó en el mar Negro. Fue la única baja. Muchos perdieron sus vidas en el empeño, valían menos que aquellas joyas enológicas.

Da un apasionado sorbo y continúa:

—Lo que saboreas es parte de esa añada vertida en frías aguas. Mi familia logró salvarla de tan ingrato fin.

Mira a contraluz la copa y antes de apurarla, sentencia:

- -Es sangre lo que le da color.
- —Eres un cúmulo de sorpresas, Vitaliy. El relato acrecienta el inescrutable halo que envuelve a tu parentela; por no mencionar el magnífico «trastero» oculto detrás de la librería, sin duda darían pábulo a los secretos

que guarecen estos muros.

- —¿Tú no los tienes, Graciano? pregunta, al tiempo que vierte más del preciado líquido.
- —¿Yo? No, no... tal vez algún deseo inconfesable.
- —Recuerda que esta es la «mansión» en la que se conceden.
 - —¿Y quién se encarga de eso? ¿Tú?
- —Planteas una de sus cuantiosas incógnitas —responde, y libera su larga sonrisa—. ¡Vamos!, ¿qué te impide formularlo?
- —En realidad tengo dos, uno es pragmático y crece en la medida en que me relaciono contigo.
- —Aventúrate, si no escapa a mis atribuciones, dalo por hecho. Aunque también revelarás y harás por que se cumpla el otro.
- —De acuerdo. —Graciano se frena, como si *a posteriori* lo estuviera pensando, y al fin se decide—. Me gustaría viajar a tu país, además de recorrerlo, quisiera establecer vínculos comerciales. Llevo meses meditando la posibilidad de importar mercadería. ¿Qué te parece?
- —¡Es curioso! Hace días que sopesamos ofrecerte colaborar con nosotros,

necesitamos un emisario o correo de confianza, le vendría muy oportuno a tal propósito.

- -¿De veras?
- —Nunca hablo de otra forma, por lo tanto, ese no presenta dificultades. Ahora dime, ¿cuál es el inconfesable?
- —Semanas atrás le prometí a mi tía Elena, hermana menor de mi madre, que le resolvería un problema en su cobertizo. Nada significativo o complicado —asegura, mientras sacude la cabeza y acaba el contenido de la copa—, un cableado roído por alguna alimaña. El caso es que no le llegaba electricidad. Elena es persona entrañable, ejemplar. Enviudó al poco de casarse, cuando la Guerra Civil. Su marido fue de los que dejaron la vida en el frente y la mujer embarazada en retaguardia. No se le ha vuelto a conocer hombre... siempre trabajó duro para sacar a su hija adelante...
 - —No te hagas rogar, querido Ayensa.
- —Y tú no seas impaciente, que estoy en ello —replica Graciano y, tras suspirar profundamente, prosigue—. Aledaña al cobertizo, rodeada por el jardín, el recinto dispone de una piscina. Ese día, bien entrada la mañana y sin detenerme en la vivienda, me

fui resuelto a buscar el desperfecto. No tardé en dar con él. Una vez solucionado, me esmeré en limpiar y ordenar el lugar. Apenas iniciada la tarea algo me empujó a indagar en el exterior a través de la tronera. Alina, mi prima, salía de la casa cubierta con una toalla en dirección a la piscina. Se detuvo en el borde, rozó el agua con los dedos de los pies unos segundos, y dejó caer la prenda que la cubría.

Graciano se levanta, se aproxima al ventanal que tiene más cerca y mira a través de una rendija abierta en la cortina.

-Alina es una cría, aún ronda los catorce años, pero al verla desnuda... no sé, es difícil de explicar, quedé encandilado por la inesperada revelación de un tesoro consagrado al misterio. La virginidad de su piel trascendió hasta imponerse a la razón v enredarse en mis sentidos. Esa niña me despojó del alma encadenándola a la luz que envolvía su cuerpo. A pesar de la distancia, distinguí su olor entre el aroma de las flores y sus labios entre los pétalos de aquel jardín. Su inocencia me quemó con la llama de un fuego prohibido. Ella, en el borde de la piscina; vo, en el interior del cobertizo. Desde entonces solo contemplo lo que no se puede ver.

- -Formula, pues, tu deseo.
- —¡Hacerla carne de mi carne! exclama, mientras sus ojos se desbordan con el vívido brillo de lo evocado.

Vitaliy lo observa satisfecho.

—Qué mundanas y pegadas a tierra vuelan nuestras ansias, Graciano, siempre en pos de refinados y exquisitos placeres. Como este vino, único e irrepetible, así debe de ser Alina, esa muchacha que enciende tu mirada.

Sirve el contenido de la botella hasta agotarlo y, a continuación, propone:

- -Brindemos por ella.
- «Por Alina», claman los dos hombres al unísono.
- —¿Y si te aseguro que hoy la tendrás en los brazos abierta a tu capricho?
- —Creo que tu azaroso caldo estimula el sinsentido. ¿Cómo podría ser tal cosa? Graciano aprecia el convencimiento que arropa tan sorprendente insinuación, reparando en las ojeras que amurallan la mirada de Vitaliy, pertrechada con una lógica que comienza a inquietarle—. No sé si es la influencia de la casa o la del alcohol que bendice las copas, pero reconozco que me

produces cierto recelo.

—Hemos llegado a un punto en el que la amistad me obliga a rogarte que aceptes mis disculpas.

-¡No te entiendo!

Vitaliy cambia la complacencia que anima su semblante por una formalidad inusual en él.

—El vino compartido no es la razón de que estés aquí, sino el pretexto para la conversación que mantenemos sobre los deseos: los tuyos y los míos —puntualiza, señalándolo con el dedo índice y luego a sí, con el pulgar—. También tengo dos, como en tu caso, uno es un secreto inconfesable.

Graciano lo mira perplejo sin saber qué decir, por lo que deja al anfitrión que prosiga con su discurso.

—No es casualidad ese interés que sientes por iniciar vínculos comerciales con mi país, tampoco la necesidad de un emisario o correo en mi familia; he de reconocer que tus aspiraciones y las nuestras se complementan en deseos que se satisfacen mutuamente. Sin embargo, el que se cumplan los dos mencionados depende de que se haga realidad el de Alina, y éste, de que se materialice el que te voy a revelar.

03. El ángel del agua

El sol surge, inesperado, entre las grietas de las nubes. Languidecida, la tarde renace inflamando con oro las partículas de agua que la llovizna mantiene en el aire. Ingrávidas esferas jaspean con su brillo en un espacio en el que no cabe la luz. Parecen luciérnagas en mágica danza, repentinos fulgores de estrellas que parpadean en el cielo. La noche, esa dama que maquilla sus encantos en las sombras, titubea conmovida por el acoso de fortuitos celos.

La gente de la ciudad persevera en la premura ajena a los prodigios que la rodean. El aliento de vertiginosas máquinas se superpone al olor a tierra mojada que baja de la sierra, edificaciones cada vez más altas impiden que la vista se expanda más allá de sus ventanales, y el susurro del viento es incapaz de interrumpir los diálogos que proliferan por las calles.

La rutina carcelaria agota el día en el aula de rehabilitación laboral y en una exigua salida al patio, que los reclusos aprovechan para estirar las piernas. A continuación, culminada la cena, disponen de hora y media en una larga sala en la que uno de sus extremos se dedica a ver la televisión y el otro, a la lectura. Un posterior recuento y regresan a sus celdas donde se les aísla hasta el inicio de la siguiente jornada.

Levi observa a través de un ventanuco más allá del doble perímetro de seguridad. A pesar de los reflectores que hostigan los muros de la penitenciaria, distingue, en algún lugar del desdibujado confín de la noche, una breve exclamación luminosa que se esfuerza en captar su atención. Tan efímera es experiencia que pronto cree soñar despierto. Así es que deambula por un recinto desierto, sin presidiarios ni carceleros; sin puertas que abrir o cerrar, sin torres de vigilancia, sin murallas aue vencer. Una aigantesca residencia de estériles calabozos y de pasillos que conducen a ninguna parte. Pabellones de indiferentes paredes revestidas de ausencia y descomunales salones sin mobiliario propósito. Asustado, busca a aquellos con los que comparte condena, pero basta pronunciar sus nombres para que se borren de su memoria. Al fin se detiene al no encontrar razón ni camino por el que andar.

Se incorpora huyendo del sudoroso abrazo de la cama. Una interminable duermevela le ha saturado la cabeza de incoherentes imágenes que mezclan la lluvia con luciérnagas y estrellas. Se apresura a escudriñar por el pequeño tragaluz agarrándose a los barrotes que lo escudan, y le alivia hallar en su metálico tacto al impasible testigo de la realidad.

Su compañero de litera se sobresalta.

- —¿Qué te ocurre?
- —He creído ver...

Levi no concluye la frase, presencia un singular fenómeno en el exterior, convencido de que es lo mismo que vivió en sueños: una contenida explosión de colores que se resiste a desaparecer de sus retinas; el rojo crepitar que, al cerrar los ojos, persiste tras mirar un fuego cegador. Solo que acaba de levantarse y los tiene abiertos.

- —¿Qué? —insiste Diego.
- —¡Es increíble! Nos engañamos creyendo ver lo que no es más que el fruto de nuestra imaginación, y rechazamos lo evidente negando cuanto tenemos delante. Bendita la ignorancia del que no sabe y maldita la

estupidez de quien no desea saber.

- —¡Joder, tío!, no hay elemento que te entienda. Conociéndote, juraría que piensas en Marta.
 - -Sí, así es.
- —Entonces maldito ha de ser el conocimiento, que es lo que puede arrebatarte el amor y la felicidad.
- —¡Qué errado vas! No tanto como lo estuve yo. ¡El amor no te lo arrebata nada! A lo que lleva el conocimiento es a derribar espejismos y demoler el pedestal en que colocas a la mujer o al ser que amas. A descubrirte vulnerable, a perder el valor ante las olas de un mar embravecido... luego se hunde tu nave sin atisbar el puerto que soñaste al zarpar. El amor se convierte en enfermedad sin más cura que más amor, y sin otra posibilidad que la de volver a navegar.
- —¡No me digas que ahora pierdes la inocencia! —Se sorprende el de la litera.

Levi vuelve a sonreír y pregunta:

- —¿Has visto la estatua del ángel que hay en el parque del Agua?
- —No he reparado en ella, aunque sé que está allí.
 - -Solía pasar largas horas

contemplándola. Me encanta el sonido de la fuente que la rodea y la humedad con que reviste la esencia de sus jardines. Ese ángel extiende las alas apuntando al cielo, abarcándolo como si fuera el señor de semeiante inmensidad. Me era fácil percibir su belleza sobrenatural a punto de elevarse en espectacular vuelo, sosteniéndose por encima mis oios admirados, desplegándose mientras el aire se aceleraba con el agitar de sus plumas de mármol. Su mano derecha extendida con el dedo índice algo más estirado que los demás, ¡señalándome con inescrutable intención! La izquierda cerca del pecho. protegiendo su corazón de un mal que se me hace incomprensible. Pero lo que más me impresiona es su cara, los sentimientos a los que dan vida sus rasgos de piedra, la ternura de sus labios disimulando una sonrisa, v el interrogante que encierran sus ojos sin alma.

- —Tengo que ir a verla.
- —Fue allí donde un día encontré a Marta. Estaba sentada junto a la fuente, debajo de la escultura. Ahora sé que nunca vi a la mujer... siempre vi al ángel, ¡siempre vi al ángel!
 - —¡Bueno!, eso nos pasa a todos, ya

conoces lo que dicen del amor: nos ciega — sentencia Diego.

- —Sí, nos ciega para que veamos lo más hermoso de este mundo. Es irónico porque hubo un tiempo en que fui insensible e incapaz de comprender, pero no tiene sentido quitarse esa venda.
- —Jamás lo vi así... ¡dejar que el amor te ciegue, para ver!
 - —Así es.
- —Sin embargo, desde su última visita no eres el mismo. Estás abstraído y te marginas de cualquier iniciativa. Más que soñar, se diría que vagas en distancias en las que no es posible alcanzarte.
- El Chapao no responde. Sigue visualizándola, ensimismado en la mañana en la que el sol encendía su pelo con sutiles llamaradas. Le llamó la atención el negro de su ropa en contraste con su piel pálida. Y pensó si aquel no era el espíritu del ángel que se le mostraba.
- —Disculpa, ¿qué me decías?... ¡ah!, que estoy más triste, sí, es verdad —reconoce, asintiendo con la cabeza.
 - —¿Trajo malas noticias?
 - —Me trajo el dolor.

Levi regresa a la cama. Al entender que la conversación con su compañero finaliza, Diego lo imita, y la noche se refugia en la oscuridad. Antes de conciliar el sueño, Levi piensa en el amor y en el odio, aun reconociéndolos sentimientos antagónicos, sabe que comparten caminos, lugares y paisajes que se confunden, se lo dice la experiencia. Respira profundo y cierra los ojos, mañana amanecerá con importantes asuntos que resolver, necesitará estar bien despierto. Se murieron los sueños, en adelante toca enfrentarse a la realidad.

04. Hasta que muera el otoño

De niña soñaba con ser la princesa que es cautivada por el corazón de un noble caballero, de mujer despertó como la resignada amante de un delincuente que menudea con droga.

Marta apoya la cabeza en la ventana y observa a los transeúntes que animan el paso procurando refugio de la lluvia. El contacto con el cristal, frío e insensible, es el soporte necesario para abstraer la mirada durante unos segundos. Pronto la embarga la melancólica luz de la tarde, asaltada por la tristeza del mes de diciembre y, como en tantas otras ocasiones, los recuerdos se transforman en la sangre de heridas que no logran cicatrizar...

Cumplió los doce años en el seno de una familia de clase alta junto a sus dos hermanos menores: Ernestito, al que superaba en veinte meses, y Antonio, un bebé de tan solo quince. Con ellos compartía los mimos de una madre entregada al cuidado de sus hijos. Su padre, distinguido hombre de negocios, era

el sustento de un hogar que, amparado en los muros de un magnífico caserón, disfrutaba de un idílico paisaje en las faldas de una montaña. A los pies del pueblo con el que linda, abrigado por un bosque de abedules, un río dibuja indolente, con sus aguas, la caprichosa línea que baja explorando el valle.

Con motivo de un inesperado viaie que don Ernesto decidió realizar. Alina, su esposa, propuso que aquel sábado once de diciembre todos lo acompañaran a la gran ciudad. Argumentó, entre los amigos, que era una excelente oportunidad de hacer acopio de víveres ante la proximidad de las fiestas navideñas, y visitar al nutrido grupo de parientes paternos. Pero esa no era la razón que la movía. Meses atrás, en medio de un caluroso verano, su alma se había embriagado con perfumes y colores del pasado. El más bello episodio de la adolescencia regresó para. sin comprender cómo, traer la desgracia a su casa. El desplazamiento de don Ernesto a la capital era una de sus consecuencias.

Así que se dispusieron a cruzar la sierra. El progenitor, favorecido por la compañía que burlaba la soledad de largos y tortuosos kilómetros al volante; los niños,

entusiasmados con la idea de reunirse con sus primos, y Alina, atormentada con la distorsión que el ayer creaba en el presente. El bebecito se quedó bajo la tutela de la aya Hilaria, entrañable sesentona que los atendía, además de responsabilizarse de las labores domésticas.

Si la ida y la jornada transcurrieron como estaba previsto, los acontecimientos que marcaron el retorno nunca tuvieron cabida en las previsiones de los cuatro viajeros. El tiempo, que en un principio se vestía con la pesadumbre del agonizante otoño, agrió su humor según progresaba la tarde. Nubes adelantaron sombrías el crepúsculo sorprendiendo en mitad del camino a la berlina de los Velarroa. Sin más preámbulo que el de un ravo. la tormenta se manifiesta con el propósito de descargar su atiborrada panza en la serranía. En poco aparecen torrenteras que embisten cuanto hallan a su paso, v el pavimento se satura de tierra y piedras.

... El aguacero arrecia multiplicando los charcos en la calle, los autos que circulan salpican indiscriminadamente, y los adornos de navidad incrementan el centelleo de campanas y estrellas. Infinidad de irisadas gotitas de agua se unen hasta delimitar surcos por los que se deslizan deformando la imagen en el cristal. A Marta le parece ver lo que diecinueve años atrás cambiara el rumbo de su existencia

Don Ernesto mira a su cónyuge, los rostros reflejan la preocupación que los domina. Son conscientes de que la sinuosa vía, en el seno del monte, no es sitio para afrontar el desafío de la tempestad. Los hermanos, amedrentados con la sonora conmoción de los truenos, contemplan el auge de la lluvia y los fantasmales contornos que los relámpagos modelan en los árboles. Los obstáculos asoman de improviso en la calzada, obligando a repentinos e inquietantes volantazos. El transporte se ralentiza, angustiándolos.

Por encima del repiqueteo que la tromba provoca en el armazón del coche, un estruendo crece con igual magnitud que el temblor que los sacude.

- —¡Ernesto, sácanos de aquí, por el amor de Dios!
 - -¡Tranquilos, no os alarméis, pronto

estaremos en casa!

Fuerza la marcha sin más opción que la de enfrentarse a su destino y sin otro pensamiento que el de alejar de allí a su mujer e hijos. Sortea una primera curva pero, al encararse con la siguiente, descubre una avalancha de lodo que atraviesa la carretera. El barro, cargado de peñascos y restos vegetales, impide continuar.

—¡Dios mío! —alcanza a decir, pisando el freno a fondo.

Maniobra con brusquedad para eludir la cólera de la naturaleza. Al disponerse a retroceder, el borde exterior del asfalto cede. Durante segundos el vehículo se ve atrapado por el vértigo de un equilibrio imposible, en el que los faros muestran el insondable barranco, derramando su luz por la ladera. Por fin cae rendido a la violencia de giros interminables hasta encajar, techo en tierra, entre los troncos de varios árboles.

La caída arranca la puerta del conductor. Don Ernesto sale despedido, preso de una energía que lo precipita a decenas de metros. El parabrisas, atestado de incontables y blanquecinas grietas, es el único cristal que aguanta los sucesivos impactos sin

desintegrarse.

Unas ruedas que giran al aire, el ruido del motor del limpiaparabrisas que acciona brazos rotos; el reguero de aceite, el combustible mezclado con el lodo, y minutos en que todo parece haber acabado.

Alina pugna por no desfallecer. Magullada y con una fractura abierta en su pierna derecha, presenta dificultades para moverse. Aún aturdida por la caída, clama una y otra vez por don Ernesto. Mientras tanto, el agua entra por un lateral del automóvil y escapa por el otro.

Al no localizar a su marido, la mujer se ocupa de los críos: el niño se mueve con torpeza hilvanando imperceptibles lamentos, su hermana permanece inmóvil con la cabeza y extremidades superiores fuera de la carrocería. Realiza un esfuerzo sobrehumano y arrastra a Marta colocándola a cobijo. En cuanto tiene la certeza de que solo ha sufrido un desmayo, se centra en Ernestito pero, horrorizada, comprueba que un golpe de agua termina de sacar su cuerpo del auto y se lo lleva vertiente abajo. En ese momento Marta recobra el sentido. Alertada por los gritos de su madre, ve desaparecer los diminutos pies de

Ernestito engullidos por la riada.

... Pronto se empaña el vidrio con su respiración para no dejar a la vista más que los contornos de aquellos que por la acera deambulan presurosos. Se asemejan a desvaídos espectros que, cubiertos por un velo, quedan relegados al olvido. Marta frota con la mano disipando el vaho, creando una acuosa abertura que restablece con claridad lo que ocurre tras el espejo...

La mujer grita hasta romperse tosiendo sangre. Sin más juicio que la determinación de quien no se resigna, pretende salir a rastras en auxilio de su pequeño. La niña comprende la inutilidad de tan descabellada decisión y forcejea para detenerla.

—Mamá, Mamá. Ya no puedes hacer nada. ¡Por favor, no me abandones!

Sin recursos físicos ni mentales, Alina es incapaz de articular más de dos palabras.

—Hija mía...

Tan desbordada está por lo acontecido, que pierde el conocimiento. Al abrazarse a su madre, Marta advierte el fluido que mana de la pierna, le aplica un torniquete y lanza al viento una plegaria con la esperanza de que encuentre a un dios bondadoso.

Mediada la madrugada, el cielo se abre al firmamento salpicándolo de estrellas. Un soplo gélido que baja de la cumbre cristaliza la humedad, la luna reparte sus primeros reflejos entre las hojas de los abedules e, impasible, la neblina difunde el hálito de la tierra. La tormenta se retira invadida por las mismas prisas del infortunio que la trajo, y la espesura apaga el fragor de su acometida devolviendo la calma al seno de las montañas.

Las horas traen un murmullo que se encarama por la pendiente, turbando el reposo de la masa forestal. Son hombres con sus máquinas que rastrean indicios de una familia que no regresó al hogar.

- —¡Aquí, aquí!, por aquí se despeñó el coche.
 - -¿Lo ves?
 - —Sí, está encajado en los árboles.
 - —¿Hay alguien en el interior?
 - —Desde aquí no se ve a nadie.
 - -¡Rápido, no se demoren!

No tardan en localizarlas. Marta está junto a su madre que aún permanece inconsciente. Ambas son atendidas de

hipotermia y a Alina se le administra una transfusión de urgencia. Los cadáveres de don Ernesto y su hijo se hallaron días después a cientos de metros del lugar.

... Un trueno resuena compartiendo la queja de nubarrones que sollozan en ceremonioso desfile, Marta los ve pasar y oscurecer el oeste. El solsticio de invierno se acerca para preparar la bienvenida al nuevo año; y ella, como en tantos otros, volverá a mirar por la ventana cuando la lluvia aliente la melancolía, y diciembre avance hasta que muera el otoño.

05. La bruja de las flores

- —Espera —vocifera, mientras corre para alcanzarla.
 - -¿Qué ocurre?
- —La bruja de las flores dice que en la quebrada Fría, cuatro horas después de ponerse el sol, asoman las almas de un niño y un adulto. Asegura que son tu padre y tu hermano.
 - -¡Esa estúpida demente!
- —Y eso no es lo peor —prosigue María—, alguien la oyó decírselo a tu madre cuando esta mañana le compraba flores.
 - —¡Dios mío!

Melania supo de la soledad el día que el recuerdo de un ser amado pasó a ser su única compañía. Envejeció de golpe al cumplir sesenta y cinco años. Su cara, hasta entonces luz de luna llena, menguó vulnerada por la carga de la vida. Su pecho perdió volumen y se desprendió acomodándose donde la piel no dio más de sí. Sus manos se colmaron de huesos deformados por la artritis y su cuerpo, vencido por el reuma, retorció su figura deshaciendo la

imagen de la mujer. Ahora, transcurrida una década, solo queda la bruja de las flores.

Una cabaña en las afueras del pueblo pasado el camposanto, el invernadero, un lobo al que unos cazadores dejaron huérfano, y el cobijo de los abedules. Eso es la anciana; eso, y la caseta a puertas del cementerio en la que vende flores, además de ofrecer los remedios de la betula. Empezó con infusiones que aliviaron el dolor y la inflamación de las articulaciones, prosperó con encargos que eliminaban los cálculos renales y terminó elaborando una variedad de productos que aprovechan las cualidades terapéuticas del árbol

En ocasiones, el ruido de sus oídos es tan insoportable que le impide escuchar sus pensamientos. El frecuente ataque del tinnitus la hizo desarrollar la habilidad de trasladar la consciencia a un segundo plano. Durante esos intervalos de tiempo, Melania realiza pequeñas labores domésticas siguiendo un reflejo involuntario que la diluye en un silencio más cercano a la primigenia ingravidez que a la sorda incontinencia de este mundo. Al regresar persiste el eco de las voces que susurran.

La quebrada Fría asoma más allá de un accidentado claro en el que el liquen disimula la desnudez de la roca. Una garganta da inicio a un paso entre montañas tan angosto que si se extienden los brazos se tocan ambos lados. La senda conduce a una densa proliferación de castaños. El terreno, en constante deriva descendente, es un amasijo de restos vegetales compactado por la humedad, que acaba en las proximidades de un barranco. Allí, cinco años atrás, aparecieron los cadáveres de don Ernesto y su hijo. Dos cruces señalan el lugar.

Se ha superado el lustro y Alina sigue sin bajarse del auto en que por última vez subió junto a su marido e hijo. El remordimiento la hostiga responsabilizándola de sus muertes y la atrapa tras las paredes de recuerdos que desgarran su alma. Los medicamentos y los esfuerzos de Hilaria por rescatarla no logran liberarla de la culpabilidad que enclaustra su mente.

Inmune a la flaqueza, consagrada a quienes considera su familia, Hilaria se turna en quehaceres de enfermera, madre y asistenta. Desde el fallecimiento de don Ernesto, los recursos económicos se limitan a la pensión de la viuda y al pellizco que todos los meses se le da a unos ahorros que no paran de mermar. Aun así, los maneja sin que se noten los ajustes a los que la austeridad la obliga.

Marta y María llegan al cementerio.

- —La caseta de la bruja está cerrada.
- —Olvídate de la vieja. Hay que localizar a tu madre.

La entrada la conforma un arco parabólico de piedra rústica que remata en una cruz de hierro enrojecida por el óxido. Un escueto recinto de auxilio espiritual y a continuación las sagradas calles de aquellos que duermen en espera de la resurrección eterna.

—Si aún se halla aquí, estará en el panteón.

No es necesario buscarla. Alina se aproxima tranquila, relajada. Marta se sorprende al intuir en sus labios una sonrisa y, por primera vez en años, en sus ojos, la intención de mirar.

- —¿Te encuentras bien? —le pregunta.
- -Sí, me cité el viernes con tu padre y

tu hermano en la quebrada Fría.

Con la respuesta, Alina reaccionaba a su entorno con la misma premura que un día decidió rechazar sus estímulos. Atrás quedaba el enfermizo letargo que la sumió en una oscuridad contra la que no se encontró remedio. A pesar de su cita con espíritus, parecía más lúcida que nunca.

Hilaria accede a la alcoba. La viuda está de pie, próxima a la ventana, observando el desvelo de la sierra. Extraviada en el paisaje, su silueta acentúa la melancolía de la mañana. La niebla desciende desdibujando los árboles; furtivas, sus sombras emergen esculpidas por el mar de nubes que las devora.

- -¿Me llamaba?
- —El zumbido —dice, sin retirar la vista de las montañas.
 - —¿Zumbido? No la entiendo.
- —Sí, ese que se enreda en el aire cuando la vieja de las flores anda cerca añade, mientras coloca la mano en el alféizar y lo acaricia con la punta de los dedos.

Arrimada a la puerta del dormitorio, Hilaria la contempla sin dar crédito a lo que ve. Como si nada extraordinario ocurriese, conversa con la persona que hasta ayer mismo se expresaba con dificultad. Siempre encerrada en el cuarto, solo los domingos salía a comprar flores en la caseta que está junto al cementerio, para depositarlas en las tumbas de su esposo e hijo.

Alina se gira, se le arrima y le coge las manos.

- —No me hagas caso, pensaba en voz alta. Quiero que el viernes me acompañes a la quebrada Fría.
- —Ya me comentó la niña y comparto su recelo. Además, tengo un mal presentimiento —responde la aya—, no sé qué le dijo esa anciana, pero, además de por insólito, algo me perturba en este asunto. Todos celebramos su milagrosa recuperación, por ello contraemos una deuda con esa mujer. Mas por los hijos que aún le quedan, le ruego que no acuda a esa cita.
- —¡Querida Hilaria! Me pregunto qué habría sido de nosotros sin ti —reconoce, dirigiéndose de nuevo a la ventana.
- —Créame, señora, anoche se acentuaron las pesadillas que me sobresaltan de madrugada.
 - -Un día, al despertar de un sueño,

adviertes que el agua es lluvia que se lleva el río y nube que llega del mar, que la vida recorre el universo en un planeta sin saber a dónde va, y que tu cuerpo es música en una orquesta que no cesa de sonar. Seducida por la melodía bailas al ritmo de sus notas; luego, ingenua, crees que puedes ejecutar tu propia canción, pero pronto compruebas...

Alina se interrumpe, baja la cabeza y vuelve junto a la aya con la mirada contenida en lágrimas.

—Se han cumplido cinco años desde que perdí a mi marido y a mi niño... desde entonces no ha pasado día ni noche que no padeciera de terribles pesadillas. ¿Sabes cuántas veces me he preguntado por qué no me llevó a mí aquella tarde de tormenta? Mi madre me contó un día que, según la ciencia, jamás debí nacer. ¡Ojalá hubiera muerto en su vientre! No imagino lo que pretende esa vendedora de ilusiones, tampoco me interesa, pero si asegura que me esperan en la quebrada, no dudes que iré aunque sea lo último que haga.

—Sé lo mucho que ha sufrido, yo...

La aya no consigue terminar la frase, Alina le sella los labios presionando suavemente con los dedos índice y corazón de su mano derecha.

—Y yo sé que has hecho tuyo nuestro dolor, que nos has protegido... que me cuidaste cuando más lo necesitaba, que atendiste a mis hijos porque yo... porque yo simplemente no estaba. ¡Jamás podremos pagarte!

Sus mejillas se abren en surcos por donde el agua de los ojos arrastra la sal de las penas y, casi sin fuerzas, añade:

—Ahora te ruego que vengas conmigo a la quebrada Fría.

06. Sin tiempo para volver

Los días se van sin tiempo para volver. No sé por qué regresa a mi mente esa frase cada vez que alcanzo este refugio lejos del asedio de los susurros. Mi madre la utilizaba con la esperanza de animarnos a trabajar. Como si el trabajo garantizara un nuevo día y el tiempo fuera fruto del sudor y del esfuerzo. ¡Qué equivocada estaba! Después, cuando la enfermedad la postraba en el lecho en que moriría, me dijo: «Melania, hija mía, no son los días los que se van sin tiempo para volver... somos nosotros».

Ella forma parte de mi primer recuerdo, no creo que tuviera cinco años el día en el que, al verme sollozar, se acercó preocupada a interrogarme: «¿Qué te ocurre, mi cielo, a qué viene eso?».

Lloraba porque una mamá había castigado a su niñita, por traviesa, dejándola sin su peluche. Sentí mío el desconsuelo de esa criatura hasta el punto de compartir su tristeza. No era un simple mimetismo, sino una empatía que sobrepasaba los límites de la mera identificación anímica. Al cumplir los

quince me bastaba con un vistazo para advertir alegrías y congojas ajenas, a los veinte percibía fragmentos de sus pensamientos. Pronto comprendí que la vida es un cúmulo de seres que deambulan en un confuso paisaje: los mismos miedos y debilidades, el mismo valor, la misma fuerza expandiéndose en todas direcciones. Lo mejor era no inmiscuirse dejando de lado esa maraña que fagocita sentimientos, pero ¡cómo escapar de aquello que se respira!

La memoria del viento me trajo a Los Maniere, un pueblo de montaña donde los vestigios del silencio perduran junto a las aguas de un río displicente. Aquí encontré la paz que me aísla del acoso de intimidades humanas, también el dolor del estrépito en los oídos. Resido entre las cortezas de los abedules y el parpadeo con que mira la noche; unida a las flores de un jardín cubierto, y al vacío al que el ruido no puede seguirme.

Ahora te preguntarás por la razón de que te haga partícipe de mis tribulaciones, porque sospecho que estás ahí. No, no creas que te subestimo, no lo haría nunca. Te he visto y experimentado en tantos cuerpos que te reconozco diosa invulnerable. Aunque me

prestas atención, sé que aún no has puesto tus ojos en mí. Es irónico pensar en un diálogo con la muerte, y ya ves, aquí me tienes, intrigada, queriendo saber por qué rondas otra vez la casa de Alina.

¡Ah! No me contestes, alguien que se marcha sin tiempo para volver.

07. Una repentina brisa

La presión en el pecho entorpece el ritmo del corazón, y la fiebre empapa las sábanas con el sudor de una aprensión visceral. El vértigo distorsiona los sentidos y la angustia incrementa la claustrofobia que generan las pesadillas.

La noche se refugia en su negrura y Levi se extravía en el cristal de criaturas que moran suspendidas en el tiempo: ojos de momias sojuzgadas por el pasado. Imágenes de seres disecados turban su postrero sueño para menoscabar la mañana ahondando en las tristezas que embalsaman la mente. La memoria, erigida en museo de recuerdos mutilados, ordena figuras que huelen a formol.

«Las auténticas pesadillas son las que tenemos despiertos», le dijo su madre, y cumplidos los doce años entendió que aquella mujer tenía toda la razón. El padre, débil y enfermizo, no supo encajar que su esposa lo abandonara por otro y buscó consuelo en el inaccesible fondo de una botella de aguardiente. Abatido, se desentendió de casa e hijo dedicándose a recorrer tugurios en los

que, por olvidar penurias, recolectó miserias. Así hasta que una ramera le dejó en el cuerpo algo más que un pasajero deleite. Al darle sepultura, la hermana del difunto se aproximó al pequeño y le aseguró con solemnidad: «Te prometo, querido sobrino, que no hallarás el día en que no esté a tu lado, porque de esa mala hebrea que te concibió, no volverás a saber jamás». Dicho lo cual, desapareció sin dejar rastro. Celebró los dieciocho años tras escapar de un centro de acogida de menores; ahora, superados los treinta, en pocas horas saldrá de la cárcel en libertad condicional.

El infortunio no domeñó al niño que luchó contra la adversidad con los argumentos de la fantasía. Fue una premonición que a los seis años comenzara con la peor de las rutinas: despertarse de madrugada en medio de alucinaciones. Aunque en un principio le bastaba con llorar para que Yardena se acercara a su lecho y lo reconfortara al calor de su regazo, con el paso de los meses no encontró más amparo que el lóbrego vacío de su habitación. Al asimilar que el llanto no daba para más, burló el miedo pintando de luces las paredes de la oscuridad. A las bravas desarrolló la que sería una de sus grandes

habilidades: la de suavizar los aspectos más rigurosos de la vida, con imaginación.

Pronto descubrió que la verdad es la mentira mejor contada.

En el albergue se unió a indisciplinados y contumaces con los que se habituó a callejear en los arrabales. Allí no solo rebasó los límites de la ciudad, también los de la marginación y la delincuencia. Esos comienzos, hermanado a jóvenes que participaban de la desventura, fueron los más felices e irresponsables que puede evocar. No había más objetivo que el de alcanzar un nuevo día ni otra riqueza que la compartida por la necesidad. Allí supo que la verdadera, es la generosidad de los que no poseen nada.

Los ingresos se estabilizaron a partir de que decidió prostituirse. No demoró en ser objeto de disputa entre homosexuales y sesentonas que gustaban de lozanas pieles y cándidas palabras. Su destreza para trocar en delicados sorbos los tragos más amargos, lo convertía en efebo que satisface inconfesables pasiones o en galán que cultiva rosas en estériles desiertos. El grueso de sus clientes frecuentaba a un traficante de coca que le propuso suministrarla. En poco tiempo

recaudaba más con la droga que con los favores sexuales, así que se concentró en lo primero y eliminó de la agenda lo segundo.

Entre los muchos que reclamaron sus servicios, se hallaba un veinteañero de ojos color azabache que evocaban a la luna nueva mirando en la noche Tímido exasperación, Alejandro ocultaba inteligencia en un casi perpetuo silencio que, al romperlo, con voz suave y vocablos que en sus labios se volvían dulces y melodiosos, parecía fuese a recitar. Vivía en un piso propiedad de una hermana que lo adoraba. Su mayor placer consistía en ganarse el sustento limpiando residencias de gentes de bien. Por aquel entonces tenía dos obsesiones: las librerías y Levi. Los sábados por la tarde, después de cobrar el salario de la semana, corría en pos amante interesado con la idea de materializar el anhelo que crecía con los días.

Para Levi era otro de los tantos que complacía por dinero y que, además de mostrarse pródigo con sus monedas, de vez en cuando le regalaba un libro. Nunca experimentó nada por él, tampoco fue capaz de percibir la pasión que inflamaba su piel al acercársele ni interpretar los temblores que se

desataban en su cuerpo al tocarlo. Lo achacaba a su temperamento cohibido, a la extrema sensibilidad de tan frágil ser. Más que persona, se le antojaba fina rama expuesta a que la brisa la quebrara, por eso revestía de ternura el mimo con que lo complacía.

—Es la última vez, Alejandro —le anuncia, deslizando los dedos por su torso desnudo—. Creo que he quemado una etapa... no sé, tal vez no sea definitivo. Ya veremos.

El joven se sienta en el borde de la cama, cabizbajo, sin pronunciar una queja. Levi se pega a su espalda, rodeándolo con las piernas.

- —No seas tonto, te presentaré a un amigo... es un tipo estupendo. En poco, cito lo que leí en una de tus novelas: «el pasado dará cuenta de mí, diluyéndome en su insaciable estómago». No hay apetito más voraz que el del tiempo.
- —¿Me sugieres que tenga relaciones con un desconocido? Jamás te pagué por eso.
 - —¿No me pagas por eso?
 - —No.
 - -j...?
 - -Era la única manera de estar

contigo... nadie me dará lo mismo, tú eres dueño de lo que busco.

—¿Si? ¿De qué?

—Del amor y del corazón que jamás se sentirán atraídos por mí.

«¿Amor? ¿Qué es el amor? Las malas lenguas afirman que Yardena nos abandonó a mi padre y a mí en pos de un jardinero. ¿Es eso amor? ¿Un embeleso que quita a unos lo que da a otros? ¿Y qué conoce del asunto quien invierte su capital en sentimientos? Solo un demente o un enfermo haría algo así. Dice que yo dispongo del suyo, debo ser ciego porque no lo veo por ningún lado, y el que un día tuve me lo arrebató mi madre para fertilizar el maldito jardín de un extraño. ¡Ojalá se pudran todas sus flores!».

- —No me hagas esto —le ruega—, no puedo darte más.
- —Lo sé. Si me ofrecieras lo que pido, no te querría.

El comprador de sueños lleva sus rodillas al suelo, se da la vuelta y lo abraza, asiéndolo por la cintura.

—No te alarmes, aunque abrigué la esperanza de que perdurara, siempre supe cómo terminaría: con mi gratitud. Levi lo contempla sobrecogido. Por un momento, pese a la serenidad de su voz, siente el paso de una brisa repentina, demoledora e insignificante a la vez, y con ella un chasquido inmaterial apagado por el eco de lo que duele el alma. No estima prudente hablar más, se limita a acariciarlo y a consolar su piel ungida en perfume, pero Alejandro lo rehúsa. No tolera la compasión.

La apuesta lo erigió en el que, según él mismo afirmaba, «más farlopa movía en el barrio». Si importante fue su capacidad de venta, aún lo fue más la que solventaba conflictos sin apenas afrontarlos. Unos aseguraban que por avispado, otros que por cobarde. Lo que llamó su atención fue el cambio en el trato con la gente: ya no era la puta que recogía en sus carnes el reseco flujo de viejas desahuciadas ni el semen de clandestinos deseos.

En ocasiones veía a Alejandro cruzar las calles urgido por las prisas, desdibujado por la distancia, tan fugaz e imperceptible, que se diría sombra en la que no se repara. Un día se sorprende al toparse de frente con él.

—¿Qué vale una de esas papelinas? Alejandro agacha la cabeza. Con la complicidad de su pelo, lacio y brillante, confina sus ojos tras el destello de una mirada furtiva.

- —¿Qué? Si tú no te chutas una aspirina.
 - -No la pago yo, es un encargo.
 - —Cincuenta.
 - -Dame cuatro.
- —¿Cómo estás? —pregunta, tentando en los bolsillos en pos del polvo blanco.
 - -¡Bien!
 - -¿Y tu hermana?
 - -Mejor, gracias.

Le pasa la nieve y, al recibir el dinero, se percata de los temblores de la mano que lo entrega. No tiene opción de decirle más, tal como llegó se marcha, dejando un adiós colgado en el aire. A la mañana siguiente se enteró de que una sobredosis le heló la sangre. Lo encontraron desnudo, pálida la tez de su rostro, azules los labios y las uñas; los ojos abrasados, abierta la boca y, en el suelo, bajo el vómito, los pétalos de una rosa. Levi recordó aquel chasquido inmaterial apagado por el eco de lo que duele el alma, y quiso volver en el tiempo para deshacer la repentina brisa que lo provocara. Así supo de lo fácil que es alterar el

equilibrio de las cosas, de la dificultad de caminar sin deshilachar las débiles puntadas que lo unen a la vida.

08. Alberto

La mente de Alberto es el recipiente en que se conjugan delirios y pasiones. corazón, el mortero en que cimenta fascinación de someter voluntades. En su eniuto rostro, de trazos bien definidos. destacan ojos custodiados por sombras que ocultan la mirada. Alargados hasta parecer que pretenden huir de las manos, sus dedos son expresión de un ser capaz de hurgar en los remotos resquicios del alma. Inteligente, consigue aderezar su imagen de excéntrica antipatía con el halo de un misterio meditado. Se sirve de su indeterminada edad para mantener un equilibrio perfecto entre la eterna juventud y la experiencia que le dan los años. Pulcro y discreto en el vestir, llama la atención por el exclusivo perfume que utiliza.

Cuando aún no contaba diecinueve años, se obstinó en quitar de en medio a un proxeneta con el que rivalizaba. Aficionado a las tramas del cine negro, sabía que lo esencial era desembarazarse del cuerpo del delito. Una tarde de rancio celuloide, alejado de la rutina con la que rondaba a las prostitutas, vio una

escena en la que un gánster de pacotilla se deshacía de un cadáver sepultándolo en la base de un edificio en construcción. El método, que libraba al autor de la evidencia de un crimen, lo creyó tan extraordinario que durante años se le escuchó repetir con insistencia: «nada como un féretro de hormigón». Desde entonces se le conoce con el apodo de Hormi.

Los manjares se habían prodigado en la mesa de los tres comensales. Un posterior trago de buen licor acentúa la placidez de la amena charla y da un exótico paladar al remate de la cena. Después de las recurrentes oportunidades que los brindis otorgan para colmar copas, las risas se intimidan ante el cambio en el semblante de Alberto. Con un gesto que lo caracteriza, desplaza los labios hacia adelante y amaga con la mueca de un inexistente beso, luego inhala por la nariz expeliendo de golpe por la boca.

- —¿Cómo está tu hermana?
- —No lo sé, es un ser introvertido... a veces pienso que debimos evitar que metieran al Chapao en el trullo.
- —¿Hubieses preferido ocupar su lugar? No me putees con esas, te he

preguntado por Marta, no por el cabronazo que se la tira.

La tez de Hormi aparenta henchirse al tiempo que el sanguíneo color de la rabia la pigmenta. Los ojos se le cierran hasta dejar un resquicio por el que escapa una súbita ira. Al percatarse de la inoportuna reacción, observa ambos lado del restaurante, pega la espalda al respaldar de la silla y, como si lo impulsara un escondido resorte, vuelve a aproximar el torso a la mesa apoyándose en ella con los codos.

—Toñito, no es momento de montar bronca —dice, exhibiendo las manos abiertas y en su cara, un falso guiño de complicidad—. ¿No crees?

Toño asiente sin disimular la resignación.

- —Además, en una semana le darán la condicional, ¿no es así, Fedor? ¿Cuándo lo sueltan? —Alberto interroga a quien se encuentra a su izquierda.
- —No sé si salió hoy o es mañana a primera hora.
- —¡Mierda! ¡Cómo pasa de largo la puta vida! ¿Lo ves?... en poco estará en casa jodiendo a la hija de tu madre.
 - —Sí, lo mejor será que se limite a eso y

no se meta en más problemas. Sabe que se la jugaron.

Al Chapao, así se conocía a Levi por su afición a lucir sobrecargadas cadenas de oro, lo consideran un pusilánime sin agallas que se justifica con una supuesta capacidad de resolver conflictos sin encararlos, además de un fanfarrón que alardea de hazañas que solo existen en su imaginación. Pese a todo se le valora por ser de los que más droga menudea.

De nuevo Hormi echa el cuerpo atrás, coge el recipiente con el licor y lo ojea con displicencia.

—Ese iluso es incapaz de amedrentar a una mosca, no creo que le apetezca complicarse la existencia. Si es necesario se le apacigua el ánimo.

Los labios se le estiran simulando una sonrisa. Toño y Fedor intercambian una rápida mirada.

Hormi sedujo a Marta durante el ingreso del Chapao en la cárcel. En la calle se murmuraba que esa era la auténtica razón por la que Levi dio con sus huesos en la penitenciaria. La hermana de Toño se había convertido en uno de tantos caprichos a los que Alberto no quería ni sabía renunciar. Con

la misma habilidad que la metió en su cama, una vez saciados sus instintos, la apartó sin reparar en que nunca fue suya. En el trato con los hombres, la hija de Alina destierra el amor humillándose con relaciones que la reafirman en el desprecio que le inspira.

La humillación tampoco es algo por explorar en el devenir de Hormi, que impune la cultiva con igual placer que manipula y extorsiona a cuantos se le colocan delante. Está protegido por una red de poderosos que se mantienen al margen de las miserias que les llenan los bolsillos. Una corrupción que contamina con dinero y que lo emplea como servil ejecutor.

El recuerdo del Chapao y Marta se trueca en un incómodo aire que dificulta la respiración de las tres personas.

Apuran las bebidas, depositan unos billetes sobre la mesa, y abandonan el local. Una agradable sensación les saluda en su reencuentro con la noche. Iluminada con el desparpajo de los neones, la avenida muestra una miríada de intermitentes destellos. El cielo despeja espacios entre los que se adivina el lucero. La lluvia se toma una tregua.

—¡Bien! Vayamos a ver los

pensamientos.

Fedor alza su brazo derecho para reclamar la atención de un vehículo estacionado manzana arriba.

El automóvil se pone en marcha con diligencia. Yago, el corpulento chofer, lo detiene a su altura y sale a abrirles la puerta.

Hormi contempla a una insignificante cucaracha que se arrastra desorientada, espera a que se acerque lo suficiente, y la aplasta.

-Sí, vamos a verlos.

09. Danel

De vuelta del laboratorio, rondando el amanecer, Toño y Fedor dejan a Hormi en la cancela que da acceso a su apartamento. Un paseo de piedra roja atraviesa el césped hasta llegar a una pérgola cubierta por madreselvas, donde un banco de aluminio invita a observar la fuente que, con figura de mujer, ofrece un pecho del que mana agua. El camino prosigue varios metros y finaliza en el voladizo que protege la entrada al inmueble, custodiada por macetones de palmeras robeleni.

Al abrir la puerta, Alberto se enfrenta a una sensación de inquietud. Durante unos segundos se queda inmóvil procurando averiguar la causa, al no descubrir nada que la justifique, pasa sin darle mayor importancia. La amplia sala que lo recibe está imbuida por el temperamento del jardín. Un ventanal de vidrio reforzado lo muestra en todo su esplendor. La panorámica del parterre añade a la sencillez de la decoración un carácter sereno y relajado.

Coloca la chaqueta en el respaldar de una silla, se sirve un bourbon con abundante hielo y se acomoda en el sofá. Con el primer sorbo no solo paladea el aroma y ligero sabor acaramelado del brebaje de Kentucky, también la satisfacción de que los responsables del diseño de los «pensamientos» acertaran con la dosis de MDA y cocaína que da tan excepcionales resultados. La mezcla, que incluye otros derivados anfetamínicos, supera las previsiones más optimistas aportando cuantiosos beneficios. Un posterior trago le sabe aún mejor. Apoya la cabeza en un cojín y expande los pulmones con cadente suavidad. Le encanta impregnarlos del efluvio con el que el licor empapa su boca.

Absorto en el éxito de su empresa, cierra los ojos visualizando el fruto de sus conquistas, hasta que de nuevo lo interrumpe el malestar que antes lo desconcertara. Los músculos se crispan al sentir una gélida punzada que recorre su espinazo. El instinto lo pone en pie de un salto y, justo en el instante en que un mal presentimiento toma cuerpo, sus órganos luchan contra una repulsión que le llena el alma de pavor. Es tan intensa que no soporta el avance de la certidumbre que la alimenta. Sin entender lo que ocurre, deposita el vaso en la mesa y se encamina a unas repisas en las que descansan libros de lomos

numerados. Mete la mano detrás de uno de ellos y empuña la automática que permanecía oculta. La evidencia de encontrarse solo lo paraliza. Los nervios arrojan en su boca una risotada con la que buscan liberar la tensión que lo domina. Cree que su percepción se degrada al ver que la mengua obstruvendo cualquier escapatoria. Se gira despacio en movimiento que se prolonga interminable. El aire se espesa sofocado por la irrupción de un hedor imposible de soportar, y reconoce en la nuca la amenaza de un fuego que arde en el Infierno

-¡Hormi!

En medio de la sala, una silueta, que intimida a la luz con su presencia, lo reclama.

—¿Quién coño eres? ¿Y cómo te has metido aquí?

Al concluir la frase se arrepiente de su tono desafiante, de alguna manera sabe que no tiene ninguna posibilidad frente al enigma que se le manifiesta. Intuye que la nueve milímetros no es más que un juguete y repara en el progreso de una marea obscena que infecta los más apartados rincones de la casa.

-Soy Danel.

La gravedad y contundencia de su voz produce una vibración en el estómago de Alberto que esparce en sus vísceras el eco de la náusea.

—¡Siéntate! —le ordena—. Ante mí no sobrevive quien se aferra a un arma si no es para postrarse mostrando gratitud. Mas desciendes de mi linaje y aprecio en ti la valía que aplaca mi cólera. ¡Siéntate! —insiste.

No le resta más que obedecer, está inerme, expuesto en un entorno que se vuelve hostil, que doblega su voluntad. Entonces recuerda al insecto que sin contemplaciones aplastara al salir del restaurante. Retorna al sofá y, al situar la automática en la mesa, su mano tropieza con el recipiente del licor que cae al suelo derramando su contenido.

- —¿Qué quieres de mí? —interroga, con el anhelo de no delatar la angustia de su ánimo.
- —Que rehúses la llamada del ataúd que te aguarda, que aceptes tu destino responde, mientras inclina el torso hacia delante, y lo señala con el aleteo de su capa.

Hormi siente que el rostro de aquella oscuridad se le arrima forzándolo a retirar el suyo.

- —¿Qué broma es esta?
- —Muy pronto, en el transcurso de horas, te dispararán dos veces. Del primero te salvará el fragmento más débil de tu sangre que, al humedecer tu pecho, manchará de rojo tu corazón; en el segundo, encasquillaré el arma
 - —¿Manchará de rojo mi corazón?
- —En el devenir de los hombres es la muerte la que revela la auténtica dimensión de la vida. Alterar ese misterio es un ataque frontal a las reglas del Hacedor, y eso supone atraer su atención. El libre albedrío se manifestará en un lado de la balanza y la contienda se reanudará en el otro.
- —¿Cómo es que te anticipas a lo que ha de ocurrir y hablas del libre albedrío? ¿Debo entender que tu naturaleza es divina?

Danel se carcajea salpicando con su mefítica saliva, se aproxima al escaparate que exhibe el frondoso acceso a la casa, y replica:

—Yo estuve al servicio del Creador con otros que eran todo con nosotros sumando doscientos, y colaboraré con los arcángeles en la construcción del Edén. Fuimos observadores al designio de su voluntad y nos maravillamos con su Obra: un huerto

rebosante de bondades que el polvo hecho a su semejanza tomó para sí... pero nos expulsó de su reino por descender a la tierra y amar a sus hijos más que a Él, por mezclarnos con ellos, por enseñarlos a defenderse e instruirlos en las artes de la guerra; por embellecerlos, por fornicar con sus mujeres y convertirnos en padres de sus hijos.

Al llegar a la transparente luna que lo separa del parterre, se diría que intenta palpar los frutos de un remoto vergel.

Alberto no desea cruzarse con su mirada, a pesar de eso no pierde detalle de tan asombrosa entidad. Sigue sus pasos escudriñando en la capucha y en el manto que lo cubre, ningún rasgo escapa a la incógnita de sus fibras.

—¿Aseguras que eres un ángel?

—¿Ángel? Soy más que un Ángel, ¡soy un Egre Goroi! —exclama enfurecido—. Ni Dios ni sus condenas podrán cambiarlo en tanto las hembras copulen en el mundo. Si Él nos despojó de nuestros atributos con el propósito de que los mortales nos abominasen, Nos lo despreciamos profanando su obra.

Danel deja caer las prendas que lo ocultan. La habitación se contrae, sus muros y

tabiques se arquean refrenando el empuje de los Infiernos, y el desterrado se muestra a los ojos de Hormi, que sucumbe al asedio del terror. Los intestinos se le convulsionan en un estertor agónico que lo fuerza a vomitar las secreciones de su hígado. Aún retorciéndose por el dolor, ve aparecer en el jardín los despojos de engendros que una vez fueron hombres, amontonando su carne y sus huesos en la cristalina pared. Son miles de soldados aniquilados en inútiles batallas, víctimas de la humana condición y de artefactos diseñados para segar almas.

- —Este es mi séquito —dice, al señalar la corrompida masa de orgánicos tejidos—. La proporcionada respuesta que merece la vanidad del Supremo, la evidencia de lo poco que le importa su creación.
- —¡Por favor, te lo ruego, detente! No lo soporto —gime Alberto, que se desploma en las baldosas en las que se desparramara el bourbon, el hielo y los restos que salieron de sus entrañas.
- —Te conmino —prosigue la aparición, escupiendo una risotada— a perseverar con astucia y proveer a tus hermanos de las diversiones terrenales. Persigue tus quimeras

regocijándote en la delicia de sacrificar cuanto se interponga en el camino, abastece tu cuerpo de placeres sin imponerle jamás restricciones, y libera los instintos que colman la ambición de tu corazón. Si así lo hicieres, mantendrás prendida en Nos la hoguera que se complace en consumir el amor y la vida.

Danel vela su imagen cubriéndola con la tela que se urdió en las tinieblas.

—No lo olvides, si la incertidumbre emergiera —continúa, mientras rebaja la burla de su discurso—, que Nos sí te salvamos de perecer y que el pensamiento es la joya que adorna tu espíritu.

Se esfuman las visiones, la náusea remite y Hormi se incorpora titubeante hasta derrumbarse en el sofá. A través del ventanal aún puede ver los perfiles que deslindan la noche del día.

10. La comedia

Se acuesta en busca del descanso y encuentra que la noche es sonámbula del día.

Al despertar, María siente que su respiración no es un acto fisiológico que filtra oxígeno del aire, sino el vínculo que la une a la savia de las plantas y a las criaturas que participan de la vida. Entre pesadillas creyó ir más allá de sí asomándose al mundo como hace el sol cuando amanece, pero no tarda en disiparse la ilusión y regresan las sombras con que la envuelve la mañana.

Sobreponiéndose al mal que la amedrenta, se levanta decidida a impedir que el eco de sus pasos comparta quejas con el viento, y descubre a Juan postrado junto a su lecho.

- —¿Velas mi reposo? Ya lo ves —dice, entregándole una sonrisa—, al igual que tú, me debato con las oníricas historias que bullen bajo los lienzos de la cama. Y he de reconocer que últimamente no suelen ser agradables.
 - —Lo sé... y también sé la causa.
 - —¿La sabes? ¿Qué quieres decir?
 - -Que lo sé desde que te dieron los

resultados de las primeras pruebas, y ya no puedo fingir que no pasa nada.

—Yo...

No le es posible proseguir, Juan le coge la mano y la acaricia con delicadeza. De inmediato percibe una cálida emoción, el bálsamo que la reanima extendiendo un inesperado alivio.

—¿Cómo?

—¿Qué importa? Los encontré, es lo que pasó. Tal vez fue el azar, el destino, quizás tu comportamiento. Estábamos empeñados en tener un hijo, ¿recuerdas? De improviso esta casa cerró sus puertas dejando en el exterior lo mejor de nosotros. ¿Acaso era imprescindible toparme con esos papeles para entender que algo malo te ocurría?

--Creí que...

—No tienes que justificarte, sé que no hay ley ni religión que te impida entregarte a mí, aunque en ello te vaya la vida.

María reprime un gesto de contrariedad. Evoca los días en que unos controles rutinarios, en la clínica de maternidad, finalizaron en un centro de oncología. El deseo de concebir lo devoró la irrupción de una enfermedad terminal.

Consciente de la fragilidad de su marido, negoció complicidades con el afán de mantenerlo al margen mientras le fuera posible. No podía prescindir del hombre que siempre fue: el del jardín del primer beso. Pero pronto lo halló debilitado por una dolencia que al fin logra descifrar, los dos sufrían tratando de exorcizar en el otro la desolación, negando formar parte de un drama que se repite hasta la saciedad.

Se besan, cierran los ojos y se estrechan en un abrazo.

—Lo lamento, sin pretenderlo hice de tus noches un suplicio interminable. Me propuse aislarte del dolor y te expuse a él en soledad.

Juan se sobrecoge al oírla. Toma conciencia de la indefensión que padecen. Necesita huir, escapar de esa guerra imposible de ganar. Por más que lo procura no es capaz de asumir la situación ni de encarnar a tan inocentes víctimas. La pesadilla surge de la penumbra de los sueños y se incrusta en sus cuerpos con intención de destruirlos.

—¡Calla, no digas más! Me desgarraba el alma advertir los esfuerzos con que me apartabas de tu sufrimiento. Quise

complacerte y guardé silencio...

Sin fuerzas con las que acabar la frase. se derrumba. No consigue sujetarse en los límites de la razón. Se considera abandonado. maltratado por dioses que violentan a su antojo el camino de los hombres, que lo manejan como a un simple títere. Anhela la certidumbre que le permita aferrarse a María cuando la realidad lo empuia al abismo donde habrá de perderla. Nunca imaginó que pudiera soportar tanto dolor sin que Átropos, la Moira griega que elige el mecanismo de la muerte, cortara con sus tijeras la hebra que lo une al mundo. Oculto entre bambalinas ha visto a su esposa contener las arcadas de vísceras que vomitan sangre, y maquillarse luego para disimular los estragos del mal en los labios.

¡No... no podrá resistirlo! Él es tierra fértil al cuidado de ella y toda ella crece en él; antes el amor y la vida, ahora la angustia y la desesperación.

Perversa comedia en la que el autor se burla de los actores encarnando a un creador que receta desdichas. ¿Dónde está el espectador que impasible asiste a la función? ¿Dónde el galeno que no lo remedia? Si al menos supiera cómo bajar el maldito telón y tuviera el coraje de hacerlo.

Registra sus bolsillos en pos de una cajita del tamaño de un reloj. La abre preso de compulsiva impaciencia y saca unas pastillas de color violeta marcadas con una «P».

- —Comencé a tomarlas después de ver el resultado de tus análisis... las arrinconé semanas atrás al comprender que me distanciaban de ti. ¡Debimos empezar a tomarlas juntos!
 - -¿Qué es eso?
- —Son el «pensamiento de los sueños». Ten, coge una, voy a traerte agua.
 - —¿Es cosa de tu hermanastro?
- —Qué más da... nos sirve, María. ¿Lo entiendes? Es de lo poco que aún disponemos... lo que nos queda.

Le coloca una de aquellas píldoras sobre la palma de la mano y sale de la habitación.

Durante segundos la mujer permanece inmóvil, con la mirada fija en el comprimido, sin llegar a reaccionar. Es un escaso intervalo en el que se quiebra la fe y se deshace toda esperanza. Un insondable vacío se genera en derredor y la alcoba se inunda con el vaporoso manto de un frío que surge de la nada.

—Ya estoy aquí, no tengas miedo porque es nuestra elección, la que nos redime y alza victoriosos frente a lo inexorable, la que bordea el escenario de la tragedia. Lo único que podemos hacer para conservar la dignidad: tragarnos los pensamientos.

Juan recupera la pastilla y la introduce en la boca de María. Le da el vaso animándola a beber. Ella la ingiere sin oponerse. Por un momento se cree dormida, divagando en el irracional espejismo de una abstracta dimensión, sumida en alucinaciones que invocan febriles fantasías. Instante en que nace la extraña sensación que la alerta de un cambio. Dentro de sí, una entrada que siempre estuvo sellada, cede al dominio de un enigma, es algo inmaterial que traspasa el umbral de la existencia.

María vislumbra a la muerte, que irrumpe cautelosa.

11. La nada y el caos

Su brazo izquierdo, apoyado en la pared, exhibe la torpeza con que recorre el pasillo que lleva a la cocina. De vez en cuando sacude la cabeza e intenta deshacer la penumbra que la envuelve.

Alina llena una taza con agua y la hierve en el microondas. Sumerge una bolsita de té, la tapa con un plato pequeño y se sienta a contemplar el vapor que escapa de uno de sus bordes. Un tenue hilillo se desvanece alejándose del recipiente, mientras perfila fantásticas formas que solo ella consigue interpretar.

El espacio comprime el silencio que la rodea y lo descompone en un lamento contenido.

Le tienta la idea de abrir la ventana para que la casa ruja al atrapar el aire de la tarde, pero se resiste forzándola a aguantar la respiración en una asfixia calculada. La herrumbre de la pena ha penetrado en los muebles, en sus muros de pintura acartonada, en las cortinas almidonadas por la desesperación.

«Acabé con los deberes, salgo a jugar».

Pasado unos minutos la tisana está lista. Coloca la vasija en el plato que antes la cubriera y se echa atrás dejándole sitio a su fragancia. El aroma, receloso, apenas se atreve a avanzar más allá de la mesa.

«El doctor me citó mañana. ¡Ojalá que esté a tiempo de ayudarnos!».

Los relámpagos de una pretérita tormenta se cuelan furtivos por las grietas del presente resaltando imágenes que no pertenecen a este mundo. Afuera, en la calle, la lluvia arrecia con reiterados toquecitos en la vidriera, pero la mujer los ignora.

Al coger la taza y acercarla a los labios, uno de esos destellos que se originan entre nubes se aproxima a iluminarle el rostro. El líquido, improvisado espejo, refleja a golpes de luz la oscuridad de un cuerpo sin alma. La conmoción del trueno estremece las vigas y tabiques de la estancia. Da un par de sorbos y ladea la cabeza desviando la mirada a lo poco que se vislumbra del exterior. La lluvia sigue allí e insiste en que la dejen entrar.

«Mamá, me esperan los amigos». Apura la infusión, luego se encamina al dormitorio.

Una sombra que roza su cara deja la estela de un zumbido. Se sienta en la cama, después de segundos de indecisión se acuesta adaptándose a la posición de una insana rutina.

«Mañana cojo el auto e iré a verlo».

La ceniza de su pelo son restos de la hoguera de la vida donde los años arden dejando el rastro del olvido. Hay llamas que avivan los latidos del corazón, y otras que lo queman con el fuego del recuerdo.

De improviso sobreviene la desconcertante vibración. Aparece y desaparece sin más lógica que los impulsos nerviosos que puedan motivarla, tal vez guiados por estímulos visuales.

Ahora no se oye más que el repiqueteo de gotas que mueren contra los cristales. Un rápido agitar de manos y ahí está de nuevo.

La habitación se reclina, intrigada, arrimándose al impasible lecho, la respuesta de Alina al devenir de lo que pudiera ser un imaginario insecto, ha despertado su atención tras lustros de morboso letargo.

Silencio, agitar de manos y zumbido. De nuevo silencio y vuelta a empezar. La nada... y el caos.

Junto a la cama, en una mesita de lámpara triste, se acumulan fotos como lápidas en cementerio, sobre ella un enorme crucifijo sostiene a un hombre torturado.

Retorna el zumbido, no... no es eso... son sus pensamientos.

«Mamá, déjame salir».

«Alina, me voy a la ciudad».

La inocencia adolescente en brazos de la pasión, un agitar de manos y regresa la mujer víctima del azar.

Silencio y vuelta a empezar.

La nada... y el caos.

12. Singularidades

Hubo un instante en el que, por primera vez, el eco de un pensamiento se abrió paso al universo. La materia, víctima de la extraña paradoja, se estremeció al reconocerse en medio de la nada. El infinito se reflejó entonces en una difusa imagen de sí mismo, tan frágil e insignificante, que dio origen a la soledad...

Alberto cruza la cancela adentrándose en el jardín de su casa. El auto prosigue con el resto de ocupantes. Las ramblas, conquistadas por el recogimiento de la noche, parecen catedrales en las que los árboles, a modo de columnatas, sostienen la bóveda celestial.

- —Yago, dejemos antes a Fedor, no me apetece ir a dormir.
 - -Lo que tú mandes.

Casi no hablan. Toño dispersa su atención en llamativos neones que iluminan la ciudad, Fedor se muestra acuciado por una inquietud que lo aísla del exterior. Ninguno de los dos se percata del renovado olor de las vías

que atraviesan ni de los destellos con que el rocío las acicala.

El vehículo se detiene.

—¿No te bajas aquí? —pregunta Toño, dándole un toque con el codo a Fedor.

-¡Ah, sí, disculpad!

Sale del coche y contempla cómo lo alejan los sucesivos acelerones de Yago hasta diluirse en sombras al final de la calle. Luego se gira topándose con el vestíbulo de su edificio. Busca en la fachada su ventana, en la novena planta, y la encuentra sin más vida que el apagado brillo de los cristales. Allí donde el tiempo encaja en la brevedad de los recuerdos, a un lado de la carretera y de la noche, su figura se une a la presencia insomne de la luna y al súbito resplandor de una tormenta en el horizonte.

Un cuco de afónica cantinela marca las cinco de la madrugada al acceder a la vivienda.

Se mete en la ducha urgido por eliminar el sudor y aliviar la fatiga. Más relajado, abandona el baño, se seca y suelta en la toalla la desidia con la que se escuda para no admitir que sufre en silencio, que se aparta del mundo como la vida aparta a los muertos. Se encamina al dormitorio y se echa en la cama

en la que esperan sábanas atropelladas por un laberinto de tristezas. En su cabeza bullen, cual afiladas cuchillas, las palabras que Hormi le dijera a Toño refiriéndose a Marta y al Chapao: «¿Lo ves?... en poco estará en casa jodiendo a la hija de tu madre».

Por encima de los treinta, Fedor Ileva años empeñado en que los días pasen sin oponerles resistencia. Se ha dejado gobernar por la inercia de cuanto acontece sin importarle a dónde lo arrastra la fortuna o la desgracia. Pero esa frase, pronunciada durante la cena, segrega en sus tripas un humor imposible de digerir, avivando la impotencia que estrangula su corazón.

Pone en marcha el estéreo y se acuesta en pos del que seguro no será un reparador sueño.

Un violín reclama el espacio de la estancia con una nota que se alarga y a la que, andante, se le unen los compases de un piano, el oboe, y de inmediato el contrabajo. A continuación, surgiendo de un lugar indeterminado, la envolvente voz de la soprano.

La música lo estimula con sentimientos que afloran junto a paisajes de la adolescencia.

Cierra los ojos y emprende un viaje que lo transporta al remanso de un río en el que, años atrás, la viera por primera vez.

La mente trae a la existencia el momento en que materia y energía, en un punto de densidad infinita, son preludio de un extraordinario acontecimiento. Pero es incapaz de entrever las fuerzas que la hacen testigo de la vida. El universo no es consecuencia de una gran explosión, sino de un simple razonamiento...

Casado con una joven y atractiva mujer, don Graciano Ayensa se consideró dichoso cuando, próximo a los cincuenta, experimentó la paternidad a la que de manera sistemática había renunciado. Hábil comerciante que amasó una considerable fortuna importando productos rusos, decidió desligarse de los negocios y consagrar el resto de sus días a la familia. Amante entusiasta de la naturaleza, compró un caserón en las afueras de un pueblo de montaña, aislado del ruido y las prisas que siempre lo atosigaron.

En un caluroso mes de junio, tras semanas de interminables preparativos y

mudanzas, doña Isabel, su esposa, da el visto bueno que por fin inaugura la nueva residencia. El piso superior está rodeado por una terraza a la que tienen salida todas las habitaciones; allí, en mitad de una magnífica mañana, don Graciano respira satisfecho mientras observa un horizonte enardecido con detalles que suelen quedar velados por la distancia

En la leianía, a su izquierda, los macizos rocosos se revelan altivos entre abedules de más de veinte metros que. proliferando en sus faldas, desatan el hechizo de la desbordante espesura. Según baja la cota de altitud, la masa forestal rompe con la armonía de sus formas y lo equilibrado de sus nutriéndose de tonos. extensas aglomeraciones de robles y castaños. Mucho más próxima, en la ladera en que encuentra, una carretera que proviene pueblo zigzaguea comunicando desperdigadas villas del municipio. Más abajo un río pasea sus diáfanas aguas con la serenidad de una madre protectora. En un recodo del cauce, las orillas se abren para alojar, en uno y otro margen, la amplia zona de arena que todos denominan «el puertito». Aquella explanada es el centro de la diversión en verano y el emplazamiento donde el río se complace en facilitar el baño. Puerta de llegada y partida, el puente que lo franquea es una monumental obra de cuatro arcos inspirada en la antigua arquitectura romana. A su derecha, la visión del valle se pierde, inabarcable, en un mar que no se puede adivinar.

Con el astro rey en su cénit, el puertito rebosa de residentes y visitantes que disfrutan de su belleza natural. Los parasoles lo abarrotan de color y los juegos y saltos de niños, de alegre bullicio.

Isabel se le aproxima, lo coge del brazo y pega la mejilla en su hombro; él, absorto en la paz que lo inunda, piensa que por fin edificó su paraíso en la tierra.

- —He aquí realizados los sueños por los que tanto has trabajado.
- —Sí, pero nada valdría la pena si no estuvieras a mi vera —responde, y la abraza.
- —Lo estoy sin faltarte un minuto, si el primero que cuentas es aquél en que te colaste en mi camerino con un ramo de rosas y un estuche que apenas podías disimular.

Mujer esbelta y distinguida, a Isabel no se le conocía prenda que pudiera deslucir la

elegancia de su porte. Perfilados por duendes que solo saben de felicidad, sus labios ofrecen una sonrisa sin más requisitos que el de mirarlos. Rondando los cuarenta, la señora de Ayensa evoca, con su respuesta, la imagen de su marido, rodilla al suelo, mostrándole la sortija de compromiso. Fue la tarde en que resolvió entregarse en matrimonio y arrinconar su carrera de actriz. Bendecido acto tras el que jamás han consentido en separarse.

Él la estrecha contra sí y la besa.

- Muy atrás quedaban las correrías que dieron notoriedad al empresario como indómito solterón de moda y, aún más, la obsesión del idilio que mantuvo con su prima, siendo ésta casi una niña.
- —¿Por qué no nos bañarnos? pregunta el hijo de ambos que, entusiasmado por la novedad, se les une.
- —Me parece una excelente idea replica Isabel, con la intención de animar a Graciano.
- —¡Magnífico! Será una buena oportunidad de relacionarnos con nuestros vecinos.

La razón tiende a ver en el cosmos la

estructura de un orden aparente, mientras alimenta el enigma del que se vale el azar. Es la fuerza que se expandió desde la ínfima parte de un átomo hasta el cúmulo de estrellas que se puedan imaginar. Impredecibles, el tiempo y el espacio se pliegan a los designios del caos, empezando de nuevo lo que termina de acabar...

Además del día más largo, el estío dio comienzo a la temporada más calurosa de los últimos años.

La calzada que desciende a la villa se retuerce en busca de los apoyos que le posibiliten aferrarse a la montaña. Un sendero ataja el camino al río, pero la tentación de tomarlo la vence el reto que supone el ascenso. Así que deciden utilizar el coche.

Mediado el trayecto divisan a una mujer que, descendiendo a pie, carga con un par de bolsas.

- —Señora, si nos lo permite, nos encantaría acercarla —le dice don Graciano, aflojando la marcha.
 - —Voy al merendero, no se molesten.
 - -No es molestia, déjeme que insista,

nosotros vamos hacia allá. Suba, que la llevamos encantados.

El consistorio, con ánimo de estimular el ocio, había aprovechado las virtudes del puertito para consolidar unas instalaciones recreativas. En la ribera opuesta al pueblo y en comunión con el entorno. construyeron un merendero en el que no se reparó en gastos. Las numerosas mesas de las que consta empiezan bajo los árboles y rematan en un paseo que delimita con la explanada recorriéndola de una a otra punta. Incluye multitud de bancos, miradores cubiertos por carrizo entrelazado y escaleras de madera que dan acceso a los cuantiosos vados del río

No demoran en llegar.

 —Miren, junto a los señores Velarroa hay sitio suficiente. Vengan a conocerlos. Seguro que les agradan.

Hilaria sitúa las fiambreras y enseres que porta sobre el mantel que cubre la mesa y se dispone a presentar a los Ayensa.

Nada más verla, don Graciano la reconoce. Las venas y arterias de su cuerpo se dilatan abriéndose al ímpetu del corazón, y los sentidos lo trastornan con apasionados recuerdos. Se esfuerza por sujetarse dentro de la carne que le da soporte, pues cree que su espíritu la abandona en pos de Alina. Allí, hecha mujer, está la chiquilla que se perpetuó en sus sueños, y él torna a ser el joven que un día se extravió explorando sus misterios.

 Don Ernesto, esta es la familia de recién instalados.

En el instante en que Alina saluda, ofreciendo la mano al señor Ayensa, advierte una agitación que altera su organismo. Desconcertada, experimenta la convulsión de un remoto acontecimiento, la ola de una gigantesca tormenta que, tras recorrer miles de kilómetros, arriba en su piel. La niña se ilumina con la luz de su primera vez y, ante el temor de regresar al olvido, golpea con furia en el pecho de la mujer. Los latidos desencadenan una vibración que se propaga más allá de sus límites y origina una perturbación de imprevisibles consecuencias.

Un fondo oscuro e inescrutable es sometido a la violencia de materia en constante colisión, donde el espacio se distorsiona diseñando singularidades; en unas encierra a la luz, en otras, a los

pensamientos.

Bastó un cortés preludio y el discurrir de una breve charla para que, fascinado por el buen hacer de los Ayensa, don Ernesto no dudara en compartir su mesa. Aunque todo se ajusta a la discreción y a las respetuosas normas que imponen el protocolo, insustanciales movimientos e imperceptibles miradas liberan, a lo largo de la tarde, detalles que debieron permanecer encerrados.

—¿Por qué no vas y le dices a Marta que la tata trajo la comida? —le sugiere Alina a Ernestito.

El pequeño asiente con una sonrisa.

—¿Me acompañas? —le pregunta a Fedor—. Está aquí al lado, bañándose con las amigas.

—Sí, claro, así también me doy un chapuzón.

El hijo de los Ayensa se apresura a despojarse del pantalón corto y la camiseta, agarra una toalla y, jubiloso, se une al nuevo compañero con la intención de zambullirse en el río. Los dos se adentran en la explanada sorteando el laberinto de sombrillas y a los que descansan ungidos con bronceador.

- —Mírala, ahí está. —y la señala, justo cuando la adolescente va a saltar desde una roca.
 - —¿Esa es tu hermana?
 - —Sí, ¿por qué?
 - -Porque es como el horizonte.
- —¿El horizonte? ¡Oye, tú eres muy raro!

Mientras la observa, Fedor evoca a una de sus profesoras que, hablando de la inalcanzable línea, sentenciaba: «Es el único lugar de este mundo en el que se unen el cielo y la tierra».

13. La Maresía

Yago acelera empequeñeciendo la imagen de Fedor en la distancia.

-Llévame a La Maresía.

Al conductor le sorprende el rumbo que toma Toño, lo escruta a través del retrovisor, y pregunta:

- —¿No hablaste de dar un paseo?
- —Y es lo que pretendo: recorrer los paisajes de la seducción.
- —De la seducción y del peligro... ¿merece la pena?
- —¿Acaso hay algo más excitante que una mujer prohibida?
- —Tú sabrás. —Y sin más, se centra en la carretera.

La Maresía, en un principio pueblo de pescadores, se convirtió en barrio rendida al asedio y el empuje de la ciudad.

Curiosamente escalonadas, sus edificaciones se inician en la base de una loma que, adentrándose en el mar, conforma lo que se conoce como el cabo del Pescador. Su punto más alto remata en un balcón natural que parece dialogar con el horizonte. En su

extremo sur, en lo que otrora fuera puerto pesquero, fondean yates y barcos recreativos; hacia el norte, el paseo marítimo se prolonga más allá de sus límites hasta desaparecer en una playa resguardada por una aglomeración de palmeras. Sus calles acumulan aliento salino en la mañana, y la acuosa persistencia de las olas en la noche.

Al ver que alguien sale de la casa azul, Toño retrocede, se parapeta tras una esquina, y asoma con cautela la cabeza. Un individuo arrastra tras de sí el eco de sus pasos mientras dibuja un adiós con la mano al alejarse. La puerta se cierra dejando que la madrugada recupere el rumor de la marea.

Generadas en la escollera, la brisa esparce partículas que forman un anillo blanco en torno a la luz de las farolas. Suspira agobiado por la sal que cae del cielo, aguarda a que se deshagan las dudas y prosigue. Un par de golpecitos con los nudillos bastan para que la puerta se abra de nuevo.

—No deberías estar aquí —asegura una voz femenina—. Pasa y echa el cerrojo.

Toño aprecia una fugaz silueta que se desvanece en el pasillo.

Un espejo en el recibidor y de inmediato

la sala: sofá de media luna en un rincón, mesa rectangular a sus pies, mueble modular con televisión, y fotos de los años en los que en el pueblo se reparaban aparejos de pesca. Se aventura a curiosear y llega a la cocina. Se una ginebra con abundante añadiéndole jugo de naranja que localiza en la nevera. Desplaza la cortina y a través de la ventana puede ver a contraluz, en otra, la figura de la joven en la ducha. Agita la bebida con un movimiento circular de su muñeca y la apura de un trago sin dejar de admirar la evolución de los sensuales contornos. El patio interior es el pulmón de la vivienda, el encargado de distribuir la luz del día a las habitaciones. De un cordel que lo cruza cuelgan prendas íntimas de mujer, sutiles transparencias que desbordan toda fantasía.

El fresco aroma del gel de baño lo inunda cuando la muchacha surge vestida con una camisa rosa y pantalón corto a juego de tela muy fina. Él permanece en el sofá con dos vasos de la mezcla alcohólica depositados en la mesa.

- —Te preparé uno.
- -No deberías pasar por aquí.
- -Ni tú dejarme entrar.

Su presencia magnifica en Toño cuanto lo hace sentirse hombre. En Andrea lo femenino trasciende a su cuerpo, a sus gestos y a su voz. Ella se acomoda a su lado, él la examina reprimiendo el anhelo que se le acumula en la sangre.

—Tranquila, se apeó en el acceso a su jardín y lo vimos franquearlo. Estará en brazos de Morfeo.

La joven coge el vaso.

—¿De veras?

Vencido por la pasión, la aborda con afán de besarla, pero Andrea lo rechaza reteniéndolo en su sitio.

—¿A qué vienen las prisas? Te irá bien un baño.

Debajo del chorro, oprime y expande la esponja para que se empape con el líquido elemento y adquiera su temperatura: tibia, como recuerda el taco de la sedosa piel de Andrea, la rocía de gel y se frota cubriéndose de espuma. Las esencias liberan la fragancia que antes conquistara el ambiente del discreto salón. El corazón se le desboca.

Andrea da un último sorbo. A continuación se desnuda de camino al pasillo. Suelta la blusa cerca del cuarto de aseo, el

short en la entrada al dormitorio.

La ventana, decorada con un estor azul pálido, acapara el ancho de la cama. Unos lienzos blancos con estampados de claveles cubren el colchón, mesitas y lámparas de base modelada con sirenas en los extremos de la cabecera, enfrente el guardarropa. Se acuesta, abre las piernas y se aprieta con fuerza los senos. La respiración se le entrecorta al oír que cesa el agua de la ducha. Se lo imagina limpio, secándose. Sus dedos se deslizan suaves hacia el pubis. Se muerde el labio inferior hasta notar un toque metálico entre los dientes, luego los acaricia con la lengua.

Sus ojos son rendijas por las que asoma el deseo.

Lo oye salir del baño, avanzar por el pasillo y detenerse en el umbral de la alcoba. Un estremecimiento que la atraviesa fondea en sus muslos, mojándolos. Se sienta a contemplarlo. Él recoge el pantaloncito y se lo lleva a la cara. Ella se levanta y va a su encuentro, despacio, paso a paso. Unen las miradas primero, la boca después. Atrapados en besos interminables se tiran en el lecho, sobre las sábanas de flores, bajo el estor azul. Toño con la prenda en la mano izquierda,

Andrea agarrándole el sexo con la derecha.

- -Espera...
- —No —replica, y se coloca encima.
- —Si no te detienes va a durar muy poco.
 - -No importa. Volvemos a empezar.

El despropósito del tiempo deshace las horas, si son dichosas, para alojar instantes irrecuperables en los recodos de la memoria. En las mesitas, las ninfas pierden su brillo empañadas por el aliento de amantes sudorosos.

El día los despierta al abrigo de un tenue matiz azul: es parte del cielo que desciende a la tierra.

La Maresía se entrega al ajetreo del mediodía. Las nubes se cierran desdeñando al sol y la luz se difunde desvaída, filtrada por el desánimo de otra tarde que se antoja de lluvia.

- —¿Sigues dormida?
- —Sí. No me gustaría despertar.
- —¿Me dejas decir que te quiero?
- -Si no lo dices te odiaré.
- —¡Te quiero!
- -Repítelo, aunque no sea verdad.
- —Lo haré si me crees.
- —Entonces calla y abrázame.

Toño la complace en silencio. Le aparta el pelo de la frente y la busca en su mirada. Los ojos de la muchacha, arrancados a la noche, conservan reflejos de crepúsculos adolescentes. La percibe frágil, vulnerable, y toma conciencia del riesgo al que la expone visitándola.

- —¿Sabes una cosa?
- —¿Qué?
- —Algo extraordinario sucedió anoche.
 Ella echa la cabeza atrás para verlo mejor.
 - —¿Qué insinúas?
- —Que abandones este lugar y que juntos nos alejemos del mundo al que da cobijo.

La de veces que se lo habrían propuesto, pero allí los besos y los te quiero son mercancía en venta. «Di que me amas aunque sea mentira», esa era su frase preferida. A qué podría aspirar si es lujo al capricho del dinero.

- -No meditas lo que hablas.
- —Nunca estuve más seguro.
- —Pues di que me quieres y hazme el amor otra vez.
 - —Te quiero...

En el cabo del Pescador, donde el mar arrebata el aire con el olor de las algas, una cama navega mecida por las olas de cuerpos que se aman. Él rema con el corazón de Andrea en su mano izquierda, ella con el alma de Toño en la derecha.

Suena un móvil en el baño.

—Es el mío, un momento y regreso.

Andrea lo ve salir a por su teléfono e intenta asimilar lo que acaba de ocurrir. Solo es capaz de entender que, por primera vez en años, le sonríe la felicidad.

14. Un deseo inconfesable II

—Hemos llegado a un punto en el que la amistad me obliga a rogarte que aceptes mis disculpas.

-¡No te entiendo!

Vitaliy cambia la complacencia que anima su semblante por una formalidad inusual en él.

—El vino compartido no es la razón de que estés aquí, sino el pretexto para la conversación que mantenemos sobre los deseos: los tuyos y los míos —puntualiza, señalándolo con el dedo índice y luego a sí, con el pulgar—. También tengo dos, como en tu caso, uno es un secreto inconfesable.

Graciano lo mira perplejo sin saber qué decir, por lo que deja al anfitrión que prosiga con su discurso.

—No es casualidad ese interés que sientes por iniciar vínculos comerciales con mi país, tampoco la necesidad de un emisario o correo en mi familia; he de reconocer que tus aspiraciones y las nuestras se complementan en

deseos que se satisfacen mutuamente. Sin embargo, el que se cumplan los dos mencionados depende de que se haga realidad el de Alina, y éste, de que se materialice el que te voy a revelar.

Vitaliy acomete una intencionada pausa, apura el contenido de la copa y la deposita en la mesa. Mira a su invitado, que lo sigue expectante, y continúa:

-Son muchos los hombres que solo creen en sí mismos. Para buena parte de ellos la existencia no tiene otro requerimiento que el de sobrevivir a una frenética aventura sin más filosofía que una mediocre ética de la felicidad. Claro que la mayoría se preocupa por los seres que aman, por el prójimo y, ¿por qué no?, por el entorno en que se desenvuelven, ¿acaso no es lo razonable cuando condiciona al propio bienestar? Sus compromisos son inmediatos y la vida y la muerte, extremos de una cuerda en constante tensión. No hubo nada antes, nada se espera después. En cambio los hay que no se resignan a ser un amasijo de carne, huesos y pensamientos, y se entregan a la búsqueda de la divinidad huyendo de un vacío insoportable. Entonces la fe se convierte en la rúbrica de un contrato que garantiza la eternidad. Lo esencial no es el

cuerpo, que transita en un mundo de senderos inciertos, sino el espíritu, que lo hará paraísos hechos a medida. Todo consiste en imponerse una gestión del alma que agrade al dios que le da su razón de ser; de manera que la vida es un trámite al que da sentido la muerte. Por último, apreciado amigo, están los que navegan en un convulso mar de dudas. ¿Es el hombre el centro del universo o lo es la deidad que le permite situarse en ese lugar? Y la gran incógnita: ¿dónde se encuentra la verdad? La respuesta es que está allí donde se descubre una mentira, y la mentira, donde creímos ver la verdad. No, Graciano, el tiempo del que disponemos es corto para malgastarlo en quimeras y la verdad, una ramera que seduce al ignorante. Tú y yo nos nutrimos de algo más que sueños. ¿De qué sirven los años de trabajo y privaciones si no disfrutas de una casa como esta o de la bebida que ahora colma tu copa? ¡Por qué limitarte a suspirar por Alina si puedes poseerla!

Vitaliy enmudece en pos de la reacción de su invitado, Graciano se abstrae unos segundos contemplando el vino y, tras apurarlo, exclama:

-¡Ojalá hablaras en serio! De ser así,

ya hubieras expuesto cómo es que está en tu mano compartir semejante privilegio.

Su anfitrión sonríe complacido.

-No es merced que esté en mi mano. pero deja que te lo explique: Bogdán Gólubev, mi tío abuelo, quien mandó construir este caserón, llegó a la vida acuciado por la pobreza. Sus padres eran campesinos sin tierra, sin agua y sin pan. El sol salía para verlos trabajar y perecer sobre la piel ingrata de la patria. Se les consideraba poco menos que esclavos en la Rusia de los zares. Si hablé del vino que tiñó de rojo el mar Negro, también podría hacerlo de la sangre derramada en campos que nunca fueron de batallas, sino de miserias. Ni imaginas la de veces que se pierde en pugna contra el hambre, la enfermedad y la injusticia. Pero no, no voy a evocar ahora la penuria.

»Al igual que a ti hoy, a Bogdán le ofrecieron algo que transformaría su vida y que no dudó en aceptar. Se trataba de iniciarse en una élite de personas que denominaremos «Non Speculum». Has de saber que ese honor no lo otorga el capricho de sus integrantes, se lo reserva la esencia de la causa a la que se consagran, y no influyen el origen, la cultura o

la hacienda del elegido. En el transcurso de la historia de la humanidad se dan nacimientos de seres excepcionales, como el de nuestro fundador, que vienen al mundo bendecidos con dones que les permiten observarlo desde otra perspectiva y que, animados por su generosidad, nos enseñan a abrir los ojos.

- —Espera, ¿Non Speculum?
- —Son varias las razones para ese nombre, la primordial es que el resto de mortales no debe percibir ni un reflejo de aquello que nos singulariza.
 - —¿Por qué yo?
- —Por la misma razón que las nubes vierten agua en el océano del que la recogen. A partir de hoy, Graciano, vas a disponer de una atalaya que te facilitará un nuevo enfoque de las cosas. Se acabó lo de fantasear en la estrecha senda que te arrima al mar, es hora de sumergirse en él. Acompáñame, quiero que repares detenidamente en la escultura.

Vitaliy pasa bajo el dintel de piedra seguido por su amigo, se echa a un lado y lo sitúa junto a la estatua.

Con una altura de casi tres metros, la presencia del ángel sobrecoge el ánimo de Ayensa.

- —¿Qué tal te llevas con Dios? inquiere el moldavo.
- —No somos tan íntimos como debiéramos.
- -Respondes con una frase hecha sin sospechar cuán atinada es. La dificultad no es la de creer, pues la fe es una de las muchas herramientas al servicio de la necesidad, el problema es acercarnos lo suficiente como para llegar a entenderlo. Nos queda muy lejos, es demasiado grande, demasiado poderoso. Le concedemos tantos atributos que resulta imposible afrontar una relación sin que aparezca el temor a que nos aplaste su magnitud. ¿Y qué se espera de nosotros? Sumisión, humildad y renuncia. Ante Él somos la expresión de la insignificancia. Jamás perderá un segundo de su eternidad en salvar del hambre al hambriento ni de la sed al sediento. Y yo me pregunto: ¿cómo es que no ejecuta de inmediato su Divina Misericordia?... Sabe qué hicimos, lo que tramamos en este momento y qué decisiones tomaremos a lo largo de la vida. ¿Dónde está la libertad si pasado, presente y futuro lo define su omnisciente conocimiento?

Vitaliy realiza una pequeña pausa, y

prosigue:

—No te quepa la menor duda de que la libertad es un don irrenunciable, algo por lo que hay que luchar y que nos obliga a recuperar el Edén del que jamás debió expulsarnos, lugar en el que la inocencia de nuestros padres reveló a Dios el pecado cometido. Un vergel que se ubicaba aquí, en la tierra, y del que ahora deberíamos disfrutar. Para poder elegir hay que disponer de todo, para conquistar tu adolescente jardín, tomar un atajo que Él no pueda vislumbrar.

 $-_i$ Eso no es posible! ¿A dónde pretendes llegar?

—Mira. —Señala, mientras acciona un mecanismo camuflado en la colosal figura, y una insólita entrada en la base de la escalinata queda expuesta.

Graciano es asaltado por una extraña visión: la espada que empuña el ángel se inflama con las llamas de un sobrenatural. La luz que desprende ilumina la escalera y la muestra como si fuera el retablo de un altar. Desde la trampilla abierta salen religiosos que se arrodillan en devota plegaria. Más arriba la techumbre desaparece descubriendo infinito de maravillas un

celestiales. Estrellas, cometas, planetas, satélites y asteroides gravitan en aparente orden. Ayensa experimenta un placer vital nunca antes sentido y el convencimiento de que le bastaría con extender el brazo para apropiarse de aquellas singularidades. Un pensamiento y tendrá entre sus dedos al sol más brillante o, si lo prefiere, se desplazará al lado oculto de la luna.

—¿Qué te sucede?

La voz de su anfitrión lo devuelve a la realidad.

- -Nada, nada. Disculpa... creo que...
- —¿Te encuentras mal?
- —No, no se trata de eso. Me influencia esta fantasía. La casa, el vino y la historia de los deseos concedidos excitan mi imaginación.
- —Habrás de reordenar tu mente para hacerle sitio a lo que denominas fantasía. Bien, acompáñame. Cuidado con la cabeza, según se baja, el pasillo adquiere altura y podremos permanecer erguidos.

El desconcierto de Graciano le impide discurrir con claridad. Por un lado cree que su amigo insiste en gastarle una sofisticada broma; por otro, que lo increíble es real. Sentimientos contradictorios lo estimulan con

la idea de un universo al alcance de la mano y lo atemorizan con lo que pudiera hallar tras el agujero que horada la escalera. La abertura apenas se eleva un metro veinte del piso, pero con el ancho suficiente para atravesarla sin dificultad.

—Un momento, no estoy seguro de querer continuar.

El hijo mayor del vizconde lo examina, interrogante.

—¿Que no estás seguro? ¿Y cómo podrías? La única certeza es que los días pasan menoscabando la juventud y que el camino más corto siempre nos conduce al cementerio. Tu miedo es el miedo de los muertos a vivir. Ahí abajo te aguarda la libertad —dice, señalando el pasadizo—. La posibilidad de que rompas de una vez y por todas con la incertidumbre, la pobreza, la enfermedad y el drama al que te somete este valle de lágrimas. No te ofrezco la eternidad porque somos carne y la carne está condenada a descomponerse. Pero si la vida es un sueño del que un día despertaremos, ¿qué mal hay en seguir soñando?

En los labios de Ayensa aflora una sonrisa entre resignada y complaciente.

Después de unos segundos dominados por la indecisión, responde con otra pregunta:

- —¿Cuántos compartimentos secretos amparan las paredes de tu «humilde morada»? Vitaliy no reprime una carcajada.
- —La de la biblioteca y esta son las que más se utilizan.
 - —¡Es alucinante!
- —Sí, en ocasiones pienso que mi tío abuelo me contó una fábula, y que en realidad era un incansable minero —asegura, persistiendo en la sonora risa.

El pasadizo, de un desnivel superior al de la bodega, dispone de un pasamanos y hacia la mitad de una defectuosa bombilla ennegrecida por el polvo. Al adentrarse se aprecia un áspero aire y el tenue resplandor proviene del final, cuarenta pasos adelante. Diseñada en los márgenes de una cueva, la gran cámara en que desemboca es un pentágono irregular con una bóveda que oscila entre los cuatro y seis metros de altura. Doce columnas de mármol negro, con adornos dorados en la basa y el capitel, recorren, de norte a sur y en paralelo, los muros más largos adaptando el fuste a la distancia que separa el suelo del techo. En el extremo

septentrional, decorado con una cortina de terciopelo rojo, la figura de un ángel da forma al sitial de madera que, ubicado en una plataforma, preside el lugar. Constituida por dos bloques de piedra sobre los que se ha colocado un tercero, le sigue el ara de ceremonias; y encima, en medio de dos candelabros de oro, un cáliz de barro y una cajita de alabastro.

- —¡Extraordinario! —exclama Graciano—. Jamás hubiera sospechado la existencia de algo así bajo la casa.
- —No te extrañes, estimado amigo, advertimos muy poco de cuanto tenemos delante y, por paradójico que parezca, mucho más de lo que llegamos a comprender.

Bajan los últimos peldaños y alcanzan la sala. El olor y la luz de las arañas de tres brazos, que rematan en círculos repletos de velas, recrean un ambiente nebuloso, casi líquido, dominado por una punzante energía.

- —Se diría que el aire se puede tocar.
- —Tienes razón, esa es la sensación que tengo desde la primera vez que bajé. Es probable que se deba a la humedad... o a la difusa danza de las sombras al son de los cirios. ¡Quién sabe!

El moldavo guía a su invitado hasta las voluminosas piedras que conforman la mesa ritual.

—He aquí mi secreto inconfesable además de mi deseo —afirma jubiloso—, que es el que hará posible los tuyos: quiero que seas un hombre nuevo, un *Non Speculum*.

Graciano no participa de tan asombrosos acontecimientos con igual regocijo. Le embarga la impresión de ser un espectador sin capacidad de decisión. Su voluntad es como la de un árbol que ve alejarse o llegar la lluvia, azotar o acariciar el viento. Está ahí, en medio, a la espera de lo que haya de acontecer sin lograr apartarse.

- —Préstame atención. Este es el cáliz que te ha de saciar, lo asirás con tu mano derecha. Luego abrirás la caja de alabastro con la izquierda y tomarás la esfera de ámbar que hay dentro sin demorar en observarla. A continuación te acomodarás en el sitial del ángel y, en tanto que consumes el brebaje, llevarás el objeto, aprisionado en el puño, junto a tu corazón.
 - —¿Qué contiene la copa?
- Nada de lo que preocuparse. Te costará entenderlo, pero su contenido se

transforma según se bebe porque se colma en la medida en que se agota. En un principio te será imposible identificarlo, después reconocerás la esencia de Alina. Su virginidad es el umbral de una entrada que siempre querrás atravesar, el sabor de los deseos que se cumplen.

Las últimas frases lo sacuden con una agitación que el miedo aprovecha para instalarse en su cuerpo. La inocencia de la prima aparenta ser el ingrediente sin el que lo demás carece de sentido, la ofrenda de un sacrificio que ambiciona burlar al creador. Ayensa se controla, aunque le gustaría huir de semejante trance, reconoce haber llegado demasiado lejos y no es cuestión de echarse atrás. Sube al estrado situándose entre el sitial y la mesa de piedra. Está dispuesto a satisfacer lo dicho, a acabar de inmediato.

—¿Con eso se termina?

—Śí —responde Vitaliy y, con un postrero gesto, le pide que se detenga—. Antes de comenzar, concédeme un par de segundos, he de retirarme. Esto es algo que debes abordar solo. Pero no te alarmes, estaré pendiente de ti tras esa puerta.

Mientras la señala, se dirige al lado más

reducido de la cueva donde en efecto hay un acceso con un entramado metálico que ocupa su frontal. Camina hacia atrás, con la mirada puesta en Graciano, como si al distanciarse pretendiera prolongar su presencia y calmar la inquietud que aflora en su rostro. Al fin se gira y su imagen se disipa en la vaporosa atmósfera que respira la sala. La gruta parece aumentar de tamaño y al tiempo ceñirse sobre Ayensa. Por momentos siente que el frío que rezuma la roca se acerca cristalizando el aire.

Al iniciar la ceremonia no consigue reprimir un escalofrío. Con la diestra coge el cáliz: su temperatura es cálida, como si el líquido del interior, de un negro que absorbe cualquier reflejo, lo mantuviera caliente. Con la otra abre la cajita y agarra la fosilizada joya apretándola en el puño. Un paso atrás y se sienta. Las sienes acumulan una tensión insoportable cuando sus labios tocan el preparado. El trago es amargo hasta guemar en la garganta, lo apura, y posiciona la esférica resina en el costado. Tras un instante de aturdimiento, advierte, con estupor, que los latidos en su pecho menguan con la misma intensidad que crecen en el ámbar. Su mano cerrada apenas soporta la presión que los rítmicos golpes ejercen en los dedos. Graciano teme que la vida se le escape. Intenta alzarse, pero el celeste espíritu al que da forma el sitial lo impide envolviéndolo con sus alas. En medio del forcejeo cree oír los retumbos de una oración que clama por la hija de las tres muertas, por la inocencia de una niña y el inconfesable acto que se ha de materializar. Todo aglutinado en los espasmos de un enrojecido corazón. Pierde las fuerzas, la vista se le nubla y lo invaden las tinieblas.

Recupera el conocimiento. Presume que está en la cámara de las doce columnas por el embelesado aire de unos cirios que no puede distinguir y, por el tacto, que continúa en el sitial de madera. Se levanta extendiendo los brazos, al avanzar tropieza con la piedra ritual. A tientas la bordea en busca del escalón con el que apearse de la plataforma.

«Tranquilo, sigo aquí».

—Vitaliy, ¿por qué está tan oscuro? ¿Dónde estás?

«Contigo».

—¿Qué les ocurre a mis ojos? Sé que las velas siguen encendidas.

«No miras a través de ellos».

-¡Por favor, ayúdame!

«Cálmate. Te mostraremos el camino».

—¿No estás solo? ¿Quién te acompaña?

«La sombra que te enseñará a moverte en ausencia de luz».

Temblando, empapado en el sudor de una inquietud que no cesa, asume que no hay más salida que la de obedecer. Respira hondo un par de veces y procura serenarse.

«Lo haces muy bien. Ahora dime, ¿qué ves?».

—Nada, no veo nada... espera, sí, creo que hay alguien, debes de ser tú.

«No, es tu guía. Trata de seguirlo sin dejar que la incertidumbre te asalte. Te conducirá por el atajo que en adelante tomarás para calmar tus ansias. Ve con él sin reparos porque en su naturaleza impera el afán de servirte. Eres un *Non Speculum*, su Señor en este mundo».

—¿Seguirlo? ¿Cómo podré? «No preguntes. Haz lo que te digo».

La voz del anfitrión se convierte en eco que se apaga hasta desaparecer. Tras un primer e indeciso paso, Ayensa es consciente de que los obstáculos están en la mente y los temores, en el corazón. Sabe que su única opción se dibuja más allá de una casi imperceptible figura que ve cuando se mueve v. aun presintiéndola diabólica, decide no perderla. A partir de ahí los pies vencen la ciega torpeza que los inmoviliza, dando zancadas que lo aproximan a los límites del espacio y del tiempo. La agilidad adquirida se une a un furtivo goce que lo obliga a perseverar en una idea: la de encontrar a la niña de sus sueños. Entonces surge el jardín, sus enormes vasijas llenas de geranios, los manzanos, los perales, el paseo de piedra cercada por la hierba y, un poco más arriba, la casa de cuyas paredes cuelgan macetas. Es el lugar, el momento en que una joven lo aquarda impaciente.

Abre los ojos como nunca antes los había abierto. Tiene el cáliz en la derecha, el ámbar en la izquierda, junto al corazón, y el sabor de Alina en la boca. Vitaliy está frente a él, más allá de la mesa ceremonial, compartiendo una sonrisa. No son necesarias las palabras, los dos pueden andar en ausencia de luz y transitar senderos ignorados de Dios.

15. La casa azul: acto l

Hormi experimenta una angustia que estanca el aire en sus pulmones. Apenas puede abrir los ojos. El primer impulso es el de expulsar las secreciones que laceran su lengua forzando una tos que parece llenarla de arena. La ansiedad se anuda en su garganta. Trata de serenarse, pero no lo consigue. Se siente ultrajado, impotente y, cual ejército que clama venganza, oye el rugir de su sangre vertiendo en los órganos la síntesis de la rabia. Entonces lo ubica impune en el recuerdo para quemarse los labios al murmurar su nombre.

«Danel».

Llevado por la cólera pugna contra la indefensión, persuadido de que allí no hay más demonio que él. Por momentos se enardece enfrentándose al miedo, sometiéndolo como si fuera hierba que aplastara a su paso. La luz, antes obstruida por impenetrable muralla, torna a dar forma y profundidad a la sala.

Está tumbado en el sofá, un último esfuerzo y por fin logra incorporarse. Alrededor se esparcen restos de su bebida favorita y de un vaso con base de infinitos brillos. Camisa y

manos están impregnadas de jugos gástricos que, en el suelo, junto a comida a medio digerir, explosionan entre eructos de pompas que revientan en hedor insoportable.

«Anoche bebí demasiado».

Repite una y otra vez, desechando las imágenes del diablo que persisten en su retina.

Se levanta. la habitación le da vueltas. Le cuesta mantener erguida la cabeza. Latigazos en las sienes se unen a los saltos del corazón. Va a la cocina y toma el primer analgésico que localiza. Se mete en la ducha, abre el agua fría y comienza a quitarse la ropa. El brusco cambio de temperatura lo espolea articulando las desperdigadas partes de su cerebro. Es como si acabara de traspasar una línea que lo devuelve a la realidad. Por fin está de regreso en su universo, el único que existe, el que resucita y se anima cuando él lo mira. El normaliza clarificando le se pensamientos. Seguro que la cena es la responsable, todo se debe a una digestión.

Sale del baño con el convencimiento de haber recuperado el orden, el lugar de las cosas. Entonces visualiza la mesa.

«¿Por qué está sobre ella la nueve

milímetros?».

Se pregunta.

«Hay cientos de motivos por los que puede encontrarse allí y ninguno implica causa sobrenatural. Todo ha sido una maldita pesadilla».

Asegura.

«Tiene que serlo».

Un par de horas de relativa calma y regresa el hombre de siempre, mas falta un pequeño detalle: hay que librarse de la tensión acumulada, restablecer el equilibrio emocional. ¡Sexo! Sí, eso estaría bien, nada mejor que una buena ramera con la que desahogarse arrojándole miserias. La carroña que necesita para erradicar el extravío que le amarga en la boca. Quiere a la diosa en su santuario, a la que espera en su altar custodiado por sirenas, la misma que dejara preñada cinco años atrás...

Andrea es su puta.

Alberto hace una llamada telefónica.

—Ven a recogerme.

«Enseguida».

Poco después se aventura al exterior de la casa. Sigue el camino de loseta roja hasta la fuente y acaricia el seno de la mujer de piedra. Humedece su mano, la desliza por la frente, la enjuga luego con un pañuelo, y se sorprende buscando en el parterre las sombras de un mal sueño.

Una lluvia indecisa mojó el jardín lo suficiente para despertar la complicidad de la tierra, que difunde en el aire su olor mezclado con el frescor del agua. Las plantas se abren al cielo excitadas por la humedad que resbala por sus hojas. Límpido, el verde de la hierba resalta el color de las flores. Todo parece renovado, como si el frenesí de la naturaleza no tuviera más objeto que el de regenerarla. Danel y sus huestes no son más que una alucinación, un estúpido entramado de la mente que no asusta a un niño. Hormi cree que el verdadero tormento es el que impide alcanzar el placer, y él goza de una posición desde la que accede a cuanto se lo procura.

El Infierno es ver pasar la vida de largo. Traspasa la cancela. Un rictus en los labios proscribe cualquier rasgo amable en su rostro. Sus ojos, con el propósito que los rodea, acentúan la inquietud que reparten con la mirada.

El vehículo aguarda.

Yago sale del auto al ver que se

aproxima, le abre la puerta, la cierra una vez que Hormi se acomoda en el interior y acto seguido regresa a su puesto. Al colocarse al volante lo azota una agitación que lo intimida: es la presencia de Alberto, más sofocante que nunca.

—Llévame a la casa azul.

Esa orden lo sobresalta, no le extrañaría que Toño continuara en La Maresía seducido por los encantos de Andrea. Mejor será no alarmarse y confiar en su buen juicio, a estas alturas de la tarde la prudencia le habrá recomendado abandonarla. Ahora hay algo que lo aflige más. Desde que Alberto accediera al coche, soporta una presión que no cesa en intensidad y que lo arrastra al borde de la asfixia. Baja el cristal de la ventanilla, el vigor del aire penetra con un rugido ronco. No necesita utilizar el espejo retrovisor, percibe que su pasajero se conjura con una mala idea, la siente quemándole en la nuca.

El mar asoma intermitente entre los edificios, mostrándose en inmensidad al irrumpir el auto en la avenida marítima y enfrentarse a sus aguas desvaídas de azul, derramadas en viento hasta donde alcanza la vista. A lo lejos la llovizna difumina los

contornos del cabo del Pescador, que se diría cabalgar a lomos de olas indomables y, orgulloso, encarar barlovento amontonando espuma en su escollera.

El chofer afloja la marcha concediéndole minutos al tiempo. La mágica estampa del otrora pueblo se define según se acercan. Jamás le había parecido tan cautivador y terrorífico a la vez, por momentos le recuerda a un barco encallado en el que se guarecen insospechadas criaturas marinas. Ya se divisan sus calles, la mayoría peatonales, en una de tantas destaca la casa azul. Apenas dispondrá de margen, la prioridad es la de curarse en salud y avisar a Toño.

—¡Aligera! No somos turistas.

La voz suena al siseo de una serpiente que amenaza con atacar, sin pensarlo dos veces el conductor se apremia.

-Andamos cerca.

Poco después se detiene en la glorieta, reposo y acceso de vías que encaraman la loma uniendo edificaciones revestidas de salitre.

- —No tardo, mantente en la zona, te llamo y me recoges aquí mismo.
 - —De acuerdo.

Alberto toma la acera que lo dirige hacia a su ramera. Yago coge el móvil y marca apresurado el número de Toño. Uno, dos, tres, cuatro tonos, al quinto, contesta:

-Dime.

—Si aún sigues con ella, ocúltate. Hormi está a punto de llegar.

La comunicación se corta sin más respuesta. Sus temores se confirman.

Los exclusivos servicios, a los contados clientes que Andrea atiende, comienzan cuando la noche, usurpadora de magos clandestinos, engulle los últimos rayos del día como si fueran los sables de un truco de magia. Hormi sabe que es la hora adecuada, su piel aún no está empañada con el aliento de los que pagan por poseerla. Tira de la cuerda que hace sonar la campanilla en el interior. Se suman segundos sin que nadie aparezca. Impaciente, vuelve a tocar. Por fin abren y huele su inconfundible aroma. El gel de baño refresca en su memoria la geografía de su venérea figura; está descalza, envuelta en una toalla, a medio secar.

—¡Qué sorpresa! Últimamente no se te ve por aquí.

Materializa un gracioso gesto de

reproche y se gira perdiéndose en el pasillo. Él pasa, echa el cerrojo y la sigue. Estira el brazo, casi le roza el cuello con sus dedos alargados. Permite que continúe para quedarse inmóvil junto a la puerta del baño, observándola.

La joven se deshace de la toalla y se mete en la ducha a recuperar el supuesto aseo. El vapor que libera el agua se acumula a sus pies. Andrea flota sobre una nube como deidad profana en templo de servidumbres, desarraigada de tronos de oro. Su cuerpo y sus movimientos son parte de un culto que tributa pleitesía al deseo, pero Alberto no viene a adorarla.

16. Templos

De regreso en casa, después de realizar la compra, María mete la llave en la cerradura, la gira un par de veces, entra y se dirige a la cocina. Suelta la cesta con víveres y apura el aliento que le permite sentarse en una silla, iunto a la mesa. Acuciada por los temblores que le produce la fiebre, abre un cajón repleto de medicamentos, saca varias pastillas y se las toma con la ayuda de un poco de agua. Una bolsa de naranjas, que se mantuvo en frágil equilibrio, sale del canasto precipitándose sin remedio contra el suelo. Los cítricos se diseminan en todas direcciones. Quiere recoger los más cercanos, pero desiste frenada por la violenta sacudida de su estómago. Sabe que se le agotan las fuerzas. Busca el móvil con la intención de hacer una llamada de auxilio, cuando aún no termina de marcar, el teléfono se le escabulle de entre los dedos. La visión se le nubla. Un espeso borbotón desde sube las entrañas enrojeciéndole el cielo de la boca. Su cuerpo, desprovisto de voluntad, queda a merced del espacio que la rodea. En un desesperado esfuerzo por asirse arrastra en la caída cuanto está al alcance de sus brazos.

Antes de perder el conocimiento percibe un dolor visceral que la atraviesa hasta lo insoportable.

Marta encuentra la puerta entreabierta.

—¿María?

Se adentra en la vivienda, despacio.

.Juan الخ—

El recelo inicial deja paso a la alarma.

—¿Hay alguien en casa?

Avanza por el pasillo a la espera de que contesten sin que nadie responda. Se detiene al ver una naranja que rueda por los suelos. Oculta una expresión de sobresalto con su mano izquierda y prosigue hasta descubrir a su amiga, entre las patas de la mesa, atrapada en el desorden de la caída. Por sus labios fluye el rastro de un mal que amontona sangre bajo la mejilla.

—¡María! —grita, mientras corre a socorrerla.

La sala, deliberada de blanco y ausente de efluvios terrenales, deja caer el peso de la asepsia hospitalaria entre los que aguardan en silencio. Esperar, rodeados de paredes esterilizadas, hace que el barro abandone sus delirios y que la carne reconozca la mórbida fugacidad del ser. El aire soporta sentencias que exhalan suspiros de resignación: eco de rezos ahogados por la pena y la esperanza.

—¿Familiares de la señora María Taviel?

Marta se aproxima al hombre de bata inmaculada.

-iSí! Aquí está su marido. -Y lo señala.

Juan se levanta sin decir nada.

—La paciente está sedada, sus constantes vitales son estables. Continuará en la Unidad de Cuidados Intensivos durante las próximas horas. Si hubiera alguna novedad les avisaríamos de inmediato.

La noche duerme al resguardo de la lluvia que se empecinó en humedecer la tarde, una atmósfera cristalina le vela el sueño en compañía de los vientos del norte. La avenida reluce ensimismada con la estela de los coches que la atraviesan. Los edificios, aprovechando el descuido de nubes que se cierran, resaltan su silueta en un fondo oscuro

de estrellas vigorosas.

- —¿Tomamos algo caliente? pregunta Marta.
- —Te lo agradezco, pero no tengo ganas de comer ni beber.
 - —¿Te dejo en casa?
- —¡No! Prefiero pasear por los alrededores. Necesito meditar, asimilar lo que nos está ocurriendo. Me es muy duro marcharme. —Y mira atrás.
- —¿Qué te parece si hablamos de esto? Si es silencio lo que deseas, también te lo ofrezco.
 - -No te preocupes.
- —Prométeme que procurarás descansar.
 - —Te lo prometo.

Marta lo besa y se introduce en el auto.

- —Mañana, en cuanto despunte el alba, regreso. Seguro que estará mejor y nos permitirán verla.
 - —Sí. ¡Dios lo quiera! —responde Juan. Ella arranca el coche, se despide con

un cariñoso movimiento de mano, y se aleja.

Transcurren minutos en los que él permanece quieto, inmóvil; se diría que no sufre ni padece, que se mimetiza en un entorno

del que forma parte o en el que se diluye. Solo un gesto de la brisa en su pelo y el cauce salobre de sus mejillas lo delatan. Unos pocos pensamientos se entrelazan en su cabeza alertándole de que el oxígeno que respira se agota junto al aliento de María. Apenas consigue fijar la vista emborronada por las lágrimas. Sin intuir el porqué, indaga en la línea del cielo hasta reparar en las agujas de la catedral y en sus vitrales de mosaicos policromados.

-¡Un templo!

Busca en los bolsillos con qué enjugar los ojos y sus dedos tropiezan con la cajita de pastillas color violeta. La sostiene un momento, luego la tira lejos de sí. Al impactar sobre el pavimento coge impulso, da varios saltos y rueda atraída por el desnivel que lleva a la alcantarilla en la que desaparece.

Sin darse opción a cambiar de idea, pone rumbo a las vidrieras esmaltadas. Aunque nunca ha creído en Él, solicita una entrevista con Dios.

Marta conduce en la maraña de calles del casco antiguo.

La imagen de María, en el suelo, en

medio del caos de naranjas, el traslado al hospital y la angustiosa espera, han socavado su ánimo. Al contrario que Juan, no anhela centrarse en sus pensamientos, lo que ansía es desterrarlos junto a los recuerdos de un pasado que le corroe el alma. Sabe que el olvido es imposible y que el único desagravio es la indulgencia, mas ¿cómo va a perdonar a nadie si es incapaz de empezar por sí misma? Primero el accidente en el que fallecieron el padre y el hermano y, tras cinco años, las terribles circunstancias a las que se vieron empujadas por la bruja de las flores. Se estremece al recordar a Hilaria narrar su pesadilla y el horror que los acontecimientos impondrían. Está convencida de que la culpable es su madre, su indiscreto despertar a una travesura de la niñez y su obsesión por dialogar con muertos en la noche. Alina es la causa de un resentimiento que no logra reprimir.

Expía el desprecio que alberga en su corazón atendiéndola entre las tinieblas de la casa que comparten; tolera el silencio que le deforma la boca limpiándole el rastro de sus miserias. La considera una cobarde que se refugia en la locura para no enfrentarse al

dolor, la malograda que emponzoña su vida con el germen de la desgracia. Sin embargo, ¿qué se le puede reprochar a la inocencia adolescente? ¿Acaso no fue la niña que se prendara de quien la comparó con el horizonte? ¿Y a quién no se le extravía el juicio al perder a su hijo y a su esposo en tan fatídicos sucesos? Sí, es cierto, pero jamás consentirá que el amor le arrebate la cordura ni fundará una familia que mame el fruto de sus desdichas. Por eso repite con Levi lo que antes hiciera con Fedor: amontona todo lo que representa y organiza una pira donde arden los sentimientos

Pero ¿qué es ese aturdimiento que de pronto la sobrecoge clavándose en su pecho? ¿Será que se desmorona la razón? Solo una demente renuncia a la vida. Esa es una posibilidad que no soporta porque significa encarnar el martirio de su madre. ¡Otra pusilánime que no afronta las consecuencias de vivir! Que se encierra en su universo sin tener en cuenta el de los demás.

¿Qué obscena conjura es esta que la mantiene en un camino del que lucha por apartarse?

¡Basta! No va a continuar por ahí, no

quiere terminar compadeciéndose del azaroso laberinto que le ha tocado en suerte como si sus pasos estuvieran dirigidos y fuese la víctima de una trama diseñada por el destino. o una malvada influencia. Y mucho menos ahora que María vace inconsciente. Es irónico que intente eludir los pensamientos cuando su amiga no encuentra los suvos. extraordinario es que aún hoy, asediada por el cáncer, no se hayan resquebrajado los muros de ese templo que es María y que siempre consagró al amor. No conoce nada más sagrado y hermoso que su cuerpo, tampoco tan cruel. ¿Cómo es posible que semejante santuario se derrumbe sepultando a su diosa? Nada tiene sentido en este despropósito que nos anima, nada perdura por divino que sea.

Sin noción del tiempo y sin percepción de lo que al volante hacía, se detiene ante la puerta de su casa. Ya siente la cerrazón de sus paredes y el abandono de Alina en su cuarto.

Atrás queda un día aciago, las horas no tardarán en traer otro.

17. La cajita de alabastro

El Corredor del Anticuario es una tienda de antigüedades que debe su nombre a los tres metros veinte que mide de ancho por los veintitrés que posee de largo. El escaparate apura el frontal de la fachada alojando en un extremo de su estructura una doble puerta de seguridad. La sensación de claustrofobia que se experimenta en tan peculiar túnel da paso a otra de asombro al constatar el valor y lo excepcional de las obras que allí se exhiben. En equilibrado desorden, casi sin espacio entre ellas, el visitante disfruta la oportunidad de admirar imaginería religiosa, muebles de época en maderas preciosas, marfiles, porcelanas, libros y un prolongado etcétera que hace inviable la idea de que todo pueda estar catalogado. Al avanzar en medio de sus expositores y estantes, la impresión general es la de sumergirse en una caótica galería de arte donde unos instantes son suficientes para dejarse seducir por atmósfera en la que coleccionistas aficionados se rinden a la búsqueda

tesoros.

Al fondo, bajo un óleo en el que la luz se encapricha de una rosa, una mesa con ordenador portátil y lámpara es el lugar de trabajo en el que Neera se sienta a la espera de clientes. A su derecha unas cortinas disimulan el acceso a la trastienda y taller de restauración, lugar en el que Jorge, maestro artesano, devuelve el alma a las piezas que la perdieron.

Fedor pulsa el timbre.

Un circuito de vigilancia le muestra a la joven, en la pantalla de su computadora, varias perspectivas de los alrededores del establecimiento, además de un primer plano de quien solicita entrar. Acciona un interruptor.

-Hola, Neera.

Su prima se levanta y se acerca a besarlo.

—¡Qué agradable sorpresa! Harás muy feliz a tu madre.

Fedor señala con una mirada al taller.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, está con el restaurador.

En la trastienda, un monitor retiene la imagen de las seis cámaras del servicio de

protección; la propietaria ha reconocido a su hijo en él y, cuando se presta a salir, Fedor se introduce en la estancia.

- -Hijo mío, sé bienvenido.
- --Madre...

Se abrazan. Doña Isabel Ayensa lo examina en pos del niño que suele encerrar el hombre.

- —¿Te acuerdas de Jorge?
- —Sí, claro, ¿cómo estás? —Da un paso al frente y le estrecha la mano.
- —Encantado, un placer saber nuevamente de ti.
- —Dame un par de minutos y acabo con el listado de lo que compré ayer. Enseguida nos vamos a un sitio tranquilo en el que charlar. ¡Me complace tanto el verte!
- —No te preocupes, no me iré sin que hablemos un rato, esa es la razón de mi presencia aquí. ¿Es esto lo que estás clasificando? —pregunta, refiriéndose a unos embalajes de cartón abiertos en el suelo.
- —Sí, solo me resta el pequeño, el del tablero de trabajo.

Fedor lo aborda ocupándose en curiosear: volúmenes literarios encuadernados en piel con título y número de tomo estampado

en letras doradas, fotos color sepia, sobres con matasellos de mil ochocientos noventa, monedas antiguas, y un estuche de alabastro con un indescifrable símbolo cincelado en la tapa.

No supera la tentación de cogerlo.

La cajita del translúcido mineral no es más grande que su mano y pesa menos de lo que en un principio pudo intuir; no está fría, la calidad del pulido eliminó las aristas de sus ángulos haciéndola suave al tacto escudriña. Esculpidos en paralelo, dos de sus lados exhiben una decoración geométrica en la que se introdujo una resina bermellón intenso que le añade un sutil relieve. El engaste que la mantiene cerrada es un broche de metal con esmalte en negro. La abre. El interior está forrado en terciopelo gris y, en el centro, afianzado en un soporte de oro, uno de los objetos más hermosos con que jamás se haya topado: una esfera de ámbar rojo, de unos cinco centímetros de diámetro, que parece albergar fuego en su corazón. Ensimismado, la sujeta con los dedos y la gira ante sus ojos.

—¡Fíjate, madre!

—¡Oh! Sí... sí que es extraordinario — responde, ajustando las gafas de vista

cansada—, esas irisaciones recuerdan a las llamas de una hoguera. Se diría que hay vida ahí dentro.

Isabel pretende asirla y observarla con detenimiento, pero él se resiste. Al percatarse Fedor de su actitud, se ruboriza y la ofrece con una sonrisa. Ella, que lo mira desorientada, la rechaza con dulzura.

—Veo que espoleó tu interés. No, quédatela, es un obsequio que celebra tan inesperada visita.

Poco después, ultimado el recuento, la señora Ayensa y su hijo paladean un café en un establecimiento cercano.

- Tengo la certidumbre de haber aprovechado este encuentro para atracarte.
- —No le des más vueltas, bien me vale la pena. Además, casi me lo han regalado. Se pusieron en contacto conmigo la semana pasada, la entrevista fue de lo más peculiar da un sorbo al café con leche, y continúa—. Días atrás falleció un anciano misántropo que no mantenía relación afectiva con sus herederos. Se empecinaban en venderlo todo, incluso el viejo caserón donde vivía. Me quedó patente que no era cuestión de dinero... mi convencimiento es que no querían nada suyo.

¡En fin! Disponían de varios grupos de cajas amontonadas, las que tuviste delante iban en un lote del que destacaba un recibidor de nogal con espejo, que el transportista me trae mañana.

Isabel se sirve algo más de leche.

—Dejemos eso, vayamos a lo importante: mi hijo. Así que... —Con un gesto le cede la palabra.

Fedor toma aire, sacude la cabeza y se encoge de hombros sin noción de por dónde empezar. Su interlocutora lo anima.

- —¡Eh!, no olvides quién soy y que llegué aquí siguiendo tus pasos. ¡Qué no haría por ti!
- —Lo sé, y yo tras los de Marta. Me equivoqué, fui insensible a las súplicas de mi padre, a tus llantos.
- —Sin reproches. Eras un chiquillo cegado por la pasión sin más pensamiento que el de tu amada. En mi caso, ignorando los consejos y la oposición general, abandoné el teatro y me uní a Graciano, aunque esa fue una decisión de la que nunca me arrepentí. Veamos, ¿qué te ocurre?
- —Las cosas no son como esperaba... he malgastado mi tiempo.

- —No digas eso, aún eres muy joven. No te será difícil emprender cualquier proyecto. Si lo que deseas es alejarte del mundo en el que andas, nos marchamos de inmediato, me deshago de la tienda y comenzamos en otra parte. Si yo, con sesenta años, puedo... ¿por qué no tú?
- —Siempre fuiste una madre maravillosa. Estoy muy lejos de merecerte.
- —¡Tonterías! La vida es una sucesión de hechos insólitos a los que terminamos acostumbrándonos. La mayoría de las veces es tan fuerte su empuje que no tenemos ocasión de apartarnos. No sabría discernir hasta qué punto somos responsables de nuestros actos. De manera que si soy una buena madre también es porque las circunstancias lo exigieron. No hay mérito en caminar si no queda más remedio que avanzar.
- —¿Por qué será que contigo resulta tan fácil? No debí permitir que los sentimientos se interpusieran, que me distanciaran de mi casa, de mi familia.
- —No te atormentes con eso, hay asuntos que necesitamos experimentar por nosotros mismos. ¿Qué sucede con Marta?

- —Nada.
- —¿Nada?
- —Cuanto más me acerco más se aleja. Es la amante de uno que cumple condena y días atrás se entregó al tipo más despreciable que alcances a imaginar. Y eso no es lo terrible
- —¿No? ¿Qué puede ser peor para quien no ceja en quererla?
- —Que trate de infligirse daño, demolerse como persona, como mujer.

Suena el móvil de Isabel. Ojea la pantalla y suplica consentimiento para atender la llamada, con resignada expresión del semblante.

—¿Aló?... ¿Sí? Un segundo, por favor.

La cobertura en el local es deficiente. Se disculpa con su hijo, le asegura que no demorará más de un par de minutos, y sale a la calle.

Fedor, que no logra identificar la causa de una persistente desazón que lo importuna, reacciona y palpa en su chaqueta: es el estuche de alabastro. Saca la esfera, procurando no exponerla a la indiscreción de curiosos, y se centra en el misterio de su núcleo incandescente. Basta un movimiento

insignificante para que la luz rebote en su indefinible fondo multiplicándose, bailando en hipnóticos destellos. Ora cree ver ríos de sangre, ora lenguas de fuego. En medio de tan inaudita danza, las llamas muestran la tienda de antigüedades devorada por un incendio, su madre corre por el interminable pasillo entre gritos de auxilio.

- —Fedor, Fedor, Fedor —insiste por tercera vez Isabel.
 - —¿Sí? —Por fin responde.
- —¡Dios mío! —exclama, llena de admiración —. Esa joya es increíble, tenías la cara encendida con su brillo. No me extraña que la contemplaras, absorto en su belleza.

Por el contrario, él sufre un escalofrío que lo atenaza. La oye lejana e imprecisa, con la percepción de retornar de un siniestro viaje y de permanecer abducido por la atmósfera de sus remotos parajes. Devuelve el ámbar a su posición, lo introduce en la americana e intenta ordenar las ideas.

Doña Isabel se acomoda en la butaca.

- —¿En qué piensas?
- —Pues... no lo sé, diría que tu regalo me atrapó, no hallaba modo de liberarme.
 Realiza un pequeño intervalo en el que

enmudece, y prosigue—: He perdido tanto en mi infructuosa apuesta que la inercia me ha guiado hacia la indolencia. Estos últimos meses han menoscabado mi ánimo forjando el acero con el que me han de atravesar.

-¡Fedor...!

—¡Déjame concluir! Te lo ruego.

Isabel reconoce al hijo pródigo que renunció al hogar proclamándose huérfano ante el mundo. Y recuerda a don Graciano, que lo persigue en vano empeño por disuadirlo; y a ella, impotente, que llora en su cuarto por no verlo partir.

—No sé de más paraíso que los días vividos en Los Maniere ni de más infierno que los años que me separan de ellos. Y tú, madre, eres la evidencia de que esa tierra de tiempos felices aún existe.

Su madre amaga con tomar la vez, de nuevo él se lo impide.

—No puedo culpar a Marta por no quererme, tampoco ella a mí por amarla... no te equivocas al afirmar que en ocasiones vamos a la deriva dominados por los elementos, más aún si se abandonan las riendas de la vida y no se dispone de rumbo.

-Ejecuta otra pausa, traga saliva, y añade-:

Anoche, cuando los compañeros me dejaron frente a mi edificio, comprendí que ese acero del que te hablé, lo afila la soledad.

—¡Fedor, hijo mío! Empieza por desmantelar ese apartamento, regresa conmigo a la que sigue siendo tu casa. Le devolverás el ser a esta vieja. Te fuiste de mi lado para consagrarte en espera de Marta y desde entonces aguardo por ti.

La frase de Isabel, exponiendo la generosidad de su corazón maternal, espolea la conciencia de Fedor. Además de a la víctima reconoce encarnar al verdugo. Caín y Abel en un solo cuerpo, en una misma alma. El amor, no como la expresión de lo divino, sino del egoísta sufrimiento que desencadena.

En la tienda se autoriza el paso a un individuo vestido con impecable traje gris oscuro. Neera se levanta y acude a recibirlo. Al cruzar la doble puerta aparenta ser enjuto y apocado, pero, conforme se aproxima, su figura se propaga hasta hacerse sofocante. El aire se endurece con un incómodo olor dulzón enmascarado de colonia barata. El recelo se instala en el interior de la joven, amedrentándola.

- -Hola, buen día.
- —Me llamo Wareen y deseo entrevistarme con la señora... excuse mi torpeza —dice, registrando sus bolsillos.
 - -No se apure.
 - —¡Ah! Sí, aquí está.

Saca de la chaqueta un pedazo de papel escrito con enormes letras y, tras ojearlo, continúa:

- —La señora Isabel Ayensa. ¡Sí, eso es! ¿Tiene a bien decirle que requieren de su presencia?
- —Doña Isabel ha salido, no obstante no creo que demore más que unos minutos. Si me...
- —Es un asunto muy urgente que no admite dilaciones —la interrumpe—, entienda que es una situación... digamos... delicada.

A Neera le desconcierta el tono del extraño. Debajo de su forzada musicalidad, distingue un timbre siniestro. Y aún le gusta menos la forma con que sus ojos, de espurio color verde, la escrutan.

- —Le informaba de...
- —¡Lo sé, lo sé! Hágame el favor de avisarle, no pido más. Comuníquele que es a cuento de lo adquirido a la familia Balmori.

- —Contacto con ella de inmediato.
- —Le quedo muy reconocido, señorita, tenga por cierto que hace usted lo correcto apuntala, enseñando sus deslucidos dientes al sonreír.

Mientras marca el número le resuena en la mente la desagradable inflexión con la que el desconocido unta sus palabras. Aunque en un principio creyó que pretendía ser amable, ahora parece una burla grotesca que le produce aversión.

«Dime».

—Hay alguien aquí que la reclama con premura. Está relacionado con los artículos que acabamos de clasificar.

«¿Qué problema hay?».

—No lo sé. Insiste en que ha de solucionarse a la mayor brevedad.

«Dile que ya voy».

- —No tarda. Si le place echar un vistazo... el catálogo del que disponemos es muy extenso, seguro que despierta su curiosidad.
 - —Créame que no es de mi interés.

Después de atender a la sobrina, doña Isabel guarda el teléfono. En su rostro asoma

la contrariedad.

- -¡Qué raro!
- —¿Qué te resulta raro?
- —Ha surgido algún inconveniente con el lote que compré ayer. Me temo que le haya pasado algo al recibidor. ¡Sería una lástima! Era con mucho lo mejor de cuanto tenían en venta. Debí arreglármelas y traerlo sobre la marcha.
 - —Si es un golpe Jorge te lo deja nuevo.
 - —¡Me contentaría con eso!
 - -¿Les habrán ofrecido más dinero?
- —No me atrevería a asegurarlo, sin embargo es lo que me aventuro a descartar. La experiencia me dice que la motivación de esa gente no era el afán de lucro. Encomendémonos a que, como apuntas, sea por un arañazo o desperfecto que subsanar.

Fedor aprovecha la interrupción de la llamada e inicia la despedida.

—Un breve encuentro contigo bastó para que se fortaleciera mi espíritu. No albergaba dudas al respecto. Te agradezco que me acojas sin censuras ni recriminaciones, no solo por lo poco que vengo a verte, también por los años transcurridos desde que abandoné Los Maniere, y porque soy el origen

de gran parte de las tristezas que se suman a nuestra memoria... Ojalá que la sucesión de hechos insólitos que te llevaron a ser tan extraordinaria, sean los que en adelante me hagan merecerte.

- —Fedor, ya ves que nos necesitamos el uno al otro. No te digo que renuncies a nada, pero es evidente que si permanecemos unidos las desventajas no serán tantas, y se multiplicaran las posibilidades de superarlas. Venceremos al desconsuelo y, cualquiera sabe, podríamos reencontrarnos con ese paraíso que ambos perdimos.
- —Dame un par de semanas y me preparo, no voy a consentir que esa afilada daga acabe por atravesarme. Además, cuentas conmigo, no estoy dispuesto a defraudarte... Sin sospecharlo, te condenaba al mismo daño del que me quiero alejar.
 - -¿De cuántos días hablas?
- —No te angusties con eso; ya sé que no debieras, pero confía en mí y procura disfrutar de la tienda.
 - —De acuerdo.
- —Anda, no te retrases más, te necesitan en tu galería —y la anima, sujetándola suavemente por los brazos.

Isabel lo rodea con los suyos ocultando los ojos, abrumados por la emoción.

- -Serán unos días, te lo prometo.
- -Hasta pronto.
- -Hasta pronto, madre.

La señora Avensa sale de la cafetería camino de El Corredor del Anticuario Sus recuerdos la llevan al río cuyas aguas nutren el valle que se abre paso entre las montañas, y al pueblo que lo domina: a las estrechas calles de piedra y a los ribazos de casas desperdigadas, a los días que se desgranan como la lluvia sobre el campanario de la Iglesia, a sus laderas de tardíos amaneceres y a abedules que, al abrigo de sus cortezas de plata, tapizan la tierra de ocre soñando con la primavera. ¡Qué hermoso era verlos despertar bostezando roiizas SUS vemas! pensamientos la aproximan al mundo que gira al margen de los sentimientos del observador. para que descubra la inercia que la involucra en el inevitable final de las cosas. Así revive la mañana en que la inconsciencia abrió el vientre que concibió un hijo para que no naciera, y la noche en que el llanto extravió sus lágrimas en las arrugas que producen las penas.

Sesenta años hasta reconocer que la ignorancia es la cara más amable de la vida, que la memoria es un desecho del que se nutre el olvido. Ella sabe que Fedor lo intuye: «soy el origen de gran parte de las tristezas que se suman a nuestra memoria». ¡Sí! De algún modo lo presiente.

Neera se divide entre la aprensión que el extravagante ser le provoca y la impaciencia por la tardanza de su tía. Al fin aparece Isabel en la pantalla de su ordenador, la joven respira aliviada apresurándose a pulsar el interruptor que desbloquea la entrada.

—Mire, Doña Isabel Ayensa llega en este...

Aún no ha terminado la frase cuando ve que el hombre le da la espalda y se dirige hacia la propietaria del negocio.

- -Señora Ayensa...
- —¡Caballero! Dígame, ¿Qué inconveniente hay con el recibidor? Espero que podamos solventarlo.
- $-_i$ Oh! —exclama con una sonrisa—. No, no, nada ocurre con su recibidor, quede usted muy tranquila.
 - —¿No? ¿Y cuál es el problema?

—Me explicaré. Un malentendido ocasionó que, en una de las cajas que ayer le entregaron, se incluyera, por error, una pieza ajena al conjunto de su adquisición. ¡Un incidente lamentable! Ya le adelanté a su atenta dependienta que se trata de un asunto muy delicado del que no son en absoluto responsables, ¡desde luego que no! Por tal motivo, las personas a las que represento, auténticas propietarias del objeto, están resueltas a pagar, exclusivamente por él, el total del importe que abonó por el lote. Así satisfarán, al tiempo que agradecen, su inestimable colaboración y las molestias que les causamos.

Aunque tales circunstancias se le antojan rocambolescas, y la singular expresividad del supuesto emisario la sume en la perplejidad, decide aceptar tan sustanciosa oferta.

- —No se diga más, ¿a qué objeto se refiere?
- —A una cajita de alabastro y su contenido, solo a eso —afirma, alargando aún más su irritante sonrisa.

18. El jardín del primer beso

Sobre unas toallas y ungidas con una loción protectora, Marta y María disfrutan de un caluroso día en las frescas aguas del puertito. El verde intenso de los árboles que bordean el río contrasta con el blanquecino tono azul que cubre la desnudez del cielo. El sol se afana en componer los matices que alientan el verano.

- -Marta, ahí está de nuevo, ¿lo ves?
- —Sí, igual que ayer, envuelto en silencio y distancia, ensimismado en mirarte.
 - —¿De verdad?
- —Tan cierto como que tú no le quitas ojo de encima.
- —¡Será tonto! La de ocasiones en las que habré tropezado con él, ¿y qué hace?
 - —¿Caerse al suelo?
 - —Se ruboriza.
- —Ya te dije que es muy tímido. Menudo par de tortolitos impasibles, lo malo es que me pilláis en medio... ¡Espera un momento! Se me ocurre una idea para que de hoy no pase sin un encuentro con tu platónico amor.
 - —¿.Cuál?
 - -Una genial. Estoy convencida de que

no fallará. Antes dame tu palabra de que, por extraño que parezca, harás lo que te pida.

- —Si me vas a proponer que vaya y lo salude...
 - —Que no, mujer, no se trata de eso.
 - —¿Entonces?
 - —¡Ah! Promételo y te digo.

María exhibe una mueca de incredulidad.

- —Te lo garantizo, apuesto lo que quieras a que, de realizar todo según mis instrucciones, no llega la tarde sin que tengas una conversación con él —insiste Marta, y añade—: Por no especular con lo que podría acontecer a partir de ahí...
 - -Está bien, ojalá no me arrepienta.
 - -Ya verás que no.
 - —Soy toda oídos.
- —Cuando yo avise te levantas, coges la toalla y lo contemplas durante tres segundos, pero no de forma descarada, tienes que dar la impresión de que lo descubres por azar al otear el paisaje. Acto seguido te das la vuelta y, altanera, sin mostrar interés por lo que sucede detrás de ti, te encaminas a la poza en la que nos bañamos. Dejas la toalla de modo que sea visible y te sumerges por completo un

par de veces en el agua. Eso sí, asegúrate de que son movimientos lentos, seductores. Luego, sin obviar que no debes girar la cabeza, aún más seductora y embelesada que nunca, te secas y prosigues hacia el jardín que hay más allá del merendero, como si buscaras un rato de tranquilidad alejándote de la algarabía. Una vez allí escoges un rincón discreto, te acomodas en uno de sus bancos de madera y le das la espalda al camino recorrido.

- —¿Y?
- Te dominarán los sentidos.
- —¡Anda ya! El único sentido que me va a dominar es el ridículo.
- —Te equivocas, porque él estará allí, a tu lado.

María comienza a esbozar una sonrisa, pero su amiga se muestra tajante. La seriedad de su rostro evidencia que va muy en serio.

- —No sé. ¿Por qué no puedo mirar atrás?
- —¿Hay que explicártelo, con lo vergonzoso que es el galán? Hazme caso sin excepción, de lo contrario romperás la cadena de acontecimientos que te conducirán al fin que pretendemos.
 - —De acuerdo.

- —¡Estupendo! Ya sabes lo que has de hacer, así que atenta a mi señal y no te desmadres con el contoneo, que te conozco.
- —Sí, no sea que me disloque un hueso. ¡Qué cosas dices!
- —Que no se te olvide nada: lo observas, das unos brincos hasta la poza, el chapuzón y recto a la cita de tus sueños.
- —Vale más que me lo apuntes, graciosa. Como me estés tomando el pelo, te mato.

-¡Ahora!

—No estoy en mis cabales —dice, levantándose.

Busca al joven con la mirada, se topa con la de él. No consigue evitar el descuido y en sus labios asoma una sonrisa. Comienza a contar: uno, dos, tres. Da un giro de ciento ochenta grados y se dirige hacia la poza, tal y como fue convenido.

Al ver Marta que su compañera se mete en el agua, pega un salto y corre donde el medroso enamorado.

- —¿Cómo te llamas?
- —Juan —responde, preso de enorme sorpresa.
 - -Yo Marta, esa a la que contemplas

con descaro, María.

- —Me alegra conocerte, ¿te... te encuentras bien?
- —Pon atención, atolondrado, haz caso de lo que te digo, porque no volverás a tener otra oportunidad. Síguela sin que se dé cuenta, se encamina al jardín que hay más allá del merendero. Utilizará el acceso de la estatua, verás que se sienta, entonces te acercas y la saludas. ¿Entendido?

Juan asiente sin atreverse a replicar.

—¡Pues venga! ¿Por qué te demoras? —le pregunta, al tiempo que le da un empujón.

Justo en el momento en que él echa a andar, Marta lo retiene agarrándolo del hombro y, revistiéndose de ternura, añade:

—No me decepciones, Juanito, que esa es mi mejor amiga.

Un simple gesto ratifica el tácito acuerdo. La muchacha regresa a la zona en que tomaba el sol.

A pesar de la audacia de la joven y la desorientación que le produce tan embarazosa escena, el sentimiento con que fueron dichas esas últimas palabras implica emocionalmente a Juan, que pasa del asombro a una cierta complicidad. De ninguna manera puede

atribuir malicia a la impetuosa acción de Marta cuando es tan fácil percibir el cariño que desprende por su María. Desarmado por tan extraordinaria muestra de amistad, y porque no tiene más ojos que aquellos que custodian a su amada, decide vencer su timidez y seguir, por fin, a quien gobierna los latidos de su corazón.

María sale del agua e inicia el meticuloso rito de secar SU morena adolescencia. No cree que alguien tan retraído, complaciendo la disparatada ocurrencia de su amiga, vaya a recorrer el travecto que lo separa del jardín, pero no le importa. Hay algo en ese joven que sabe es de ella, y en ella, que es de él. Lo sabe desde el instante en que se enteró de su existencia; aquí mismo, en los apacibles dominios del río, en Los Maniere. Primero fue el roce de su cuerpo en un segundo en que, al pasar a su lado, le permitió adivinar la excitación de su piel; después el influjo de su apartada presencia, tan constante como el más vívido de los deseos; por último, ahora, al reconocerse dueña y señora de sus pensamientos. Una extraña desazón la asalta: ¿y si en verdad lo tuviese detrás, anhelando la ocasión de abordarla? El cosquilleo que le recorre la espalda la rinde a la tentación, y se gira. A él no, pero a la que sí distingue es a Marta que, contrariada, agita sus brazos para que prosiga.

Sube la escalinata de madera y atraviesa el merendero. El olor del agua que corre entre las piedras y el de bronceador que exhalan los bañistas, ceden ante el empuje de la fragancia de las magnolias de verano.

No tarda en alcanzar el jardín. Una talla en mármol de la diosa afrodita la recibe con silente sensualidad. El recinto no es muy grande, su diseño, cómplice de rincones esquivos, lugar donde encuentra refugio la intimidad. El espacio parece envuelto en una pereza cercana al abandono. El pajizo césped, el desorden de los setos sin podar y los mustios restos vegetales que solapan el sitio con un desvaído tono ocre, contribuyen a que en el aire se respire una tristeza que recoge el ánimo, todo es sereno hasta hallarlo casi perfecto, salvo por la falta de esos ojos que de lejos la iluminan como si de faros en la noche se tratara.

Da la espalda al camino recorrido y elige uno de los cuatro bancos que delimitan la periferia de la placita, en la que una fuente fluye a la espera del sediento. Sobre el lugar

varios ficus han tejido un techo de claroscuros por el que se filtra una lluvia de intermitentes rayos de luz, parece una celosía al cielo. El alboroto del río lo atenúa el diálogo de la brisa con las hojas de los árboles y el melodioso estribillo de pájaros que saltan de rama en rama. Cierra los ojos y expande sus pulmones llenándolos de la serenidad que la rodea, y del frescor del que habla el susurro de la fuente. Nunca había participado de nada igual. Es apartarse de la ruta convenida v explorar, en orillas marginadas por el frenético viaje, el bucólico esplendor de una improvisada dejadez que la emociona.

Un chasquido la rescata de sus meditaciones y descubre al hombre que la trajo a este lugar.

-Hola, María.

A pesar de que el joven eludió acceder por la entrada que ella utilizara, con el fin de no acercarse sin ser advertido, no puede evitarle un pequeño sobresalto.

- —Sabes mi nombre —piensa en voz alta.
- —Sí, lo sé. El mío es Juan —responde, y se detiene a unos cuatro metros del banco en que la muchacha lo espera.

—Juan —repite María, para oírlo en su boca.

-Sí.

Ambos se contemplan: María sin dar crédito al hecho de que Marta estuviera en lo cierto; él, sin encontrar cómo remediar la ansiedad que se anuda en su estómago.

Abrumado por un embarazoso silencio que no logra dominar, lo deshace con lo primero que se le ocurre.

- —Espero que no me consideres un atolondrado. Admito que cuando estás cerca me transformo en un patoso que no da una a derechas, hasta el punto de no saber dónde meterme.
 - -Hoy no lo pareces.
- —Es verdad, digamos que el día salió a mi encuentro resuelto a traerme ante ti.
- —Interesante... el día, aburrido de ser un puro trámite que añade horas al transcurso del tiempo, se entretiene ejerciendo de celestina. ¿Significa eso que de no ser así aún te escudarías en la distancia?

Juan se sonroja, agacha la cabeza unos segundos, luego fija sus ojos en ella, y responde:

-Significa que el día cambió el curso

del tiempo, para materializar el sueño de mis noches en luz de la mañana.

- —No te imaginé diciéndome eso. Pisotones te llegué a dar, y ni te quejaste.
 - -No fue porque no dolieran.

Los dos se contemplan intercambiando un pícaro gesto, que por fin mudan por una sonrisa.

- —No, en serio, ¿qué tiene hoy que no tuviera ayer?
- —El empuje de un extraordinario mecanismo que, en ocasiones, nos induce a realizar aquello que deseamos y no nos atrevemos a hacer —reconoce, con voz decidida y clara.
- —¿Ese mecanismo no se llamará Marta...?
 - —Sí.
 - —¡Será descarada!
- —Yo no se lo voy a reprochar. ¿Lo harás tú?

María permanece callada.

-Me gustaría sentarme.

Aunque no hay nada que desee más, finge cierta incomodidad al apartarse a un lado para que él utilice el otro.

-Nadie te lo ha de impedir -asegura,

y le sorprende comprobar que se dirige al banco que le queda enfrente.

- —¡Pero bueno! ¿Acaso crees que voy a pisarte otra vez?
- —¿Quieres que te sea sincero? —le replica, al girar sobre sí e iniciar los pasos que conducen al que ella ocupa.

La joven, con un ligero ademán, deja patente el interés por la respuesta y sigue su desplazamiento con atención. Él recorre los pocos metros que los separan, se coloca a su vera, y exclama:

-iMe moría por estar junto a ti!

Esa frase se le enreda a María en los pensamientos. Por un momento pierde el control de la respiración, de lo que ve y de cuanto siente. Es un lapsus que interrumpe en su mente cualquier actividad para de inmediato recuperarla frente al hombre que la ha de acompañar por la vida. Sabe que ya no es la misma y que tampoco lo es el mundo que la rodea. Todo está magnetizado por una energía que lucha por escapar de su interior y que la presencia de Juan termina de liberar. Cierra los ojos, entreabre los labios y, sin razón que alcance a evitarlo, se entrega a un primer beso de amor.

19. Designios

Como si de un rito se tratara. Melania se levanta cuando aún no son las cinco de la madrugada. A tientas coge las cerillas y prende la torcida de un candil en forma de taza que apenas espanta a las tinieblas. Lo coloca en una repisa que hay sobre la mesita que está pegada a la cama y se cubre los hombros con una manta que el tiempo remendó hasta convertir en chal. Luego, sentada en el colchón de lana, contempla en el espejo del ropero las desarticuladas partes que componen su imagen. Para su cuerpo, doblegado por la edad, el nuevo día es un desafío a superar. Más que nunca, la vida se reduce a un capricho del destino imponiendo un propósito que en nada cuenta con su voluntad.

Al colarse entre las grietas de la madera, un hilo de aire, huyendo del frío, sacude la llama que ilumina el dormitorio. El chisporroteo resalta el rendido encanto de sus ojos y agita las sombras que exhiben las paredes.

Atrás quedan los meses que amontonaron los años y los recuerdos que en

ellos encerró la brevedad. Resignada al cansancio de sus huesos no le asustan las horas que, como los pasos de un camino que aventura su final, apura sin escatimar esfuerzo. No hay más prisas que la marcada por la necesidad ni mayor dilación que la apatía. Sabe que lo eterno se contrapone al fugaz pensamiento de la existencia: un segundo viva, perpetuamente muerta. Siete décadas y un lustro conforman la ilusión que tejen los sueños con la realidad, esa que induce a creer que todo ocurrió ayer; incluso el primer llanto que le provocara el desconsuelo de una niña, le parece que fue ayer.

En la cocina, el fogón rodea la olla con su fuego, pronto el vapor escapa del interior en busca del respiradero abierto en la piedra. La anciana se protege con unos trapos, agarra la vasija por las asas y la sitúa en un soporte con ruedas. A continuación lo empuja con cuidado al cuarto de baño, vierte el agua caliente en un barreño y rellena con fría hasta encontrarla tibia. Arrima un taburete de tres patas, un cazo mediano, una manopla, el jabón y aceites perfumados. Comprueba que en el estante está la muda limpia y se despoja de la ropa.

La luz de la lamparilla recorre su

desnudez

Al iniciar el aseo, la ausencia invoca a la soledad e imágenes que perduran en la memoria denuncian el vacío que la envuelve, sin embargo, Melania no quiere hacer un inventario de cuanto dejó huella en su corazón, tampoco le interesan los estragos de la inexorable deriva a la decrepitud. Aun así, hay algo que no logra quitarse de la cabeza: el misterio de Alina.

La primera vez que la vio al frente de la comitiva que trasladaba los restos mortales de su hijo y su marido, era la protagonista de un suceso que había conmocionado a la comarca. A pesar de que en su rostro apreció el desorden causado por el dolor, nada la hizo presagiar su tenebroso designio. Tampoco lo intuyó en las sucesivas ocasiones, siempre dominicales, en que se acercaba al puesto de flores a comprarle los ramos que más tarde depositaba en la tumba de sus seres queridos.

Un día en que la sensibilidad la tenía desamparada ante el pertinaz murmullo que sus conciudadanos proyectan en su mente, Melania se sorprendió al verla en el mostrador señalando las rosas que deseaba adquirir. Ni la había oído llegar ni percibía en ella más voz

que la de sus labios sellados. Ese era un hecho asombroso y único por el que, sin entender cómo, advertía el silencio en el prójimo. En esos momentos no supo discernir si era el síntoma de una regresión que la devolvería a la normalidad o una anomalía para la que no vislumbraba explicación. Las semanas pasaron v todo prosiquió igual: pensamientos del mundo casi se superponían a los suvos. La excepción era esa muier que permanecía aislada o tan alejada de sí que no se dejaba escuchar.

El agua resbala por los pliegues de su humanidad y la espuma cae al suelo persuadida por la ruta que conduce al desagüe. La misma fragancia de ayer arropa el desánimo de sus poros y la engalana el mismo candor del que participó la noche al incitar los besos del hombre que la amaba. ¡La de cosas hermosas que el amor dejó en su piel y que aún acampan entre los surcos de sus estrías!

En el pueblo corrió el rumor de que, en días previos al accidente, el matrimonio de Alina se había resquebrajado. Se insistía en que mucho tuvo que ver la presencia de una familia que por entonces fijó su residencia en Los Maniere. También se murmuraba que don

Ernesto canceló sus compromisos para ponerse en manos de un sicólogo y que la tormenta se lo llevó a él y a su pequeño cuando, tras la consulta, regresaban de la ciudad junto a su esposa e hija. A la anciana no le fue complicado desentrañar el laberinto que encierran sentimientos y pasiones. ¡Qué no podría hallarse en la caja de Pandora!

Fue un acontecimiento extraordinario toparse con esa desventurada sin que la anticipara el eco de sus tristezas, de sus miedos, de la ansiedad que reflejaba su figura de alma desprendida. Al responder a su mirada, Melania esbozó una sonrisa que pretendía agradecer la paz que por segundos le era concedida, pero en aquel semblante sin gestos encontró ojos encarcelados, retenidos en un oscuro acto asumido por la voluntad.

El alba tantea el cielo con el resplandor de una luz que se mantiene agazapada en el horizonte, al tiempo que bosteza el gélido aliento que desciende de la sierra. En un agujero, bajo la cabaña, se guarece el lobo que retorna de nocturnas complicidades con la luna y que, mientras mulle el cubil, olfatea el rastro de la infusión con hojas secas de abedul.

Meses después del inesperado silencio

de un semejante, en la caseta junto al cementerio, absorta en colocar los cubos de flores en los escalones que le sirven de estantería, un escalofrío la obligó a asomarse al exterior. Lo que alcanzó a ver superaba la más delirante de sus pesadillas: Alina se aproximaba arrastrando el Infierno tras de sí. Melania no tardó en experimentar el rigor del castigo que padecía, inclemente y despiadado hasta lo inimaginable. Su esencia mortal apenas difería de la mostrada en sus últimas visitas al puesto, pero, a espaldas de la carne, su ánima ardía acosada por las llamas del remordimiento. Encadenada a su cuerpo, una alteración de la realidad se manifestaba en retorcido amasiio. Era un entramado de materia y lamentos, de torsos enseñando sus vísceras y de cabezas de niños y adultos que emergían profiriendo burlas. La aparición ajustaba el ritmo con una letanía de insultos y desprecios que remataban con una terrible sentencia: «nosotros los empujamos al barranco, sí, pero fuiste tú quien los mató». La reiteraban una v otra vez atormentando el espíritu de la desdichada. Heridos por la perturbadora visión, los ojos de la anciana no hallaron más defensa que las lágrimas. Ajena en apariencia a cuanto sucedía, la viuda le dejó unas monedas y señaló un ramo de rosas. Una vez lo obtuvo, prosiguió camino del camposanto seguida de su alma que, abatida por la culpa, se abocaba sin remedio a la perdición.

Transida por lo acaecido, cerró su pequeño negocio y sin dilación se encaminó a la cabaña. El tinnitus arreciaba. Pronto sería tan insufrible que, para no extraviar la razón, se refugiaría allí donde no llegan los sentidos. Durante el trayecto aún pudo meditar. Aquél despropósito era una obsesiva escenificación del dolor de Alina y de la enfermiza responsabilidad que la consumía. Pero le intrigaba la razón de haberla compartido y horrorizaba su extrema intensidad. Aunque había algo que la preocupaba más: a pesar del martirio que esa mujer soportaba, no dio muestras de ninguna queja.

Detiene la decocción, añade una pizca de bicarbonato sódico y deja que la amarga pócima disipe el calor propagando su aroma. En breve la mañana despuntará con los frutos de un nuevo día; y le parece mentira que, en paralelo al prodigio que les da inicio, se difunda la fuerza que los corrompe.

La suerte está echada y poco a poco nos quedamos sin tiempo para volver. La frase de su madre era un comodín que podía aplicarse sin temor a errar, pues todo atiende a una oportunidad que jamás se ha de repetir. Y he aguí que son los pensamientos los primeros que parten sin espacio ni lugar al que retornar. diluvéndose en ese abstracto recipiente que es la conciencia. Sin embargo, son los notarios de las incidencias de la vida, los que escrutan v cuestionan su implacable destino. ¿Es posible que información tan valiosa quede escrita en tan efímero medio? Melania, inmersa en la constante paradoja que la aleja de lo que se entiende por común, creía que la vida era fugaz como el razonamiento que la exploraba y que, de existir algún dios, nacía y moría en éΙ

Siempre confirió a la muerte el tratamiento de diosa. La especial perspectiva que tiene de cuanto la rodea, le permite considerarla no solo eslabón sin el cual se derrumban los cimientos que estructuran la humana existencia, también, auténtica adjudicataria del libre albedrío; y tal vez sea ese inexorable designio el germen del desorden que alimenta el caos, ya que es su

veleidad, valiéndose de los males que azotan a la tierra, la que determina a capricho la extensión y la calidad de la vida.

Aquella tarde, materializados peores augurios de la anciana, el tinnitus empezó con un chirrido y se acrecentó hasta reproducir el estruendo de una montaña que se colapsa agobiada por su peso. No tuvo la posibilidad de ganar el dormitorio ni de acomodar su cuerpo en busca del vacío de una ausencia programada. La diosa la aguardaba y, en el preciso momento en que pretendía escapar de la tortura, le atrapó el corazón aferrándolo con violencia. Melania se llevó las manos al costado desplomándose al suelo presa de la insaciable deidad. Sintió que el desgarro la precipitaba en sangre, y cerró los ojos convencida de que jamás los volvería a abrir. A continuación se hizo la calma v la angustia dio paso a una paz insospechada. La noción de la bruja se desvaneció junto a los achaques de la vejez. El vigor regresó a sus articulaciones, la piel se rejuveneció, su pelo brilló lozano y cesó el bullicio de la gente en sus adentros. Intuía que estaba suspendida en alguna zona o dimensión controlada por los sueños, pero le daba igual, lo primordial era el sabor arrogante de la juventud en su boca. Desde allí divisaba una figura decrépita que se debatía en súbitas convulsiones, y la dominó la compasión por la desgraciada que de tal modo yacía.

casi dos semanas de esos acontecimientos. Melania dispone se comenzar la iornada en el invernadero. Comprueba la temperatura del brebaje y le da un sorbo con la certeza de que le aliviará los síntomas del reuma Mientras lo reflexiona sobre lo fácil que es dejarse engañar cuando se trata de evadir el sufrimiento. Recordar los entresijos del infarto tras la visión los demonios de Alina, sacude erosionada naturaleza. No importa que su vientre sea un páramo o que el aire que respira haya oxidado sus células desposeyéndolas del afán de renovarse; «dame un segundo para y culminaré montaña la inaccesible». Los años pasan vulnerando la inerme fragilidad del ser, no al milagro en el que tiene cabida. Por eso, al encarar el final, ¿por qué caer en la oscura sima sin agarrarse antes a un rayo de esperanza?

La sabiduría es el cúmulo de conocimientos que autorizan a reconocerse un

ignorante, y la anciana sabe lo justo para tenerlo presente. En cualquier instante puede acontecer que un hecho fortuito socave las más firmes convicciones o que la contemplación de algo intrascendente revele cosas insólitas. El ataque al corazón no fue una excepción.

Afrontar la topografía de una alucinación no le entraña dificultad. se eiecuta la consciencia interrumpirse las terminaciones nerviosas que la sujetan a lo sustantivo? No es una línea la que separa la vida de la muerte, sino una penumbra en la que los sentidos pierden el patrón con el que interpretan los estímulos. Entonces, ¿por qué lo recuerda con tanto detalle? ¿Y por qué se le antoja sensato trasladar la lógica de una agonía al mundo real? Y lo más trascendente, lo que jamás había advertido o podido ver: El Mavestático Aliento que lo impregnaba.

Nunca supo reconocer a Dios. Basta prestar atención al susurro que ahoga a la humanidad para descifrar entre sus plegarias la soledad que la devasta. No hay respuestas, no hay señales, no hay ningún eco que propale una esencia divina más allá de una fe ciega e

irracional porque, ¿a quién le es ajena la Esperanza o la Caridad? Es el gozne de la Fe el que chirría al abrirse la puerta que comunica con El Creador. Y es al evocar el delirio de una mente aproximándose al último estertor, que Melania se enfrenta a su existencia y, por absurdo que parezca, son los argumentos más lejanos a la razón los que dan verosimilitud a la incertidumbre.

Un nuevo sorbo a la tisana y se pregunta qué la hace tan amarga.

Triste por la vieja moribunda, contraída en sufrimiento y distante en loor de jubilosa juventud. Ella, Melania, ingrávida y redimida. Tal vez fuese por sus constantes viajes en busca del silencio o por la facultad de oír lo que aún no ha sido dicho, pero de alguna manera estaba convencida de que esas sensaciones eran una cortina que velaba el prólogo de un traumático tránsito. Luego surgió la serena impasibilidad. Desapareció la imagen de la anciana tirada en el suelo y sobrevino el alivio de quien suelta el lastre de una envoltura innecesaria. Un punto de luz apareció con el propósito de acapararla. Era de intensidad y blancura tales que sabía que con sus ojos no podía verla y, sin embargo, la miraba.

Lucecitas de color variable la seguían prodigando murmullos dirigidos a su persona: «esa es Melania, la de los remedios en el cementerio», «le llegó la hora», «pobre, soportó el clamor de los pensamientos». decían unas con simpatía; «¿dónde crees que vas, retorcido carcamal?», «¡sal de aquí, esperpento indeseable!». «vuelve a miserias de tu podrida materia», añadían otras con desdén v desprecio. Mas nada lograba perturbarla, para Melania no había otro interés que el de ese incomparable destello que la atraía. Tan pronto se convencía de que se elevaba hacia la fuente como que era esa incandescencia sobrenatural la que crecía engulléndolo todo, hasta que se percató de que marchaba por el sendero que la conducía entrada luminosa. Cuando encontraba cerca de traspasarla, unas voces sobresalieron por encima de las demás. «Melania, óyenos, ¡por piedad! Apelamos a tu misericordia. Regresa y ayuda a Alina», «no nos abandones, solo tú puedes devolvernos la paz, pues no podremos descansar si padece ese tormento», «dile que su marido y su hijo la aguardan en la quebrada Fría». El corazón de la anciana latió con las manos aún en su pecho y con el punzante estrépito de un dolor que se aplacaba.

La bruja de las flores no concibe que el cerebro se entretenga en desarrollar un minucioso plan de lo que experimenta el espíritu mientras el cuerpo se debate en un colapso que lo lleva a su desaparición; menos aún, recrear la vívida presencia de algo trascendental, pero ¿y si fuera posible y son este tipo de episodios los que desde la noche de los tiempos alimentan la vana ilusión con la que el hombre enmascara su destino? No hay más que un modo de averiguarlo: desplazarse a la quebrada Fría antes de hablar con Alina.

20. La casa Azul: acto II

Andrea exhibe la sensualidad de líneas que espolean los sentidos, contornos que cautivan el espacio con las desnudas formas del deseo.

La contempla mientras sale de la ducha y coge la toalla para secarse. La gracia de sus movimientos lo hechiza compitiendo con la pasión a la que incita con cada poro de su piel. Observar su cuerpo lo sumerge en un universo del que no querría salir. Está fascinado con su imagen, tanto más femenina como frágil e indefensa, y le excita tenerla a su merced, atrapada en el devaneo de sus dedos impacientes. Se muere por atravesarla, por romperle el alma clavándose en su vientre, por embestir contra sus ovarios hasta deshacerlos en sangre. No es un simple goce sexual lo que pretende, es algo más refinado que se logra al vulnerar a una criatura hermosa con la avidez que se arrancan los pétalos de una flor. Nada más pensarlo, siente que metaboliza el placer y segrega un líquido pre seminal que se desliza por sus genitales. Hizo bien en decidirse por la casa azul, da cobijo a la mejor de las putas.

No puede contenerse y se abalanza sobre la joven con una mueca animal en la cara. Ella se estremece al reconocerse víctima y ahoga el grito de un primer golpe debajo del esternón. Un reflejo instintivo impide que pierda el equilibrio y caiga al suelo. Sus pulmones luchan en pos de aire mientras con su mirada, suplicante, pregunta por qué. Hormi la empuja al dormitorio y la arroja en la cama recién hecha. Se baja la cremallera de la bragueta, saca su miembro y coloca a la joven de lado; le estira la pierna que está pegada al lecho, le flexiona la otra y la penetra. Un leve quejido escapa de la mujer. Él vuelve a golpearla en el vientre al tiempo que arremete con el pubis. Andrea arquea y contrae su organismo en un desesperado intento por respirar. Su vagina se abre v estrechando el sexo de Alberto, que presiona adentrándose en su interior. Los porrazos son secos, calculados, capaces de mantener los rítmicos espasmos que procuran llenar de oxígeno el vacío que provocan; si reducen la intensidad, un nuevo impacto restablece el deleite de quien disfruta con el sufrimiento que desencadenan.

Todo termina cuando una espuma roja,

que asoma en la saliva de Andrea, dispara el maléfico mecanismo de la eyaculación. Alberto se fija en sus ojos desencajados, le pasa los dedos por los labios y extiende la sangre manchándole la mejilla y el hombro. Limpia su ahora flácido miembro con las sábanas y lo introduce en el pantalón. Acerca su rostro al de la mujer e, igual que si musitara un secreto, susurra:

—No eres más que un agujero envuelto en carne excretando miserias. Cuídate, recupera las fuerzas, ya tengo ganas de que lo repitamos. Y no finjas, sé que te gustó más que a mí.

«Ya no fluye el agua en la ducha. Los pasos de Andrea y Alberto irrumpen en el dormitorio con el eco de una agonía que retumba en mi cabeza. En el sonido del silencio la busco sin encontrarla, y en esta oscuridad protectora la imagino entregando el sabor de sus besos en otra boca.

¿Es el corazón ese cristal que se resquebraja en mi pecho repartiendo por las venas las esquirlas de un dolor que me desgarra? ¿Es el amor el que acorrala mis pensamientos y persevera a la escucha de un susurro o un gemido? ¿Es el miedo el que envilece la tarde al usurpar el misterio que alumbró la madrugada?

Quisiera derribar la distancia, sepultarla bajo tierra y liberarme de la tortura que me aleja de tu aliento cuando respiro; desposeerme, huir de mí, apartarme de lo que siento, de lo que vivo, y devastar la conciencia para abandonar este cuerpo sin alma donde lo ampare el olvido».

—¡Ven a recogerme!

Hormi guarda el móvil y se dirige al espejo central del ropero, da un repaso general a su aspecto y ajusta el cuello de la camisa.

—Ya sé que es una visita muy corta, pero no te desanimes, dispondremos de similares ocasiones en las que te dedicaré la atención que mereces. Dale un besito de mi parte a la pequeña ramera... y no te molestes en acompañarme, sé dónde está la salida.

Al cerrar la puerta de la calle, Alberto produce una sacudida que se expande por las paredes de la vivienda hasta llegar al dormitorio. La vibración despega de la ventana el estor azul, y un haz de luz alcanza la sangre que mana de los labios de Andrea. El rojo que

refleja se difunde en todas direcciones y cambia la celeste ilusión de lo que fuera un paraíso por el abrasador fuego del infierno; y como en un incendio sin control, las llamas saltan de casa en casa devorando La Maresía.

21. Los demonios de dios

No hay prisión más cruel que la construida por el propio dolor ni prisionero más sojuzgado que el que se encierra en sí mismo.

Parece que mira, pero apenas mantiene los oios abiertos. **Impulsos** que responden a exigencias mecánicos biológicas la fuerzan a levantarse, comer o echarse a dormir sin que tenga consciencia de cuanto la rodea. También concluve gestos que alcanzan al inexpresivo umbral de su rostro y rictus que sacuden la pasiva indolencia de su no significa que expresen ánimo: mas emociones. realidad son arrebatos en incontrolados de sus músculos, los espasmos de un cuerpo anquilosado incapaz de ejecutar una mera intención. Si alguien le atrapara la mirada encontraría el camino hacia el reducto donde sufre condena. Allí, en la orgánica mazmorra que un día excavó la culpa, aguarda silente sin otro horizonte que el de cumplir con su destino.

Alina recorre un laberinto de calabozos

en pos de la penitencia que le impone el remordimiento. Aun así hay instantes de lucidez en los que ruega por escapar del asedio de la conciencia y transformarse en ceniza como las incandescencias que huyen del fuego. Ni un pensamiento más, que reine el precioso vacío intemporal de la muerte.

Tras agotar los días que su organismo resista, no espera que ningún espíritu abandone su cuerpo y mucho menos que ascienda al Paraíso o baje a los Infiernos. Hay demasiado en juego para que eso sea así. Los años y las vivencias acumuladas no conforman una gota de agua en la inmensidad del océano ni un segundo en el devenir de lo eterno. Sería una paradoja, además de injusto, que algo tan e insignificante tuviera trascendencia. El alma inmortal por siempre consagrada a la influencia de lo profano, a las que fueron insustanciales tribulaciones, a alegrías o tristezas. Lo fútiles divino encadenado a perpetuidad por los delirios de la carne corrompida. Por el contrario, anhela que la vida y la muerte respondan a una naturaleza efímera que cierre un círculo de pasiones, y que el último suspiro traiga la calma que sigue a la tempestad: olas de un mar azotado por sentimientos que terminan donde la carne se mezcla con la tierra.

Proclamar que la vida es la manifestación de un dios ensimismado, es la manera de asimilar cuanto no se llega a comprender: resolver una necesidad, complacer un deseo.

Lo que no entiende es el origen de la pérfida presencia que percibe y la repulsión provoca SU tenacidad. persuadirse de que es una manifestación de sus miedos y que nada tiene que ver con los demonios de Dios. La supone cerca porque se le hace irrespirable la ausencia de moral, de bondad, y la ruptura deliberada con cualquier atisbo de justicia. Una manifestación que urde calamidades y que goza contraviniendo la esencia misma de las cosas. Se pregunta si esa es la forma de definir lo diabólico o la simple descripción de una actitud más de la condición humana. Después de lo que sucedió en la quebrada Fría no cree en ánimas, solo en fuego fatuo de los huesos descomposición. Entonces, ¿Qué es y por qué la persigue esa brumosa figura toda ella deshordada de maldad?

22. El ayer siempre muere con la noche

Al encarar la entrada, Marta siente el golpe de la oscuridad en los ojos, estira el brazo y pulsa el interruptor que enciende la bombilla. La luz ilumina el pasillo, que se alarga delimitando el marco de las puertas sin llegar a romper con la negrura que emana de sus muros. Titubea, y cuando al fin accede, soporta la pesadez de un aire atrapado por la cerrazón de ventanas que nunca respiran; el suelo parece pegajoso, como si quisiera retenerla, debilitarla, socavar sus energías. Se encamina a su cuarto mientras procura no sucumbir al viciado influjo de una casa compartida con ella. Y por primera vez desde que abandonaron Los Maniere, al pasar junto a su dormitorio, toma conciencia de que esa mujer con la que convive la trajo al mundo. Se detiene, gira el pomo y se adentra en la habitación. La lámpara de la mesita vierte una endeble claridad sobre tres fotos: la del pequeño Ernestito, la de su padre y la de Hilaria. En la cama, aplastado por la penumbra, el cuerpo de Alina y, proyectada en la pared, la sombra de un crucifijo deforma la silueta del hombre martirizado hasta tocar un techo que recuerda a la tapa de un ataúd.

Se esfuerza por no ceder a la intensidad de lo que experimenta, pero después de tantas lágrimas atenazadas por el rencor, el llanto irrumpe con la brusquedad de un torrente que arrastra con el desprecio que amontonaron los años, y con la rabia que la impotencia volcara en su corazón. Se arrodilla al borde del lecho con la intención de arrostrar con los acontecimientos del pasado y eximir de ellos al presente. ¡Qué difícil es cargar con las consecuencias de la vida sin una madre que amortigüe los estragos que produce!

—Vengo del hospital, María está muy grave.

Alina no se mueve. Su respiración, acaso tranquila, expande y contrae el pecho con un soplo cadente y agrietado.

Marta le coge las manos, las acaricia y luego las besa como cuando de niña se arrimaba a su regazo protector. Se sorprende de que aún conserven el olor maternal de aquellos días felices. ¿Cómo no lo apreció antes? ¿O es que no quiso hacerlo? Sabe que todavía persisten los restos de quien no pudo

superar el accidente, y que durante todo este tiempo descargó su angustia vertiendo el dolor y la responsabilidad en la infeliz que yace inerme. ¡Pero ya se acabó! El ayer siempre muere con la noche y faltan horas para que el sol se comprometa con la mañana.

-Mamá, ¿me oyes?

Alina reacciona, entorna sus ojos resecos y, con voz rota, responde:

- -Sí, lo escucho.
- —¿Lo escuchas? ¿Qué es lo que escuchas?
- —El zumbido —susurra, señalando el vacío de la habitación.

Marta la abraza con fuerza y, al suplicar piedad, le viene a la memoria la plegaria enviada a Dios desde un auto en medio del barranco. Igual que entonces, impotente, clama misericordia.

—¡Oh Dios mío, ayúdame! Madre, tú que fuiste a buscar a tu hijo y a tu marido entre los muertos, dime dónde estás, que por fin parto a rescatarte.

Líneas desde el horizonte, que se esparcen púrpuras, resquebrajan la noche y amanece igual que ayer.

Marta abre las ventanas. Una ráfaga zarandea el inmueble hasta desalojar el vaho que lo carcome; sus muros y tabiques, entusiasmados con ver la mañana, se prestan a ser testigos de la esperanza. Un eucalipto cercano embalsama el aire de una aspiración largo tiempo contenida.

En la cocina, el aroma del té se une a la expectación de una ciudad que balbucea los sonidos de un nuevo despertar. Alina aparenta centrar su atención en los recovecos de las primeras horas, pero es incapaz de ver más allá del umbral de sus pupilas. Al juego de la brisa con su pelo se suman los reflejos de los incipientes rayos de sol.

—He abierto la casa de par en par —le dice Marta, tentando su mejilla con el dorso de los dedos—, en adelante quiero que se mantenga ventilada, si dentro de un rato te da frío, cierras las ventanas, pero no dejes que las cortinas impidan el paso de la luz. Basta de encerrarte entre sombras. ¡Dios mío! —añade, al reparar en su palidez—. ¿Te has fijado en tu cara? Tengo que ponerte una crema que devuelva la tersura a esta tez ignorada. Vamos a desterrar la melancolía de una vez por todas.

A la joven le urge regresar al hospital y

acompañar a Juan en la situación por la que atraviesa María, pero no le agrada la idea de alejarse de su madre. La embarga una sensación de reencuentro tras un prolongado periodo de ausencia, y siente que ha de redimir los años perdidos.

Apura la taza de té despidiéndose con un beso.

—¡Ojalá puedas perdonarme!

Una última ojeada, al salir, le muestra el contraluz de una mujer relegada de sí, expuesta al extravío de un ánimo impasible, y le conmueven los rasgos con que esa imagen describe a la soledad.

Se vive la vida si, como al agua, se la deja correr.

Esa frase me obliga a mirar en mi interior con el anhelo de encontrarme y recuperar los caminos que abandoné cuando comenzaba a andar.

Libre de las pesadillas que cegaron mi corazón, descubro que fui barco fondeado en puerto de tinieblas. Sin gaviotas, sin olas, sin mar ni vientos que consintieran zarpar. He permanecido anclada a un dique de sufrimientos sin más norte que el dolor. ¡Cuántas mareas quedaron sin partida! De improviso, un impulso salvador me arrastra al mar henchidas las velas y en pos de singladuras por las que debí navegar tiempo atrás; pero me cuesta reconocerme rodeada de agua, sin saber nadar y empeñada en demoler el rencor.

Ahora que mi madre participa del frescor de la mañana, pienso en ti, Fedor. Pobre amor mío, mi único amor. Siempre a la espera del gesto que te reclame, condenado a mendigar la mirada de quien se castiga con no verte, y que ahora ansía arroparse con el calor de tu piel.

Recuerdo el sigilo de tus ojos al robarle el color al bosque adormecido, y el arrojo de tus labios al explorar mi boca adolescente; a los árboles que ocultaron el pudor de nuestros cuerpos a la luna y al río, que con su voz de agua, preguntaba por el mar. Quisiera decirte que aún siento sobre mi pecho tus manos atropelladas por el deseo, que este aliento que exhala mi alma no es otro que el que dejaron tus besos.

Necesito devolverle al pasado la distancia que le dieron los años, conquistar el presente y gozar de otra oportunidad.

Luna llena de sombras, nueva y oscura portadora de tinieblas, ¿porqué das luz a esta noche tan ciega? Maldito sea el sonido al que me arroja tu silencio,

maldito el veneno de tu distancia en mis venas,

pues mejor es el olvido que el desprecio de tu indiferencia.

Porque estás aquí, entre las palabras que te piensan,

tan hollada como la tierra del camino que me lleva,

tan clara como la voz del viento en la meseta, tan cierta,

que te respiro para que el corazón no se detenga.

Y es que vivo en tu mar sin horizontes, presa de las dudas y la marea, dispersa entre el dolor y las olas, de la orilla en la que reflejas mis penas.

23. Lo que no oculta una mentira

Moribundo, con el torso entre los brazos de la joven que se arrodilla bajo el árbol, el guerrero lucha en postrero intento por retener la luz que huye de sus ojos. Su titubeante mano pretende conquistar el espacio que le permitiría acariciar la tez de su amada, pero cae yerta sobre las hojas secas de una tierra empapada en sangre. Una convulsión en su pecho lo acaba de entregar a la muerte. Ella se contiene sin rendirse a las lágrimas, mas el temblor de su rostro devela una angustia que la retuerce de dolor. Es la primera de las muchas mortajas que habrán de cubrir el cuerpo del desdichado, la última la pondrá el olvido.

—Aseguraste que cuidarías de mí... que me darías hijos... que permanecerías a mi lado —le reprocha, con la voz quebrada, para a continuación gritar y golpear el cadáver con los puños—, ¿me oyes? ¿No ves que te hablo, maldito embustero?

De pronto se detiene encarecida por la desgracia, y al fin se desmorona en llanto sin consuelo.

La emoción vence al silencio que llena el teatro, el telón se cierra y el público, aún impactado por la interpretación, rompe en aplausos y vítores. Obligados por el clamor que no cesa, el elenco de actores sale en bloque al proscenio donde reciben una y otra vez el entusiasmo que emana de la platea y el anfiteatro. Dando un paso atrás, la compañía deja a la primera actriz ante sus incondicionales espectadores. El fervor y la admiración arrecian con una lluvia de flores que cae a sus pies. El mundo se rinde a su talento

En uno de los palcos que, a modo de balcón, domina la panorámica del escenario, Gosha, el apuesto vástago del vizconde Svyatoslav Gólubev, no pierde detalle de cuanto ocurre. Acuciado por la impaciencia, su adusto semblante evidencia una pesadumbre que lo aísla del espectáculo.

Isabel se desmaquilla frente al espejo de luces y comienza a cepillarse el pelo. Su cara no refleja la satisfacción del triunfo, por el contrario, se siente víctima de él. Le parecen vanos los años de estudio e inútiles los esfuerzos realizados. Cree que el proyecto por el que tanto tuvo que sacrificar le arrebató el control y que ésta no es la meta que un día quiso alcanzar. Siempre supo que debía renunciar al tiempo libre, a los amigos, incluso al amor, pero en sus cálculos no entraba el renegar de sí y abandonar el alma en la cuneta de un camino que se revela cruel y sin sentido. Un vacío insoportable crece en su interior.

Milena accede al camerino. Cumplidos algunos más de cuarenta, la asistente de prensa es la colaboradora ideal de la artista. Divorciada y sin familia que la reclame, acumula la oportuna experiencia y libertad como para dar soporte anímico a las tediosas e interminables giras. Ahora, en la gran capital, tras el éxito cosechado en provincias, lo que en principio les comprometía a un mes de representación, supera los nueve.

—¡Has estado fantástica! Ahí fuera te adoran. Trae —le ruega, quitándole de las manos el cepillo—, deja que lo haga yo.

La actriz no pone objeción; abatida, su ánimo relega cualquier acción o pensamiento.

—Llevo días sin verte una sonrisa, ¿no sería razonable comentar eso que te preocupa? —Durante segundos aguarda una respuesta, al no obtenerla, prosigue—: He

visto en uno de los palcos al conde, al duque o lo que sea ese galán tan atractivo que frecuentas; se mostraba inquieto. ¿Tiene eso algo que ver con tu tristeza?

No contesta.

- —¿Me prestas atención? —pregunta, mientras le sacude con suavidad los hombros.
- —Sí, claro que te atiendo. Pensaba en lo que dijiste. Es verdad, he perdido la alegría.

Milena la observa con fijeza, y replica:

—Querida niña ¿qué perturba esa linda cabecita? ¡Mira de cuánto eres dueña! No puede existir nadie más privilegiado que tú: joven, hermosa, con unas aptitudes extraordinarias que te proporcionan fama y fortuna. Dime, ¿de dónde provienen tus penas? Si es por el ruso, hay cientos a tu puerta que no dudarían en fiar su patrimonio por complacer tus caprichos.

La expresión de Isabel cambia. Compartir aquello que oprime y trastorna al espíritu ayuda a conjurar los males que provoca; además, no es preciso contarlo todo, unos pormenores sin importancia serán suficientes. Así experimentará un mínimo alivio y contendrá a la gélida oquedad que medra en su corazón.

—Me conoces lo necesario para no tener que explicarte que en mi carrera no se interpone ningún hombre, ese no es el problema. Gosha me cautiva, pero, de igual manera, me infunde un recelo con el que no podría convivir. Él es uno de esos misterios que te enredan en una historia a la que no le auguras buen final, y de la que tratas de huir sin entender por qué no la puedes dejar. Me sedujo el mismo día que estrenamos en este teatro y hace semanas que se desvaneció el encanto de su hechizo... es el alto precio que he tenido que pagar...

Isabel siente que se le atragantan las palabras y comienza a jadear como si le faltara el aire.

—Calma, pequeña mía.

Milena la abraza y la joven se deshace en llanto.

- —Sospecho que este ruso supo sortear las defensas y asaltar tu desprotegido corazón.
- —¡No! —exclama, enjugando las lágrimas—. Las defensas siguen intactas, sin embargo he sacrificado lo más preciado y divino que pudiera haber en mí.
 - —¿Qué insinúas, chiquilla?En ese momento tocan a la puerta del

camerino.

-Voy a ver quién es.

La asistenta de prensa la abre y se topa con la imponente presencia de Gosha Gólubey.

- -Necesito entrevistarme con Isabel.
- —Se encuentra indispuesta, en...
- —Déjalo pasar —la interrumpe—, también quiero resolver un asunto.
 - -Cariño, no deberías...
 - —Te lo ruego.

Milena se aparta facilitándole el acceso y sale de la estancia.

Alto y trigueño, Gosha destaca por su fortaleza y unos embaucadores ojos azules que heredó del vizconde. En el timbre de su serena voz se percibe el acento Moksha de Moldavia.

Al verla de cerca, comprueba que la frustrante pérdida que lo aflige, en ella es desolación y angustia contenida. A pesar de considerarse víctima de cruel destino, no puede evitar un sentimiento de conmiseración.

—Mi padre me previno y, como en tantas ocasiones, no lo tuve en cuenta. Te veo tal cual me aseguró: sin dar crédito a lo que eres capaz de hacer, atormentada ante lo irremediable.

Isabel intenta responder. Él la obliga a callar con un imperativo movimiento de mano.

—Piensa bien en lo que vas a decir, porque hay cosas que no las oculta una mentira.

Esas palabras la acorralan hasta amurallar su boca.

—Al partir con el encargo del vizconde, te dejé a las puertas de un milagro, a mi regreso te encuentro sumida en el suplicio que conlleva renunciar a las más íntimas convicciones.

El ruso acomete una breve pausa, coge aire, y prosigue:

—En tan corto espacio de tiempo has abierto un abismo insalvable entre nosotros y violentado lo que entonces nos unía. No has dudado en denigrar a la mujer para salvaguardar a la actriz.

La joven reacciona con vehemencia.

- —No tienes derecho a hablarme así, desde las primeras horas que compartimos quedó claro que no tengo más prioridad que la de mi trabajo.
- —Sí, es verdad, pero, tras la determinación de la artista, advertí un espíritu en el que no cabía más que la vida, ¡es

evidente que me engañé! Ahora dime: ¿no hay nada que debas confesarle a este hombre?

-iNo!

En el rostro de Gosha desaparece cualquier expresión de piedad y se esculpe el desprecio.

- —Soportarás durante años el dolor que nos has causado a mi padre y a mí... cuando creas haberlo digerido lo vomitarás sobre aquél que más te importe, igual que has hecho conmigo, sin tener conciencia del daño que desencadenas.
- —No se diga más: ¿a qué objeto se refiere?
- —A una cajita de alabastro y su contenido, solo a eso —afirma, alargando aún más su irritante sonrisa.

Isabel y Neera entrecruzan la mirada. Pendiente del más mínimo gesto, el extraño de traje gris oscuro se echa a un lado para que la joven intervenga en la conversación.

- -Me temo, Señor...
- —Wareen, llámeme Wareen —reitera, centrándose de nuevo en la señora Ayensa.
- —Me temo, señor Wareen, que la cajita ya no está en mi poder, esta mañana alguien se encaprichó de la singular pieza y la compró.

Por desgracia no me es posible aprovechar tan generosa oferta.

- —¡Oh! Sí que es una contrariedad, mas apuesto a que usted sabrá solventarla, como ya le expuse a la señorita, este es un tema que requiere de una particular valoración.
- —Entiendo lo que quiere decir, créame que lamento...
- —¡No! No lo entiende, señora mía, si lo entendiera, no me obligaría a recordarle que «hay cosas que no ocultan una mentira».

La mujer siente que esas palabras le retumban en el alma y una punzada atraviesa su pecho obstruyendo el paso del aire.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho? exclama, en pos de segundos con los que sobreponerse.

Los labios del supuesto emisario se estiran y, más repelente que nunca, una sonrisa aflora en ellos igual que el humor rojo en la daga al extraerse de la herida.

—¿En verdad es necesario repetirlo? —responde, con tono desafiante.

Isabel se desvanece en el vacío que se abre en sus entrañas. No alcanza a ver más allá de los desorbitados ojos de Wareen desparramando sangre con la mirada, y de la violencia de una frase que jamás creyó volver a oír.

—¿Se lo repito? —insiste.

Por un instante, Isabel experimenta que el tiempo se ralentiza. Le parece ver la escena desde un punto de vista ajeno a cuanto ocurre: el pasillo de la tienda se expande hasta el infinito, las estanterías, con sus repletos escaparates, se alejan unas de otras, incluso Neera desaparece en un horizonte que se diluye en la nada. Solo quedan ella, Wareen y el silencio, que se transforma en hambrienta alimaña presta a engullir cualquier sonido.

24. El Diácono

Conforme se aproxima a la Catedral, ésta le revela la orgánica estructura de su armazón: en los costados, los arbotantes se despliegan cual costillas; en lo más alto, sus chapiteles parecen brazos que se alzan con la intención de tocar el cielo Juan camina embelesado por el aura que desprenden los vitrales y la serenidad del aire que respiran. Al traspasar su portada se leen, labradas en ménsulas que alumbran las puertas de acceso al templo, dos palabras: Domus Dei. El diseño de la gran sala, con más de ciento veinte metros de largo, recuerda al hombre lo insignificante de su condición. La vista no tropieza con obstáculos hasta descubrir, en el ábside, el rosetón, enorme ventana circular que la inunda de enigmática claridad; debajo, una Cruz preside el altar principal. Doce escalones comunican el presbiterio con las gradas en las que feligreses y piadosos se entregan en oración. Sus columnas encauzan los nervios que, a cuarenta metros de altura. se abren en bóveda de arcos transversales.

El aroma del incienso, tan cauteloso

como la luz de los cirios, libera en el silencio el eco de acogedoras sensaciones. Por primera vez en muchos meses experimenta la confianza y la paz que creía perdidas.

No hay visitantes ni fieles devotos, solo el trasiego de alguien que entra y sale de la sacristía distrae su atención. Se sienta frente a la Cruz y se arrodilla acuciado por una reverente necesidad. Con cada bocanada, sus pulmones inhalan el recogimiento de una atmósfera que, ajena a mundanas presunciones, invita a dialogar con un universo interior, íntimo y trascendental; pero la desgracia erosiona el paisaje de su espíritu modelando una única esperanza, descarnada y sin más acuerdo que el de un milagro.

El tiempo transcurre e, igual que las velas, las horas agotan el reducido espacio de su existencia iluminando el vacío que dejan atrás.

A pesar de construir con plegarias la ruta por la que fluyen los pensamientos en pos del Creador, Juan advierte el acoso del desamparo, que lo acorrala con una terrible certeza: ninguna deidad se entrevistará con él. Rendido a lo inexorable, entiende que lo ha gobernado la desesperación, y cierra sus

manos en puños que acumulan rabia. El susurro de los rezos se transforma en rechinar de dientes y un llanto seco ahoga una maldición antes de abandonar sus labios. La Casa de Dios se troca en cúmulo de piedras donde la mente se predispone a transgredir las leyes de la realidad; más que una falacia, cree que entre sus paredes habita una ilusión que pugna por aferrarse a los sueños.

Vuelven los temblores a desbaratar el perfil de su figura y, resignado a su destino, evoca las violáceas formas que se tragara una alcantarilla. Nadie lo reclama en un sitio en el que se exponen los símbolos del desencanto, ahora no le resta sino regresar junto al calor de la llama que le da la vida y que, no muy lejos de aquí, se extingue sin remedio.

Cuando está a punto de levantarse, el contacto de una mano en su hombro lo retiene.

- —¿Se encuentra bien?
- —¿Qué? ¡Ah, padre! No le oí llegar.

La voz, trémula y apagada, delata el precario equilibrio de una lucha intestina.

- —Aún no me han ordenado sacerdote, a día de hoy, diácono transitorio —aclara.
- —Diácono o sacerdote, lo mismo da, de todos modos me marchaba —dice,

apoyándose en el reclinatorio para ponerse en pie—. Respecto a su pregunta, lo cierto es que no... no estoy bien.

- —Nada le impide demorar unos minutos, ¿me equivoco? Es posible que precise... dialogar con alguien.
- —¿Dialogar? Es curioso que diga eso, es la tercera vez que de alguna manera se conjuga semejante verbo.
 - —¿Declinó las anteriores?
- —La primera sí, en esos instantes... no sabría explicarlo, era como intentar componer un puzle al que le faltan piezas, la prioridad era encontrarlas.
- —Comprendo, ¿qué pasó con la segunda?

Los dedos del clérigo siguen practicando una insustancial presión cerca de su cuello.

- —Visité este lugar en busca de respuestas, pero no hubo quien atendiera mi súplica.
- —Pocas veces se presenta la oportunidad de hallar la satisfacción que demandan nuestras cuestiones, no querrá que el diálogo que las puede abordar se trunque de nuevo, ¿verdad? Quién sabe, tal vez podamos

averiguar algo respecto de esas piezas que le faltan.

Juan lo escruta fascinado con el modo en que se expresa y los recovecos de su incisiva mirada. En los ojos del joven, unidos a insólitos claroscuros, se atisban escondrijos que lo inducen a indagar. Además, por una extraña razón que no llega a entender, la posibilidad de rechazar la invitación le parece del todo inoportuna y fuera de lugar.

—¿Nos sentamos? —Lo anima el diácono, ejerciendo en él un definitivo empujoncito con la mano.

Ambos se sientan y al fin libera el hombro del seglar.

- -¡No existen!
- —¿Qué no existen? —inquiere el clérigo.
- —Ahora lo veo claro, esas piezas no existen... soy yo... en realidad soy yo el que no encaja.
- —Todos somos piezas importantes en la Creación... formamos parte de ella incluso después de abandonar esta vida. Lo que ocurre es que no terminamos de asimilar o comprender la posición que ocupamos y, mucho menos, el devenir de cuanto nos

acontece.

—¡No quiero que muera! —exclama de golpe, como el que enseña una herida ensangrentada.

Los dos se observan sin decir nada: Juan, a la espera de una cura que evite la hemorragia; el diácono, bebiendo del silencio en tragos muy cortos.

- —Mi compañera... ese es el lugar que no puedo asimilar, se apaga y no hallo la manera de evitarlo.
- —Si se me permite exponerlo —le responde, casi sin pronunciar las palabras, deslizándolas entre los labios—, ese es el peso del alma. Lo que sientes por esa mujer la está... lastrando.
 - —¿Insinúas que debo dejar de amarla?
- Eso es lo que Él le exige: «Amarás a
 Dios sobre todas las cosas».
 Y señala la
 Cruz con un movimiento de cabeza.
 - -No entiendo a qué te refieres.
- —Tal vez y solo digo tal vez... debería explorar otras posibilidades, hacerse oír por otro camino.

La voz parece fluir sin atravesar el espacio, se diría que su boca la deposita en el oído de Juan intercalando entre los vocablos sutiles pausas que refuerzan el propósito que las alimenta.

- —Convendrá conmigo —prosigue el clérigo— en que no merece el trato que recibe... es, por así decirlo, degradante e injusto, ¿no cree?
- —Sí, eso es... es tal y como yo lo veo, pero ¿cómo hacerme oír, reclamar la atención que se me niega?
- —El Creador impregna con su Hálito cuanto es y existe... nada está fuera de su alcance, tampoco la conversación que mantenemos... ¿Comprende lo que le digo?

—Sí.

- —¿Nunca se ha preguntado cuál es el origen de las catástrofes que siegan la vida de inocentes, del mal, de las guerras?... Si cuanto es y existe, goza del Hálito Divino... incluso la enfermedad y la miseria atienden a su inescrutable designio... ¿me sigue?
- —¿Aseguras que Dios es el precursor del mal que nos aflige?
- —¿Podría no ser así? Verá, hay dos formas de venir a Él... observándolo aquí es fácil deducir que lo ha intentado por una vía que conlleva grandes dificultades; sin embargo, hay otra mucho más práctica que da

inmediatos resultados... ¿Querría que le informara al respecto?

- —Me estás hablando de mi mujer, ¿verdad?
 - —¿Acaso hay algo que le importe más?
 - -Solo un milagro la salva.
- —Los milagros son hechos espontáneos, no tienen lugar ni tiempo determinado, son... un simple e involuntario acto reflejo del Creador. Yo le propongo algo concreto que se ajusta a sus expectativas y que le daría el auténtico sentido a su existencia... usted pasaría a ser la pieza más relevante; como ve, le ofrezco bastante más que un milagro.
- —¿Cómo me ofreces eso? Ni siquiera eres sacerdote.

Sin pensarlo y como si despertara de un letargo, alarga sus brazos hasta atrapar al diácono por el hábito, a la altura del pecho, tira de él contra sí, y añade:

—No sé a qué juegas, pero si lo que te divierte es reírte del prójimo hurgando en sus desgracias, has cometido un grave error, o te explicas o juro que te mato aquí mismo.

Al tenerlo tan cerca de la cara, sus ojos le parecen pantallas donde se contempla la

catedral desde una perspectiva situada sobre la Cruz. Allí debajo, entre los primeros bancos de la grada, reconoce su figura, que amenaza a la del clérigo. No puede evitar el girar la cabeza y escudriñar el símbolo de Cristo en busca del origen de esa imagen. Preso de enorme confusión, suelta al joven y, sin apenas consciencia de lo que hace, se deja caer de rodillas.

—¡Oh, Señor! Llevo meses sometido a la tortura que destruye lo poco que hiciste de mí, y de nuevo me encuentro aquí... en medio de mis pesadillas. ¿Acaso ella ha de morir para que yo despierte?

Después de unos instantes en los que permanece abatido, se incorpora, echa un vistazo al altar, detiene la mirada en el Sagrario y a continuación la vuelve hacia el diácono.

—No sé a quién sirves ni me importa... dime, ¿qué quieres de mí a cambio de sanarla?

«Atrapado en el horizonte de mis lágrimas y disuelto en su velo de sal, soy la espuma de olas que nacen y mueren en tu piel.

Encerrado en el vientre de mis noches y sin más luz que la de tus ojos al mirar, sueño que

amanezca el día en que para verte, no me tenga que despertar».

25. Los días que se ocultan de la luz

- —¿Sabes, madre? A veces las personas hablan sin mover los labios.
 - —¿Sin mover los labios?
 - —Sí.
 - —¿Y de qué hablan?
- —De cosas que no entiendo, pero que me asustan.
- —¡Qué cosas dices, Melania! La gente no puede hablar sin mover los labios.
 - —Tú también lo haces.
 - —¿Yo?
 - —Sí.
- —Ahora eres tú, hija mía, la que habla de cosas que no entiendo, pero que me asustan.

Nubes desertoras de borrascas pasajeras se aferran a Los Maniere para encerrarlo en el gris mortecino de una llovizna incesante que languidece los días. El aire, saturado por la humedad, moja las entrañas del pueblo supurando un moho que agrieta la cal de sus paredes. El río se desborda en plaga

de ranas que alcanza los límites de las casas, y las calles se colapsan con la apatía de horas que emborronan la razón.

Una vez recuperadas las energías que, al acercarse, la muerte le arrebatara, el propósito de acudir a la quebrada Fría la sobrecoge. La necesidad de asimilar lo ocurrido durante el infarto se ve superada por una advertencia de peligro que se intensifica según pasan las semanas. La traumática experiencia imprimió su huella allí donde le era imposible ignorarla: en la carne de su frágil corazón. Nada es más real que la angustia que le ocasiona, tan roja y vivaz como la estremecida sangre de sus venas.

Al caer la tarde, sin más pertrechos que farol de aceite, báculo, impermeable con capucha y luto por las penas, la bruja de las flores inicia entre abedules la búsqueda de lo que otrora fueran hombre y niño. Pronto la noche le hablará de los días que se ocultan de la luz.

Poco después de la partida, las tinieblas confinan el sendero al círculo que en derredor genera el brillo de la lámpara. Detrás de Melania, su sombra se alarga hasta sobrepasar el umbral de lo visible; delante,

cada metro que gana la aproxima al espanto que presiente. No hay viento que mueva una hoja ni brisa que le llegue a la cara, solo el vaho de un frío que arremete contra los desarraigados rincones de su alma.

Conforme avanza, la materia orgánica que la rodea surge macilenta, afligida por tonos que la despojan de vigor. La llovizna resbala por el tejido vegetal en surcos que caen filtrándose en la tierra; y cree que la arboleda muda su apariencia adoptando la indumentaria de un fúnebre cortejo. Pero hay algo más, no consigue verlo, tampoco oírlo; aun así sabe que está ahí, velado a los sentidos, mientras salta de rama en rama sin tocarlas. Lo delata la oscuridad que expande con su presencia.

Una convulsión, que ahonda en terrores de cuya existencia jamás hubiera sospechado, la detiene. Deposita en el suelo el transparente recipiente que la ilumina, suelta el palo en que se apoya, y se masajea los párpados. A continuación, sin abrir los ojos, lleva sus dedos a las sienes para ejercer una ligera presión que le procure alivio. Un rumor precede a la maldad prospera aue distorsionando sus pensamientos: lo originan legiones ascienden desde las aue

profundidades del infierno.

El roce de un ruido al moverse alarma a la anciana, que reacciona amedrentada. El farol no está a sus pies, cuelga de la noche a unos pasos, frente a ella. Su llama se agita desesperada, como si aspirara a recobrar el aliento tras repentino esfuerzo. En segundos se estabiliza, aumenta su tamaño y en líquida consistencia gotea en pos de la hojarasca, obsesionada con prender y consumir. La purpúrea forma arrincona a los árboles que huyen de su voracidad, pero ni las acuosas partículas de la bruma evitan que el fuego se agarre a sus cortezas. En minutos se ve cercada por un incendio que se propaga al bosque. La niebla se transluce en horizonte de montañas que arden.

La combustión modela las viscerales imágenes que viera en pos de Alina cuando le compraba flores en su visita al cementerio. Las mismas extremidades, torsos y cuerpos desnudos que entonces martirizaban a la viuda, ahora asedian a Melania. Entrepiernas de sexos erectos y vulvas enrojecidas se le ofrecen en insaciable apetito. El crepitar de la madera se transforma en invocaciones que exhortan a la fornicación; el calor que

desprende, en caricias de libidinosos instintos. La anciana pretende apartarse, pero las flamígeras esencias la muerden marcando su piel con un terrible ardor. Hábiles e incandescentes apéndices se dedican a quitarle la ropa. Un nuevo intento por impedirlo concluye en otra dentellada que la quema. Nada puede hacer por resistirse ni por escapar del horror que la abrasa. En un instante afloran sus setenta y cinco años. Todo resulta expuesto y a merced de voluptuosos deseos.

Una llamarada se fragmenta en testas de niños que se aferran a los senos de la bruja de las flores. Sus bocas comienzan a mamar y morder los pezones, no para nutrirse de la leche que una vez albergaron, sino del placer que aún especula en sus terminaciones nerviosas.

Por momentos cree ver, bajo su ajada humanidad, los frescos y exuberantes contornos de la adolescente que se entrega gozosa. La figura, tallada por el candor de pubescentes rasgos, enseña el despertar de incipientes pechos y abre las piernas a lascivos impulsos. Melania se siente vulnerada. Comprende que la embarga la ausencia de Dios y que, sin saber cómo, ha traspasado los

límites de un camino que conduce a la perdición. No es el fuego lo que atormenta a las almas que se condenan en esta hoguera. es la repugnancia de un propósito que ultraja la pureza y corrompe lo divino. La anciana forcejea sin que le importe convertirse en la pira donde se evaporen las lágrimas de su inocencia v. no quedándole más desfallecer, cierra los ojos para que el roce de un ruido al moverse la obligue a abrirlos de nuevo. El farol sigue a sus pies, en la senda que empapa la llovizna de nubes pegadas a tierra, allí continúa el báculo que se compadece de su torpeza y, a unos pasos, adorado en la negrura del bosque y la noche, Danel

Sentado en una brillante roca a modo de improvisado trono, la entidad se manifiesta con la elegancia y solemnidad de los Hijos de Elohim: la de aquellos que fueron consagrados observadores celestiales. Ataviado con túnica alba sujeta a los hombros por fíbula dorada y a la cadera, con cinturón de cuero ornado en oro, pliega las alas que, majestuosas, sobresalen por encima de la cabeza. Al levantarse, sus más de dos metros de altura humillan cuanto lo rodea. La bruja de las flores jamás

contempló algo así y nunca antes la angustia estranguló su garganta como ahora al ver que se le acerca. En el rostro de la aparición advierte el enigma que cuestiona lo que entiende por real y, en su porte, la evidencia de que la maldad es una criatura hermosa con la capacidad de andar, de mirar y seducir. Melania, instalada en los pensamientos de ese ser, es el centro de su atención. Arrogante y atractivo, atesora el deleite de los pecados a los que incita. Jamás había asistido a una expresión tan descarnada de la belleza ni afrontado el convencimiento de un frío más intenso que el del invierno. El paroxismo y la gracia de lo divino unidos a la fascinación de los placeres que se alcanzan transgrediendo lo sagrado.

-Melania, Melania... ¡Melania!

Al pronunciar por tercera vez su nombre y por una fracción de segundo que se prolonga interminable, reconoce en las facciones del Egre Goroi la amenazadora mueca de un demonio.

—A tu años y te aventuras en desolados parajes en busca de una llaga en la que introducir los dedos, ¿es lícito ofender a quien te muestra la verdad? Mas aciertas al

desconfiar, pues no posees la certeza de estar dormida o despierta, de vagar entre vivos o muertos. ¿Hay mayor presunción que la de los sueños? —Se detiene junto a la anciana, se inclina, aspira varias veces hasta colmar los pulmones con el olor que desprende, y pregunta—: Dime, ¿es esto un sueño... o te gustaría que lo fuera?

A pesar de hacer lo imposible por apartar la cara y la mirada, Melania aprecia, en la cadena que pende del cuello de Danel, eslabones que vibran igual que los rescoldos de una hoguera. En ellos distingue a hombres y mujeres enlazados en tormento sin fin; pero es al descubrir la ristra de pequeños y afilados dientes detrás de sus labios, apenas entreabiertos, cuando se llena de pavor.

—Asumo la realidad sea o no fruto de mi imaginación. Es probable que esté confusa, aun así, diferencio el bien del mal.

—¿Acaso pretendes reducir mi margen de maniobra? Resulta temerario tomarme por un pobre diablo, insensata. Tratándose de ti, soy el mismísimo Diablo. No todo consiste en discernir lo uno de lo otro, también hay que disfrutar de la facultad de elegir; y tú, ansiada bruja de las flores, tú no la tienes.

Aunque lo supo muchos meses atrás, resignada lo ignoró como ignora la incesante desesperación de los que viven lejos del amor, el constante desconsuelo de los niños o la eterna aflicción de los que yacen enfermos; sin embargo, al verlo partir con su equipaje, siente que el mundo aún será más despiadado.

- -Quédate en casa, ¡por favor!
- —No hay otra posibilidad, tu lucha me supera. ¡Qué habré de contarte que no sepas!
 —responde, sin girarse.
 - —Te lo suplico, no me dejes.
- —Eres lo más frágil y delicado de mi vida. ¡No soporto verte sufrir! Tarde o temprano caerás vencida por la locura que te encadena al resto de la humanidad, y no puedo ni deseo presenciarlo.
 - -Miguel, te lo ruego.
- —No me lo hagas más difícil... no tengo elección.
- —Soy yo la que no puede elegir. Soy yo la que no dispone de más opción que la de cargar con el ruido que desborda mi mente... sin saber si me hablas o piensas. Tú solo has de permanecer aquí, a mi lado... y quererme.
 - -Melania, mira mis ojos con tu

corazón.

-No.

—¡Mírame! —insiste, realzando el tono de la voz.

-No, no me obligues.

El hombre suelta la maleta, se le acerca y con suavidad le coloca los dedos bajo el mentón; no es necesario hacer más. Ella lo sabe vencido por una situación que es incapaz de entender. Conmovida, le acaricia las líneas que en su rostro resaltan la tristeza. Recoge el equipaje, se lo entrega y le permite marchar.

—¿Acaso pretendes reducir mi margen de maniobra? Resulta temerario tomarme por un pobre diablo, insensata. Tratándose de ti, soy el mismísimo Diablo. No todo consiste en discernir lo uno de lo otro, también hay que disfrutar de la facultad de elegir; y tú, ansiada bruja de las flores, tú no la tienes.

El interior de la anciana explosiona con una rebeldía que parece fortalecerla.

—No me intentes engañar con eso. Jamás conocí a quien eligiera en libertad. Experimentamos con la ilusión, pero no disponemos de una posibilidad real y determinante. Dime tú, ¿puedo elegir la

mañana si me amedrenta la noche? ¿La salud al caer enferma? ¿La alegría al imponerse el desconsuelo? ¿El amor... en vez del dolor o la pena? No eres tú el que coarta mis opciones, es el juego de la vida.

- —¡Ah, Melania! Cómo me regocija tu ignorancia.
 - —¿Ignorancia?
- —¡Sí! Y tu poca memoria. ¿Olvidas que decidiste vivir cuando yacías muerta? ¿En verdad hay algo que sea más crucial que ese supremo acto? Por eso estás aquí, mujer, por eso estamos aquí.

La bruja de las flores se observa con atención las manos abiertas, como si buscara en ellas el fruto de los años, y las encuentra vacías, ramificadas por el reúma en deslucidos huesos. Entonces las visualiza cubiertas de tierra, dos metros por debajo de donde crece la hierba y cerca de las raíces de los árboles, disueltas en silencio y olvido; lejos, muy lejos de la soledad. No, si regresó no fue para contemplarse las manos.

—Una decisión desinteresada, misericordiosa, siempre digna de mayor recompensa —asevera Danel, escrutando su mente—, y eso es lo que me urge hacer por ti, honrarte con largos años de existencia. A cambio distraerás un instante en complacerme.

-No deseo ni lo uno ni lo otro.

Danel contagia de maldad una sonrisa y, sin que la anciana logre evitarlo, extiende el índice hasta tocarla bajo el cuello. Un frio que cristaliza los tejidos se propaga por sus venas sembrando el caos. Melania cae en la hojarasca sumida en un rictus mortal.

—¿Sientes eso, vieja? Es el alma transformada en sudario de la muerte. Imagínala atrapada en tu cuerpo cuando la carne comience a corromperse y las entrañas se descompongan en fétida papilla. ¿Hay peor tormento? ¡Ese sí que será un festín a la altura de tu sensibilidad!

El Egre Goroi se inclina sin apenas flexionar las piernas, la huele de nuevo y, después de alzarse, exclama:

—Con qué facilidad se esparce el aroma que convoca a los carroñeros.

Un gruñido llega desde más allá de lo que se alcanza a ver.

Danel retrocede y se sienta en la roca en que apareciera.

—Levántate, mujer.

Esa orden redime a Melania de la experiencia que la consumía. Aún sin fuerzas se pone en pie y recupera el aliento.

- —He depositado en ti una maldición que deberás transferir a otro ser tocándolo sobre el esternón, tal como hice contigo. Sabrás quién es porque al verlo te asaltará la angustia que acabas de experimentar, solo te librarás de ella al ejecutar mi mandamiento.
 - —¿Qué le pasará?
- —Precipitarás su final y condenarás a quien más lo quiera.
 - -¡No lo haré!
- —¿Es que no recuerdas tu discurso? ¡No tienes elección! ¡Ah! En justa compensación por tu generosidad... cumplirás ciento veinte años ni un día más ni un segundo menos.

El gruñido se repite y la anciana gira la cabeza en pos de su origen: es el lobo que alimentó de cachorro y que, agradecido, suele rondarla. Vuelve la mirada hacia la roca y encuentra el eco de una burla que se pierde en la oscuridad.

26. El sabor del alma

Al quedarse solo, tras el abrazo de su madre en la despedida, Fedor se enfrenta a la preocupación que la cajita de alabastro incubara en su ánimo. Cree que lo percibido no es el fruto de una fantasía provocada por las irisaciones de la resina fósil, muy al contrario, está convencido de que la imagen de Isabel, asediada por el fuego en la tienda de antigüedades, es el testimonio de algo vivo, tan violento e irracional, que le cuesta imaginarlo. Todo se le antoja sin sentido, imbuido por el influjo de un corazón envuelto en ámbar.

La tarde surge como pretexto de la noche y el día queda atrás, vencido, sin oponerle resistencia al paso del tiempo. La luna se enmascara con el rojo velo de un sol moribundo, el cielo enjuga el agua de las últimas horas, y la brisa del norte recorre la ciudad contando historias que hablan del invierno.

Ajeno al frío que se aproxima, Fedor Ayensa deambula sin percatarse de que la oscuridad lo conduce hacia un callejón sin salida. La luz, estrangulada por el vaho de criaturas que respiran en las tinieblas, parpadea difusa en rojo neón:

«La Dama de tus sueños».

Bajo el letrero, enmarcada junto a la puerta que da acceso al establecimiento, la foto de una joven desnuda lo invita a entrar.

El espacio interior se vislumbra con la ayuda de sutiles lámparas ocultas en falso techo, sus colores se esparcen diluidos por el humo del tabaco. A la izquierda el mostrador, a la derecha, cercadas por sillones sin respaldo, mesas que apenas se levantan del suelo. El olor de los cigarros se confunde con el del fregadero saturado de restos de alcohol. Nada se muestra en su integridad, todo asoma incompleto, como si pretendiera pasar inadvertido.

Una mujer, con blusa de seda transparente y pantalón de terciopelo azul marino ceñido al cuerpo, lo aborda desde el otro lado de la barra. Su pelo, de tono que excede al negro más intenso, cae sobre un escote de senos engalanados con el rosa de inquietos pezones.

-Hola, cariño.

- —¿Tienes con qué arrastrar un mal trago? —pregunta Fedor, decidido a deshacerse de malos augurios.
- —Siempre hay un mal trago que arrastre con el anterior. ¿Y si entre tanto compartimos un buen whisky? —Coge una botella de la estantería a su espalda—. ¿Amor, tú no serás de esos a los que les gusta beber solo, verdad?
- —No, pero si me conocieras jurarías que miento.

La camarera lo escruta en pos de una perspectiva que le permita elaborar la respuesta.

- —Me considero privilegiada —replica, llenando un par de vasos—. Si aquellos con los que te relacionas son los que menos saben de ti, en este momento soy la que mejor te conoce.
- —¡Brindo por ello! —exclama Ayensa con un guiño. A continuación apura la bebida.

La mujer lo imita y sirve de nuevo.

- —Allá, en un rincón de la sala, creo adivinar las formas de alguien que nos contempla. ¿Estoy en lo cierto?
- —Sí, es una compañera muy especial... capaz de complacer al hombre más exigente.

Cuentan que deja el sabor del alma en la boca de quien la besa.

- —¡El sabor del alma en la boca de quien la besa! Excitante y turbador a la vez. Despierta al niño que espera turno en la cola de una atracción de feria. Llámala, me seduce el vértigo de la montaña rusa.
- —Mas ten cuidado, también podrá saborear la tuya. Tampoco olvides que si la ves es porque ella te vio primero.

Fedor se estimula más con la advertencia y el postrero juego de palabras. Aunque no da verosimilitud a historia tan pintoresca, prefiere espejismo de agua fresca a desierto de ardiente arena. ¡El alma en los labios! ¿Acaso no dejó la suya en los de Marta el día en que al fin la besó? Además, si de burlar la incoherencia de las últimas horas se trata, nada tan arrebatador como la ofrenda de un enigma femenino.

La camarera levanta el dedo índice y la pesada atmósfera del local se aclara hasta alcanzar a la aislada figura. A Fedor lo embarga la impresión de estar en un teatro donde el telón se abre dejando al descubierto el escenario. El murmullo, que solapa carnales intenciones entre los clientes y sus licenciosas

acompañantes, se ahoga en silencio cuando ella se incorpora. Enseguida advierte que el corazón armoniza los latidos con sus pasos. La siente en el pecho mientras se aproxima como si nunca hubiera andado en otro lugar. El aire que desplaza le trae el recuerdo de la sierra, de abedules, de niños que retozan a orillas del río; el brillo de su pelo, los destellos de un sol de verano en el puertito. Se encuentra con su mirada y en un instante que dura lo que se demora en cerrar y abrir los párpados, cree que todo es reiteración de algo ya vivido.

- —¿Marta? —susurra, sin que se le pueda oír, aun sabiendo que no es agua de río, sino de mar infinito.
- —Belina, te presento... —La camarera señala a Ayensa y aguarda a que pronuncie su nombre.

-¡Fedor!

- —Fedor, esta es Belina, nuestra dama, la dama de tus sueños. —Sirve una copa a la recién llegada y discretamente se aleja.
- —Un placer —asegura Belina, y da un sorbo al brebaje entreteniéndose en examinar con descaro al que lo paga.

Ayensa le devuelve el saludo sujeto a una fascinación que lo desorienta. En sus

rasgos intuye evanescentes dibujos que desaparecen al procurar definirlos, como si una sonrisa o un gesto bastara para cambiarle el semblante. El recinto se confina en sí mismo y la oscuridad recupera su pegajosa consistencia.

- —¿Deseas extraviarte en un laberinto en vez de atender la llamada que solicita tu ayuda? —inquiere Belina.
- —No te entiendo, ¿de qué laberinto hablas? ¿Quién pide mi ayuda?
- —El laberinto soy yo, la llamada sonó en tu móvil antes de que cruzaras el umbral de esta casa.
- —Sin duda me tomas por otro. Mi teléfono no ha sonado en toda la tarde. En lo que se refiere al laberinto me comprometo a explorarlo sin afán de buscar la salida.
- —¿Estás seguro de que no te llamaron? Pero no te preocupes, escogiste bien —le asegura, acariciándole la cara—, no te has de arrepentir.
- —¿Será el sabor de tu boca tan decepcionante como tu capacidad de predecir las llamadas que recibo? ¿Qué es eso del alma en un beso? —pregunta, aturdido por la presunción de la dama.

—Relatan los que asistieron al parto que nací cadáver, con los ojos en blanco y la boca abierta. Afirman que fueron inútiles los esfuerzos por reanimarme.

Belina se detiene, pasa el pulgar de la mano derecha por la mejilla de su interlocutor y, luego de eliminar una inoportuna partícula, prosigue:

- —Una vez rendidos a la evidencia de la muerte, la comadrona vio algo que la alarmó sobremanera y gritó aterrorizada: «Tápenle la boca, que se le escapa el espíritu». Me la cerraron, abrí los ojos y sin derramar lágrimas respiré para morar en los sueños de seres como tú: hombres que con su boca impiden que de la mía huya el alma cuando los beso.
- —Esa historia, estoy persuadido de que ya me la has contado... tu imagen rebota en mi mente, no sé cómo interpretarlo —Aturdido, Fedor titubea durante unos segundos—. Te envuelve el olor de mi adolescencia. Además, juraría que no es la primera vez que tocas mi cara... esa voz tuya emana de recuerdos imposibles, ¿quién eres?
- —La dama de tus sueños, la que buscabas al llegar aquí. No malgastes tus fuerzas en eso, ven, sígueme.

Lo conduce a un sillón fijado a la pared, en un rincón de la sala, donde una vaporosa cortina se cierra en redondo ocultando a sus ocupantes.

- —Aquí se disfruta de una panorámica del salón sin que nadie repare en qué nos entretenemos. ¿Es de tu agrado?
- —Sí, por supuesto que sí —contesta, examinándola con más detenimiento.

Su mirada muestra un camino que se pierde en sus ojos y nada le apetece más que perseguir el misterio de sus pupilas dilatadas, puertas que se abren a un palacio de brillos azabaches.

- $-_i$ Dios mío! -exclama Ayensa-. Aún no sé de su sabor, pero sí dónde se aloja tu alma.
- —¿Por qué no lo averiguas? pregunta, y se le arrima impidiendo que entre ellos quepan más palabras.

La piel de Fedor se llena de ráfagas que recorren su espalda con sensaciones nunca antes percibidas. En su estómago se detonan ondas que suben al pecho, y el corazón, acelerado, vierte en el torrente sanguíneo un gozo que estremece su ser. Así le embarga el aliento de Belina, aire limpio y perfumado del

río; la textura de sus labios, lecho de la fina arena que los siglos bajaron de la montaña; y el jugo de su boca, fresca agua que mana de nieves perpetuas.

«Es solo un beso», repite sin cesar, al creer que se diluye en el vértigo de una arriesgada travesía, sin resignarse a dejar de acariciarla. La mano izquierda de Belina se le aferra a la nuca, la derecha le guita la correa y tira del pantalón que cae por debajo de las rodillas. Sin despegar sus labios se coloca encima, despacio, encauzándolo para que se introduzca con suavidad, pero con la energía que alcanza a oprimir en lo profundo de su vientre. Fedor violenta los botones de la falda y le desgarra la blusa, que libera el anhelo de frágiles senos. Belina comienza a moverse con la cadencia de un ritmo sereno, pausado; hacia adelante y hacia atrás, mientras roza su pubis contra el de Ayensa que, sin saber cómo, se deshace de la ropa atrapándole los pezones con los dientes, con la lengua.

El placer segrega flujos que acrecientan la sensibilidad y, desbordados por la pasión, los amantes no se pueden gobernar. Sin embargo, la dama se interrumpe, apoya un pie en el asiento, alza la entrepierna y extrae el

sexo de Fedor. La presión de sus dedos y uñas le estrangula el paso a un final precipitado; orgullosa, lo enseña como si de un trofeo se tratara. Los dos lo reconocen corazón a punto de estallar, tal es el vigor de las sacudidas que los latidos le provocan, y la sangre que allí acumula. Él le suplica con gemidos que le devuelva el cálido amparo de su ser, ella lo complace desencadenando un éxtasis que se prolonga sin intención de acabar.

El hijo de Graciano se siente redimido. si no fuera por lo dramático que resulta, diría que los minutos que lo unen a «la dama» son los únicos que proporcionan algún significado a su vida, siempre vacía e incompleta. Los músculos se relajan y, aún desnudo, respira con la cabeza pegada a la pared, los ojos cerrados y la boca abierta. Sonríe porque se acuerda del relato de Belina, ese en el que nació cadáver: una fábula con la que ameniza horas de intrascendentes charlas con los clientes. Es tanta su dicha que la intuye lo más próximo a la gloria sin partir de este mundo. Una impresión de ingravidez lo invade e imagina que planea sobre las azoteas de los edificios y bajo las nubes que los celan; que vuela más allá del mar delineado en el horizonte, de la serranía, de los manantiales de la infancia. Así hasta el tiempo y el lugar en que se urdieron los sueños, y la luz alumbró el día de un deseo inconfesable.

El jardín embelesa al sol del mediodía con las tonalidades y esencias de principios del verano. En su centro, rodeada por enormes vasijas de barro repletas de geranios, una piscina promete aliviar el calor. A unas zancadas el cobertizo y, más retirada, la casa de cuyos muros cuelgan macetas. La estampa la completan árboles frutales caprichosamente dispuestos y senderos de piedra que se entrecruzan asediados por la hierba.

Lo ve y lo aprecia todo, ahora desde tan cerca que, a pesar de no ser viable, considera fácil palpar cuanto tiene delante; luego desde lo alto, permaneciendo estático allá arriba, suspendido en el aire. Olfatea las flores y la tierra en la que crecen y es capaz de avistar el esmero y el mimo de quien las cuida. El onírico ambiente lo atrae sin darle opciones a resistirse, en especial el sotechado, donde un alboroto reclama su atención. Con desearlo atraviesa sus tejas rojas y escudriña en el interior. Un ser que supera los dos metros de

altura se afana en desordenarlo y desparramar una bolsa repleta de basura. Amasijo de huesos aglutinados en purpúrea piel, se desplaza descalzo cubierto con un desvencijado calzón ocre hasta mitad de muslo. Sus pies rematan en falanges de uñas retorcidas que, al arrastrarlas, laceran el suelo de madera. En su cuerpo descuellan venas en las que se distingue el fluir de su viscoso contenido. Pero lo que más lo sorprende son sus herrumbrosos ojos de inicua mirada, sus manos ulceradas por las cicatrices de innumerables pecados y su boca, deformada por una dentadura que sobresale cual ristra de afiladas dagas. Un gélido escalofrío lo atenaza al ver que esa mala representación de lo que un día pudo ser un hombre se detiene de tensa, en alerta, sintiéndose improviso. observada, intuyéndolo en ese compartido; y se aterra al comprobar que se gira en la dirección en que se encuentra. Tan ágil como un pensamiento sale al exterior con el afán de alejarse y no volver. Entonces descubre que alguien se aproxima con una caja de herramientas. El asombro lo inmoviliza: es don Graciano Ayensa, su padre, rebosante de juventud. No debe tener más de veintiocho años, lo calcula por las fotos de la posguerra y de sus primeros viajes a Rusia.

El realismo que lo embriaga contrasta con el convencimiento de que nada escapa a lo que sin duda es fruto de una ilusión, sin embargo, ¿podrá impedir que la vehemencia e intensidad con que se involucra lo convierta en protagonista de tan insólitos acontecimientos? Aunque lo procura, no consigue evitar la inquietud que le produce el convencimiento de que no es un simple espectador. Y aún hay algo que le preocupa más por enigmático: la causa que lo hace testigo de una secuencia sacada del pasado. La curiosidad supera al recelo y aguarda resuelto a conocer la suerte del inesperado personaje. Sus temores se confirman: su padre accede al sotechado. Un silencio exasperante le obliga a indagar lo que ocurre dentro y se proyecta de nuevo hacia allí, pero no se introduce por la techumbre, si no por el lado opuesto al que se encontraba la perturbadora presencia, con cautela.

Su progenitor examina el cableado que suministra energía sin percibir al engendro que lo sigue susurrándole al oído. La siseante voz repite una retahíla que se acopla a la conciencia con objeto de influir en su voluntad.

Fedor no se explica cómo es que su padre continúa ensimismado en la tarea, ajeno a la manipulación de esa repugnante entidad que apesta a carne descompuesta. En poco da con una rotura en la línea del tendido eléctrico y la repara. Después, inducido por su inseparable sombra, advierte el caos imperante y comienza a recoger y ordenar la estancia. De vez en cuando el ente se asoma por la abertura a través de la que se divisa el jardín. En una de estas se dirige a su víctima y la incita a que lo explore. El joven Ayensa, que absorto organiza el cuarto, se desentiende y corre a ojear el panorama que ofrece la tronera. ¿Es posible que en la vida existan seres con el poder de secuestrar la libertad de los hombres, tal y como en este momento lo es la de su padre? Prefiere no teorizar con eso y averiguar qué atrae su atención en el parterre.

Una muchacha procedente de la vivienda, cubierta con una toalla, avanza por el camino hasta alcanzar el borde de la piscina. Una vez allí se entretiene con el juego de luces que reverbera en la superficie, roza graciosamente el agua con los dedos de los pies y deja caer el paño mostrándose desnuda. Fedor se percata de la agitación de Graciano

en el cobertizo y de las risas complacientes del indeseable que lo acompaña. Una súbita expresión de afecto filial lo lleva junto a la visión de su padre, fallecido años atrás en Los Maniere, pero se topa con la criatura que de rápido movimiento lo apresa. El contacto con su descarnada osamenta le produce un desgarro insoportable y llega a creer que son cientos las garras y manos que lo sujetan. Pugna empeñado en zafarse mientras esquiva un rostro que arde de odio. Los esfuerzos por librarse consumen cualquier esperanza de evasión debilitándolo más y más. Asumido lo inexorable, sin otro ánimo ni contingencia que el de entregarse a su destino, sucumbe al ser que lo retiene con la intención de precipitarlo a una sima sin salidas. Aún le sobra arrojo para revirarse y contemplar a Graciano que, fascinado, no pierde detalle de lo que acontece más allá de la angosta ventana, tan cerca queda el Edén del Infierno.

—¡Ya eres mío! ¡Ya eres mío!

Escucha balbucear a su opresor, en un espacio que se desvanece abortando una postrera oportunidad de aferrarse a la vida. Pese a que la muerte controla los hilos que la unen al destino de los hombres, la

arbitrariedad que la arrebata cede al anhelo de una voz de mujer. Preso de angustia abre los ojos y descubre en la faz de Belina a la dama que le tapa la boca entre temblores y gritos:

-¡Ya eres mío! ¡Ya eres mío!

- —¿Qué sucedió? No recuerdo... la cabeza me va a reventar —asevera, incorporándose en la cama.
- —No lo sabemos. Te relajó tanto hacer el amor que en cuestión de segundos caíste rendido en plácido sueño. Aparentabas ser tan dichoso que no quise molestar, así que aproveché y salí a asearme. Te aseguro que fueron unos minutos, al regresar vi que tu cuerpo se convulsionaba. En un principio pensé que padecías una pesadilla... no demoré en comprender que no era así porque te paralizaste, tus pulmones se colapsaron y aterrorizada advertí que se te salía el alma por la boca, así que te la cerré. Es lo que hicieron conmigo de recién nacida. ¡Creímos que morías!

Belina se recoge el pelo con una cinta elástica, aspira hondo, y prosigue:

 —Mi alarma provocó un gran revuelo en la sala. Cecilia, la compañera que nos presentó, se acercó rogando calma a los clientes, que se arremolinaban asustados. Las dos te vestimos y trajimos aquí: una estancia que disponemos tras el mostrador para cenar o descansar. Disparatado o absurdo... es lo que pasó.

—Sé que disfruté de sensaciones muy placenteras, luego debí dormirme. Quizá, cuando pase de largo el tren que cruza mis sienes, consiga recordar. ¿Tienes con qué aliviar la náusea? Empiezo a verlo todo de un tono rojizo... ¡no!, aguarda, no me dejes solo. El cuarto se tambalea, la casa... ¡por todos los diablos! ¿Qué es lo que me ocurre?

Fedor cae al suelo y se levanta con el apoyo de Belina. Cuanto le circunda, pigmentado de un púrpura luminoso, se deforma en fantasmal baile de muros y tabiques. La mujer quiere comunicarse, pero no la oye, sus labios y los perfiles de su cara se deshacen en llamas que resplandecen igual que las brasas de un fuego contenido. El mundo arde y él está en su centro, allí, en medio de la habitación que se irisa con el fulgor de un corazón envuelto en ámbar, en su apartamento, mientras observa la esfera que hay en el interior de una cajita de alabastro. La

cierra de golpe, la coloca sobre una repisa y jura no volver a escudriñar en sus adentros. Los sudores acentúan el frío que le recorre la piel, la mente se le satura y casi sin posibilidad de reacción, sale en busca del aire que le permita henchir su pecho. Apenas logra concentrarse en forjar argumentos que justifiquen lo que acaba de vivir.

Aliado de marquesinas y portales, vaga sin rumbo hasta que la lluvia da una tregua y la avenida recupera la rutina que impone el trajín de la gente. La serenidad y el frescor del ambiente restablecen la sensatez. Reconoce en la resina fósil una influencia hipnótica que recrea fantásticas alucinaciones. Que pertenezcan al pasado o sean premonición de un futuro más o menos inmediato, es algo con lo que no se atreve a especular.

La tarde surge como pretexto de la noche y el día queda atrás, vencido, sin oponerle resistencia al paso del tiempo. La luna se enmascara con el rojo velo de un sol moribundo, el cielo enjuga el agua de las últimas horas y la brisa del norte recorre la ciudad contando historias que hablan del

invierno.

Ajeno al frío que se aproxima, Fedor Ayensa deambula sin percatarse de que la oscuridad lo conduce hacia un callejón sin salida. La luz, estrangulada por el vaho de criaturas que respiran en las tinieblas, parpadea difusa en rojo neón:

«La Dama de tus sueños».

El móvil suena y, sin saber si sufre una siniestra conjura o las secuelas de la visión provocada por la esfera, responde:

—Toño... dime.

«Ese cabrón de Alberto ha violado a Andrea dejándola malherida. Necesito tu ayuda».

—En este momento... no... no puedo atenderte... lo siento.

«Fedor, por favor».

No lo oye, no ha oído nada de cuánto su amigo le ha dicho, Fedor se enfrenta a una encrucijada que resquebraja sus más profundas convicciones desmoronando los cimientos que conforman su existencia.

Ahí está el letrero y, debajo, en la pared de entrada al establecimiento, la foto de una

mujer desnuda que lo invita a pasar.

27. El cuerpo de la vida

Después de presentarle la familia Avensa a los Velarroa, Hilaria afronta una desazón que aumenta según transcurre la tarde. Son muchos los años de convivencia con Alina y don Ernesto como para obviar la repentina fragilidad de la primera y la turbación que la voz del segundo acumula en el aire. La razón que la origina, tan sutil que le cuesta imaginarla, la intuye en la presencia de don Graciano: algo debió acontecer al tocar con sus manos a la señora. Aun así, durante el tiempo que se dilata la reunión, asiste a un alarde de hospitalidad y cortesía con el que unos y otros ignoran una evidencia que solo se alcanza a presumir. Sin embargo, termina por desechar esos pensamientos, tal es la cordialidad que se respira en el ambiente.

Finalizada la jornada, el firmamento se ofrece profundo y saturado de luces que parpadean.

Satisfechas las necesidades del bebé y mientras la madre lo duerme, Hilaria se encarga de que los críos culminen la rutina que concluye con el día: la cena, el aseo, preparar la ropa que se pondrán mañana y, por último, los libros de la obligada lectura matinal. Una vez se han puesto el pijama, no resta más que meterlos en la cama y darles el beso con el que bendice sus sueños.

- —Déjanos ver el cielo antes de acostarnos —le ruega el pequeño.
- $-\xi Y$ qué tiene hoy que no tuviera ayer?
 - -Es más grande.
- —¡Sí, es verdad! —subraya la hermana—. Está diferente, la mamá de María asegura que muestra el cuerpo de la vida.
- —¿El cuerpo de la vida? ¡Qué barbaridad! Me dais tanto trabajo que, aunque quisiera, no podría reparar ni en el mío. Bien, salgamos y lo vemos.

Ernestito irrumpe excitado en la terraza.

- —¿Lo ves?
- -¡Dios Santo! Tenéis razón.

La noche se abre transparente al universo: la casa, el pueblo, las montañas, todo se diría formar parte de él; basta alargar el brazo para acariciarlo y compartir el resplandor que rebota en su piel de insondables misterios.

- —Fíjate en la velocidad con que cambian de color las estrellas —insiste el niño—. Es pura magia.
- —Yo creo que nos custodian y que se comunican con nosotros o entre ellas. De ahí que varíen su intensidad —replica Marta—. Eso sí que es mágico.
 - —Yo quiero saber qué dicen.
- —No sé si es cosa de magia o porque prueben a comunicarse, pero no me cabe la menor duda de que no se resisten a pasar inadvertidas —tercia Hilaria.

A su edad, la complaciente aya no ha visto igual: la celeste bóveda se revela sin tapujos a la curiosidad de los ojos que miran.

- —Tata, ¿de qué hablan las estrellas? Anda, sí, cuéntanoslo, ¡por favor! —La mujer sonríe.
- —Allí, —señala— ¿veis aquella tan enorme y reluciente?
 - —Sí —responden al unísono.
- —Se llama Cinosura, es la ninfa que amamantó a Zeus, dios del cielo y el trueno que reina en el monte Olimpo. Cuando murió, agradecido por el esmero de sus cuidados, el supervisor del universo la ascendió situándola en lo más alto de la noche. Ahora es la guía de

los hombres, la que señala el norte y marca el rumbo a tomar.

- —No vale —contesta la niña—. Esas son historias de la mitología griega. La estudiamos en el colegio meses atrás.
 - -Yo sé lo que dicen.
 - —¿Qué, hermanito?
- —Lo que me comentó el chico de nombre raro al verte, ese con el que estuvimos en el puertito.
- —Sí, ya sé, Fedor, el de los nuevos vecinos. ¿Qué se aventuró a murmurar de mí?
 - —Que eras como el horizonte.
- —Bueno ¡qué ocurrencia! Venga, jovencitos, se acabó la fiesta por hoy, a descansar.

El primero en dormirse es Ernestito, le sigue Marta, que sueña con el hijo de los Ayensa, y al fin lo hace Hilaria, que recae en las pesadillas que la acosaron en su juventud. Ninguno sospecha que la alegría, acomodada en el hogar de los Velarroa, decide partir con la intención de no volver. Y lo hará despacio para que la desgracia los sorprenda.

El encuentro con don Graciano avivó en Alina la fragancia del jardín donde, atrevida y

enamorada, la adolescente se armó de valor y se propuso reclamar la atención de su primo. Los recuerdos asaltan los sentidos y retorna la niña que respiró el capricho de geranios en el aire. Cree que disfruta de un deseo concedido o que se realiza el milagro que la devuelve al camino de piedra cercada por la hierba, al coqueteo con el agua en el borde de la piscina, y al instante en que asoma en el paisaje colmándolo de tentaciones.

Lo ve pasar con su caja de herramientas a través de las cortinas de la ventana, desde la cocina. Sabe que se dirige al cobertizo a cumplir con el encargo de Elena. Está sola y a pesar de que su madre llegará en breve, se desnuda, se cubre con una toalla y sale a darse un baño...

Transcurridos varios minutos, al salir de la piscina, advierte que no es el líquido elemento lo que la humedece, sino el afán con que él la observa. Siente que Graciano lucha contra la gravedad escurriéndose por su espalda, por sus senos, por su pubis. Flexiona las piernas, coge la toalla y más que secarse se acaricia enjugando el empeño de su tío, que vive dividido en gotitas que resbalan por su

piel. Retrocede unos pasos y a prisa regresa a la casa de cuyas paredes cuelgan macetas.

Las voces de los críos y de Hilaria la traen de vuelta a la realidad. Le parece oír que hablan del cuerpo de la vida. Sonríe y acuna al bebecito, que duerme en su regazo.

Su marido, con quien no había cruzado palabra tras la excursión al merendero, llega al dormitorio y se detiene en la entrada a contemplarla. Alina se balancea en la mecedora con el pequeño, bajo la puerta corredera que da acceso a la terraza. Su pelo delata una ligera brisa que proviene de la sierra y su rostro, la serenidad de un diálogo con la noche.

Un acto reflejo la fuerza a girar la cabeza.

- —¡Ah, Ernesto, eres tú! —susurra, para no despertar a Toñito.
- —Discúlpame, no quería interrumpiros, ¿se durmió el principito?
- —Sí, ven, apaga la lámpara de la mesita y siéntate aquí, a mi lado. Quiero que participemos de algo, será un momento.

Sin ocasionar ruidos, coloca una silla a su izquierda, desconecta la lámpara, y a

tientas salva el espacio que los separa. Se sienta junto a ella, extiende la mano en busca de la suya, la encuentra y la toma ejerciendo una suave presión.

—Espera a que tus ojos se adapten.

En pocos segundos la oscuridad derriba su impenetrable muro y aparece una transparencia reveladora.

- —¿Has visto alguna vez esa luz que ahora ilumina al bosque? Desciende directamente de un cielo sin luna. ¿Ves cómo se introduce en el cuarto? Les oí comentar a los niños que ese brillo de las estrellas muestra el cuerpo de la vida. Me cuesta admitirlo, pero si no es por ellos ni me hubiera fijado. ¡Es extraordinario!
- —Resulta asombroso que no me acuerde de la última vez que admiré el firmamento, una persona sensata no debería perder la oportunidad de hacerlo todos los días, pero jamás lo he necesitado para ver el cuerpo de la vida... me basta con reparar en ti.
- —Eso es de las cosas más bonitas que me has dicho. Eres un encanto.

Alina suspira mientras sus dedos, unidos a los de él, continúan entrelazando sentimientos. El silencio se les acerca y realza un instante de amor, luego cede ante la pregunta de don Ernesto:

- —¿Qué piensas de nuestros nuevos vecinos?
- —Dan la impresión de ser una pareja feliz. Isabel es muy hermosa, de una elegancia natural cautivadora. Me contó que fue actriz de éxito, dejó su carrera cuando él le propuso matrimonio.
 - —¿Y de Graciano?
- —Posee una mujer maravillosa que no aparenta los años que confiesa. ¿Se puede decir más de un hombre? —interroga, con pícara sonrisa.
 - -Me temo que no.

Después de contestar, don Ernesto centra la atención en su esposa, y añade:

—Tuve la sensación de que al verte reaccionó como si te reconociera. ¿Lo habías visto antes?

Una sístole interminable paraliza el corazón de Alina y, sin entender por qué, responde:

—No... hoy fue la primera vez.

Los dedos suspenden la delicada presión con la que ambos tejen emociones. Ernesto aparta su mano, ojea de nuevo la celeste infinitud, y se levanta.

—Ha sido un día agotador, lo mejor será que me retire. Hasta mañana, que descanses. —Y completa la despedida con un beso en la frente.

El silencio regresa e, incapaz de llenar el vacío que crece en la habitación, deja paso a la soledad.

28. Un mundo perfecto

Un mundo perfecto no es el que está libre de imperfecciones, sino el que sobrevive a ellas.

- —Me temo, señor Wareen, que la cajita ya no está en mi poder, esta mañana alguien se encaprichó de la singular pieza y la compró. Por desgracia no me es posible aprovechar tan generosa oferta.
- —¡Oh! Sí que es una contrariedad, pero apuesto a que usted sabrá solventarla, como ya le dije a la señorita, este es un tema que requiere de una particular valoración.
- —Entiendo lo que quiere decir, créame que lamento...
- —¡No! No lo entiende, señora mía, si así fuera no me obligaría a recordarle que «hay cosas que no ocultan una mentira».

La mujer siente que esas palabras le retumban en el alma y una punzada atraviesa su pecho obstruyendo el paso del aire.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho? — exclama, en pos de segundos con los que sobreponerse.

Los labios del supuesto emisario se estiran y, más repelente que nunca, una sonrisa aflora en ellos igual que el humor rojo en la daga cuando se extrae de la herida.

—¿En verdad es necesario repetirlo? —responde, con tono desafiante.

Isabel se desvanece en el vacío que se abre en sus entrañas. No alcanza a ver más allá de los desorbitados ojos de Wareen desparramando sangre con la mirada, y de la violencia de una frase que jamás creyó volver a oír.

—¿Se lo repito? —insiste.

El corredor comienza a dar vueltas a su alrededor y advierte que ese ser, manipulando el dolor que le inflige, es el que decide si la sujeta o no al mundo. Retrocede mientras procura mantener el equilibrio y busca la silla que hay junto a la mesa, bajo el cuadro de la rosa. Al reparar en la repentina debilidad de su tía, Neera se apresura ayudándola a sentarse. El hombre del traje gris oscuro esgrime una mueca de desprecio, da una zancada al frente y, con voz untuosa, sentencia:

-iNo se moleste en contestar! Es evidente que recibió el mensaje.

- —¿Cómo se atreve a tratarla así? ¿Quién se cree que es? —pregunta la sobrina, indignada.
- —Permita que nos ahorremos los detalles, distinguida señorita, estoy convencido de que no le gustaría saberlo.

Y dirigiéndose a Isabel, añade:

- —Quedo persuadido de que ahora apreciará la ventaja de estudiar tan sustanciosa propuesta, la juzgo empresaria inteligente que reconoce la ocasión de acometer un buen negocio. ¿No es así, estimada señora? —Hace una pausa, ojea por encima el local, y prosigue cambiando la risa muda por un amenazador rictus—. Regresaré mañana por la tarde, me place el considerar que para entonces habrá recuperado el objeto que se le reclama. Sus legítimos propietarios esperan que la cuestión no pase de una simple transacción comercial.
 - —¿Hay algún problema?Jorge sale de la trastienda.
- —Ninguno, atento joven, doña Isabel Ayensa padece una pequeña indisposición, pero ya se le pasa, nada de importancia asegura Wareen, desplegando una vez más su hiriente sonrisa—. Además, satisfecho por hoy

el encargo que motiva mi visita, me dispongo a retirarme.

Un nuevo movimiento al frente lo acerca a la mesa tras la que Neera acaba de acomodar a su tía que, con fuerza, la coge de la mano. Se inclina, aproximando su rostro al de Isabel, y deja que las rojas manchas encerradas en su mirada desalojen cualquier atisbo de humanidad.

—Clarificada la situación, no me resta sino aplazar su grata compañía hasta el reencuentro convenido. Mas no se apure, es tan insignificante el espacio que los años ocupan en la inmensidad del tiempo, que se puede aseverar, sin margen de error, que unas horas no marcan distancias, ¡será como si permaneciéramos estrechamente unidos! Entre tanto, le ruego tenga a bien excusarme. ¡Señora!

Yergue su enjuto cuerpo, deshace los dos últimos pasos, se gira y sale a la calle desapareciendo en medio del gentío.

—¿En qué piensas?

 Recordaba una frase que compartió conmigo Graciano poco antes de perecer, mucho después de que Fedor nos abandonara en pos de Marta y mudara su residencia a esta ciudad, cuando más abatido lo tenía la tristeza de su partida. Él mantenía que la empresa y la vida son un campo de batalla donde nacer y morir es una constante infinita, un bucle imparable de provectos en un entorno abocado a dos únicas alternativas: el éxito o el fracaso Mi esposo poseía una intuición extraordinaria, todo lo culminaba con honra y dinero. No había aue reportara no le dividendos Ω satisfacciones. También reveló algo inquietante que, aún hoy, sigo sin entender

La señora Ayensa se detiene, deposita la taza con la infusión de pétalos de amapola en la mesa y mira a su sobrina, que la sigue con interés.

—Me dijo que el destino le brindó la ocasión de escoger entre dos formas de lograr el triunfo: un tortuoso periodo de abnegado trabajo y sacrificios o un atajo que lo proporcionaba sin más condición que el desearlo. Ante mi desconcierto, confesó que cometió una terrible equivocación al optar por la segunda, pero se negó a decirme más, resignándome a una pregunta sin respuesta: ¿cuál fue ese atajo y sus consecuencias?

- -iSi!, sí que resulta turbador... ¿qué frase evocabas, tía?
- —Un mundo perfecto no es el que está libre de imperfecciones, sino el que sobrevive a ellas.
- —Sugiere un extenso catálogo de opciones.
- —Por más que indago no hallo causa que lo involucre en asuntos poco claros o que despierten algún recelo. Su conducta fue siempre intachable, aun así no dejo de planteármelo: ¿qué se contrapone al duro trabajo si la meta es el triunfo? Auguro que nada bueno.
- —En mi opinión y a pesar de que luego se arrepintiera, la frase vendría a justificar la elección que hizo mi tío. Aunque si queremos verlo así, lo apropiado sería darle la vuelta y escrutarla desde otra perspectiva.
 - —No te entiendo.
- —¿Dónde están los límites si el objetivo consiste en no fracasar?
- —No sé, si lo expones así no pinta bien. Me temo que trasladar el ejemplo de la naturaleza a los negocios puede resultar sobrecogedor: los más adaptados prevalecen y el pez grande devora al pequeño. Unos se

han de quedar atrás posibilitando el que otros continúen.

—¡Estoy de acuerdo! Los que se arruinan incrementan las oportunidades de los que se enriquecen. De igual manera, la muerte, al servicio de un bien mayor, recicla desechos y suministra parte de los nutrientes que sustentan la supervivencia y renovación de los proyectos que perduran. El ecológico camión de la basura que no ceja en su empeño de pasar a tiempo.

El comentario de Neera sorprende a Isabel, provocándole una sonrisa.

—Una visión más que peculiar — responde con ironía—. La figura de la parca como aliada del milagro que nos anima, la que despeja el recorrido con su particular camión de la basura. Lo mismo limpia, regenera o provee de recursos. La existencia sustentada por la destrucción y descomposición de cuanto se considera obsoleto, sin más fin que el de una renovación que se beneficia de lo descartado. ¡Un mundo perfecto!, pero vacío de los valores, sentimientos y virtudes que se oponen a esa lógica sin alma. No cabrían la generosidad, el altruismo o la misericordia, cualidades humanas que nos distinguen de las

bestias, por no citar el amor. ¿Cuál es el sentido de un mundo así? Además, el rendimiento económico no lo es todo en una empresa, por encima del dinero están la ley y las convicciones.

- —Tienes razón. El problema no está en salvar las dificultades que impiden realizar un plan predeterminado, sino en las decisiones que se toman para superarlas. En línea recta no caben atajos.
- -Eso sí que es una paradoja. Las más de las veces es el camino recto el que requiere de sacrificios por hallarse plagado de obstáculos. Y créeme si te digo que tentación de esquivarlos no es el menor. Prefiero no pensar en eso. ¡Ojalá viviera mi marido! Sabría tratar al hombre repelente que entró en el establecimiento, de ningún modo se hubiera achantado. ¿Te das cuenta? - Sacude resignada. la cabeza añade—: V. Inconscientemente asumo que soy la más débil, la víctima, el pez que han de devorar... Ese individuo busca la enigmática bola de ámbar que le regalé a mi hijo con una sustanciosa oferta en su mano derecha, la amenaza en la izquierda, y aún detenta algo que me origina escalofríos. Me pregunto el

porqué de este inexplicable sinsentido.

- —Tía, tal vez peque de indiscreta, pero me gustaría saber respecto de lo acontecido con esa persona en la tienda de antigüedades.
- —Querida mía, abordaré cualquiera de tus interrogantes sin reparos. No sé cómo agradecer que te quedes a dormir. Yo, sola en la casa, jamás habría encontrado la calma que me ofrece tu presencia.
- —¿Por qué te afectó tanto lo que Wareen te dijo?... ¡vaya! No recuerdo sus palabras exactas.
- —«Hay cosas que no ocultan una mentira». Jamás las olvidé, las oí hace muchos años, pasadas tres o cuatro semanas del encuentro en que supe de Graciano, ¡qué extraños giros da la vida! En ese momento no podía sospechar que terminaría unida a él. Aquella temporada me reservó lo mejor y lo peor: como actriz me consolidé entre las más cotizadas disfrutando del respeto y la admiración del público, como mujer anduve cerca del abismo. Esta mañana es la segunda vez que me enfrento a ellas. Es lo que encierran y el que ese incalificable ser las pronuncie, lo que me alarma. El sinsentido que

antes mencionaba.

—Apenas sé de esa faceta tuya, solo lo poco que mi madre refiere de tus andanzas en la farándula. ¿Por qué no empiezas por el principio?

Isabel se levanta a recuperar fotos de la librería, se las da a su sobrina, regresa al sofá y se acomoda un cojín en el regazo.

—En la que aparezco ataviada de princesa egipcia es de esos días, las demás corresponden a mi debut. Por aquél entonces ya aportaba prestigio a la compañía. ¡La juventud y la ambición son armas contra las que no valen las barreras! —Se detiene, absorta en sus pensamientos, deja correr unos segundos, y continúa—. Es curioso, la frase de mi esposo confiere a los recuerdos una perspectiva que no contemplé con anterioridad...

»Aunque el comienzo fue exigente por la cantidad de horas dedicadas al estudio y preparación de mi carrera, también soy responsable de participar en ese mundo perfecto del que hablamos. Confieso que aproveché algún que otro atajo de tantos que se me brindaron; no creas que me regalaron nada, no es cuestión de eso, pero logré empujones que me evitaron penalidades y procuré posiciones de relevancia frente a mis rivales. No solo están los que luchan por alcanzar la meta, hay quienes pretenden cruzarla primero.

»Siempre fui una enamorada de mi trabajo. Salir al escenario me producía los síntomas de un mágico elixir o la más estimulante de las drogas: iauténtica excitación y gozo! Visité innumerables ciudades, accedí a sus más refinados ambientes y alterné con su élite. Mi simpatía se la disputaban los poderosos: banqueros y políticos que influían o gobernaban en el país. Era un sueño hecho realidad que construía un espacio a mi medida. Pero los sueños, en ocasiones, retuercen la consciencia hasta extremos insoportables. Y eso fue lo que ocurrió.

»Satisfechos los compromisos en provincias, aterrizamos en la capital. La noche del estreno fue apoteósica. Sala y palcos se venían abajo con la opulencia de la alta sociedad y la expectación de los amantes del teatro. Desde la realeza a los más humildes aficionados a las artes escénicas, nadie quiso faltar a lo que la prensa denominó «El evento

cultural del año». Sin embargo, tan masiva afluencia no se debía a la cultura ni a la obra que interpretábamos. Yo era hermosa, disponía de talento y de un glamour que los rendía a mis pies.

»Finalizada la función, el vizconde multimillonario Svvatoslav Gólubev. un mecenas que no sabía en qué gastar su patrimonio, agasajó al elenco de actores con banquete y un posterior baile en las estancias de su palacio. El lujo que emanaba de cada uno de los salones superaba cuanto se pudiera imaginar: tapices tejidos con seda y oro cubrían las paredes y, tan inalcanzables como los techos, los frescos que los revestían mostraban un vergel de adolescentes que jugaban desnudos. La porcelana del suelo, diseñada para reflejar la belleza, multiplicaba las emociones hasta henchir los sentidos. Se afirmó, creo que sin exagerar, que en la recepción habían más sirvientes que invitados.

»Después del convite, cuando la orquesta afinaba los instrumentos, Gautiero Biagioni, el director de escena, me reclamó a su lado con el encargo de presentarme a unas autoridades que se incorporaban a los festejos en nuestro honor

»"Uno de los que aguardan es otro heredero del vizconde", me resaltó, con su voz paternal. "¿Quedaban más?", pregunté. "Sí, no pudo asistir al banquete. Siente especial devoción por ti y desea saludarte", contestó.

»Se trataba de Gosha Gólubev. el benjamín de los vástagos del anfitrión. escoltado por acaudalados empresarios entre los que, según él mismo reconocería al revivir esos tiempos, se hallaba Graciano, Siempre que evoco sus rostros con el empeño de encontrar al que sería mi marido, surgen sin remedio los rasgos del ruso. El hijo del vizconde era alto, recio, rubio como la espiga del trigo antes de la siega, campo de mies iluminado por un cielo de ojos azules. Su voz, grave y tierna a la vez, su acento y, por encima de todo, sus modales, lo convertían en el galán más atractivo que jamás había conocido. Al supe que tendríamos un verlo idilio. al empezarlo, que no podría perdurar.

»¡No hay mejor vida que la de una muerte serena!

- —Disculpa, Isabel, ¿qué quieres decir con eso?
- —Y de nuevo la tenemos aquí. Esta vez desde un punto de vista íntimo, personal. Una

cosa es morir y otra muy distinta la muerte.

- -Sí, sé que...
- -¿Piensas en la muerte?
- -Eso es inevitable.
- —La muerte nos acompaña en el transcurso de un proceso vital que transforma nuestra visión del mundo y la relación que mantenemos con él. Aunque resulte contradictorio, asumirla permite evaluar mejor la experiencia de la vida. Se diría que es un acuerdo tácito que relaja la inquietud de su presencia. Acto trascendental que proporciona el equilibrio y el sosiego que, para mi desgracia, destruyó ese romance. La debilidad me encadenó a sus encantos y no conseguí escapar hasta quebrantar los valores morales que me definían como mujer y persona. A raíz de eso la temo porque la sé carcelera de mi alma.
 - -¡Me asustas!
 - -Ahora te lo aclaro...

»Su carácter lo hacía hombre de tolerancia infinita, pero, tan pertinaz como las olas del mar contra las rocas, imponía su voluntad deshaciendo cualquier resistencia por sólida que fuera. Acabar sometida a sus designios era una constante sin solución. Lo

extraordinario es que, lejos de preocuparme, me dejaba seducir. Lo primordial era disfrutar de una romántica aventura que colmaba mis aspiraciones con la vana presunción de que estaba bajo control, convencida de que la culminaría con un bonito final de cuentos de hadas. ¡Era tan ingenua! Qué duro es sorprender la verdad sin los abalorios con que la adorna la ignorancia. A poco de iniciar un viaje que por mí había pospuesto, irrumpió en mis aposentos con un discurso que de entrada asumí en clave de negocios familiares. Me habló de la proximidad de contingencias que condicionarían el futuro y de la necesidad de afrontarlas con la máxima responsabilidad. Sostuvo que, en ocasiones, años de felicidad dependen de una única decisión, y que de ninguna manera debía tomarse al amparo de un estado de ánimo pasajero, sino al socaire de una profunda meditación pues, sin saberlo. sus consecuencias involucran la vida v hacienda de terceros. Al no colegir el objetivo de su oratoria, le rogué que precisara, limitándose a demandarme paciencia. Aseguró que pronto lo comprendería y que a su vuelta conversaríamos al respecto. ¡Cómo sospechar que me advertía de lo que no oculta una

mentira!

»"Sin posibilidad de más dilación — arguyó—, he de retirarme con mi padre y hermanos a preparar las cuestiones que despacharé en mis tierras. Calculo que nos ocupará una quincena en la residencia de mi tío abuelo; luego, de camino hacia la patria, procuraré acercarme a despedirme".

»Al concluir la frase alteró su semblante y, mirándome con la timidez del sol cuando se pierde en el horizonte, se confesó rehén de mis deseos. Por primera vez lo descubrí frágil y relegado un segundo а anteponiéndome, elevándome a lo sustantivo. una reflexión sobre la aseverando que la auténtica no era con los demás, sino con uno mismo, con las propias convicciones. Besó mi frente, juntó mis manos en su pecho un instante... v se fue. ¡Jamás me sentí tan desconcertada!

- —Por el desarrollo de la narración, tía, no se deduce que lo vuestro fuese superficial, más bien se intuye algún compromiso o al menos, que él lo tenía por supuesto. ¿Le diste esperanzas?
- —¡Chiquilla! En el juego del amor las damas disponemos de mil argucias con las que

obtener lo que nos proponemos. Le fui explícita en lo que a mi carrera de actriz se refiere y en que no contemplaba más ataduras que las del teatro. Distrae un gesto o suple una palabra con el silencio, y desatarás ilusiones que un hombre perseguirá sin desaliento. Aunque no me guste admitirlo, es otro ejemplo de contribución a un mundo perfecto.

- —¡Quién no aporta su granito de arena!
- —Sí, es una posición egoísta, lo sé, entonces no se me pasaba por la cabeza el renunciar a nada. No creo que por aquellas fechas llegara a considerar la eventualidad de que existiera alguien más importante que yo. En fin, a pesar de todo, aún permanece la muchacha que cayó rendida en los brazos de Gosha y la adulta que se casó con Graciano. La esencia que nos conforma no se modifica con los años, lo que cambia son las fuerzas con que opera la naturaleza en nuestro corazón. ¡Solo se cumplen veinte años una vez! El caso es que, en una consulta rutinaria al ginecólogo, me entero que estoy embarazada
- —¿Cómo fue posible? Si priorizabas tu trabajo, supongo que no descuidarías determinadas medidas.

- —La más exhaustiva consistía en una revisión cada treinta o cincuenta días; además, padecía de ciclos irregulares en la menstruación que requerían de tratamiento. Los traslados, los ensayos, la tensión del estreno y la posterior reacción de la crítica, confluían en un estrés de periodos impredecibles. Lo normal eran varios meses de faltas o interminables semanas de hemorragias. De ahí la persistencia en los exámenes médicos.
 - —Entiendo.
- —Lo interrumpí sin dudarlo... y no imaginas lo que ha pesado en mi conciencia. El aborto me produjo una herida por la que sangra mi alma. ¡El hecho que no oculta una mentira!
 - —¿Se lo contaste?
 - —Jamás se lo conté a nadie.
- —Quizá lo divulgaron los encargados de practicarlo.
- —Merecían total confianza, eran un reducido círculo de doctores, apreciados por su competencia y discreción, que atendían a la gente de la farándula. Una filtración hubiera terminado en portada de los periódicos de la época, un escándalo que ni yo ni la compañía

podíamos consentir.

—¿Cuál fue su actitud al verte tras la reunión en casa de su tío abuelo, antes de emprender la partida?

-Los asuntos que allí le llevaron lo retuvieron más de lo previsto v se marchó sin visitarme. En su lugar envió a Graciano con un ramo de margaritas y una tarjeta en la que se excusaba por no entregarlas personalmente. En esas circunstancias conocí al que sería mi marido o, mejor dicho, esa es la primera imagen que quardo de él. El reencuentro con Gosha se demoró hasta su regreso de Rusia. Se presentó en la puerta de mi camerino después de una representación... fue una situación violenta en la que su comportamiento dio a entender que estaba al corriente de lo sucedido, y en la que pronunció la frase que oímos en boca de Wareen... En cuanto a mí. tenía la autoestima por los suelos, no daba crédito a mi carencia de escrúpulos y a la premura con que me había deshecho del embarazo. Me preguntaba cómo había sido Especulé con abandonar interpretación y así apartarme de los recuerdos. Pero no se puede huir de uno mismo, de los errores que demuestran lo que

somos ni salvar la distancia que separa lo que hicimos de lo que debimos hacer; no hay más remedio que aceptarlos y rezar para que el dolor pase a ser una carga soportable... esa fue la última vez que vi al hijo del vizconde.

- —Si estás en lo cierto, ¿cómo pudo prevenirte de algo de lo que ni siquiera tú tenías conocimiento?
- —Pensar en eso es lo que me produce escalofríos.

29. El Cerro de los Cipreses

Cuando la posguerra asolaba la comarca con sus miserias, el cerro de los Cipreses fue testigo de hechos que llenaron de pavor la imaginación de las gentes. El convento de religiosas, erigido en el extremo de un sendero que se encarama por su cara este, se transformó en refugio de los que huían del hambre y la enfermedad. En aquellos días, llevadas por el amor a sus semejantes, las hermanas renunciaron a la convirtiendo la abadía en sanatorio y casa de caridad. A pesar de las fuerzas que la fe en Dios les otorgaba, las monjas se vieron superadas por la avalancha de necesitados que imploraban misericordia. La falta de recursos las obligó a cerrar las puertas y centrarse, tras sus muros, en los pocos que podían socorrer; entre ellos al diablo, se dijo, pues un mes después...

La noche sofoca el incendio con que la tarde iluminó la Maresía.

Las farolas, recién despiertas, cargan con el peso de la oscuridad delimitando

espacios en los que asoma la avenida. El auto que conduce Yago la atraviesa y el cabo del Pescador queda extraviado en la distancia. Alberto admira el palmeral que bordea la playa a través de la ventanilla. La velocidad no le impide atisbar su orilla de coral y la arena donde dormita la luna. Por un instante cree que no es la máquina la que avanza sobre el asfalto, sino el paisaie, sometido al afán de su mirada. Manchas rojas en el puño de la camisa le traen a la mente la sangre en la saliva de Andrea; un rumor cálido le recorre el pecho. cierra los ojos y contiene la respiración prolongando el goce que le produce. Entonces percibe el rastro de una voz en el viento: es frío, entrecortado; suena a la queja de un moribundo que intenta expresarse sin lograrlo, pero cuyos esfuerzos revelan el lugar en que agoniza. Decide seguirlo: le excita oír el diálogo del reo con la muerte.

—No te metas en la capital, desvíate hacia la alameda que desemboca en el cerro de los Cipreses.

-Bien.

La alameda comienza al final de una encrucijada de caminos, las calles se sacuden la presión de interminables filas de edificios serenando el paso bajo los brazos de los árboles. Seducida por las leyendas que acarrea el eco del mar, sigue el reseco cauce de un río que cedió sus aguas al embalse de la ciudad. En paralelo, hasta casi alcanzar el cerro en el que culmina, la corteja una carretera que más adelante se adentra en las montañas y de la que obtiene los reflejos que la alumbran. Álamos y sombras se confunden en una masa opaca de la que sobresalen ramas de hojas ruborizadas por el invierno.

Se reitera la impresión de que el mundo gira a su alrededor, de que es suya la facultad de evaluarlo y darle contenido con su presencia. Formas tamizadas de grises, transparencias, imágenes que afloran, que desfilan y lo envuelven. El tiempo se ralentiza facilitándole fijar su interés en los rasgos de una naturaleza sumisa. Alberto piensa que puede asir cuanto le plazca, desecharlo o arrebatarlo para su deleite. Es una irrupción de emociones que siempre escaparon a la consciencia y que de repente la embriagan desbordando los sentidos.

Retorna la llovizna, acaso nunca se fuera, y con ella el matiz aterciopelado con que cubre a la noche.

—Detén el coche.

Yago frena. Alberto sale del vehículo y escudriña los árboles. Está seguro de que allí, al resguardo de los troncos, respira el que anuncia su tragedia al viento. Con unas zancadas encuentra su silueta esculpida en negro, con solo agudizar la vista, la identifica.

...?tú?...

Al descubrir su figura, rota por el desamparo, Hormi evoca la habitación infantil en la que incubó el desprecio que le inspira su hermanastro.

El bebé reposa en un cesto, muy cerca de una media luna rodeada de estrellas que cuelga del techo, arropado con una mantita azul celeste. Ángela lo depositó allí, al llegar del hospital, con la delicadeza que se coloca porcelana sobre algodones. Él se encolerizó al ver que esa criatura ocupaba un sitio que era suyo. Contaba ocho años y no hacía uno que su madre, mujer débil y enfermiza, se enamoró otro de los desconocidos que frecuentaban, salvo que éste la preñó del bastardo que se adueña de un rincón de su dormitorio

-¿Qué coño haces aquí?

Se desentiende de la respuesta, sabe que está herido porque lo delata la estela de una sangre aún no vertida, pero en busca de la tierra en que será derramada. Esa imagen restaura la náusea de la mañana y sus pensamientos vomitan las palabras de Danel: «Que no acudas a la llamada del ataúd que te aguarda». ¿Es posible que Juan se aproxime a la muerte con la urgencia que él pretende alejarla? Al encararlo se expone a un espejo que no devuelve la luz del cuerpo que lo mira, sino de la sustancia que lo conforma. Aunque le repugna reconocerse en los contornos de semejante fragilidad, algo hay en ese amasijo de humana inconsistencia que por primera vez lo conmueve. Retrocede unos metros sin ofrecerle la espalda, se voltea, y con un gesto ordena al chofer que se acerque.

—¡Márchate! Aprovecha y toma una copa. En un rato no voy a requerir de tus servicios. Ya te aviso.

—Estaré pendiente.

El auto de Yago se cruza con otro que se dirige hacia la serranía, y desaparece mientras la distancia ahoga el ruido del motor. Alberto vuelve con Juan procurando deshacer el recuerdo del demonio. Necesita averiguar el propósito que lo trae junto a su hermanastro.

La noche se despoja de nubes, de lluvia, de cielo y estrellas. La penumbra se quiebra en alameda que sube al cerro. Un eco de luna observa a la niebla que despacio baja de la montaña, como si tentara cada árbol y cada piedra en pos de la entrada al cementerio. El murmullo del aire en las hojas se apaga, y el crujir de la madera en las ramas da paso a una calma insoportable.

- —Lo sientes, ¿verdad? —pregunta Juan.
 - —¿Qué debería sentir?
- —Ese silencio que atormenta a los oídos. Si prestas atención lo distinguirás. Se conoce por «el llanto oscuro». Viene del cerro... es el sollozo de los que esperan al diablo. Afirman que lo percibe quien tiene tratos con la muerte.
 - -No
- —Entonces, ¿qué te trajo a este lugar? ¿Y cómo me hallaste ocultándome a tus ojos?

Una vez que las hostilidades en el frente cesaron, el país, asolado por la inestabilidad y la falta de recursos, se sumió en

los que popularmente se denominarían «Años de llanto y tinieblas». La guerra no solo se llevó la vida de los soldados que no regresaron a casa, también se apropió del alma de muchos que sí lo hicieron. Los acontecimientos se agravaron con los saqueos de grupos incontrolados que no dudaban en asesinar a los que se ponían por delante. El miedo cebó los corazones de los justos haciéndoles creer que no sobrevivirían al eterno crepúsculo en que se convirtieron los días.

Consagradas al misterio de un Dios hecho Hombre, las religiosas no supieron ignorar el sufrimiento y la ignominia de sus semejantes. Comenzaron con las estancias reservadas a huéspedes, más tarde adecuaron patio, el refectorio, las celdas de recogimiento y, por último, acondicionaron el claustro hasta dedicar las dependencias inferiores, a excepción de la capilla, al cuidado de las numerosas víctimas que caían en desgracia. La congregación se reubicó en la segunda planta del edificio. Sin que se dieran cuenta, pasaron de la contemplación a suplicar por las fuerzas que les permitieran culminar su entrega al prójimo, pero descubrieron que, al igual que los conflictos bélicos, el hambre y la enfermedad son monstruos imposibles de saciar.

Bendecida con la capacidad desarrollar una gran actividad, Sor María de Jesús atesora la juventud y el entusiasmo que consiguen superar obstáculos con una sonrisa. Siempre dispuesta a trabajar, asegura que cavar el huerto bajo el sol es como arrodillarse en la capilla a la luz de los cirios: dos formas de iniciar una misma oración. Cuando Sor María del Carmen, Madre Abadesa, reparte las tareas de la jornada, a nadie sorprende que insista en quedarse las que entrañan mayor sacrificio. Asea a los ancianos e incapacitados, se afana en sanar sus llagas, en darles de comer, en suministrarles los medicamentos que alivien sus males y aún le sobra vitalidad para colaborar en la limpieza y asistir a las religiosas que reclaman avuda.

Entre los tantos desheredados de los que se responsabilizaron, uno hay al que todas evitan y que suele terminar en manos de Sor María de Jesús. Las graves afecciones de su alma rivalizan con las del cuerpo. Una necrosis, provocada por la gangrena en su pierna izquierda, ennegrece úlceras desde los dedos al tobillo y descompone parte de los

músculos de la pantorrilla; la piel, atestada de hematomas, es un pellejo macilento que castiga a guienes se le acercan con un repugnante hedor. Dad Lam, se hace llamar. El viejo responde con desprecio e insultos al favor que se le prodiga. Poco o nada se sabe de él. Lo abandonaron a las puertas del convento unos desconocidos que a continuación se dieron a la fuga. Sor María Trinidad lo encontró al borde de la caquexia, casi agonizante, pero con suficiente ánimo y arrojo para proferir una ristra de blasfemias. Las hermanas atribuyeron a las fiebres que padecía, pero pronto se evidenció que las pronunciaba por puro placer, dejándose orinar y defecar con la intención de maldecir a la monja que lo atendiera

A pesar del empeño de la comunidad por impedirlo, las semanas llegan sin otro objeto que el de acumular trabajo y acabar con las provisiones. El esfuerzo no tiene más horizonte que el cansancio, y el bien que se realiza solo alcanza para que aflore lo mucho que resta por remediar. Lejos de presentar mejoras, la situación se complica con el agotamiento y la escasa alimentación de las religiosas. Aun con la oposición de algunas de

ellas, Sor María del Carmen se ve en la obligación de cerrar las puertas y concentrar cuanto disponen en los que perecerían sin la asistencia que allí reciben.

30. Una cama sin deshacer

«He depositado en ti una maldición que deberás traspasar a otro ser tocándolo bajo el cuello, tal como hice contigo. Sabrás quién es porque al verlo volverá la agonía, solo te librarás de ella al cumplir con mi mandamiento».

Durante semanas apenas toleró la ingesta de bebidas o alimentos ni tuvo energías para acudir al puesto de flores en el Melania sucumbió cementerio desfallecimiento vital por el que todo se le revelaba desprovisto de valor. Ahora, una vez restablecida, nada consigue rescatar sus pensamientos del destino que la espera. La bruja de las flores concluye, por fantástico que le resulte, que lo experimentado en el bosque es consecuencia de entidades que manipulan la realidad: aún persisten en su piel las dentelladas de un fuego que no arde en este mundo. Reconoce que estuvo tan cerca del Infierno entre los árboles, como del Paraíso tras el infarto. Y sabe que el demonio no se manifestó con la intención de tentarla, sino de someterla y forzarla a cumplir con su voluntad. Renunció al descanso que prometía la otra vida por el encargo de liberar a un ser de su tormento, y ese sacrificio implicaba sentenciar a otro, a un inocente. Un acto de piedad la llevará a cometer sacrilegio sin que halle forma de remediarlo. Tampoco está segura de que sea correcto informar a Alina, pero ¿qué habría de hacer?

Después de narrarle las circunstancias que dieron lugar al contacto con don Ernesto y su hijo, Melania la hizo partícipe del insólito mensaje que portaba. Al oírlo, Alina cayó en una súbita inmovilidad con la que incluso pareció perder la respiración. Transcurridos unos segundos en los que la anciana se temió lo peor, el semblante de la mujer recobró la gentileza y los matices de tiempos más felices. Los ojos se le colmaron con reflejos renovados anhelos y, como si hasta entonces no se hubiera percatado de su presencia, la miró agradecida a través de un velo de lágrimas. La bruja de las flores compartió la emoción de la viuda, se ofreció a acompañarla a la quebrada Fría y regresó de inmediato a la cabaña, en las afueras del pueblo. Desde la aparición de Danel rehusaba cualquier relación humana si no era estrictamente necesaria. Los domingos eran la excepción, solo durante unas pocas horas dedicadas a vender los frutos de su jardín, únicos ingresos con los que afronta sus reducidos gastos. Asumía que era una contienda abocada al fracaso, pero estaba dispuesta a demorar el encuentro con el destinatario de la maldición cuanto le fuera posible.

A Hilaria la despiertan los porrazos que su corazón le da en el pecho en busca de una salida. Incapaz de permanecer en la cama, se levanta, se cubre con una bata y se dirige a la cocina. Apoya el cuerpo en la encimera de piedra, coge un cazo del armario que hay debajo, se le escapa de las manos e impacta en el pavimento. El sonido rebota en la oscuridad igual que las campanas en la plaza de la Iglesia al llamar a misa. Se sienta en una de las sillas que circundan la mesa, en el centro de la estancia, inspira profundo reteniendo un instante el aire en los pulmones, y rompe a llorar.

Marta entra. Recupera el recipiente del suelo, lo limpia, lo llena de agua y lo coloca sobre el fogón. Se aproxima a Hilaria y acaricia

sus dedos desquiciados por los temblores.

—Supuse que eras tú, hace un par de madrugadas que te oigo venir aquí —suspira, y a continuación le ruega—: Por favor, deja a un lado esa pena, me duele verte sufrir.

Hilaria enjuga sus humedecidas mejillas mientras los labios fuerzan una sonrisa.

- —Claro que sí, pequeña mía. Disculpa a esta vieja torpe.
- —Yo tampoco logro dormir. Tengo a esa bruja rondando en mi cabeza. Sé que debería alegrarme por la milagrosa curación de mi madre, pero me aflige verla reaccionar con esa simpleza, como si nada hubiera pasado en estos años, obsesionada con su cita de difuntos. ¡No es lógico que los muertos retornen de su viaje... que la gente se recibirlos! engalane para Se mantuvo encerrada sin preocuparse de mí o de Antonio en años, y ahora vuelve a la «normalidad» con esa tenebrosa idea. ¡Condenado aquelarre de arpías! ¡Burla de fantasmas en la oquedad del bosque! Es un disparate, la locura de una desgraciada que sigue enferma a pesar de las apariencias.
 - —No tolero que hables así de tu madre.

¿Cómo puedes pensar que no le importáis? ¡Dios no quiera que pases por lo que ella!

La joven se alza, selecciona de un anaquel el tarro que contiene hierbas secas con diminutas flores azafranadas, y vierte un par de cucharaditas en el cazo puesto a hervir.

-¡Qué barato sale juzgar! -añade la aya, en tanto que Marta regresa a la mesa—. Créeme, constantemente ocurren carentes de lógica o explicación que ni tú ni yo comprendemos. Absurdas e intrascendentes unas, horribles v dramáticas otras... las atribuimos al azar, pero en su mayoría responden a designios que no conciernen a seres de carne y hueso, afectadas por conciencias ocultas e intereses imposibles de desentrañar. Lo común es que no las percibamos, aunque a veces se evidencian. trastocan nuestras Entonces vidas comprometen el juicio del más cabal. Niña, ¿entiendes lo que digo?

Una espuma amarillenta asoma al borde del recipiente. La mujer repara en ello, sin esperar respuesta toma dos tazas y les vierte, filtrado, el humeante brebaje. Les agrega una porción de miel y los sitúa en la mesa. Luego, aprovechando la silente actitud

de su interlocutora, inicia un relato:

-Mucho antes de incorporarme al servicio de tu familia, aún no había cumplido los dieciocho, viví acontecimientos condicionaron mi existencia y que jamás revelé en su integridad... Hoy albergo dudas de si en verdad ocurrieron o se trata de una de esas pesadillas que, a fuerza de repetirse, se materializa... Cursaba mis estudios en la capital, lejos del pueblo y de la casa donde nací. Me alojaba en la hospedería de una antigua compañera de mi madre. La pensión la constituía una casona de dos pisos con espaciosas habitaciones, quince o veinte, creo recordar, que se alguilaban por noches o semanas. Adelaida, la propietaria, se convirtió improvisada tutora. Solterona convencida, anfitriona, cocinera y gobernanta a la vez, cuadraba sus ingresos ofreciendo desayunos y almuerzos que le permitían sobrevivir con cierta holgura. No creas que eso era fácil, ¡aquellos eran tiempos complicados! Poseedora de frenética actividad. encontraba lugar o momento en el que interrumpir el trabajo. Yo le ayudaba en el mantenimiento del negocio para ganarme la manutención, aun así me recompensaba con dinero. Me asignó un desván de mesita y catre con una buhardilla a través de la que veía zarpar los barcos en el puerto. ¡Había tardes en que desde allí volaba hacia el mar rozándolo con la piel de mis deseos! Los libros, el rutinario quehacer y ese pequeño refugio se erigieron en el eje de mi mundo.

Hilaria acomete una pausa y bebe de la infusión. Marta la imita manteniendo la vasija en las manos, calentándolas.

- —Un día, al ir a echar el cierre, consumado el horario que limitaba el acceso de huéspedes, un desconocido nos solicitó alojamiento. Su estampa era elegante y serena. Adelaida no tuvo inconveniente en complacerlo. Abonó el precio exigido pasando de inmediato a disfrutar de las instalaciones. Las dos quedamos...
 - —¿Qué sucede, tata?
- —Nada, pierde cuidado, me cuesta asumir lo que en un principio advertimos, ahora que sé lo que el destino nos deparaba. Procuro que los sentimientos o el miedo no interfieran y contártelo sin quitar ni añadir. Me gustaría que los recuerdos hablasen por sí solos.

Da un par de sorbos a la tisana, como si lo necesitara para tragar, y prosigue:

—Las dos nos quedamos prendadas de sus ojos negros rodeados de un blanco que rivalizaba con el de sus dientes al sonreír. A la mañana siguiente partió sin que se le advirtiera. Lo sorprendente fue que, al ir a recoger y cambiar las sábanas de su aposento. halláramos la cama intacta, sin deshacer, Allí había conciliado el sueño desconcierto no acabó ahí. Tres días después, en similares circunstancias, el enigmático individuo se presentó con idéntica petición, y el desenlace fue el mismo: su lecho amaneció impecable. Entregó el cuarto en perfecto orden impoluto, dispuesto de tal quisa que satisfaría al cliente más exigente. Ningún indicio demostraba que ese sujeto se dedicase a descansar

»La cuestión no terminaba con saber qué hacía en la estancia mientras los demás reposábamos, también nos intrigaba la forma en que abandonaba el edificio sin ser descubierto. Adelaida, según le marcaba la rutina, emprendió la jornada de madrugada, abrió el portón de la calle, preparó los desayunos, perfiló el menú del día, limpió y acondicionó el salón, los baños, los pasillos y, por último, redactó la lista de la compra sin

haberse tropezado con él, que, según barruntamos con posterioridad, ya no debía hallarse en la pensión. Aunque verosímil, dudamos de que en dos ocasiones la esquivara marchándose inadvertido, más aún cuando en la segunda, la anfitriona y yo andábamos prevenidas. La situación, por incomprensible, derivó en una inquietud que oprimió nuestro ánimo y, frente a la posibilidad de que ese trance se repitiera, Adelaida sugirió: "Le diremos que estamos completos — añadiendo—: nada provechoso augura un proceder tan extravagante".

»Apoyé esa decisión. El diseño de las cerraduras bloquea las puertas desde el interior y no impiden, sino facilitan, que el inquilino salga. Si no dormía, ¿en qué se empleaba el extraño en tanto que los demás lo hacíamos? Me aterrorizó imaginar que rondara por las dependencias, que hurgase a su antojo en el inmueble. El encanto de sus modales y el atractivo de su figura, sucumbieron a los recelos de un comportamiento inexplicable. Así que me alegré de la medida confiando en que no se materializara la eventualidad de su regreso.

»Por desgracia, de nuevo transcurridos

los tres días, al correr las manijas de los cerrojos, apareció con la pretensión de que volviéramos a prestarle acogida. Su presencia, tan desbordante y seductora como anteriores, constató lo disparatado de las sospechas. ¿Cómo podría un hombre con esa intachable apariencia alarmar a nadie? Seguro que su exquisita educación era la responsable de que, al levantarse, dejara cama y cuarto sin mácula, igual que si no lo hubiera usado. En un instante quedó de manifiesto que mi mente pueblerina y la desconfianza de una solterona empedernida, apreciaban malas artes donde no cabía más que discreción y refinadas maneras. Conjurada la incertidumbre, Adelaida consintió sin reparos. manifestándose agradecida porque optara por establecimiento a la hora de pernoctar. Cobró el importe y lo proveyó con la llave de la única habitación disponible, la número once. En cuanto el personaje se ubicó, una gélida sacudida recorrió el cuerpo de mi tutora e hizo que se arrepintiera amargamente. Al cabo de los años admitiría que aceptar esas monedas fue el mayor error de su vida. En su descargo diré que también fui víctima del encantamiento que nubló su buen juicio y de la consternación que la invadió al tenerlo dentro de la casa.

- —Me temo lo peor por el tono que encierra la narración. Me chirría que fuerais tan cándidas.
- —No es asunto que concierna a la ingenuidad. Te lo cuento para que sepas de la existencia de una naturaleza velada e incontrolable. Respóndeme: ¿cuántas veces te has propuesto atrapar algo que se aleja o apartarte de lo que no hace más que acercarse? Aplícalo a las cosas que anhelas o aborreces en tus relaciones con los demás, incluso en aspectos íntimos que solo a ti atañen, y reconocerás lo complejo que es gobernar la voluntad.
- —No sé, tata, sigue con la historia, aunque me resisto a considerar que semejantes acontecimientos se correspondan con la realidad.
 - —Te entiendo, hija mía.

Apuran el contenido de los vasos e Hilaria prosigue.

—Ya mencioné que era una época complicada en la que sobrevivir al ocaso se convirtió en un auténtico desafío. Revueltas e inestabilidad se reiteraban en las conversaciones de la gente. Los alimentos

básicos se encarecían a diario y los medicamentos escaseaban. Luego llegaron las restricciones. A las veintidós horas cortaban el suministro de energía... con suerte lo reanudaban a las cinco de la mañana. Lo mismo sucedió con el servicio de agua potable. De modo que hasta los más reacios se recogían temprano.

»La hospedería no era una excepción. A las nueve y media de la noche se trancaba el acceso. Apenas treinta minutos después se interrumpían las lecturas o charlas en el salón, único entretenimiento a disposición de los parroquianos, compuestos en su mayoría por comerciantes campesinos 0 personaban en la ciudad con la finalidad de resolver trámites en la administración, pero, como es de suponer, los había de toda índole y procedencia. Uno de ellos, don Anselmo, empresario que nos visitaba una o dos veces al mes, se percató de la ansiedad que reinaba ambiente, ofreciéndonos desinteresada colaboración en caso de que se precisara. Es obvio que no le contamos su tampoco insistió en conocerla. achacándola, seguramente, a los problemas y contratiempos del negocio o a los rigores de los años que nos tocaban vivir. Él fue quien, más tarde, en respuesta a los gritos desesperados de Adelaida, saldría en busca de auxilio.

- —¡Dios mío! Detente un momento, por favor. Déjame respirar... no sé si deseo enterarme del desenlace... Desmenuzas una pesadilla de las que no es posible despertar.
- —Eso es de lo que te hablo, lo que te explico. Tú los has dicho: hay lugares y circunstancias de las que no se logra escapar.

Marta la observa advirtiendo el sufrimiento en los rasgos de la aya. No puede evitar abrazarla.

—Te pongo al tanto porque ya eres una mujer, niña mía —exclama, y la acoge en sus brazos con los ojos saturados de tristezas.

La joven retorna a la silla e intenta controlar la emoción.

- —Me parece que soy más niña de lo que me gustaría.
 - -Y yo más vieja.

Ambas sonríen.

—Aquella experiencia, según apuntabas, se perpetuó en mis sueños o, mejor dicho, en mis pesadillas. Adelaida fue víctima accidental del terror que se apropiaba

de la casa, sin sospecharlo, yo era el objetivo. Me suplicó que no me retirase a dormir y que montáramos guardia. Se lo prometí y procuré serenarla con argumentos que no me convencían, pero que trataban de relajar la tensión. No es de inteligentes, argüí, dar por cierta una fábula que solo existe en nuestras cabezas y sucumbir a conjeturas instigadas por hechos intrascendentes. Sin embargo, porfió en que algo diabólico estaba a punto de ocurrir. La desdichada no alcanzaba a entender cómo había permitido la entrada de ese hombre, para ella un auténtico demonio.

»A las diez de la noche, cumpliendo las normas de austeridad establecidas. la compañía eléctrica cortó el suministro. A la fuerza prevenidas, hacía rato que teníamos encendidas sendas lamparillas de aceite. Dejamos que transcurriera el tiempo y, sin hacer ruido, cogidas de las manos, con la angustia desencajándonos los huesos. inspeccionamos el edificio. La planta a nivel de calle la conformaba una galería de tiendas que nada tenían que ver con la pensión, a ésta le pertenecían el zaguán y el recibidor en el que se inscribía a los clientes. En la primera. además de un área reservada a la anfitriona. se localizaban la cocina, el salón comedor y el baño compartido; dos habían en la casona, uno por piso. A excepción de unas pocas que colmaban sus límites, el resto de habitaciones se distribuían en la segunda. Allí se aglomeraban separadas por un pasillo y el corredor de ventanas que nunca se abrían, en éste se ubicaba la número once y las escaleras que subían a mi desván.

- -iQué casualidad! El viernes, el día que mamá quiere ir a la quebrada Fría, cae en once.
- —¿Acaso no me oyes? Te dije que es inapreciable lo que justifica el azar. Buena parte de esos eventos encajan en un puzle sin orden ni lógica aparente. Designios de un plan al margen de lo humano y lo divino. También te advierto que hay que apartarse...
- —Me estás metiendo el temor en el corazón.
- —En el mío se atrinchera desde entonces. Sé que no me libraré de él hasta no meterme en ese cuarto.
 - —¿Es necesario narrarme esto?
- —No nos queda otra que seguir a Alina, deberías saber a qué nos oponemos.
 - —¿Acabas de aconsejarme que me

aleje de lo inexplicable y a continuación me animas a que me inmiscuya en vez de disuadir a mi madre? ¿No es una contradicción, un disparate?

- —Contigo aún se razona y sé que no la abandonarás.
- —Si creía que la situación era una locura, ahora pienso que los locos rondan por doquier. ¡Perversa bruja! Ella es la culpable.
- —Te equivocas, es un simple eslabón, una rueda más del inextricable mecanismo de la vida. Probablemente no sepa más que nosotras.
- —Anuncia una cita con muertos y nos enreda en un despropósito. ¡Mierda! No me creo nada. Aquí no hay más calamidad que la dolencia de Alina y la superstición de inocentes como tú. No sé del origen ni la causa de tus recuerdos, pero no se relaciona con el burdo trance creado por la malnacida que vende flores en el cementerio.
- —Si deseas averiguarlo, permíteme que te cuente.

Marta enmudece e Hilaria reanuda el relato.

 Nos dieron la una persiguiendo las sombras que proyectábamos en suelos y tabiques. Recorrimos repetidas veces los pasillos, los baños; subimos y bajamos escaleras, comprobamos los tragaluces e incluso nos demoramos frente a la pieza en la que creíamos que no se dormía. Solo nos topamos con el recelo y la terquedad de nuestros actos. Así proseguimos hasta que el agotamiento ablandó la determinación de Adelaida.

»La acompañé a su aposento. Aunque en un principio se resistía, consintió en acostarse, abatida por el peso de sus párpados.

»"No apagues mi lámpara, déjala sobre el mueble de la cabecera, por favor, Hilaria", rogó, con voz casi imperceptible.

»Me senté en una silla con la intención de aguardar al amanecer. La mujer se durmió entre sobresaltos mientras susurraba mi nombre en el preámbulo que lleva a los sueños. El reloj de la repisa marcaba las dos de la madrugada. Me fijé en el segundero, se obstinaba en no moverse a la espera de que decidiera marcharme para hacerlo. Supe que serían horas interminables y resolví que lo mejor era procurar algún descanso. Cogí el quinqué y salí del dormitorio, contiguo a la

cocina, despacio, sin perturbar al silencio. Me encaminé a mi alcoba, donde el catre y la buhardilla. Todo se mantenía en calma. El salón comedor, inmerso en tinieblas, fingió alarmarse con el resplandor de la lámpara, la escalera se asomó desafiante. La mecha tras el tubo de cristal trepidó de inquietud. Aceleré el paso y llegué al segundo piso. A mi derecha el pasillo que se repartía en habitaciones alquiladas, a la izquierda el corredor que conducía a mi destino y, en medio de su distancia insalvable, mucho antes de los peldaños que subían al desván, la estancia en la que se alojaba el ser de los desvelos. Una visión premonitoria se apoderó de mí v prescindí de la lamparilla, temía que me observara, oculto en un lugar que yo no podía ni imaginar. Me aventuré en el corredor con la aprensión de quien se introduce en angosto agujero, pegada a la pared opuesta a la abarrotada por el miedo; orientándome con las manos, sin apenas respirar, con los ojos hundidos en la oscuridad. Y he aquí que la puerta, al replegarse su pestillo, se abrió impasible, pesada. Los goznes chirriaron con un gemido estremecedor. Un halo de luz mortecina, que provenía, estoy segura, de una rendija abierta en el infierno, mostró sus adentros. La cama permanecía sin deshacer, su alrededor se reveló intacto, sin rastro del extraño. Tal como había presentido, una certeza me arrebató el alma: si su ocupante no se hallaba en el cuarto es porque deambulaba a su antojo por el inmueble, atraído por mis pasos o por el aire que estrangulaba mi aliento. Las piernas se me aflojaron, mi organismo se desató en temblores y rompí a llorar. Una rabia nacida de la impotencia insistió en que avanzara anticipando con el brazo cualquier obstáculo. Imploré a Dios que no tocara a ese ser de noches sin almohada, tan persuadida estaba de que entonces me moriría.

»Tropecé con mis pies, con mi corazón y no paré hasta alcanzar la meta de escalones más fríos que el hielo, a gatas los superé. Saqué la llave, palpé en busca de la cerradura de mi refugio, franqueé la puerta y rápido la tranqué empujándola con mi cuerpo. Me costó una eternidad recuperar el resuello. Aún a tientas deposité la lamparilla en la mesita. Pausada la respiración, encendí una cerilla y prendí la torcida con los ojos encogidos por la luz. A un lado de mi lecho, junto a la buhardilla, emborronado por las lágrimas, vi al huésped

de la número once que sonriente me contemplaba. Su mirada encarcelaba los reflejos del quinqué igual que el averno a las llamas de su fuego; y yo, indefensa, a dos metros de él, comprendí que no cabía más opción que la de rendirme al reducido margen de la habitación, y al frágil contorno de mi piel.

»No puedo precisar cómo, pero en ese momento aprecié que Adelaida se despertaba aterrorizada, que saltó de la cama, se apoderó de su lámpara y lanzando gritos que suplicaban ayuda, subía en mi auxilio.

»De una zancada el intruso se anudó a mi cuello por la espalda. Deslizó lo que me parecieron garras desde la nuca a mi cintura, la bordeó y las detuvo bajo mi vientre.

»"¡Ah! Me deleitan las maneras con que la carne explicita la juventud y el perfume que desprende tu espíritu. Lástima que el tiempo se empecine en demoler tan magnífica obra. Mas no te llames a engaño, no estoy aquí con la pretensión de venerar el fruto de este cáliz, sino con la de malograr los que pueda concebir".

»Tras pronunciar esas palabras cercó mis entrañas con la maldición que frustraría mi maternidad.

- —¿Siempre eludías hablar de las razones por las que no tuviste hijos —la interrumpe Marta—, y ahora aseguras que se hallaban en el seno de un mal sueño?
- —Tienes razón, pero ¿qué hubieras hecho tú? ¿Relatar la historia de una cama sin deshacer? Los especialistas jamás entendieron por qué no quedaba embarazada. Dado que no advirtieron anomalías físicas que lo justificase, lo achacaron a otras de carácter psicológico.

La joven sacude la cabeza. Le parece inconcebible que algo siniestro tome forma en medio de la conversación con tanta naturalidad, y se niega a aceptarlo. Sin duda Hilaria fue sometida a la tensión de un suceso que no logra asumir, tal vez un intento de violación, y su mente creó una fantasía que maquilla la realidad. Al amparo de escenarios en los que no impera la lógica, la psique es el territorio en el que se concentran ángeles y demonios, en el que se incuban y gestan los sueños, las pesadillas.

—Tata, es posible que no ocurriera así, con los años la imaginación rellena los espacios que extravía la memoria o sustituye otros que inducen al dolor.

La aya gesticula resignada.

—Escaso es lo que resta por narrar, lo suficiente para que, si lo deseas, te reafirmes en que todo se ajusta a una explicación racional, sin plantearte que lo irracional es pensar así.

»Sacó sus manos de mí ejerciendo un esfuerzo que lo impulsó hacia atrás. Luego se dirigió a la puerta, separó la hoja del marco girándola lentamente sobre sus goznes, me miró condescendiente y con una mueca de burla, sentenció: "Nos encontraremos allí donde no querrás ir. Ya sabes... si una puerta se cierra..."

»Sin más la franqueó, la cerró con brío y, aún sin haber transcurrido un segundo, se abrió de nuevo. Adelaida accedía escoltada por varios clientes y se detuvo frente a mí.

»"¡Válgame el cielo!", exclamó al verme.

»Apenas conseguía mantenerme en pie. Con los brazos en el abdomen tapaba el vacío de mi interior y el rastro de un daño que me desgarraba el alma. En el suelo se expandía, a gotas, un charquito con la sangre que derramaba.

»Cuando don Anselmo, el huésped que

mencioné, llegó con un alguacil, Adelaida me inspeccionado había descubriendo quemaduras en mi dorso, y un hematoma justo encima del pubis. Nunca se aclaró el origen de las heridas ni el supuesto uso por parte de un inquilino de la habitación número once. El testimonio de la propietaria de la pensión no tuvo mayor relevancia que el mío. No habían pruebas de su existencia más allá de unos datos falsos y un garabato en el registro: nadie. salvo nosotras, lo había visto. Tampoco pude dar respuestas coherentes al inquirírseme por lo acontecido en el desván. Sabía que no me creerían. La única que lo intuyó fue Adelaida. Le conté que el diablo se marchó un suspiro antes de que irrumpiera con su comitiva. No demoré en renunciar a mis estudios y regresar al pueblo con mis parientes. Al cabo de un par de meses ella traspasó el negocio y adquirió una vivienda en la comarca, no muy lejos de la nuestra. Por desgracia nada volvió a ser igual, aunque nos visitó y mantuvimos charlas en compañía de mi familia, jamás sacamos el tema

La montaña muda el ropaje de la noche con los primeros rayos de sol en la nieve de la cumbre. En los Maniere se destacan el campanario de la iglesia y la techumbre de casas cubiertas de escarcha. Sus calles exhalan el frío acumulado en horas de oscuridad.

- —¿Es definitivo? ¿Te vas por la tarde?
- —No quisimos aventurar la decisión por si algo se torcía. Juan arregló el apartamento que le dejó la madre y queremos instalarnos.
 - —Lo entiendo, seréis muy felices.
- —Me duele dejarte en estos momentos. ¿Alina sigue empeñada en ir a la guebrada?
- —Mañana viernes, si la razón o un milagro no lo impiden.
- —¡Es horrible! Precisamente ahora que encauzabas tu relación con Fedor, las circunstancias la vuelven a enredar.
 - —¿Qué tramará la vieja arpía?
- —Deberías ir a verla, quizá estés a tiempo de impedir un disparate.
- —Me lo había propuesto, María... ¿te sorprenderás si te confieso que no me agrada la idea? Crece en mí un recelo que me previene, no sabría definirlo, pero ansío estar a kilómetros de aquí... ¡olvídalo! No me tomes en cuenta, estoy bajo el influjo de una historia que no me permite dormir, ¡no sé lo que digo!

Además, no solo me afecta a mí, Hilaria también atraviesa por problemas, se levanta de madrugada acosada por pesadillas.

- —Es normal. Os enfrentáis a una situación que desquiciaría a cualquier persona por juiciosa que fuera. Me preocupas tú, mal harás si no la afrontas. ¿Te acompaño? Es la excusa perfecta, así permanecemos un rato más juntas. Después iré a terminar los preparativos del viaje.
- —Será mejor hacerte caso. No imaginas cómo voy a añorarte. ¿Recuerdas? Tu historia comenzó en el puertito, de repente se me ocurrió enviarte al jardín del merendero con la promesa de que allí lo hallarías... ¡era tan tímido el mozo...! Y mira, hoy te vas a vivir con él.
- —¡Cómo podría olvidarlo! Hiciste magia en aquella orilla del río, de las cosas más hermosas que he experimentado. ¡Siempre lo recordaré! Y no te echaré de menos porque no hay distancia que te aparte de mí.

Las jóvenes se abrazan, y el mediodía despunta sin romper el cristal de hielo con que diciembre cubre la piel de la noche en invierno.

A pesar de que abandonó la

elaboración de los remedios de abedul, en la cabaña perduran los aromáticos olores del jarabe realizado con sus hojas y los balsámicos efluvios de los aceites extraídos de la corteza. Ni en su cuerpo ni en su mente quedan fuerzas o ánimos más que para el invernadero.

«El frío no se irá hasta bien entrado junio».

Las plantas la entretienen en un universo de tierra abonada, de sustratos y macetas, de semillas, de pétalos y corolas. Le asombra la imperturbable fragilidad de seres sin más arrojo que los colores y las fragancias. Sin pretenderlo, Melania responde ante la vida con la misma expresión de esa naturaleza vegetal a la que cuida: la belleza.

«Tendremos que prevenir las heladas».

Su diálogo con las flores se funde con el rumor del agua en las acequias que bajan de la sierra, con el susurro de los árboles al cielo, con el silencio del firmamento al mostrar la luna. La suya es la voz de un corazón aislado.

—¡Eh! Melania.

Alguien la reclama repetidas veces desde el exterior. Inmersa en la protección que le ofrece su mundo, no se percata de que Marta se introducirse en el vivero. Un leve cambio de temperatura la advierte y por fin reacciona.

- —Cierra la puerta, por favor. ¿Qué buscas aquí? ¿Qué deseas?
 - —Tratar con usted.
- —¿No has leído el letrero? Los encargos y temas relacionados con la venta se atienden en el puesto.
 - -Es referente a mi madre.
- —¿Tu madre? Acércate. ¡Ah!... sí, me acuerdo —afirma, mientras se le aproxima—. Eres la hija de Alina, solía verte los domingos en el cementerio. Dime, ¿en qué he de ayudarte?
- —¿No es consciente del daño que nos inflige? Le ruego que le quite de la cabeza la incursión en el bosque.
- —Es eso... tienes toda la razón, es un asunto desconcertante y difícil de asimilar, incluso a mí me aflige. No me extrañan tus reparos.
- —Nadie sensato interviene en algo así. En el pueblo es notoria la decadencia y el deterioro que desde el accidente merma las facultades de Alina, pero ¿qué decir de quien la manipula con una farsa?

—Comprendo, tal vez sea complicado de entender. Más aún si nada bueno se espera de una bruja.

Al finalizar la frase, la anciana siente que pierde el control. La visión se le nubla durante el instante en que el vértigo la zarandea. Su organismo se sacude en temblores y el regreso de una angustia, que es antesala del martirio, la desploma contra el suelo. Apenas distingue a la joven que grita intentando auxiliarla.

Igual que la sangre liberada de una herida abierta, el pánico mana al activarse el veneno aletargado.

«¡No, Dios mío, no... su pequeña no!».

Apoyándose en el esfuerzo de Marta, Melania, a la que se le habían caído los aparejos de las manos, logra alzarse.

—¿Se encuentra bien?

Tan súbita como los sudores que aparecieron en su frente, la náusea cede a lo que Melania entiende una tregua, y se aferra a ella desesperada.

- -Creo... que sí.
- —¿Seguro?
- —Sí, por lo que más quieras, márchate de aquí inmediatamente.

—De ninguna manera, sin llevarla a su casa y cerciorarme de que no se lastimó.

Alarmada por el alboroto, María accede al el invernadero. Su amiga la tranquiliza.

—No te preocupes, la señora debió marearse. Ven, ayúdame.

La bruja de las flores se engaña al confundir el preámbulo de la ponzoña. invadiendo carne y entrañas, con el lapsus de una calma inexistente. La explosión de dolor va más allá de lo que puede soportar. «El alma transformada en sudario de la muerte», así denominó Danel lo que ahora experimenta. También le dijo que no dispondría de la opción de elegir, y jamás se enfrentó a una situación donde el objetivo se defina con tanta exactitud: salvar la distancia al cuello de la muchacha. La respiración se restringe al oxígeno que el cerebro necesita para mantener consciencia, y al brazo que la eximirá del tormento. El resto del ser inicia el rito de una descomposición lenta, aterradora. Extiende el dedo índice y recorre el único camino que le es posible.

—¡Qué bárbaro! Está congelada — exclama María, tras superar unos segundos de perplejidad. En principio creyó que la vieja la

señalaba hasta tocarla en el esternón, mas quiso pensar que pretendía agarrarse.

—Venga, apresurémonos.

A escasos veinte metros, la cabaña, solapada en la mente de las jóvenes con la obscenidad que se le atribuye al lugar en el que vive una detestable hechicera, muestra los pormenores de una morada humilde. La madera de sus muebles y paredes reconfortan a la vista luciendo los cuidados que la dueña le dispensa. No hay más enseres que los necesarios. Sobre el aparador del salón un par de fotos en blanco y negro de una pareja que se abrazan; junto a una ventana, cerca de la entrada, el óleo de un islote en el que orgulloso se vergue un faro. El ambiente es limpio, bendecido con los aromas de la naturaleza que la rodea, pero lleno de rincones en los que la imaginación de la gente supone los conjuros de la arpía.

31. La casa azul: acto III

En Antonio, a pocos meses de cumplir los veintiuno, se acentúa el parecido físico con madre v el ímpetu que impregnara el carácter del padre. Descubrió la capital, siendo un adolescente, el año en que Juan y María lo invitaron a pasar las navidades. La intención fue sacarlo de la atmósfera creada en Los Maniere tras la incursión de Alina en la quebrada Fría, que por días se hacía más y más intolerante. La ignorancia y la superstición se habían adueñado de las conversaciones de los vecinos, dotándolas de matices rayanos en la crueldad: que si tenían tratos con el diablo. que si padecían de una enfermedad que les afectaba al buen juicio. El caso es que no tardaron en plantearse rehacer la vida lejos de la comarca. Para su desgracia, los obstáculos que entorpecían la venta de la propiedad, tildada de maldita por la voz anónima del pueblo, demoró tal propósito en más de diez años.

Persuadido por Hormi, al que conoció en una de las pocas visitas que éste le hacía a

su hermanastro, el pequeño no tardó en aborrecer los estudios y aventurarse en la espiral de dinero fácil que la distribución de droga prometía. Sin la autoridad paterna, con Alina enclaustrada en sus penas y una hermana incapaz de controlarlo, Toño se dedicó a prodigar su juventud en locales de alterne, libre al fin de una niñez marcada por la adversidad y los terrores nocturnos. En una ocasión, el Chapao le habló de la casa azul. Le reveló que estaba tan próxima a la playa que la salpicaba la espuma de las olas; y que dentro, en un lecho de sábanas custodiadas por ninfas, una diosa se ofrecía al placer con los mortales. La advertencia de que era zona restringida a la licencia de privilegiados, no hizo sino espolear su curiosidad. La imagen esbozada por Levi le resultó tan fascinante, que vislumbraba, en la cama amparada por nereidas, el altar en el que los cuerpos se entregaban a los oficios de un amor divino. Nada le impediría asaltar ese sagrado emplazamiento.

Al igual que ayer, el cabo del Pescador se divide entre las luces del paseo marítimo y el rumor de la escollera donde la llovizna se une al aire de las olas. El mismo olor a sal, a invierno en sus balcones revestidos de melancolía; las mismas farolas abrumadas por la oscuridad y las mismas sombras abatidas contra vías de adoquines desgastados. Las casas de la Maresía aún custodian en el regazo del mar los sueños de la noche, pero en sus calles solo se encuentra la desolación.

En el sonido tenso de las amarras, en el roce inquieto de la madera en el embarcadero o en el revuelo de la baliza cerca del pantalán; en los vientos que la marea abandona en el muelle, en el vaivén de los barcos o en la grúa de pluma que espera nave para izar. Antonio busca en el puerto refugio que alivie el dolor, la orilla desde la que atisbar el horizonte tras la tormenta.

«Por más vueltas que le doy no asimilo lo acontecido en las últimas horas. ¿Es posible que causarle sufrimiento a un inocente desencadene gozo o deleite? La maldad elevada al rango de religión, a doctrina de la que se obtiene la plenitud. Un ser frágil e inerme expuesto a la brutalidad de un sádico sin alma. Sabía que Alberto carecía de escrúpulos, pero nunca hubiera creído...

¿creer qué? ¡Joder! ¿Acaso no me mantuve agazapado e impasible mientras la violaba? ¡Es de necios analizar los actos de los demás desconociendo el alcance de los propios! No puedo enfrentarme a Hormi, sería un suicidio, tampoco olvidar a Andrea. ¡Oh, Andrea! ¡Cómo traducir a palabras lo que las manos me dicen cuando te toco! He de alejarte de este destino de esclavitud, de este lugar de desdichas. No soporto que ese cerdo te utilice a su antojo».

- —Descarto la posibilidad de una lesión intraabdominal. La hemorragia del tracto digestivo fue puntual, probablemente provocada por el colapso de alguna vena. En principio no creo que tengas que preocuparte.
- —Entonces... ¿no es preciso trasladarla a un centro hospitalario?
- —Estimo que no. Créeme, el propósito del agresor no fue el de herirla, sino la excitación sexual que le producía golpearla. El cabrón es despiadado y sabe lo que hace. No sé a quién encubrís ni por qué, sea quien sea, deberíais denunciarlo de inmediato... Que tome el medicamento y procúrale descanso.
 - —Gracias, Eduardo, te agradezco...
 - -No tiene importancia, don Ernesto, tu

padre, fue siempre un amigo. Si requieres de mi asistencia no dudes en llamarme.

El doctor recoge la gabardina y Toño lo acompaña a la salida. Una mirada, concreta la despedida.

Ubicadas en las mesitas, una a cada lado de la cama, las dos figuras de torso femenino y cola de pez iluminan la habitación. La suave luz de las sirenas se funde con la de la luna a través del estor. Toño entra aupado por el silencio, la joven lo siente y, sin alzar la cabeza de la almohada, estira el brazo en su dirección, él se apresura a recibirlo.

- —¿Dónde fuiste? Temí que no regresaras.
- —No digas eso. Andaba en el malecón, necesitaba de una caminata y la proximidad del mar, recuperar la calma.
- —Lo sé, aquí no la hallarías, la presencia de Alberto es asfixiante. Su perfume lo impide.
- —Jamás recordaré esta casa sin reprocharme mi deleznable comportamiento. Debí reaccionar e interponerme, impedir que te torturara, soy un...
- —No, hiciste lo que debías. Mírate, reflejas la candidez de un niño.

- —La indefensión puede considerarse un atributo en la mujer, cuánto más en ti, tan hermosa y delicada. En mi caso, si la unes a la niñez, son cargas insoportables. Mejor será obviar el tema, el doctor insistió en que reposaras. ¡Vamos! Duerme un poco.
- —Lo intentaré, si te quedas un rato conmigo.
- —De acuerdo —responde, arrimándose a su costado.

Junto a la muchacha lo demás carece de valor. Para Toño no existe otro rumbo que el compartido ni más pensamiento que el de reparar en ella. La observa, ensimismado, recorriendo su pelo v su piel hasta detenerse en su respiración. La tensión del aire al henchir y vaciar su pecho le sugieren los pasos de un reloj, pero que en vez de registrar segundos marcan pausas en el tiempo, la suma de instantes en los que permanecen unidos y ajenos al mundo. Asumir que es la ilusión de un amor en el abismo no le impide reconocerse confiado, al amparo de una ingenuidad casi pueril. Y a pesar de lo sutil que es el onírico universo que da soporte a los deseos, lo embriaga algo semejante a la felicidad. Andrea está en lo cierto, son igual que niños: inocentes e indefensos.

- —Prométeme que harás algo por mí le pide la joven, con voz remisa.
- —Lo que me pidas —le asegura, entretenido en acariciarla.
 - -¡Que lo matarás!

32. El llanto oscuro

«Aunque me giro y tapo la cara con las manos. la luz vulnera mis ojos. No la veo, la imagino. la siento, es un relámpago que me quema, que explosiona en mis retinas con un dolor más allá de lo tolerable, que estremece con su furia el tuétano y la carne pegada a mis huesos. Arma que penetra en el espacio aniquilando sombras. ¡Allá se consuma dónde nace! Adoro los caminos envueltos en tinieblas. me permiten indagar y localizarte sin que me adviertas, percibir el calor que desprende tu boca y la cadencia de la sangre en tu cuello... Sí, la sangre de las tres muertas, ese viscoso fluido que colmará de vida mi corazón, aún de ámbar, frío e inerte. Porque estoy aguí, a los pies de tu cama, escenificando con mí presencia el mayor de tus miedos. ¿Lo recuerdas? Pensabas que no, más vo sabía que te agazapabas entre los travesaños de la baranda, en la escalera; que temblabas con solo oír mi voz. ¡Ah! ¡Por fin se premia la perseverancia! Regocijate, niña mía, te invoco impaciente en la capilla. Ven y abraza tu destino. Quiero poseerte en sagrado lugar. delante de tu Creador, para que antes de morir

disfrutes del Infierno».

Cumplidas dos semanas a cargo de las monjas. Dad Lam fue preso de intensas fiebres. Su frecuencia cardíaca aumentó en la medida que lo hacía el mal que lo aquejaba, v pronto fue imposible limpiarle las heridas, tal era el sufrimiento que se le infligía al tratarlas. Las ampollas, que empezaron por la pierna supurando un pestilente líquido rojo y pardo, se extendieron a su tronco, pero cuanto más lo acorralaba más vigor obtenía de la muerte. La agonía se aferró a su rostro con una mueca desafiante e inició un discurso con el que proclamaba el advenimiento del diablo. Sin que nadie se lo explicara, aun cuando las llagas dejaban al descubierto resquicios por los que asomaba la osamenta, se erquía exhibiendo la enfermedad v. extasiado, afirmaba que el suvo no era el martirio verdadero. Las hermanas por separarlo del resto convalecientes y confinarlo en una habitación, contigua a la sacristía, en la que en ocasiones albergaba al sacerdote. No resistencia, se limitó a entonar un gemido gutural que hacía vibrar el vientre de aquellos que lo escuchaban. Lo denominaron «el llanto oscuro». Transcurridas cuarenta y ocho horas expiró. Lo enterraron en un cementerio improvisado, en lo más alto del cerro, donde las religiosas daban sepultura a los arrebatados por la miseria. A partir de entonces corrió el rumor de que Dad Lam se manifestaba de noche en el patio de los jardines, al son de su grimosa cantinela, ansioso por humillarse ante el emisario del mal a su llegada.

Trabajar mientras el sol surca la celestial bóveda y proseguir al reemplazarlo la luna, no le supone un sacrificio a Sor María de los Ángeles. A sus setenta años no recuerda la última vez que descansó un par de horas seguidas. Le basta con la sucesión de instantes en los que, entornando los párpados, especie alcanza una de letargo semiinconsciencia que restablece el equilibrio de su mente y renueva la energía de su cuerpo. Según dice: «Dios no me llamó a dormir». Al emprender la ronda con la que vela a los acogidos, la monja se percata de que el frío que eriza su piel no es consecuencia del descenso de temperatura ni el anuncio de la tempestad que se avecina, sino la expresión de algo implacable que perturba los rincones de la noche. El posterior estruendo en el cielo recomienda revisar puertas y ventanas, afán que no le impedirá al agua y al viento colarse por multitud de recovecos. Bien trancados los accesos, se asegura de que todo permanece en orden. Por último se dirige al corredor exterior, ubicado en la segunda planta, para valorar desde allí el estado del que fuera emplazamiento de flores, ahora de infructuoso huerto. Asentada en una roca, la cruz de dos metros de alto se alza impasible. Un súbito resplandor ilumina el atrio, los pilares y la arquería del edificio, delineando figuras que se retuercen

Sor María de Jesús cree estar despierta, pero duerme en el momento que el terror sacude sus entrañas, igual que el trueno a la nube tras el rayo...

Se oculta en la escalera asida a la balaustrada. Su progenitor pugna con el ruso que ansía concretar la dote. El enigmático extranjero, que había fracasado en su propósito la víspera, eleva la cuantía una y otra vez, pero recibe la misma respuesta: «¡Desista! Jamás se la entregaré en

matrimonio». Por fin. ante las reiteradas negativas, Bogdán Gólubev se encamina enfurecido a la salida. A un paso de franquearla se detiene para proclamar en voz alta que no cejará hasta poseerla y, apercibido de que las riquezas de este mundo no le son suficientes. jura que se valdrá de los demonios del Averno para lograrlo. Sin advertir la convulsión que desencaia el semblante del personaie. José da por sentado que tal osadía v determinación no la aplacará escudando a su hija tras el amor paterno. Una vez cerciorado de que el personaje se aleja en compañía de quienes en las proximidades de la casa lo aguardaban, se enfrenta a la certeza de un enemigo al que no puede vencer, y a la urgencia de encontrar un refugio en el que mantener su niña a salvo...

Al abrir los ojos la monja se libera de una pesadilla y cae prisionera de la realidad. En un mes harán dos años que su padre la confió al convento y no ha vuelto a saber de él. La tormenta no tarda en reclamar sus pensamientos, el aire que arrastra se acerca sin remedio. Un escalofrío la obliga a saltar del lecho. Enciende la lámpara de aceite, se enjuaga la cara en el aguamanil y se viste con el hábito. La túnica primero, luego los zapatos

y la toca blanca sobre la frente después, por fin el manto que, sujeto a la cabeza, cuelga rozando el suelo. Sale al pasillo con el ánimo de ir a rezar y tropieza con Sor María de los Ángeles, que se sorprende al verla.

- —Es muy temprano, ¿a qué se debe la premura?
 - —A nada en particular, no se alarme.
- —Bien haría en volverse. El tiempo no está de humor.

Una lluvia fina, que se empecina en flotar, vuela hasta adherirse a las paredes de la abadía. En contacto con la piedra origina cúmulos cristalinos que sobresalen formando agujas. La acción es súbita, las mujeres oyen el estremecimiento de los muros e intercambian miradas rendidas, resignadas a lo inevitable. La luz de sus lámparas resiste a duras penas. La anciana extiende los brazos y la joven se resguarda en ellos. Las dos tiemblan sin entender la razón del pánico que las domina.

—Lo ha notado, ¿verdad? Sor María de Jesús asiente.

—También lo experimenté minutos atrás, por eso abandoné la cama, quería bajar y refugiarme en la capilla.

—¿Qué le ocurrió?

—Fue confuso... aun así, me dejó la certidumbre de que vienen a por mí.

—¿A qué se refiere?

La joven se aparta, respira en pos de una escurridiza calma, otea en dirección al soportal, que más allá de los jardines conduce a la entrada principal y, a grandes rasgos, narra su desventura.

La historia comienza, le cuenta, meses antes de ingresar en el convento cuando en su aldea se presentaron unos extraños. Dos eran jinetes que escoltaban un carruaje del que tiraban cuatro caballos, cuyas gobernaba un tercero que, por su atuendo. parecía el de mayor rango. Resultó ser un comerciante asistido por sus ayudantes. En poco, y al son de fanfarrias, se instalaron en la placita del mercado. La tienda ambulante se especializaba en productos que realzaban la belleza femenina, de manera que contagió, con el boca a boca, una enfermedad sin más cura que la de sucumbir a la tentación de visitarla. La oferta iba desde ungüentos que devolvían un tacto divino a las manos más ásperas, a esencias que trataban la piel cubriéndola con delicados aromas. Todas las mozas. sin importar condición o edad, quedaron subyugadas por la oportunidad de hacerse con cremas v perfumes que rara vez se veían en lugar tan remoto. Sor María de Jesús, por entonces Lucía, tuvo una mala corazonada v decidió no participar del evento. pero los ruegos de las amigas domeñaron su voluntad. A partir de ahí los acontecimientos se desarrollaron con celeridad. El que la atendió no deió de observarla hasta el punto de sentir que forzaba su inocencia. Presa de sus ojos incesantes, la audacia e insolencia con que la escrutaba, eran fuego en el que creía arder. Se excusó alegando una indisposición y regresó para llorar en un rincón de su dormitorio. Al amanecer los forasteros se habían marchado. pero muriendo el día tocaron en su puerta. Si el encuentro previo fue traumático, los dos posteriores la llenaron de pavor. Sor María de Jesús reconoce la similitud de aquellos hechos con su pesadilla, detallándola a continuación.

A la anciana le cuesta asimilar el relato, pero ¿qué puede conocer, piensa, de las artes que se vale la maldad o de su influencia en el destino de los hombres? Pronto cumplirá cincuenta y cinco años de dedicación al trabajo sin más anhelo que el de la fe y la gracia de

Dios.

—Trate de templarse, tal vez el comportamiento del mercader tenga fácil explicación. Hay personas en las que se enciende una pasión que las lleva a realizar actos que, juzgados por el común, se consideran disparatados. En mí prendió el amor por Nuestro Señor y me enclaustré sin la comprensión ni el consentimiento de mis seres queridos. En cuanto a las amenazas, es probable que las motivara la frustración. Seguro que de recordarlas, ese hombre se abochornaría de circunstancias tan lamentables

—Hay algo que aún no le he contado. Sor María de los Ángeles gesticula interrogante.

—Mi abuela nació de la cesárea que no superó su madre y pereció al traer la mía al mundo, que a su vez entregó la vida en el parto que me la daba a mí. Soy fruto del tercer embarazo de la muerte, él está al tanto y esa es la razón por la que acude hoy aquí.

—Al no disponer de un mínimo con el que afrontar la adversidad, la pobreza encadena desgracias que dan pábulo a supersticiones. A la muerte no se la preña, así que ni tu abuela, tu madre y mucho menos tú, tenéis que ver con otra cosa que no sea el infortunio. Si posees argumentos que acrediten lo contrario... si no, es preferible callarse.

No hay respuesta, así que vuelve a tomar la palabra.

—Se jactan de que terminó, pero no es cierto, la guerra jamás acaba; en realidad se entretiene sembrando el odio y la violencia que la reactivará más adelante. La destrucción v el caos que genera propagan calamidades hasta que no es posible reemplazar a los caídos. Pasamos de matarnos a sanar heridas v reclutar más soldados para próximas batallas. Sor María de Jesús, pequeña mía, sabe que no finalizamos una jornada sin que le demos inicio a otra, que las provisiones enviadas por el Obispado la interceptan forajidos que no dudan en asesinar para obtener su botín, y que nuestra despensa se agota sin remedio. En breve, además de a los que no curamos, enterraremos a los que no podemos alimentar. Créame, en las fechas que corren no es extraordinario desvelarse de madrugada.

Sor María de Jesús se avergüenza de su proceder. Sometida por el cansancio y el miedo, el preámbulo de la tormenta la muestra egoísta. Con la multitud de problemas que acucian a la comunidad, es indigno exponer los propios.

- —Perdone, no debí desfallecer sumando dificultades a las existentes ni distráela con mis asuntos.
- —Sé que no malgasta su tiempo en repasar tristezas, nadie es más predispuesta y ocupada que usted. ¡No hay reproches!

Un súbito movimiento la hace girar de golpe.

—¿Ha visto eso? —pregunta, señalando hacia el patio.

—¿A qué se refiere?

En ese instante un relámpago espanta las tinieblas que envuelven al jardín, el trueno no se demora y comienza a llover con intensidad.

—Juraría que vi... no, no..., es imposible, me engañó la imaginación, nada hay ahí abajo. Me gustaría acompañarla a rezar.

Las monjas bajan al nivel inferior, sortean las yacijas en que reposan los convalecientes, en su mayoría crónicos o terminales, y acceden a la capilla. Dos enormes cirios, uno a cada lado, se esmeran

en mantener visible la talla en mármol blanco de la Virgen que preside el altar; debajo, junto a un crucifijo de madera, el sagrario; delante, la mesa consagrada al Sacrificio. Las mujeres, obligadas a economizar los recursos que administran, apagan las lámparas y abandonan en la entrada. De inmediato cae sobre sus cuerpos el peso de la oscuridad, las velas no abarcan con su ímpetu las distancias del sacro lugar. Introducen los dedos índice v corazón en la pila que contiene el aqua bendita, se persignan y se arrodillan a orar. Pronto constatan que sus plegarias no se elevan en pos del Señor, lo impide una insana barrera. Sienten que las acecha un mal al que oyen jadear. En piadosa postura, suplicantes, no osan abrir los oios.

Un portón metálico separa la alameda del sendero que culmina en el camposanto. Con solo adentrarse unos metros, pierden el apoyo de las farolas y quedan a merced del desvaído reflejo de la luna. Según suben, la vista se adapta a lo poco que se ve de la noche.

Juan mantiene un conflicto interno con emociones, pensamientos e ideas opuestas.

En un extremo la fe, la convicción, el amor que lo ordena y da forma se enfrenta a las consecuencias de una naturaleza implacable; por otro, el riesgo que supone un pacto al margen de Dios exponiendo el alma a la mortificación y al remordimiento eterno. Aun así especula con la irrisoria posibilidad de que los deseos se compaginen con realidad, eso a lo que vulgarmente se le llama esperanza.

Alberto se cuestiona la lógica de los pasos que lo trajeron aquí. Las últimas veinticuatro horas se aglutinan a su alrededor con sensaciones que desvirtúan la normal percepción de las cosas, como la de ese extraño rumor que le escuece en el pecho y que lo agobia según ascienden al cerro.

El camino lo marca la proliferación de árboles y la extraviada presencia de la avenida marítima que, allá a lo lejos, asoma difusa entre las ramas de los cipreses. Varios minutos de constante pendiente y se topan con las ruinas del convento. La niebla, a ras de tierra, propicia que su silueta surja fantasmal, etérea, y que se materialice luego, según se acercan, en pétrea estructura. La desolación que la carcome no afecta a la fachada que aún conserva la rigidez del antiguo edificio. El

soportal, casi intacto, se abre a los márgenes del antaño jardín, a las columnas del derruido atrio y al eco de los que allí un día enmudecieron. La cruz se retuerce a pedazos en la base de la roca que la acogía.

- —Narra la leyenda que este es el origen del llanto, el emplazamiento en el que espíritus impuros aguardan a su señor.
- —No sabía de tu interés por las patrañas de viejas.
- —No cabe duda, es el lugar que mencionó el diácono —murmura Juan, sin prestar atención al comentario de su hermanastro.
 - —¿De quién hablas?
- —¿Eh?..., sí, sí, del que predijo que por mucho que me ocultara me hallarías tras los troncos de los álamos, el mismo que me garantizó que sin pedírtelo me seguirías.
- —Deliras, no sé cómo hice para dar contigo, tampoco me interesa. Si estoy aquí es porque así lo decidí, no existe nacido de hembra que se adelante a lo que el futuro nos depara.
- —Tú lo has dicho..., «nacido de hembra».
 - -Es evidente que no estás en tus

cabales, ¿insinúas que tratas con esencias espirituales, ángeles o demonios?

- —Se desempeñaba con la soltura que nos significa, pero me aventuro a afirmar que ese tipo de la Catedral no era humano, sino un cúmulo de apariencias, de ilusiones y promesas en pos de comprador. ¡No fue casualidad que yo pasara por allí en busca de mercancía!
- —¡Maldito cabrón! Admites que se han reído de ti. ¿Olvidas que soy yo el que elabora y vende los «pensamientos», el remedio que deshace obstáculos y estimula la felicidad? Debiste acudir a mí.
- —No creas que tú eres diferente. Quizá eso explique el que estés aquí, no me extrañaría que vengas a complacer al diablo que llevas dentro.

Hormi se detiene, la remota alusión a Danel le produce un nudo en la garganta. Abrumado por la desconcertante sucesión de acontecimientos, titubea y calla.

—¿Acaso no tengo razón? —Insiste su hermanastro que, al ver su desorientación, añade—: Tranquilo, gran hombre, se te pasará, es una simple afección del ánimo, no un signo de debilidad. Tu reputación permanece a salvo.

Sí, es posible que me timaran igual que tú con tus pastillas. Entendía que la vida era un hecho aislado, frágil e irrepetible, un don precioso al que proteger... ¡no es así! La vida es un torrente desbordado, una avalancha cruel, feroz... sin fuerzas que se le contrapongan, y que forma un todo con la muerte. La perfecta combinación que engendra y destruye. Somos espectadores en medio de una vorágine que nos arrastra. Animales en una encrucijada de pasiones y sentimientos que resplandecen un instante.

Alberto se apoya en los escombros de un muro e intenta apaciguar la respiración. En segundos se recobra y comienza a reírse.

- —El enfermizo hijo de una jodida ramera y sus grandilocuentes reflexiones. ¡Conmovedor!, de no ser patético.
 - —No la nombres, jamás la quisiste.
- —¿Sabes la identidad de tu padre? Lo único que recuerdo de esa malnacida es que era una borracha que se alquilaba por dinero: puta y alcohólica, todo un ejemplo a seguir.
 - —¡Déjalo ya!
- —Sí, tienes razón, no viene a cuento. ¡Mira! —continúa en tono conciliador, mientras se yergue—. Comprendo que no te sea fácil

establecer la condición de tu amigo. Eso, es evidente, no la supone sobrenatural. ¿O no es cierto que incluso la piel confunde la punzante agresión del calor con la del frío? Constantemente nos asaltan matices que distorsionan la percepción de las cosas y que las explica nuestra voluble naturaleza. Sugerir que una deidad, de existir, se entretiene metiéndonos ideas en la cabeza, es ridículo; y aún lo es más añadir que otra, una supuesta antagonista, intrigue sustituyéndolas por las contrarias. Dime, según tú, ¿por qué estamos aquí y qué coño pinto en tu desengaño existencialista?

- -¡Voy a liberar a María!
- —¿Tan avanzado está el cáncer?
- —¿Qué? Tú no...
- —La información es género en venta. Sé que es cuestión de… ¡bueno! poco se puede aliviar en casos así. ¿Qué maquinas?
- —No sobreviviré sin María... ¿me crees si te digo que está aquí, sobre una toalla al sol del rio y del pueblo donde a madre le gustaba veranear? Aún no me ha visto, pronto lo hará por primera vez... me da vergüenza que me descubra mirándola, pero no consigo apartar los ojos de ella. ¡Dios mío, qué bonita

es! —Se dirige a un punto indeterminado del claro que los circunda y lo señala como si allí hubiera alguien. Se gira, luego de una contemplativa pausa, y se aproxima a Hormi—. Sin María nada me queda, excepto la remota posibilidad de que los sueños se materialicen... eso es lo que hago en este lugar, inmolarme en pos de su salvación.

Alberto se plantea si semejante proceder y razonamiento no implica menoscabo o pérdida del juicio.

—¿De qué hablas, desventurado, me tildas de demonio para encajar en tu papel de piadoso samaritano? No hay dios que condene a María ni diablo que se preste a redimirla; tampoco alma que sirva de pago. Te duele tanto perderla que no dudas en recrear una historia que aplaque tu desesperación. Si el cielo la sentencia, aparece Juan en favor de su amada; de manera que la rendida víctima se trueca en adalid entregado a noble causa afirma, con una exagerada inflexión de burla. Hace un alto aguardando una reacción y, al no hallarla, prosique—: Por si te sirve de algo te lo aclaro: no hay gloria en la muerte, solo la flatulencia de cuerpos que se descomponen hasta desaparecer.

—¿Qué?

- —Es obvio que te defiendes de ese entorno irracional que describías, que eludes el impacto de lo inmediato, de lo inevitable. Todo es fruto de tu mente que procesa alternativas menos ingratas. No es que te engañes, es una estrategia de supervivencia —remata, con una amplia sonrisa.
- —¿Lo consideras jocoso? Quizá no lo sea si repasamos la situación en la que te encuentras.
- —¿Mi situación? Eres tú el iluso que confabula con «etéreas criaturas», yo mercadeo con simples mortales —responde Hormi, sorprendido por el tono desafiante que emplea su hermanastro.
- —Seguro de ti, confiado, ¿verdad? alega Juan—. Piensas que todo empieza y finaliza contigo, pero no es así, ¡tú lo sabes! Parte de lo que ahora percibes se fraguó entre las sábanas de tu lecho —acomete un inciso en el que lo mira con fijeza, y lanza una pregunta para la que no espera respuesta—, ¿o tal vez fuera entre los brazos de un sofá? El universo que te rodea bulle junto a otros que suman estímulos y respuestas inconscientes, mundos invisibles, incluso insospechados,

pero tan decisivos como para traerte ante mí. ¿Quién es el que no acepta su destino? Hay entidades que anclan su rastro y su propósito en la consciencia, además de en la memoria, a través de los sueños. La realidad es un espacio inabarcable de la que percibimos un reducido margen de lo que tenemos delante.

Hormi no sale de su asombro, el rostro de Juan se llena con los rasgos y expresiones de un hombre sereno, elocuente, capaz de intuirlo. ¿Cómo es que mantiene ese demencial discurso de mártir salvador? Le parece uno de esos iluminados que a gritos anuncia una postrera oportunidad de redención: «arrepentíos, el fin se acerca». A pesar de eso, en su exposición aprecia un rumbo e intencionalidad que lo incomoda.

- —¿Y en qué me conciernen tus desvaríos?
- —¡Ojala fuera ese el debate! No es así de simple. Te lo dije, lo relevante está en si ejecutaste los pasos que te llevaron a encontrarme o fueron los hilos los que movieron a la marioneta. De averiguarlo, tal vez no lo halles divertido.
 - —¿Pretendes intimidarme?
 - -Yo no soy la amenaza, por eso te

aventuraste a subir al cerro conmigo. Le ordenaste a Yago que se largara y que permaneciera atento a su móvil, ¡aquí no hay cobertura! Estás aislado, elucubrando con el ingenuo que haría cualquier cosa por la dueña de su corazón. Pero lo gracioso no es eso, lo que induce a risa es saber que te vigilan con ánimo de asesinarte, y les diste la ocasión al penetrar en un camino cuya entrada es su única salida.

A la Madre Abadesa la desvela un mal presentimiento que la insta a desplazarse al corredor exterior. Cubriéndose con una manta y sin más tardanza que la torpeza impuesta por la poca visibilidad, accede con tiempo de vislumbrar, en el extremo opuesto del pasillo, a dos religiosas descendiendo por la escalera que conduce a la planta baja. Se apresura a ir tras ellas, llamándolas, pero el estruendo que sigue al relámpago aparta su voz de las mujeres y un posterior tropiezo evita que las alcance. Al incorporarse, un reflejo en el atrio acapara su interés, se centra en ese punto sin conseguir precisar la causa que lo origina. Acto seguido se dirige hacia las habitaciones donde descansan las monjas y despierta a Sor Mercedes, suplicándole que se vista con presteza.

—Luego le aclaro las prisas —le susurra al oído.

Equipadas con sendas lámparas, Sor María del Carmen y su acompañante se encaminan al nivel inferior.

- —Dígame, ¿a qué viene la urgencia?
- —No pregunte cómo, porque no podría explicarlo... pero creo que un inquietante suceso está por acontecer. Hace unos minutos vi a dos hermanas descender estos peldaños, una era Sor María de los Ángeles y la otra debía de ser Sor María de Jesús, acabo de comprobar que no está en su catre. Al verlas me asaltó la convicción de que se exponían a un grave peligro y corrí a impedirlo. Al no disponer de luz, tropecé y me vine al suelo. Después me permití importunarla, tal vez necesite su ayuda.
- —Hizo bien. ¿No sería prudente advertir a la congregación?
- —Lo pensé, sin embargo, la posibilidad de crear una preocupación injustificada me contuvo. ¿Y si mis augurios son infundados? No sería la primera en sufrir alucinaciones provocadas por el agotamiento y el hambre.

No, mejor nos apoyamos en argumentos más racionales, por el momento dirijamos nuestro esfuerzo en pos de las dos que están por aquí.

Sor Mercedes, prevenida, echa de menos el eco de los sonidos que en las últimas semanas rebotan en la abadía.

-Escuche.

Se detienen.

El repiqueteo de la lluvia en el tejado, en los cristales, en la madera que enmarca puertas y ventanas, el eco de su murmullo en el patio, un trueno, y no hay más.

—Sé a qué se refiere, además de a la tormenta, habría que oír los lamentos y quejas de los enfermos.

No hay nadie, salvo la noche, que junto a la tempestad, avanza decidida a mancillar el aire que respiran. Prosiguen despacio e intentan no involucrar sus emociones con un ambiente hostil, aunque es demasiado tarde.

- —¡Mire, los convalecientes del refectorio no están en sus camastros!
- —¡Oh Señor, mi Dios! No hay ni un alma, pero si la situación de la mayoría es tan precaria que no se sostienen en pie. Imposible que salieran por sus propios medios, ¿y para ir a dónde? ¡Qué locura sin sentido! Sus temores

no eran infundados, aquí se palpa algo insano que no me atrevo ni a imaginar, deberíamos dar la alarma de inmediato.

Pasan entre las yacijas. Por doquier se amontonan vendajes y apósitos utilizados en las curas, arrancados con violencia de las heridas a las que procuraban alivio. Manchas de secreciones y restos biológicos completan la escena. Nada queda de los desgraciados que allí recibieron atenciones y que ahora tendrían que guardar reposo; nada, excepto un olor nauseabundo.

- —Se diría que aquí no se limpia jamás.
- —¡La Virgen Santísima nos ampare! Es suficiente, volvamos. Madre, hay que avisar, no caben las dudas.
- —¡Tiene razón!, vaya usted, póngalas en antecedentes y no regrese en pos de mis pasos. Si no tiene noticias mías en la próxima media hora, impida a las demás que se acerquen a estas dependencias mientras no las bendigan las luces del alba. No quiero exponerlas a riesgos innecesarios. En tanto la providencia me asista, trataré de localizar a las dos que nos faltan.
 - —No es prudente que continúe sola.
 - -Obedezca, es inútil porfiar, si

requiero de su asistencia la demandaré. No se demore.

—Yo...

Ante las reticencias de su interlocutora, la Madre abadesa se muestra enérgica.

—¡Vamos! No se entretenga con remilgos. A la mínima contingencia lo dejo y subo a comunicarlo, créame.

Sor Mercedes, a regañadientes, cumple con lo ordenado por la superiora. Sor María del Carmen la observa alejarse al tiempo que la soledad se torna en dolorosa e insoportable compañera. Los muros del convento, a ratos fusilados por los relámpagos, se asemejan a orgánicos reductos de un mal dispuesto a abarcarlo todo.

- —¿Cómo sabes eso? —inquiere Alberto, dominado por una mezcla de ira y desazón.
- —¿Te resultaría adecuada una contestación tan escueta como la que tú me diste?: «La información es género en venta», ¿no era así? Yo seré más conciso aunque no te guste la respuesta.
- —Más te vale, tipo listo. ¿Quién te vendió esa mierda y a cambio de qué? —grita,

asiéndolo por el cuello—. ¿Me has metido en una encerrona?

- —¡Tranquilízate! No soy tu problema. Me lo dijo el extraño que me abordó en la catedral... sí, ese que no encaja en tu mundo de frío y calor. Me aseguró que saldrás de esta si mantienes la calma y te sometes a tu destino.
- —¡Danel! —exclama Hormi, consintiendo que el nombre del Egre Goroi salga por la boca sin apenas pronunciarlo, enmascarado en su aliento.
 - —Sí, no hay otra manera.
 - —¿Y qué le ofreciste?
- —Te lo dije: mi alma y mi vida, que nunca fueron mías, y que se extinguen con aquella que las poseía.
- —¡No hay demonios! ¡No existen los dioses!
- —Eso es lo de menos. ¿Cómo, si no, soportaremos la carga de los pecados? Nos urge exonerar la responsabilidad, aligerar su peso y compartir la culpa. No es necesario creer para seguir las reglas de este maldito juego, basta con dejarse llevar.
 - —Yo no sé de pecados.
 - -Pero sí de demonios.

El silencio, hasta entonces cómplice de la niebla, consiente que un sonido escape de entre las ramas de los cipreses. Los dos hombres enmudecen. El rastro plateado de la bruma quiebra su monótono transitar con un insignificante revuelo. Hormi se centra en la repentina agitación y en el susurro de los árboles; si la disparatada historia de su hermanastro alberga algún sentido, el reflejo de la luna delata su presencia y oportuno sería ocultarse.

—Sígueme —sugiere Juan, anticipándose.

Se introducen en las ruinas.

—Toma, ponte mi americana, yo haré lo mismo con la tuya. Nuestra constitución no difiere en mucho, la noche hará el resto.

—¿Por qué lo haces? Nos confundirán.

-Lo sé.

Alberto insiste, interrogándolo con la mirada. Juan termina de colocarse la chaqueta y sale al descubierto.

—Vamos, regresemos al sendero que sube al cementerio.

Esas palabras producen en Hormi una súbita debilidad, el corazón vuelve a latirle acelerado y maldice el momento en que, sin pensárselo dos veces, se dejó arrastrar por un lastimero llanto.

Juan, Camino del camposanto, recuerda al niño que fantaseaba con que la Tierra era plana y el océano concluía en una sima atestada de monstruos En sus sueños, a pesar de tan inquietante final, embarcaba hacia el horizonte en un viaie repleto de aventuras en el que, desde la proa, estirando los brazos, acariciaba olas v cielo a la vez. Luego, en medio de un fragor que crecía con la corriente, cerraba los ojos y resignado se entregaba al abismo. Sin embargo, en el último instante, cuando agua, nave y niño caían sin remedio, sus manos atrapaban una nube, el barco desplegaba velas y echaban a volar. Para Juan, la vida es el mar que tira del que navega, solo que el viento aleja la nube de la que se podría agarrar.

Sor Mercedes deja atrás a la Madre Superiora. Los relámpagos, a través de las innumerables grietas por las que se cuelan, en lugar de clarear los pasillos, modelan formas que la monja rellena con su miedo. Con cada zancada tiene que acumular el valor que le

permita dar la siguiente. La asedian las ganas, como si de la niña que huye de una regañina se tratara, de encogerse en un rincón y echarse a llorar, pero se dispone a cruzar el corredor de acceso a las celdas, otrora ocupadas por las hermanas, ahora vacías de enfermos. Su lámpara apenas revela unos metros de los tantos que faltan por recorrer, el resto de la luz que desprende se la traga la oscuridad, profunda e insondable oscuridad. Jamás hubiera supuesto que el agarrotase los músculos y provocara el suplicio en que se convierte avanzar. La distancia que la separa de la escalera es desalentador, alcanzar el segundo piso una tarea que se le antoja inabordable. Las puertas de los habitáculos están abiertas y se aprecian los camastros en su interior. Aunque se resiste a mirar, los inspecciona de reojo. Le sobrecoge la posibilidad de encontrar a alguien dentro. Entiende que es irracional o tal vez pretende hacérselo creer, pero siente que se materializa el peor de los escenarios donde el diablo es lo que acontece. convalecientes que había que medicar, asear y nutrir no queda más que un misterio. ¿A qué lugar se marcharon? ¿Quién les ayudó a salir y por qué? En un principio fue de las pocas religiosas que se opusieron a romper con la disciplina de la clausura y abrir la abadía a los horrores de la guerra. Encararse a cuerpos lisiados, manipularlos y sanar sus heridas era un trance para el que no estaba preparada, sin embargo, lo había superado con la humildad que requieren los sacrificios dedicados a Dios. Por eso no le entra en la cabeza que un acto de sometimiento v caridad se transforme en el espanto que exhalan los muros del convento. Por más que intenta evitarlo, los ojos realizan un morboso registro de las yacijas. Un paso, dos, tres y los que no se atreve a dar, diría que han transcurrido horas y todo acaba de comenzar. Al fin se topa con los peldaños que inician el ascenso, sobre ellos una sombra reacciona al verse sorprendida.

Al mismo tiempo, convencida del peligro que las acecha, la abadesa centra su atención en lo que tiene enfrente sin dejar de pensar en lo que hay a su espalda. Si poco sabe de lo que ocurre delante; menos, de cuánto sucede detrás. Los escalofríos que erizan los pelos de su nuca la incitan a apresurar el paso, pero al desconfiar de las prisas, por traicioneras, decide tomárselo con

calma. Así continúa durante un rato hasta caer en la cuenta de que se contradice una y otra vez.

—¡Bendito sea el Altísimo! Este asunto afecta a mi buen juicio, terminaré volviéndome loca —susurra.

La extensión del refectorio, una de las salas más amplias del convento, la lleva a experimentar una desorientación que la irrita.

—¿Cómo es posible? Si con los ojos vendados saldría de aquí.

La lámpara, asida en su mano derecha, muestra el rosario de yacijas que la rodea y un denso obstáculo de negra infinitud. No hay referencias, senderos ni atajos a seguir, solo cabe esquivar deshechos, soportar el hedor y reconocerse extraviada en las estancias que un día rezumaron fe y amor al Creador. A pesar de la fortaleza de sus convicciones, el destello de un relámpago, al forzar su entrada por diminutas e intrincadas oquedades, evidencia el desamparo en el que está. Los truenos retumban en su pecho usurpando los latidos del corazón.

—Bastará con trazar una imaginaria línea, si no la pierdo daré con la pared, después será fácil localizar alguna de las puertas.

Y de nuevo centra su atención en lo que tiene enfrente sin dejar de pensar en lo que hay a su espalda. Si poco sabe de lo que ocurre delante; menos, de cuánto sucede detrás. Un paso, dos, tres y otro más, parece que camina en línea recta y en círculos cerrados no para de andar... Pero todo se detiene cuando algo se desliza más acá de donde alcanza a mirar.

Acostumbradas al silencio del claustro. Sor María de los Ángeles y Sor María de Jesús advierten en éste, que satura el aire, el vaho de una maldición; sin embargo, en la capilla aún resuena la lluvia y el constante chasquido de las velas en su pobre iluminar. La una se casi sin hacerlo. buscando mueve. aproximarse a la anciana; la otra responde, sin apenas pretenderlo, arrimándose a la joven. Entonces perciben un runrún que se acrecienta en sus mentes. No es el de una oración, sería inútil porque Dios no las puede oír; tampoco un pensamiento, no los llegan a hilvanar. El contacto, aunque mínimo, les insufla el arrojo de entornar los párpados y descubrir el eco de un grito que el terror estrangula en sus gargantas.

—Me costó dar contigo, pequeña mía —le asegura Bogdán Gólubev—, te ocultaba la luz de esta casa, mas acosadas por los conflictos bélicos, hasta las poderosas menguan su brillo... y si el esfuerzo que se dedica a perseguir los deseos redunda en el placer que se obtiene al alcanzarlos, el de poseerte, excede a cualquier consideración. En ti he volcado mucho tiempo, solo era cuestión de deleitarme con la espera. Lo importante es que al fin estoy aquí para unir tu sangre, bendecida por la muerte, a la que corre por mis venas. ¡Nadie nos separará jamás!

Bogdán agarra los cirios y los coloca en ambos lados de la mesa ritual, luego extrae del sagrario el cáliz y lo deposita en el centro. Las monjas se levantan y retroceden horrorizadas, pero criaturas que exhiben la desnudez mórbidos de cuerpos inmovilizan. Exagerando una desagradable sonrisa, Bogdán Gólubev se gira y coge del altar, por su extremo superior, el crucifijo de madera de olivo, rompe de un golpe contra la piedra consagrada la base de mármol que le servía de soporte y, astillado, de tal forma que si empuñara una daga, se dirige hacia la anciana

—A causa de lo predecibles que suelen ser las cosas, me divierten las ocasiones en que surge lo inesperado. En momentos así aprovecho la oportunidad para mostrarle al Creador el respeto que siento por su obra. ¿Sabe, adorable abuelita? Usted no debería estar aquí...

Con las primeras luces del alba, las religiosas se sumen en las oraciones que dan inicio a la actividad de un nuevo día: ruegan al Santísimo que las ayude a vencer la rutina del convento que, al igual que ayer, las llevará hasta el límite de sus fuerzas. Sobrevivir a la adversidad y a las calamidades que origina una guerra, entregadas al favor de los débiles y necesitados, es un empeño que las somete al acoso infatigable del maligno. Pero hoy el alba no precede a una mañana más, la tormenta abrió la puerta a las sombras que prosperan en la noche y su luz no las despejará.

El revuelo que se organiza al echar en falta a la Superiora y a las tres hermanas, se convierte en estupor con los gritos de quienes, en la planta baja, hallan el cadáver de Sor Mercedes. El saín y los restos de la lámpara,

desperdigados por los peldaños, aventuran la posibilidad de un fatídico accidente en la escalera Mientras unas se ocupan de la fallecida, otras se topan con la madre abadesa en el refectorio. La imagen hiere la sensibilidad de la congregación impidiéndoles prestarle ayuda: Sor María del Carmen, retenida por una maraña de corrompidos órganos, agoniza junto a seres desnutridos y esqueléticos en un entorno atormentado por la miseria v la enfermedad. Es como si tras encerrarse con los desheredados de la vida, las monjas se hubiesen desentendido abandonándolos a cruel destino. Luego descubren a Sor María de los Ángeles en la capilla, perdida consciencia y semidesnuda, con el crucifijo del sagrario entre sus piernas ensangrentadas. Para muchas de las hermanas la muerte y la profanación en la Casa de Dios es más de lo que pueden soportar y huyen despavoridas. Las que se quedan persisten en la búsqueda de Sor María de Jesús sin obtener resultado.

Meses después, finalizada la investigación del Obispado sobre lo acontecido en la abadía, se tomó la decisión de execrar y demoler sus muros. La explicación de los

hechos no contempló otra opción que la presumible enajenación colectiva provocada por el exceso de trabajo y la carencia de alimentos. La consecuencia fue la desidia criminal v el fatal desenlace que a todos abominaba. El lamentable estado de los que sobrevivieron a la tutela de las religiosas. denunciaba el inhumano trato recibido y la Iglesia no dudó en excomulgarlas. La ley de los hombres tampoco titubeó en perseguir v escarmentar a las mujeres con rigor. Las autoridades eclesiásticas y las civiles hicieron lo imposible por dar carpetazo al asunto, acotando las responsabilidades del escándalo las residentes del convento posguerra arrastraba tantos demonios que no cabía uno más. Sor María de los Ángeles falleció poco después, abandonada a su suerte en frío calabozo. De Sor María de Jesús jamás se supo, su nombre se incluyó en el inventario de monjas desaparecidas, la mayoría prófugas de la justicia, que durante años se dedicaron a narrar una versión que difería de la oficial. A partir de entonces el cerro se consideró maldito y solo los osados se adentraban en el camino que custodian los cipreses. También se dice que en determinadas noches, unido al ulular del viento que desciende de las montañas, se distingue el llanto de quien espera al diablo, tan oscuro, como el misterio del jardín del que procede.

33. Un mal parto de la noche

Mediado el día del jueves, Hilaria, resignada a una experiencia que la lealtad le impide eludir, visita a la bruja de las flores con objeto de ultimar los detalles del itinerario, indagar sobre el origen y valorar las consecuencias de la expedición a la quebrada. La había tratado en las contadas ocasiones en que acompañó a la señora Velarroa al cementerio o adquirió alguno de sus remedios, breves encuentros en los que no reparó en sus facciones ni especuló con la idea de quién podría ser el personaje.

Igual que ocurre con los juicios preconcebidos, que suelen venirse abajo al cotejarlos con la realidad, al acercarse a Melania se derrumbó la imagen creada por los cotilleos. Sofocada por la carga de los años, al menos en apariencia, descubre en la anciana una determinación solo superada por la humanidad con que involucra a cada uno de sus gestos y palabras. De manera que se pregunta si es posible tal abismo entre la curandera que describen en el pueblo y la

mujer que tiene delante o, por el contrario, si está bajo el influjo de un hechizo.

—Comparto su preocupación o la de Marta, la quebrada Fría es el último sitio al que me gustaría desplazar mañana, aun así me comprometí con Alina y no faltaré a mi palabra.

La confesión de Melania, al finalizar el relato, produce emociones encontradas en la aya, con anterioridad, la primera había expuesto la cadena de sucesos que la llevaron a contactar con la viuda.

- —Se lo agradezco, estoy convencida de que la mueve la generosidad, pero ¿no hubiera sido más razonable, teniendo en cuenta que se basa en visiones, meditarlo dos veces antes de comunicárselo? Dado el deterioro mental originado por el accidente en el que perdió a su esposo e hijo, hacerla partícipe de algo tan subjetivo supone asumir un riesgo que puede abocarla al desastre, por no hablar del resto de la familia o de los rumores que corren en Los Maniere.
- —Permíteme, ¿te molesta si nos tuteamos?...
 - -Por favor.
- -Respecto de los rumores te aclaro que me persiguen desde muy niña, son un

constante y doloroso susurro que me causan pesar; y no, no es porque me interese la opinión de la gente o pretenda intrigar o inmiscuirme en sus asuntos. Sin que consiga evitarlo, se introducen en mí interior hasta casi emborronar mi entendimiento Es avalancha que sobreviene de direcciones y que colapsa mi ser. Sé lo que ronda en la mente de cuantos me rodean. alcance o no a verlos, si están medianamente cerca. Te aseguro que es una maldición con la que no se aprende a convivir... y como no podría ser de otra manera, después de hablar mis no recelas de intenciones, ¡por supuesto que no! Salvo de lo que pude ver o más bien imaginar. ¿No es eso a lo que te refieres?

—He debido expresarme mal. No quisiera que me malinterpretaras, yo...

Aunque la aya se apresura a dar una explicación, su interlocutora la interrumpe cogiéndola de las manos.

—Te comprendo, no tienes que justificarte. Las dos estamos inquietas, nos desborda la situación. Sería absurdo no desconfiar y más aún no advertir el riego de una incursión nocturna en la que será una inhóspita maraña de árboles y terrores ocultos. Tenemos que enfrentarnos a circunstancias que nos colocan frente a la más irracional de nuestras debilidades: en mi caso, a la de un bosque que arde convirtiéndose en infierno, en el tuyo..., a la de una cama sin deshacer.

—¡Dios mío! ¿Cómo sabes eso?

—¡No te alarmes! Tus aflicciones forman parte del murmullo que te mencioné. Que lo sepa no demuestra nada, aun así, si escucho los pensamientos de los vivos, ¿por qué no, las voces de los muertos? Mira, Hilaria, sé que estás aquí, a mi lado, mas al igual que te ocurre con tu buhardilla, nuestros pasos se confunden con en el tiempo o se los apropia el olvido. La realidad y los sueños van de la mano, y la memoria es un lugar del que nos alejamos.

—Es probable que tengas razón, pero las noches se agolpan en horas de vigilia y lágrimas. Nunca como ahora había sentido el frío que me invadió en aquel desván de mi juventud ni mi imposibilidad de engendrar fue tan desgarradora. Hay un eco siniestro en el anuncio de la quebrada Fría. Allí no nos aguardan las almas de los fallecidos, allí acecha la maldad.

Terminada la entrevista Melania seguía contrariada con la amarga resignación manifestada por Hilaria, no dudaba en reconocer, amparado en el entramado de troncos y ramas que habrían de atravesar, un aciago destino. «Allí acecha la maldad», había sentenciado sin atisbo de esperanza. La alusión a la frustrada maternidad, en una mujer de su edad, también la conmovió; y en el salón de su casa, mientras contempla las fotos que reposan sobre el aparador, revive momentos en los que planificaba un futuro lleno de críos junto al hombre que amaba. Los desvaídos retratos en blanco y negro, abrazada a Miguel, eran testimonio de que existe la felicidad, más esquiva en tanto que intensa. Una sacudida de cabeza y escapa de los recuerdos; debe centrarse en un viernes que se empeña en cobrar vida con el propósito de entregársela a los muertos

De regreso en el hogar de los Velarroa, Hilaria halla a Marta visiblemente afectada.

—Has de hablar con mi madre, se empecina en que de ninguna manera iré con vosotras. Alega que mi responsabilidad está en la casa, al cuidado del pequeño.

- —¿Qué? Si ya lo decidimos y no puso reparos a que se quedara con alguien de confianza.
- —Insiste en que lo ha meditado y que no está dispuesta a transigir. Tata, sabes que estoy en total desacuerdo con esta historia. Creo que no deberíamos asumir los riesgos que supone embarcarse en una aventura que nada tiene de racional. Pero ten por cierto que no voy a permitir que os internéis en el bosque con esa arqueada vieja del invernadero.
- —Tranquila, seguro que recapacita. ¿Dónde está?
 - -En su alcoba.
 - —¿Tan temprano?
 - —Discutimos.
- —¡Vaya por Dios! Por qué serás tan impulsiva. ¡No eres consciente de su delicada situación!
- —¿Acaso no es la misma que padecemos cuantos moramos bajo este techo con el agravante de tener que soportar sus desvaríos? Ella perdió a su marido y a su hijo; Toño y yo, además de a un padre y a un hermano, a una madre.

Hilaria censura con la mirada la actitud

hostil de Marta y a continuación adopta un tono conciliador.

- —Lo sé, han sido años muy duros y a pesar de las dificultades tu conducta siempre fue ejemplar, pero no es ocasión de reproches, necesito tu colaboración. Trataré de convencerla, si no lo consigo y se obstina en que tu lugar está aquí, prométeme que obedecerás sin protestar.
- —¿Por qué dar el brazo a torcer? Es evidente que no está en sus cabales. ¿O es que nos hemos vuelto todos locos?
- —No me escuchas. ¿No ves que solicito tu ayuda? No lo conseguiré yo sola. ¿Me obligarás a suplicarte?

La joven, irritada, se gira y la deja sin más oportunidad que la de ver cómo se marcha.

Alina, que desde la ventana de su habitación había observado la llegada de Hilaria, baja a su encuentro con tiempo de presenciar la discusión sin ser advertida.

- —No se lo tengas en cuenta, a su edad la rebeldía es la expresión de una fuerza que no atiende a razones. La juventud no precisa de argumentos...
 - —¿Estaba usted ahí?

—Ven, démosle margen para que se le pase el enfado, deseo conversar contigo.

La conduce al salón y se sientan.

—Imagino que te resultará difícil encontrar un punto de cordura en tan insólito laberinto y que, entre otras muchas cuestiones, te preguntarás cómo fue posible mi retorno después de años en los que permanecí ausente, extraviada, moribunda en el interior de mi dormitorio; en realidad un calabozo frío donde perecía toda esperanza...

Tras una pausa en la que se afana en recuperar la energía y determinación que por momentos la abandonan, continúa:

—Y no pienses que es en sentido figurado, ese foso existe. Es tan real o más que la casa en la que envejecemos o el aire que respiramos. Un sitio despojado de la humanidad de los hombres, de la indulgencia del Creador, y que no se ajusta a más definición que la del Infierno. No sé de qué se valió, pero la bruja de las flores pronunció palabras que me mostraron una salida y me acerqué al calor de su voz. Me decía de mi hijo, de mi marido y de que me enviaban un mensaje del que era portadora. Enseguida comprendí que no me engañaba porque si yo

en este mundo estuve muerta, ¿por qué ellos en el otro no pueden seguir vivos?

—¡Oh, Señor! Jamás nos formaremos una idea de su tormento.

—Sé que apenas duermes, que te refugias de madrugada en la cocina y que lloras sin consuelo. Anoche supe que mi hija fue a dar contigo. Mi intención era unirme a vosotras. Narrabas extraños acontecimientos v no me atreví a interrumpiros. Hace días aludiste a tus pesadillas... no quise y tampoco quiero ahora enfrentarme a ellas, a ninguna; v no es razón de cobardía, sino de supervivencia. No me arriesgaré a caer de nuevo en ese vacío de paredes humedecidas por la culpa y, sin embargo, ¡Dios esté con nosotras!, mañana partiremos hacia la quebrada. Hay algo en lo que, pese a su contumacia y sus reproches, Marta no tiene razón: para una madre siempre es prioritario proteger a sus hijos. Así que no consentiré en que mañana nos acompañe a ese territorio de quimeras. Por favor, encárgate de hablarle, a ti te respeta y no te desobedecerá.

Y sin que lo advirtiesen, la tarde se marchó acosada por las horas. El jueves huyó de improviso, a la media noche, mientras las mujeres se empeñaban en un descanso imposible. Aun así percibieron en el nacimiento del viernes la estertórea sacudida del reo en el patíbulo: inmóviles, en sus camas, contando sus primeros segundos de vida como los postreros hasta el advenimiento de la muerte.

A Toñito, que en poco cumplirá siete años, el comienzo de la jornada lo invita a especular con un prometedor fin de semana. Ataviado con su uniforme y de la mano de Hilaria, el niño se dirige al centro escolar con su mochila de libros a la espalda. El reencuentro con los alumnos y las prisas por apurar unos minutos de juegos antes de la llamada a clases, lo llevan a despedirse de su tata con un precipitado beso en el patio previo a las aulas. Nada induce a sospechar que es la última muestra de afecto hacia la persona que tantas veces hizo de madre, la próxima será de dolor junto a su féretro.

Melania va a conciliar el sueño en el momento en que el amanecer, los quehaceres del hogar y el invernadero la instan a levantarse. Una vez en la cocina, mientras observa a través de los cristales y espera a que salga el café del desayuno, se barrunta que los árboles anudan las ramas impidiendo que la mañana penetre en el interior del bosque. Los abedules, transformados en hostiles soldados de madera, maniobran camuflando el espacio en que se retuerce la oscuridad. A la anciana le embarga el convencimiento de que el nuevo día, viernes once de diciembre, es un mal parto de la noche.

Después de almorzar, con la tranquilidad que les da saber que Marta se encarga de Toñito, Alina e Hilaria preparan el morral en el que, una vez introducidos los recipientes con agua y comida, incluyen los candiles que habrán de iluminarlas. Debidamente aprovisionado, lo colocan cerca de la puerta y salen en dirección al pueblo. Regresarán a por él, ahora es tiempo de recogimiento y oración en La Casa del Señor.

Sin que finalizara la tarde, conforme habían previsto teniendo en cuenta lo pronto que anochece en las postrimerías del otoño, las mujeres se encaminan al encuentro de Melania, que las aguarda en un pequeño descampado, una vez se deja atrás el cementerio, terciado el sendero que remata en la espesura. La ruta elegida no es la más corta ni la más segura, sino la que prescinde de la colaboración de terceros. Según les aconsejó el buen juicio, exigir la complicidad de extraños en un asunto imposible de explicar, sumaba un desatino a una situación de por sí disparatada: admitiendo que en la partida, la compañera sería la discreción. De manera que la bruia de las flores, conocedora del entorno. erigió en la quía que sortearía numerosas dificultades hasta desembocar en el claro de los líquenes y sus rocas expuestas a los vientos del norte. Una vez allí, a causa de irregular y abrupto del terreno, pertrecharían con la calma necesaria para minimizar los riesgos que supone atravesarlo. A continuación se vergue el paso abierto en la montaña al que denominan la quebrada Fría.

Además de la contrariedad de Hilaria por participar en una aventura que, según ella, jamás debió comenzar, y el abrazo que la emoción provoca entre Melania y Alina, advierten en el aire el síntoma de un acontecimiento premeditado e inevitable. No son las dudas o el miedo lo que las agobia con la noción de que todo conspira haciéndolas coincidir en ese preciso instante y

lugar, es el paisaje que las rodea, que las aprisiona. La sensación es tan intensa como lacerante la certeza que cuestiona su libertad. Entonces vuelven la mirada atrás sin entender muy bien la razón, porque no reconocen más camino que el recorrido ni más destino que el que procura el andar.

34. En el corazón de una esfera de ámbar

Cuando Isabel, en compañía de su sobrina, cruza la calle en dirección al Corredor del Anticuario, reconoce a su hijo junto al escaparate del establecimiento. La señora Ayensa no logra evitar que el corazón le dé un vuelco, y aviva el paso.

-¡Cariño! ¿Qué te ocurre?

Sin afeitar, con la ropa del día anterior y el cansancio reflejado en el rostro, Fedor contesta con serenidad.

- —No has de alarmarte, anoche me dediqué a varios asuntos que me retuvieron hasta hace escasos minutos. Me urgía hablar contigo y creí pertinente que fuera antes de volver al apartamento. Ya vendrán horas en las que echarse a dormir.
- —Me alegra que vinieras. Ayer sucedió algo que nos tiene de los nervios. Hoy sin falta iba a llamarte y ponerte al corriente, no puedes ser más oportuno. ¿Te parece si pasamos a la trastienda?
 - —Desde luego.

La joven abre la doble puerta del

negocio y desconecta el circuito de seguridad.

—Neera, ¿te importa traernos un par de cafés bien cargados?

-Ahora mismo.

Ambos se acomodan en un rincón del anexo donde un par de sillas y una mesa, con mantel azul de flores blancas estampadas, recrean un entorno amable en el seno del taller.

- —Imagino que no tendrá que ver con el recibidor, de ser así no te hubieras planteado contactar conmigo. Dime, ¿qué te preocupa y en qué forma he de contribuir a solucionarlo?
- —Te sorprenderá saber que sí, aunque no exactamente.
- -¿Sí, con el mueble? ¿En qué me concierne?
- —Tras despedirnos en la cafetería, regresé a la tienda pensando en atender la solicitud de Elena respecto del inconveniente surgido con la última compra, aquel que, según recuerdas, atribuimos al recibidor, ¡pues bien!, al llegar me encontré con un individuo de hechura chocante y desagradable. Según se presentó, Wareen es su nombre. Venía a recuperar un artículo que por error, aseguraba, se introdujo en el lote que yo había adquirido.

Me ofreció una considerable suma de dinero que reintegraba lo invertido más una sustanciosa ganancia.

—¿Dónde está el problema? Todos los días no salen ofertas así... ¡detente un segundo! —Fedor se interrumpe y cambia el gesto de la cara —. ¿No será...?

—Sí, la pieza que te gustó.

La muchacha entra con la estimulante bebida.

—Coméntale a Jorge en qué voy a ocupar la mañana y lo animas a que se la tome libre.

Asiente y los deja.

—Como resulta que te la había obsequiado —prosigue Isabel—, le respondí que no podía aceptarla porque ya no estaba en mi poder. Enseguida intuyó que mi respuesta era una excusa que no se ajustaba por entero a la verdad. A continuación, demostrándome que no era fácil burlarlo y sin que consiga entender cómo, rescató de mi pasado un episodio del que de ninguna manera debía tener conocimiento. La experiencia fue traumática y violentó lo más íntimo de mí ser. ¡Creí que ese hombre tenía la facultad de registrar mi alma y exponerla sin escrúpulos!

Su actitud era insolente e intimidante; su presencia, una amenaza contra la que no cabía defensa. Se marchó advirtiéndome que regresaría hoy con el ocaso, lapsus de tiempo más que suficiente, afirmó, para que yo localizase su ansiado objeto y estuviéramos en condiciones de formalizar la propuesta. Me afectó tanto la visita de ese personaje, que le rogué a tu prima se quedara en casa.

La señora Ayensa observa a su vástago sacudir la cabeza.

- —Cuando preguntaste por lo que me ocurría no te fui sincero.
- —Discúlpame, tan preocupada ando que pasé por alto que necesitabas charlar conmigo. ¿Por qué habrías de mentirme?
- —Por momentos llegué a creer que perdía la cordura, ahora estoy persuadido de que no fue así, que cuanto me sucede es real y se concilia con la inusitada historia que me cuentas.
 - —¿De qué hablas?
 - —De la cajita de alabastro.
 - —¿Qué le pasa?
- —No es un simple fósil de turbulenta belleza. Esa resina es portadora de algo inexplicable, sobrenatural.

-¡Dios mío!

—Al escudriñar sus adentros tuve una alucinación que no solo involucró a mi mente, también a mi cuerpo y a mi espíritu. La sangre en mis venas hirvió con estímulos tan potentes que sobrepasaron a los de la consciencia. Jamás sentí nada parecido, tan vívido y brutal.

Fedor narra a Isabel lo acontecido en «La Dama de tus sueños» incidiendo en el paseo extracorpóreo por el jardín, el cobertizo y la piscina; de cómo Graciano, sin advertirlo, seguía el dictado de un diablo que le murmuraba al oído, de la niña que apareció desnuda entre las flores y de su lucha final con la maléfica criatura.

- —Aún siento su fétido aliento quemar mi piel... Desperté en brazos de Belina con la noción de que miraba en el interior de la esfera de ámbar. ¡Esa cosa roja me había poseído! No fue un sueño dentro de otro, sino la expresión de una realidad que se reafirma contemplándose a sí misma.
- —¡No puede ser! Surge Wareen esgrimiendo pretéritos fantasmas con la intención de coaccionarme, y tú me inquietas con el presente. Si ayer amaneció un día lleno de luz y de esperanzas, hoy, de negros

presagios. Por favor, alejémonos de este embrollo y salgamos de aquí antes de que sea demasiado tarde, te lo suplico.

- —Así ha de ser. Es un asunto que cada vez me gusta menos, pero tienes que aclararme una cuestión: tú sabes quién es la niña y qué la vincula con tu esposo, ¿me equivoco?
- -Sospecho que se trata de la madre de Marta. Al poco de que las familias nos conociéramos, en el puertito, y a tenor de los cotilleos con que las malas lenguas inundaron el pueblo, Graciano me confesó que eran primos y que, si bien creyó reconocerla, las dudas y la prudencia le recomendaron callarse. De hecho admitió, sin querer entrar en más detalles, que había sido una obsesión de su juventud. Luego coincidimos con ella y su marido un par de ocasiones en las que apenas cruzamos un breve saludo. Que yo sepa, no hubo más contactos, exceptuando el día en que asistimos a las exequias de don Ernesto y el pequeño, desaparecidos en el trágico lance que conmocionó a propios y extraños.
- —Si estás en lo cierto y la joven era Alina, la visión de anoche cobra especial significado. También los rumores que

mencionabas pues, según se deduce de las confidencias que te hizo mi padre, no les faltaban fundamento y la posibilidad de que fueran amantes es verosímil.

- —¡No!, por ahí no vamos a ninguna parte, ocurrió en años que Graciano y yo no nos conocíamos, ¿qué se les habría de reprochar?
- —Absolutamente de acuerdo, sin embargo, en Los Maniere se aseguraba que la reunión, aquella mañana en el merendero, desencadenó los acontecimientos que originaron la desgracia.
- —Supiste de Marta ese día y en ese lugar. ¿Implica eso que tu padre es el responsable de vuestra manifiesta incapacidad de entenderos? Tú lo has dicho, esa teoría es fruto de vulgar chismorreo, Graciano no tuvo que ver en tan lamentables circunstancias, ¡es un disparate!
- —¿Y si no es el caso y, aunque lo juzgues descabellado, hubiera relación? ¿Cuál es la relevancia de enterarse a estas alturas de semejante historia? ¡Seguro que no es fortuito! Por añadidura hay algo que aún no te he contado: también te vi en el interior del ámbar.
 - —¿A mí? ¿Es posible?

- —En la cafetería, mientras te devanabas en buscarle cobertura al teléfono. El Corredor del Anticuario se me apareció envuelto en llamas y tú huías del fuego suplicando auxilio.
- —¡Por los clavos de Cristo! Estoy atrapada en una pesadilla que se empeña en materializarse. Hijo, esa cosa no parece contener ni aportar nada bueno. Te ruego que me la devuelvas para entregársela a quien la reclama; y no por el dinero que me ofrece, porque no deseo ni un céntimo de ese hombre, sino por la conveniencia de desprendernos de ella. ¡Ojalá nunca la hubiéramos encontrado! No hacen veinticuatro horas que llegó a nuestras manos y ya me aterroriza. Quiero deshacerme del negocio de antigüedades, que nos marchemos de aquí. Te recuerdo que me lo has prometido, ¡no se me olvida!
- —Así se hará, no tienes por qué preocuparte. En cuanto a la esfera no hay impedimentos en ir, recogerla y regresar sin demora. Tampoco es necesario que estés aquí cuando el tal Wareen comparezca, valdrá con que Neera, Jorge o yo mismo nos encarguemos.
 - —Eso ya lo había decidido. No soporto

su presencia.

Fedor sale del establecimiento con la intención de recuperar la cajita de alabastro. La acumulación de inexplicables sucesos alteran la inercia que marcaba el rumbo de su vida, y la dolorosa impresión de involuntariedad que le producía verla pasar, la transforma en un misterio que de alguna manera la pone en riesgo. Todo es confuso y revelador a la vez, como si el comienzo y el final dependieran del enrojecido corazón con que le sorprende el destino.

35. La flor de los nueve pétalos de fuego

Allá en la distancia, sobre la implacable arena del desierto, suele verse, como si de agua fresca se tratara, el reflejo de un cielo inmisericorde.

Lejos de continuar el camino trazado por sus dos hermanas mayores, que parieron sus primogénitos sin contar los dieciocho años, Elena, próxima a los veinticinco, seguía sin descubrir al hombre que pusiera fin a su soltería. Doña Julia, la madre, temiendo que no pasara por la iglesia sino para misas y fiestas de guardar, la inscribió en un taller de dibujo artístico donde, según su experiencia y buen entender, tendría más oportunidades de contactar con pretendientes de elevadas y nobles aspiraciones, muy distintos de los insulsos y desaliñados candidatos que sin éxito la rondaban. No se equivocó. Apenas ocho semanas después, se rendía en los brazos de un mozo que pintaba paisajes del mar.

David y sus marinas arrobaron el corazón de la joven sumiéndola en una

vorágine de sentimientos y emociones compartidas. Doña Julia lo supo enseguida al ver que solo respiraba al suspirar. Aquellos días, asaltados por la inestabilidad de constantes disputas políticas y sociales, desembocaron en un conflicto fratricida que sumió al país en las penurias de la guerra civil. El artista, enrolado a la fuerza en uno de los bandos, fue de los primeros en caer en una contienda de la que no sabía nada. Pero antes de partir al frente bendijo su sagrado fervor desposándose en secreto con la muchacha.

De eso no tuvo conocimiento la madre de la novia hasta que, transcurridos tres meses del fallecimiento del recluta, acompañó a su hija al dispensario, aquejada de frecuentes cólicos abdominales e intensa hemorragia vaginal. «Debe procurarle reposo, aun así no creo que prospere el embarazo», le anunció la doctora a doña Julia, que se esforzaba en articular palabra sin lograrlo. Elena, que en el último medio año había experimentado lo más hermoso y trágico de la vida, no se resignó a que se rompiera el vínculo que la unía a instantes irrepetibles. Dentro de sí se desarrollaba el fruto de un paraíso perdido por el que, de llegar el caso, lo habría de arriesgar

todo. Así que le detalló a su progenitora los acontecimientos previos a la marcha del desdichado, hablándole del dolor y de la desesperación que padecieron tras recibir su llamada a filas, y de la imposibilidad de contener una pasión que marginaba al buen juicio.

—Ahora que mi amor se ha ido — le dijo—, si también se va mi pequeño, se me morirá el alma.

—¿Es Doña Marta Velarroa?

—Ší.

—En breve le daremos los datos que solicita. Por favor, diríjase a la sala de espera.

La imagen de Alina, sentada junto a la ventana, influye en su ánimo con la misma intensidad que la de María en el suelo de la cocina. La primera, por los años desperdiciados en culpabilizar a su madre cuando debió consagrarlos a cuidarla; la segunda, por un cuerpo que, a pesar de pertenecer a un ser pletórico de vida, se empeña en marchitarse. Dos instantáneas de las injusticias que se repiten una y otra vez: las humanas y las divinas; reflejos de un mundo en el que la veleidad de los sentimientos y el

capricho de la naturaleza, se alían apuntalando la miseria. Le embarga el convencimiento de que el latido de su corazón forma parte de una mortal cuenta atrás, de que está condenada a la degradación y que la existencia no es más que una fugaz cita con la eternidad, pero no está dispuesta a despeñarse por el barranco que en la niñez engulló a su familia, mucho menos ahora que la luz y el aire del día parecen volver a su casa.

- -: Marta Velarroa?
- —Sí, soy yo.

—Nos disponíamos a contactar con usted, no ha sido posible con el marido de la paciente. Lamento comunicarle que María Taviel expiró en horas de la madrugada.

El doctor prosigue informándola del avanzado estado de la enfermedad que motivó el ingreso, de las complicaciones que lo agravaron y de los infructuosos esfuerzos realizados para mantener sus constantes vitales. Marta no lo oye porque se afana por no precipitarse en el interior de la devastadora abertura que se expande en su pecho.

—¿Se encuentra bien? El funcionario de bata blanca, al ver que se tambalea, interrumpe su discurso, y la sujeta.

Doña Julia, que se consideraba responsable de la situación, se obstinó en remover cielo y tierra para salvaguardar las ilusiones de Elena, pero, aparte del descanso encomendado por las comadronas y el limitado impacto de las tisanas que las curanderas le proveían, no encontró más alivio que el proporcionado por la oración y la fe en Dios. relativa Pasadas varias semanas de normalidad, las perspectivas que despertaron una leve mejoría se desvanecieron ante el retorno de los cólicos y las hemorragias. Las certidumbres de la joven, que por momentos se materializaban en la amenaza del aborto, contribuían a perjudicar las posibilidades de que el embarazo llegara a término.

Hallándose en esas y poco después de que la noche se apropiara de lo que antes le correspondió al día, llamó a la puerta de la casona un forastero que, habiéndose enterado de las circunstancias que allí urgían de remedios, y a cambio de lo que denominaba «conveniente compensación», prometía una gestación y un parto sin problemas. La oferta,

que a juicio de la generalidad era el ardid de un desaprensivo sirviéndose de la desgracia ajena, vino a ser la oportunidad a la que atiende la desesperación. Desdeñando el rechazo que producía y en la creencia de que podría ser la respuesta a sus plegarias, doña lugar de despedirlo en contemplaciones, insistió en que se le invitara a pasar. De mala gana, Luisa, la mayor de las tres hermanas, fue la encargada de conducirlo al salón. Una vez frente al desconocido, que por la vestimenta se diría provenir de un sepelio, la madre de Elena descubrió a un hombre que destacaba por su extrema delgadez e insondables ojos verdes.

—Según me anuncian, plantea ayudarnos a condición de que le retribuyamos adecuadamente. ¡De acuerdo! Sepa que si fuera el caso jamás acumularíamos el capital que esa acción nos merece, pero si lo que persigue es aprovecharse de nuestro infortunio, también sabremos cómo recompensarle.

—¡No me cabe la menor duda! Aunque valoro su sinceridad y me hago cargo de su recelo, permítame censurar el recibimiento del que soy objeto. No es habitual intimidar a quien

ofrece consuelo a las penas y cura para los males. Por otro lado, su información no es del todo precisa, pues no estoy interesado en su patrimonio, si no en su atención y respeto, que jamás obtendría con fraude o escarnio.

- —Apelo a la moderación de la que hace gala. Ahora dígame, ¿de qué ciencia se vale y cuál ha de ser su precio?
- —Mi ciencia es la del brebaje que su hija habrá de tomar una vez al día durante nueve, uno por cada mes de embarazo. El proceso se llevará a cabo en otras tantas cenas en las que seré un comensal más. Eso, al tiempo que saldará su cuenta conmigo, me posibilitará suministrar el tratamiento, que será efectivo si se inicia dentro de las próximas veinticuatro horas, y usted comparte mesa con nosotros. Regresaré mañana con la primera dosis. Medítelo, tiene hasta entonces para aceptar o declinar la propuesta.

Marta sale del hospital como la que se despierta e intenta recuperar el sueño de la noche. Deambula sin conocer destino ni entender qué le impide entregarse al llanto y al dolor. Siente la necesidad de resistir, de batallar, pero no es fácil si el contrincante es la

vida. Unos minutos antes flaqueaba al atravesar la habitación en pos de su amiga, sin comprender ni asimilar que la recibiría un pecho inerte, una piel fría. ¿Es la existencia la suma contradictoria de vida y muerte? No logra responderse ni evocar la voz o la sonrisa de María, extraviada en el onírico universo que precede al alba.

No ve el cielo, solo distingue nubes que proyectan sombras sobre la ciudad y las partículas de agua, arrebatadas a la tormenta en la montaña, con las que el viento salpica su rostro. Transita en medio de seres que ignoran que se tensa la soga en sus cuellos, ¿quién querría saberlo? Son espectros que se engañan aferrándose a una mentira. Marchan desnudos, huérfanos, sin futuro; aun así no son conscientes, ¡nadie desea serlo! Marta es una más entre los que caminan sin rumbo, preguntándose dónde están las almas de los muertos.

No hay abismo sin páramo que lo rodee ni desierto sin espejismo en el que perderse, sin embargo, incluso agotadas las fuerzas, siempre se consigue avanzar un poco más; y es por eso que allá a lo lejos, en algún confín de sus pensamientos, cree ver la estela de una débil luz: es Fedor en la distancia.

No le preocupa si lo que intuye es un oasis o el sendero al precipicio. Si se trata de andar, que sea en pos de una esperanza; por fin está convencida de que no la hay más grande que la del amor. Le da pánico reconocer que desterró ese sublime sentimiento para demoler la posibilidad de perdonar, de perdonarse, de abordar una nueva oportunidad. Al enfrentarse al cadáver de María tomó consciencia de que se encuentra en la fila de una maldita procesión, de que el transcurso del tiempo es inexorable y de que cuanto más próxima se torna la salida, más miedo le dan los pasos que la acercan.

—¿Y qué le dijiste?

- —Nada, no le dije nada, apenas tuve opción. Luego de satisfacer las cuestiones que le planteé, se despidió cortésmente e insistió en que volvería con el crepúsculo.
- —Te lo ruego, mamá, da tu consentimiento de inmediato, me temo que mañana será tarde.
- —No te alarmes, aunque admito que no me gusta el asunto, he resuelto que lo haremos. Lo malo es que, si me detengo a

meditarlo, me estremece la certidumbre de encomendarnos a un embaucador. Asumimos un riesgo enorme, pequeña mía, la información de los componentes del jarabe y la de sus posibles efectos en tu estado, es la que él nos facilita. ¡Oh, Señor! Se supone que he de ser yo la encargada de imponer cordura.

—Un embaucador no concede a su víctima la ocasión de descubrir la farsa. Y no es de mí, hablamos de mi hijo... que entiendo lo más importante. Tampoco deberías clamar a Dios, esta lucha no es parte de tu locura, lo es de mi razón y voluntad.

El sol cae tras el horizonte acosado por las horas y, después de que el destello de sus últimos rayos se desvanece, la penumbra se solidifica emergiendo la oscuridad.

El forastero llama a la puerta de la casa. Elena y la madre que, para domeñar la ansiedad, vigilaban a través de los ventanales, se sobresaltan al oír los secos y enérgicos golpes de la aldaba. El escaso alumbrado en los alrededores y el deslucido ornamento del hombre, camuflaron su figura imposibilitando que les vieran asomar. La primogénita de las hermanas, aleccionada por la autoridad materna, lo atiende con afabilidad, acompaña

al comedor y le solicita que aguarde.

Una poblada librería con recetarios y tomos de cocina, vitrinas, estanterías rústicas con enseres entre los que abundan vasijas decorativas, y retratos a carboncillo de niños; quinqués y apliques de aceite encendidos, una lámpara eléctrica de cuatro brazos apagada y, justo debajo, una robusta mesa rectangular dispuesta para tres comensales. La chimenea. situada en el centro de una de las dos paredes de mayor longitud, calienta y presta a la sala el aura de un pálido resplandor; enfrente, en lugar destacado, la acuarela de pesqueros faenando en un mar en calma. Las mujeres no demoran en aparecer. El porte de la joven, aferrada a la madre, no disimula su precaria situación, agravada por frecuentes mareos y vómitos. El extraño, ensimismado en la marina. reacciona v se les aproxima con intención de saludarlas. La anfitriona se le adelanta.

- —Lo inusual de nuestro primer encuentro impidió que le atendiéramos como es menester. Déjeme, se lo ruego, empezar por el principio: soy Julia y ella es Elena, mi hija y motivo de su visita.
 - Bogdán Gólubev, señoras.
 - -Por favor, tomemos asiento.

Doña Julia ocupa un extremo de la mesa, a su derecha la muchacha y Bogdán a la izquierda. Acto seguido, sin darles oportunidad de articular más palabras, las hermanas de Elena entran y sirven una crema de verduras, el pan, el agua, el vino y, por donde llegaron, se van.

- —Dijo usted, señor Gólubev, que de interesarnos, se le debía suministrar hoy sin falta la primera dosis de su remedio.
- —Así es, previo a comenzar con la cena, me disponía a reclamar su atención sobre el particular.
- —Ocultar mi inquietud al respecto sería inútil, lo mismo que pretender ignorar la razón por la que aceptamos su oferta... ¡en fin!, sepa que la chiquilla está muy sensible con la ingesta de bebidas o alimentos.
- —La comprendo, señora. A veces es difícil asumir según qué decisiones, siendo el verdadero riesgo no tomarlas y perder la iniciativa ante los problemas. En relación a lo demás, no se aflija, lo tengo previsto.

Bogdán saca de su chaqueta un frasco de cristal de unos ocho centímetros, con gollete muy angosto, y lo posiciona en el mantel, entre su plato y el de la joven. Es de un negro intenso que lejos de brillar o reflejar el fulgor de los quinqués, lo engulle. Al contemplarlo, doña Julia siente un resquemor que la atraviesa y no puede evitar asir la mano de su hija.

—El tratamiento se iniciará con nueve gotas diluidas en un vaso con agua, que iremos reduciendo en una según pasen los días, de manera que al noveno le corresponda la última, y ha de ser usted, Elena, quien vierta el compuesto. Deje que los fluidos se mezclen y bébalo a sorbos en el transcurso de la comida. Procure ir despacio y serénese, nada tiene que temer.

Igual que la luz, la mirada de la embarazada se sumerge en el interior del pequeño recipiente. Durante segundos, solo se oye el crepitar de la hoguera en la chimenea.

Marta aguarda frente al edificio en que reside Fedor. No se aventura a llamarlo por teléfono, mucho menos a subir y tocar en la puerta de su apartamento. Se limita a inspeccionar las ventanas de su piso, por si se asoma; a examinar con la vista las personas que pasan, a las que acceden o salen del portal. Al fin cruza la calle esquivando las

prisas de los autos sin reconocer al chófer de Alberto, que abandona el inmueble perdiéndose en el tumulto de gente. Se parapeta detrás de un árbol. Piensa que si ve al hijo de Graciano y se coloca cerca de él, encontrará el arrojo necesario para abordarlo. Entonces le viene a la memoria el día de la despedida en Los Maniere, aquél en que por fin dejaba atrás el hogar de una niñez truncada por la desgracia y en el que, decidida, quiso alejarse para olvidarlo todo, incluso a él...

Era la primera semana de agosto, en la placita de las mariposas. La mañana lucía saturada con la fragancia de arbustos rebosantes de flores azules.

- -Pronto partiré tras tus pasos.
- —Te lo prohíbo, conseguirás que nos hagamos más daño y prolongarás mi dolor. No deseo darte una esperanza que no comparto, jamás dedicaré mi vida a sustentar algo en lo que no creo.
 - —¿No crees en mí?
- —No se trata de ti, se trata del amor, es una fuerza destructora y obsesiva. No estoy dispuesta a someterme a su influjo.
 - —Jamás pude terminar de deshojar

una flor para averiguar si me amabas.

- —¿Por qué?
- —Porque siempre me quemaron sus pétalos de fuego.
- —¿Cómo te atreves a decir eso? Fuiste dueño de mi corazón desde aquella noche rebosante de estrellas en la que Ernestito me habló de tu horizonte. ¡Me bastaba con mirarlo para sentirte muy dentro! Ahora es distinto. Los quiebros del destino o las consecuencias de nuestros actos abrieron en Los Maniere una brecha por la que emergió el infierno. Quiero alejarme de sus demonios, eso es todo.
 - —Déjame ayudarte.
- —Lo harás si no te interpones en mi camino.
- —¿Y cómo habré de sobrevivir? Si no me dejas acercarme ni alejarme puedo de mi horizonte.

Marta no supo qué contestar, se limitó a besar sus labios con suavidad, rozando el cielo en el que una vez observó el cuerpo de la vida.

—En caso de duda no tiene por qué continuar, aún puede reconsiderarlo. Si es su deseo, me marcharé y no sabrá de mí. Pero tenga en cuenta que una vez iniciado el

tratamiento, no debe interrumpirse, desencadenaría reacciones que podríamos calificar de... indeseables.

Madre e hija intercambian gestos de contrariedad y antes de que doña Julia se adelante, Elena interviene apropiándose del frasquito, lo destapa y comienza a verter gotas hasta contar nueve. Más que diluirse en el líquido elemento, el brebaje usurpa su espacio. Donde antes había agua cristalina y pura, ahora burbujea una sustancia de un negro estremecedor.

—¡Estupendo! Dé un primer sorbo y dispongámonos a disfrutar de la cena. El aroma de este planto es excelente.

La joven coge el vaso, se lo acerca a los labios y da un pequeño trago. Apenas son tres segundos, pero la anfitriona, sin quitarle los ojos de encima, los cree una eternidad. A continuación la estancia cede su aire al fuego de la chimenea y el crepitar de las brasas, que se reactiva, marca el ritmo de una danza de sombras proyectadas contra la pared. Las llamas saltan alrededor de la gran mesa con los frenéticos movimientos de una coreografía que agota el oxígeno del salón. Doña Julia siente que se asfixia. Las ansias de su pecho

alertan a Elena.

- -Mamá, ¿te encuentras bien?
- —Sí, no es nada, un desfallecimiento sin importancia. Ya se me pasa... demasiadas emociones.
- —Tiene usted razón, señora, demasiadas para una madre. Tal vez sea el momento de brindar por el mayor de los milagros: el que da forma a un nuevo ser en el vientre de una mujer.

Bogdán alza su copa, doña Julia lo acompaña y Elena eleva la suya, repleta de ilusiones.

- Extraordinario caldo, no imagino otro mejor para la ocasión. —Añade, tras catarlo con deleite.
- —¡Desde luego! Nos lo suministra una prestigiosa bodega gracias a la relación que los propietarios mantenían con mi marido, fallecido ahora hace dos años. Continúan proveyéndonos a pesar de que no consumimos las cantidades de antaño. ¿Qué tal es tu bebida, hija mía?
- —En un principio la sentí caliente, incluso creí que ardía en mi boca, pero fue una primera impresión; aunque ligeramente amarga, es agradable de tomar.

La anfitriona insta a dar cuenta de la crema de verduras antes de que se enfríe, y anuncia filete de pescado a la plancha con salsa de limón de segundo plato. Con el transcurso de los minutos la tensión inicial se disipa y doña Julia aprovecha para indagar sobre su invitado.

- —Cuéntenos, ¿cómo es que el destino lo trajo a esta casa?
- —Es algo confuso de explicar. Tendría que remontarme muchos años atrás.
- —¿Por qué no lo intenta? Estoy segura de que sabrá cómo hacerlo. Espero que no dude de nuestra capacidad para entender su discurso.

Con la última frase, enmarcada en un suave tono sarcástico, doña Julia pretende dejar a su invitado sin otra opción que la de responder a la pregunta. Bogdán Gólubev, que se percata de la habilidad de su anfitriona, estira los labios sin llegar a mostrar una sonrisa, y responde:

—Nada más alejado de la realidad, señora, eso sería una grosería impropia de alguien con quien se comparte la mesa. Me disgusta la posibilidad de aburrirlas pero, si insiste, procuraré brevedad...

La anfitriona hace un ademán con el que muestra agrado, y deja que su invitado continúe con la palabra.

-Meses después de su fallecimiento. el hermano y la cuñada, únicos herederos del que había sido un respetado hombre, visitaron la casa del difunto con la intención de inventariar y tasar su contenido. Querían averiguar si, además del inmueble y varias facturas pendientes de pago, les había dejado enseres de valor entre las que fueron sus pertenencias. Era conocido que destinó buena parte de sus años a recopilar minerales y no les causó ninguna sorpresa encontrar una habitación repleta. El esmero con el que estaban ordenados, la calidad de las repisas que los exhibían y la cuidada letra de las libretas que los catalogaban, ponían de relieve la devoción del coleccionista, cuya humilde posición la evidenciaba la falta de los que se consideran preciosos. Aquél cuarto atesoraba interminables horas de trabajo, los esfuerzos de una vida de apasionada dedicación y, en gran medida, el amor que se había depositado en cada una de sus piezas. Sin embargo, para el legatario y la esposa, excepto algunas que sobresalían por su carácter decorativo, no eran más que un cúmulo de extravagantes piedras sin interés. Llegada la ocasión, no tuvieron reparos en desprenderse de los minerales, muy al contrario, se sintieron aliviados por quitarse un estorbo de en medio.

»La historia, por más anecdótica que se antoje, aconteció en una localidad cercana a la que me vio nacer e influyó de manera decisiva en mi forma de ver y entender la vida. Desde un principio supe que mi cometido no sería entregarme a coleccionar objetos como los de nuestro personaje, sometidos a su única condición de ser prescindibles o necesarios, pues comprendí que hay algo trascendental que hace que nada valga por sí mismo, sino por el deseo que despierta; y que la virtud o el vicio están en la capacidad de controlar o satisfacer ese impulso. No, yo no malgastaría mi tiempo reuniendo cosas tan efímeras como los pasos que damos en esta tierra; ahora y siempre asolada por la guerra, la enfermedad y la arbitrariedad de una muerte cierta. El deseo del hombre puede cambiar el mundo, su voluntad es el arma que le permite lograrlo...

Bogdán mira a las mujeres y, después de acometer una silenciosa pausa, concluye:

-El inquebrantable deseo de Elena por

tener el bebé me trajo a su casa, señora, y mi voluntad de hacerlo posible me sienta a su mesa.

Extraviada en sus recuerdos, Marta no advierte a Fedor, que la sorprende junto al árbol.

—¡Eres tú!

Por primera vez en mucho tiempo y aunque le cuesta creerlo, el hijo de Graciano reconoce a la chiquilla que un día de verano lo enamoró en el puertito, meses antes de que el invierno helase su mirada adolescente.

Ella se admira de que a pesar de la precaución y el celo que había puesto en descubrirlo, fuera él quien primero la viera. Desea contestarle, pero no lo consigue, antes de eso sus ojos se humedecen y el llanto termina por impedírselo. Fedor la recoge entre sus brazos, convencido de que recupera a la mujer de sus sueños.

—Tranquila, tranquila. Cuéntame, ¿qué te ocurre?

Marta sigue sin responder. No se explica lo que le pasa porque no es el dolor por María lo que la obliga a llorar, sino el gozo de sentirse junto a Fedor, y no quiere asumir el riesgo de hacer o expresar algo que deshaga la trama de un instante perfecto. Ahí fuera, más allá del refugio que ofrece su pecho, no hay nada. Él es el camino por el que nunca supo andar, el principio y el fin de los desvelos, la distancia sin lugares en los que desfallecer ni olvidar.

—No te preocupes, no contestes si no quieres.

Junto al árbol, a dos metros de coches atascados por las prisas y a una eternidad de los hombres y mujeres que los rodean, ella se aferra a su cintura como si fuera el único resquicio donde agarrarse; él le acaricia el pelo, prolongando los segundos de un momento que ansían interminable.

—No me queda más remedio que recoger un objeto de mi apartamento para entregárselo a Isabel. Es un asunto de extrema urgencia y tan delicado que no lo puedo demorar. Espérame aquí, no es necesario que subas. Te prometo que no tardo ni cinco minutos. ¿De acuerdo?

Asiente con la cabeza.

—En cuanto baje me pones al corriente, sea lo que sea, cuentas conmigo.

Le besa las manos e inicia el recorrido

hacia el edificio. Marta lo persigue con la mirada, arrepentida de dejarlo marchar, conteniéndose las ganas de correr y atraparlo. de no soltarlo jamás; hasta que al fin desaparece tras la doble hoja de hierro y cristal. De inmediato le sobreviene un temblor provocado por la inquietud. Se impacienta, observa el reloj y a continuación piensa en que ha de serenarse, que está perdiendo el control, que se comporta como una colegiala en su primera cita. Cierra los ojos, respira hondo y, al volver a abrirlos, tiene la convicción de que su ánimo exaltado se debe a la irrupción de una presencia tenebrosa, la misma que siempre se ha interpuesto entre ella y la felicidad. Está ahí, anclada a su alma y más allá de esa puerta recién cerrada, adherida a los recodos más oscuros de la razón. Es tal el pavor, que retrocede sin darle la espalda al portal. Consigue superarlo y se detiene, no a esperar, sería inútil, porque está convencida de que Fedor no regresará, sino para avanzar y recuperarlo, para luchar v oponerse a certeza de un destino maldito. Admite ínfima la probabilidad de vencer e inestimable la de franquear la entrada que bloquea el miedo, pero nada ni nadie se lo impedirá.

Doña Julia queda fascinada con la argumentación del extraño y su conclusión final: una retórica que llena de artificios la respuesta del que opta por no decir nada. Aun así se construye una idea aproximada del sujeto. Es posible que su meta no sea la de menoscabar la salud de nadie y que, de poder realizarlo, prefiera hacer el bien sin desvelar sus motivaciones. Lo preocupante de su perorata es el hipotético escenario en el que se satisfacen a capricho las ansias de los hombres; no por la doctrina que infiere a las cosas un valor proporcional al deseo que despiertan, sino por la contundencia y el convencimiento con que la defiende. En el simplista y delirante discurso del charlatán que sin torcer el gesto promete lo imposible, podría aflorar la estética exacerbada de un peligroso delincuente. ¿Está en su mano conceder la dicha, el amor, el talento o la riqueza al que la ambiciona? ¿Y qué esperar de quien asevera que Elena no abortará cuando la ciencia se reafirma en lo contrario? La arcana pócima de hierbas y esencias le basta para salvar el infranqueable abismo que separa la vida de la muerte. Está persuadida de que, en el mejor de los casos, es un impostor, un farsante que se burla sin escrúpulos. La desgracia es que no hay otro al que recurrir. No es cuestión de que puedan o no materializarse los sueños, es que se necesita creerlo.

Desde la primera toma, el brebaje pone de relieve sus extraordinarias propiedades sanadoras. En pocas jornadas, los síntomas que anticipaban la finalización prematura del no son más embarazo aue un doloroso recuerdo, incluso las molestias que consideran propias de su estado, dejan de serlo. Eso influye en las reticencias de la familia hacia el pretendido embaucador, que se disipan con iqual ímpetu que aumenta el reconocimiento a su persona. El entusiasmo por los progresos de la joven, al fin libre de malos augurios, posibilita que la última cena sea la oportunidad de expresar la admiración que sienten por su benefactor. Una vez que el día toca a su fin y la noche acerca el momento en que Bogdán Gólubev hace acto de presencia, todos en la casa acuden al recibidor luciendo sus mejores galas. La intención es la de ofrecerle la bienvenida que se merece; pero después de agotados los sesenta minutos de la hora establecida, transcurre la segunda y

el de los prodigios no acaba de aparecer. La ansiedad del retraso provoca un caos de especulaciones, la desesperanza se acumula en una aldaba que no golpea la puerta y las pesadillas regresan reclamando el lugar que ocuparon las alegrías. Madre atenazadas por demonios que creveron derrotados, evocan las palabras de Bogdán como si fueran inscripciones en la lápida de una sepultura: «tenga en cuenta que una vez iniciado el tratamiento no debe interrumpirse, desencadenaría reacciones que podríamos calificar de indeseables». Resueltos a no permanecer impasibles y ante la eventualidad de que hubiera sufrido un percance, se pertrechan con antorchas y se aventuran a los caminos averiguando sin descanso, lo que resulta en vano. Las mismas sombras que lo traían se encargaron de encerrarlo Ningún vecino misterio. de las colindantes admitió verlo jamás, el único conocimiento o información que tenían era la que les proporcionaba la comitiva con sus pesquisas.

A la mañana siguiente, unos y otros, en pos del bálsamo que les procure alivio, se repiten que la omisión de una simple gotita no implica la irrupción de aciagos acontecimientos y se tacha de absurdo e injustificable que tan minúscula porción sea causa de preocupaciones, menos aún, origen de infortunios.

Aunque en el frente la guerra se prolonga, en la morada de doña Julia reina una relativa tregua. Superadas interminables semanas sin noticias de Boadán Gólubev, la vida prosigue con tranquilidad. Las revisiones a las que se somete la hija terminan con partes rutinarios que describen a una mujer sana y una gestación normal. Las expectativas no paran de crecer y el júbilo sustituye al sombrío horizonte de tormentas. La sucesión de meses trae el nacimiento de una preciosa niña a la que su abuela bautiza con el nombre de Alina. La alegría se desborda en festejos que nadie se pierde pues, en conciencia, se participa de un auténtico milagro. Sin embargo, Elena se amarga con la insignificante gota que le faltó por beber.

La puerta de hierro y cristal cede con un pequeño empujón. Marta se admira, creyó que no tendría la fortaleza necesaria para abrirla. Tras ella descubre un pasillo de unos quince o

dieciséis metros de largo que, a su izquierda y tres del final, aborda la escalera que comunica con las nueve plantas del edificio; un poco más allá, en la pared opuesta y pegado a la del fondo, el ascensor, en cuyo techo un lechoso tubo de neón parpadea en constante por iluminarlo. Aún percibe precipitación de la mañana en el ruido herido de los coches y en el fragor impaciente de la calle a su espalda; solo por un instante, porque de inmediato se enfrenta a la violencia de la maldad que antes percibió, pero que ahora palpa como si con el aire se cubriera. Trata de mantener el control y entra armándose de un valor que saca fuerzas de la determinación. El topetazo de la puerta al cerrarse es tan seco y despiadado como la tensión de sus venas. La escasa luz del corredor la expone a una penumbra enrarecida que deforma la realidad. Con el primer paso cree oír el gruñido amenazador de un animal, tal vez un perro, pero no es capaz de distinguirlo. Extrema la cautela y continúa adelante. Según avanza se reitera la ronca advertencia, ahora alta y clara. La visión es dificultosa. Marta está segura de que esa rabia contenida proviene del elevador. Sea lo que sea está decidida a no retroceder,

nada le impedirá alcanzar el apartamento de Fedor, siendo lo prudente optar por subir a pie. Al llegar junto a los peldaños comprueba que algo se retuerce dentro del ascensor. Lo asombroso es que lo ve cuando el quejumbroso fluorescente se apaga, y una luz que no es de este mundo inflama su interior.

36. El sentido de las cosas

Cuerpos sin alma merodean en la noche, envueltos en la niebla que cubre el cerro.

La luna habla del convento, ellos rastrean el llanto de las tumbas que reclaman a los muertos.

Y ahí llegan sus sombras a las ruinas, en pos de la puerta que abre los infiernos.

Levi salió de prisión sin recuperar la libertad, cansado de la lucha que lo obliga a sobrevivir sin más recompensa que la de envejecer. Para él la vida es una deuda que salda a cada instante: la suma de semanas. meses y años de continuas entregas, hasta que amanezca el día en que no tenga con qué pagar. Está asqueado de ver ángeles donde solo existen demonios, de ilusionarse con un futuro de riquezas cuando se ahoga en las miserias del presente. Se acabó el tiempo de la resignación, basta de interminables jornadas de sacrificios sin merecer más espacio que el de un definitivo ataúd en cementerio. Es hora de reparar el daño y redimir en parte lo perdido, de encararse con la muerte y exprimir los años que le queden con el cobro de intereses.

- —Ahí regresa, procura que no te vean.
- —Tenías razón, ese hijo de mala madre es de los que se esmeran poco con las putas.
- —Te lo dije, hubiera sido un error ir a por él. Y no hay ninguna como la que presta sus servicios en la casa azul.

Desde la distancia, agazapados en un auto, el Chapao y el Galo vigilan a Hormi, que sale de la Maresía tras su visita a Andrea. Yago espera a que Alberto se acomode y se pone en marcha.

- —Arranca, no los pierdas de vista, pero dale los metros necesarios, que no adviertan nuestra presencia.
 - —No lo harán... ¿Sabes qué?
 - -Dime.
- —Voy a disfrutar con esto. Hace mucho que debieron encargarse de ese maldito cabrón.

Levi había tenido suerte. Lo complicado no era encontrar alguien con ganas de ajustarle las cuentas a Hormi, lo extraordinario era dar con la persona que tuviera el valor de intentarlo. Le proporcionó la mitad de sus ahorros con la promesa de darle la otra al completar el trabajo. No le inquietan las

deudas, lo preocupante es no tener con qué liquidarlas.

Recorridos varios kilómetros. comprueban que Yago tuerce hacia el cerro de los Cipreses, alameda arriba, y que tras una pequeña parada en la que Hormi se interna en la arboleda, el conductor da media vuelta e inicia el descenso. Los dos lo observan sin creerlo. Ni las circunstancias pueden ser más propicias ni la ocasión más oportuna. Alberto asciende al patíbulo, se anuda la soga al cuello y aquarda a que accionen el mecanismo que abre el vacío bajo sus pies. Al ver que el coche abandona la alameda. Levi le ordena a su compinche que se desvíe por la carretera que va a las montañas. En la primera curva salen del vehículo, lo camuflan y, alejados del resplandor de las farolas, centran su atención en la zona que permanece el objetivo. Pronto descubren que no está solo, camina junto a un desconocido.

La noche se despoja de nubes, de lluvia, de cielo y estrellas. La penumbra se quiebra en alameda que sube al cerro. Un eco de luna trasluce la niebla que despacio baja de la montaña, como si tentara cada árbol y cada piedra en pos de la entrada al cementerio. El

murmullo del aire en las hojas se apaga y el crujir ronco de la madera en las ramas da paso a una calma insoportable.

- —Tenemos que seguirlos de cerca o los perderemos. ¿Conoces al tipo que lo acompaña?
- —Ni idea, no lo distingo, pero recuerda lo que nos trae aquí, ese no nos incumbe, ¡olvídalo!
- —Mira, pasan por el portón de hierro. Esto es muy extraño. ¿Quién en su sano juicio subiría a las ruinas del convento en una noche como esta? Jamás me contaron nada agradable sobre ese lugar.
- —Tal vez quieran acercarse al camposanto. Sería gracioso, ¿no? Ya puestos, lo podríamos sepultar.
- —No, en serio, me da mala espina, resulta demasiado fácil. ¿Y si asisten a una reunión clandestina? Nos meteríamos en una encerrona.
- —¿Acaso has visto a alguien más? Hoy no tocan teorías conspiratorias, entre ellos y nosotros se encuentra el espacio que salva la muerte. Deja de rumiar sandeces y concéntrate en aquello por lo que estamos aquí.

- —Solo digo que extrememos las precauciones. No se puede controlar algo que carece de sentido.
- —De acuerdo, no tomemos ninguna iniciativa hasta saber de qué va esto. Lo mejor será empezar por callarse.

Levi admite que el Galo está en lo cierto. La cuestión está en discernir dónde y cuándo las cosas dejaron de tener sentido. Alberto era quien lo había introducido en el negocio de la droga y el responsable último de que lo encerrasen. Lo que no conseguía digerir era que lo apartó deliberadamente con intención de llegar a Marta. Mientras él se pudría en la cárcel, Hormi se dedicó a acosarla y seducirla. Después de que Yardena lo abandonara, el Chapao se había conjurado con el destino para no amar a nadie. El amor era el fertilizante del jardín al que se entregó su madre v nunca deseó saber de tan malditas flores. Un día conoció a la hermana de Toño. entonces su visión del mundo cambió. Sin embargo, la mujer que le había devuelto la inocencia, volvía a quitársela al confesarle su aventura con Alberto, y asegurarle que no lo quería, que jamás lo quiso. Sí, hay cosas que carecen de sentido y todas dan forma a la puta vida.

Una vez en el sendero que asciende al cerro, superado el portón metálico, el Chapao y su acompañante sienten que el frío los acorrala igual que haría una bestia enfurecida. La niebla les parece el fantasmal rastro de almas en pena. Al fin, los muros del claustro asoman altivos.

- —Se detienen, diría que discuten.
- —Concéntrate en las proximidades, yo no diviso nada extraordinario, mejor nos cercioramos.

El Galo hace caso omiso, extrae el revólver que disimulaba bajo la chaqueta y comprueba que está cargado.

- —¡Es el momento! Acabemos de una vez y larguémonos. Quiero alejarme cuanto antes de aquí.
- —Aguanta, ¡joder!, ¿de qué coño te crees que vas? Detesto las meteduras de pata. Vale más que abras los ojos; y aclárate, fuiste tú quien recomendó extremar la cautela. No olvides que ese tipo es un puto mamón peligroso.
- —¡Maldita sea! Qué pretendes que haga si no se ve una jodida mierda. Ahora tenía un buen tiro.

- —¡Cállate! Debiste llamar la atención... miran hacia aquí.
- —Imposible, no pueden oírnos y menos aún, vernos.
 - —Pero... qué coño es eso, se ocultan.
- —Calma, calma. Tiene que haber un motivo, algo que se nos escapa. Este sitio acojona a cualquiera. Lo conveniente será permanecer quietos y aguardar acontecimientos.

Levi tiene la suficiente experiencia para asumir que por muy mal que vayan las cosas todo es susceptible de empeorar, cuánto más si van bien. Después de minutos de espera, la estrategia da sus frutos y los individuos renuncian al escondrijo, como si se hubiera desvanecido la razón que allí los empujara. Lo hacen despacio, juntos y sin decir nada. El Galo ve la ocasión que no está dispuesto a desaprovechar.

- -Es un blanco perfecto.
- -iVale! No olvides lo acordado: un disparo y en la cabeza.

Mientras Juan recuerda su mar medieval y los monstruos que habitan en el abismo en que vierte las aguas, Levi piensa en lo fácil que resulta acabar con un hombre y en la cantidad de seres que en este momento, sin advertirlo, se aproximan a su final. No solo en la tierra, también en remotos lugares del universo, en los enjambres de galaxias donde miríadas de estrellas se precipitan unas contra otras, v en el interior de sus mundos colapsados por la atracción gravitatoria. Imagina que allí, en el núcleo mismo de ese paroxismo destructivo en el que las distancias dejan margen para que transcurran los siglos, existen planetas que albergan civilizaciones que se estremecen al contemplar el cielo, siempre hermoso y perturbador. Y se da cuenta de que la vida es tan leve y frágil que apenas soporta la conmoción que le produce saberlo. Duda y está a punto de ordenarle al Galo que lo deje, que no apriete el gatillo, pero se reprime; al fin y al cabo, no es relevante uno más entre tantos muertos. Lo apropiado será pensar en otro asunto y no darle importancia a quien no se la da ni el espacio ni el tiempo.

El dedo ejerce presión en el gatillo del arma y la bala sale a una velocidad cercana a la del sonido, su estela se imprime en la niebla hasta alcanzar la frente de la víctima. El proyectil penetra destrozando el hueso frontal; restos de tejido cerebral y sangre salpican la cara y la ropa

de su acompañante, que huye horrorizado adentrándose en las ruinas.

- —Deberías comprobarlo.
- —¿Y exponerme a que me devuelvan el favor? Al que está con él seguro que le gustaría disponer de esa oportunidad, y no estoy por concedérsela. Si en tus fueros no entra liquidarlo, nos marchamos antes de que sea demasiado tarde.

Levi no está conforme, tampoco quiere sacrificar a un inocente y termina por aceptar. Aunque lo sensato sería echarle un vistazo al cadáver, decide dar el tema por zanjado. No es lo más lógico, pero tiene que admitir que la cosa ha ido incluso mejor de lo esperado; además, es normal que, con el paso del día, acontezcan algunas que carecen de sentido.

—¡De acuerdo! Larguémonos.

37. El rastro que deja la luz

Por exánime que parezca, no existe otro camino que el trazado por la luz, aunque éste solo se aprecie cuando reina la oscuridad.

- —¿Qué son las pesadillas, tata?
- —¿Tuviste una anoche?
- —Ší.
- —No debes preocuparte por eso, tesoro, es un hecho habitual que no se puede remediar. Al igual que las fábulas que te leo, son aventuras creadas por la mente, la diferencia está en que ocurren mientras dormimos y que sobre ellas no poseemos ningún control. Aunque es cierto que suelen ser un quebradero de cabeza, también, de inagotable fuente de inspiración.
 - —Es que me asustan.
- —Y a mí, a todos, pero no siempre es así, pues forman parte de los sueños y los sueños son una escenificación de la fantasía. ¿Sabes qué quiere decir semejante cosa?
 - -No.
 - -Pues yo te lo voy a explicar: que

disfrutas de una imaginación prodigiosa, razón por la que sentirte afortunado. Además, por muy terribles que te parezcan, lo malo no está en que den miedo, como ocurre con los cuentos, lo malo es no tener una que contar, pues con ellas nos liberamos de las ansiedades con que nos carga la realidad.

- —Prométeme que harás una cosa —le pide la joven, con voz remisa.
- —Lo que tú quieras —responde él, entretenido en acariciarla.

-¡Que lo matarás!

Sobrecogido por la inesperada petición, el joven advierte una sacudida que rebota en su interior. Cree que sus constantes vitales se paralizan y se retuerce intentando salir del frío en el que por momentos se diluye, pero es consciente de que se mantiene inmóvil, como si en medio de una pesadilla se percatara de que la lucha se decide entre las sábanas de un lecho que no lo deja despertar. El impotente esfuerzo por moverse, refleja la agonía en su rostro con un gesto apenas perceptible, pero saturado por el dolor. Y ahí lo sufre, quieto, junto a Andrea que, ajena a cuanto sucede, aguarda una respuesta. El universo que los

rodea comienza a desaparecer. Las paredes de la casa primero, la ventana y el estor azul después; le siguen el guardarropa, las lámparas con forma de sirena y por último la mujer. Nada se muestra a sus ojos excepto la cama, que se eleva ingrávida en la noche, sobre la Maresía. Durante segundos solo siente al pueblo de pescadores adentrándose en la mar, a continuación llega la oscuridad y una segunda sacudida.

La luz regresa para iluminar un lugar de la infancia. Aún no tiene los siete años y la cama es la de su cuarto, en Los Maniere...

La convulsión en los cimientos de la casa genera ondas que crecen según se expanden por sus muros. El temblor es tan potente que las paredes alzan su queja con un gemido que se une al crujir de portones y ventanas. Suficiente para desvelar a Toñito, que aún puede ver el balanceo de la lámpara en el techo, y amedrentarse con el seco retumbar del inmueble. El resplandor de una farola se cuela en su habitación, obstaculizado por las ramas que el viento zarandea ante los cristales. Otra sacudida cimbrea de nuevo columnas y tabiques. Llama a gritos a su tata al ver pasar una sombra por la rendija que hay

entre el suelo y la puerta del dormitorio. Hilaria no contesta, tampoco lo hacen Marta ni Alina, a las que el niño invoca con posterioridad, lo que aprecia es la afónica réplica de una muchedumbre que parece susurrar.

Toñito se extraña al encontrar a su hermana esperándole a la salida del colegio.

- —¿Por qué no vino la tata?
- —Ella y mamá preparan un asunto importante y no sería prudente molestarlas. Así que hoy almorzamos donde las hamburguesas que tanto te gustan, luego daremos un paseo y después al cine. ¿Qué opinas, granujilla? ¿A que te pilla por sorpresa?
 - -¡Ah! Qué bueno.
- —Pero prométeme que la tarea la harás mañana, antes de marcharte a jugar con tus amigos. ¿De acuerdo?
 - -Sí, sí, ¡estupendo!
- —Primero nos desviaremos por la glorieta en la que vive Anita, quiero que esta noche se quede con nosotros.

-Vale.

Tal y como se había propuesto, regresan al hogar bien entrada la tarde, muy cerca del anochecer. El niño está tan fatigado

por la actividad del día que apenas dispone de energías con la que darse una ducha, tomar un vaso de leche caliente y acostarse a dormir. La falta de concentración no le permite enfrentarse a las evasivas de su hermana al preguntarle por Hilaria. La estrategia de la joven consiste en confiar el cuidado del crío a una niñera y partir en pos de las mujeres, a las que sin duda dará fácil alcance. De ninguna de las maneras se resigna a dejar a su madre, presa de una euforia irracional, y a su querida aya, en manos de una anciana achacosa en medio del bosque.

La planificación resulta perfecta salvo por el inconveniente de que la canguro no se presenta a la hora convenida. Alterada por la pueril excusa que le da Anita por teléfono, Marta desespera. No queda margen para buscar sustituta.

Va y viene del dormitorio de Toñito sin ver opciones que resuelvan la situación, hasta que por fin se decide. Es evidente que su hermano, tras caer rendido, duerme de forma que es improbable que se despierte. La ausencia de la niñera no debe considerarla motivo de preocupación ni obstáculo que la obligue a cambiar de planes, el crío se ha

sumido en un profundo sueño que la hace del todo innecesaria. Así que, sin pensarlo, recoge los bártulos necesarios y se pone en camino.

El edificio es sometido a otra brusca sacudida, el niño abandona la cama de un salto v se refugia debajo. Además del frío que exhala, advierte en el suelo el mismo estremecimiento que le espantara el sueño. Desde allí observa el resquicio por el que vio pasar algo. El fenómeno se repite, pero en esta ocasión suplica con una pregunta: «¿Tata?». El cuchicheo de fondo remite ante el hilo de voz. Toñito siente que el gélido vaho que desprende el pavimento le carcome huesos. Lo sufre sin moverse durante minutos. Cuando le es imposible soportarlo, sale del escondrijo en pos de abrigo. Un luminiscente con cara de payaso, colgado de la pared, lo mira: son las doce de la noche. El susurro retorna seguido de un eco que parece desencajarle los huesos.

Se encamina a la salida de la estancia, pega la oreja a la puerta e intenta oír lo que ocurre en el exterior. El tiritar de su mano y su cara la golpea haciéndolo inviable. Jamás había experimentado una bajada de temperatura, tan extrema, que violentara los poros de su piel. El siseo se interrumpe. Cree que al tumbarse en el piso el inmueble le metió hielo en el cuerpo y por eso los temblores se reproducen en su interior. Retrocede y amaga llorar.

Regresan las voces, diría que proceden del viento que se debate con la noche. Entonces la puerta se abre. Tal vez tocó el tirador al acercarse a escuchar o el zarandeo de la casa terminó desencajándola. Aunque desea esconderse, no logra activar ni un músculo y se mantiene inmóvil, paralizado más allá de cualquier determinación. regresar bajo la cama, pero sus extremidades no responden, saben que allí permanece la escarcha. Entonces descubre un resplandor que, como hálito de vida, subsiste en el pasillo, ingrávido, a un metro sobre la alfombra que lo cubre. Es una fosforescencia residual, casi inexistente, pero tibia, que evoca a la que cimbrea en los rescoldos de una hoguera.

Consigue dar varios pasos adelante. Al salir de su cuarto experimenta un inesperado alivio. Los dedos de los pies y de las manos, antes agarrotados, recuperan la sensibilidad. El temblor de su cuerpo cesa y de inmediato la

vivienda trepida. El chirrido de su armazón de hierro y cemento es un grito de dolor.

Iniciada la marcha se resiste a parar, continúa tras el rastro de esa energía frágil que flota en el aire como única esperanza. Pronto alcanza la escalera. Al agarrarse al pasamano es consciente de que no está en su casa, si no el vórtice de una angustia tenaz que intenta arrojarlo a las fauces de un demonio. El murmullo se apaga.

El inmueble retuerce sus cimientos con tanto vigor que pierde el revestimiento de techos y paredes. La escalera se balancea, Toñito está a punto de caer, con un rápido movimiento lo impide. No comprende por qué, pero desaparece el miedo, recuerda los cuentos de Hilaria en los que siempre hay personajes a los que les faltan historias que protagonizar, él es uno de ellos.

Al fin llega al salón, origen de esa radiación que amaga con extinguirse, luz que solo puede verse cuando reina la oscuridad. Los muebles se enzarzan en una danza que empuja a unos contra otros sin más justificación que destruirse con golpes enérgicos, certeros. Los muros se desprenden de los cuadros, fotos y espejos caen hechos

añicos. Puertas y ventanas se comprimen desintegrándose en astillas; el suelo, que pendía de un abismo, se desmorona creando un caos de escombros y madera destrozada. Persiste el sendero que, igual que el riachuelo que se queda sin agua, lo conduce al centro de la sala. Allí, el runrún de lo que creyó una multitud se define en voz serena y clara:

«Ve a casa de Fedor, tu hermana corre peligro de muerte».

Y en el último segundo, sin percibir en derredor más que el lugar que le supone al alma, un destello ilumina la realidad. Sigue inmóvil, pegado a Andrea, que insiste en que le de una respuesta.

—Promételo, dime que lo harás.

La joven se expresa con suavidad, sin embargo, a Toño le suena como si le gritara. Se sorprende al incorporarse sin esfuerzo, pero al ponerse en pie, la sobreexposición sensorial lo induce a náuseas. Está empapado en sudor, tiembla, todo le da vueltas y, aunque su intención es salir del dormitorio, se sienta en la cama para evitar desplomarse. Andrea se gira hacia él sin percatarse de su estado.

—¿Dudas que merezca morir? Ese colega tuyo me somete a toda clase de

vejaciones bajo amenazas. Retiene a mi hija en un orfanato y me permite verla una vez al mes. ¿Crees que no me voy contigo porque disfruto con los servicios que dispenso en este prostíbulo? Si me mantengo aquí es porque me horroriza pensar lo que le haría a mi pequeña en represalia. Ese canalla no es un hombre, dentro de esa apariencia humana acecha una bestia incapaz de mostrar empatía por nadie.

- —Espera... espera, deja que recupere el aliento. No se trata de eso. Mientras permanecía a tu lado empezó a faltarme la vida... quedé paralizado, sin defensa y a merced de una alucinación que me recuerda los terrores nocturnos que padecí de niño.
 - —¿Tuviste una alucinación?
- —Si acabara de despertarme te diría que fue una pesadilla, pero te aseguro que no dormía. Lo que fuera no cesa de rebotar en mi cabeza. Lo peor es la voz, que resuena en la habitación con más contundencia que tus palabras o las mías.
 - -¿Qué dice?
- —Que mi hermana está en casa de Fedor y en peligro de muerte.
 - -Ven, chiquillo mío, coloca tu mejilla

en mi pecho y procura relajarte. ¡Jamás debí hacerlo!

—¿A qué te refieres?

—Acosarte con mis problemas. No soy quien para pedirte nada. Olvida lo que ha pasado aquí, no debes inmiscuirte. Los dos padecemos la ansiedad acumulada. La situación nos supera.

38. Lo que se ve cuando se mira

El dedo ejerce presión en el gatillo del arma y la bala sale a una velocidad cercana a la del sonido, su estela se imprime en la niebla hasta alcanzar la frente de la víctima. El proyectil penetra destrozando el hueso frontal; restos de tejido cerebral y sangre salpican la cara y la ropa de su acompañante, que huye horrorizado adentrándose en las ruinas.

Atrincherado en la abadía, aún oye los espasmódicos golpes de las extremidades de su hermanastro contra la tierra, incluso el fluir de la sangre alimentando el charco pegado a su cuerpo. Se asoma, sin quedar al descubierto, y lo ve tirado en el camino: es un bulto sin formas del que sobresalen las convulsivas manchas negras de sus zapatos. Se echa a ras del suelo con la determinación de llegar al lugar, tirar de él y ponerlo a resquardo, pero sabe que de nada serviría porque está muerto. Se lleva las manos a la en un gesto inconsciente de desesperación y encuentra partículas biológicas en el pelo, en el semblante, en el cuello, en la camisa y la chaqueta. El ruido de los espasmos musculares concluyen en el sendero. El eco del disparo se extingue mientras rebota en las lápidas del cementerio. Agazapado, insiste en mirar, y sorprende a la niebla que, inclinada sobre el cadáver, sacia la sed hasta teñir su plateada capa de un rojo intenso.

Durante un par de minutos permanece inmóvil, paralizado por la conmoción de lo ocurrido. El desgraciado de Juan estaba en lo cierto y acaba de salvarlo, pero también de abrirle las puertas del Infierno a Danel, seguro que el demonio no tardará en atravesarlas. Es probable que esté influenciado por la paranoia de un hombre enfermo o que todo sea tan sencillo como imposible de aceptar. Se niega la mayor, este no es momento de divagar, debe concentrarse en escabullirse y averiguar quién empuña el arma asesina. Busca una vía de escape v. sin pensárselo dos veces, se arrastra en dirección a un muro derruido, una vez allí sigue en pos de unos arbustos, en el extremo opuesto al mortal fogonazo. A riesgo de despeñarse, desciende por un promontorio que comunica con el antiguo margen del río. Resuelta una breve desorientación, se dirige a la entrada del cerro con el propósito de apostarse e identificar a los agresores. Un automóvil que pasa con premura lo insta a desistir.

El coche lanza al aire una estruendosa declaración de sus prisas antes de devolverle la calma a la alameda, que retorna junto a la letanía de una invocación que no cesa. Aunque desea alejarse de inmediato y contactar con Yago. Hormi se encamina a las ruinas sometido por una irrefrenable atracción que lo obliga a acercarse al emplazamiento del crimen. En vano lucha por detenerse. Sin aparente control de sus actos, continúa aproximándose a los restos del ser que detestó desde la primera vez que lo viera en la cuna, sin sospechar que venía al mundo a interponerse entre él y un mortal proyectil. Por momentos cree no ser dueño de sí o, tan engañado está, que confunde la realidad con una ilusión en la que no hace lo que le viene gana, sino el dictado de inescrutables. Al contemplarlo, yerto y rodeado por los escombros del convento, siente que su hermanastro, en la muerte, es más poderoso de lo que jamás lo fue en vida; y eso lo amedrenta. Lo atenaza la impresión de empequeñecerse con cada paso haciéndose más y más insignificante; como si el bastardo, al inmolarse por amor, hubiera demostrado que hay una fuerza superior a la de la propia supervivencia. ¿Puede esconderse en acto tan dramático razón que llene de significado la existencia o sentimiento tan único y sublime que jamás ha visto o experimentado? Por un instante entiende que sí, luego se convence de que no, que de ninguna manera. ¿Cómo va a darle sentido a la existencia aquello que la destruye? A falta de dos o tres metros consigue frenar el avance. La presencia de Juan desaparece, a sus pies solo queda un muerto. Lo observa indolente, da media vuelta y se va.

A poco de despuntar las luces del día y de que la niebla se retire a lo más alto de las montañas, Hormi, que salió en pos de cobertura para el móvil, regresa en compañía de Yago, que intenta asimilar los terribles acontecimientos y la serenidad con que Alberto los había narrado. Si bien no lo esperaba afectado por la suerte de nadie, ni siquiera por la de su hermanastro, le costaba entender la frialdad al detallar las circunstancias en que lo abatieron, y la carencia de piedad que denota a la hora de manipular sus restos. Lo tenía claro, la prioridad era terminar y olvidarse del

asunto cuanto antes.

—Yo me encargo de lo demás —espeta el conductor, acuciado por las prisas.

El sonido de la cremallera, al cerrar el bolso en el que acaban de introducir a Juan, provoca en Hormi un inesperado escalofrío. Cede la pala a su acompañante y éste se esmera llenando el saco con la tierra teñida de rojo. Alberto mira lo que queda del rollo de plástico con el que amortajaron el cuerpo. No se quita de la cabeza la escena y la conversación que mantenían en los minutos previos al disparo. Fue testigo de la facilidad con que se materializa una distancia insalvable entre el antes y el después, y cuyo único puente son los recuerdos...

«¡No hay demonios, no existen los dioses!».

«Eso es lo de menos. ¿Cómo, si no, soportaremos la carga de los pecados? Nos urge exonerar la responsabilidad, aligerar su peso y compartir la culpa. No es necesario creer para seguir las reglas del juego, basta con dejarse llevar».

«Yo no tengo pecados».

«Pero tienes demonios».

Alberto se reafirma en que es el terco

empeño del tiempo el que remata cualquier historia. De nada sirve perderlo especulando con el lugar que nos reserva el final: si el Infierno, el Paraíso o el vacío absoluto,

Tan ensimismado está en sus cábalas que no es consciente de que se escapan al aire.

- —El jodido hijo de puta tenía razón.
- —¿A qué te refieres?

Hormi reacciona, sorprendido de que Yago lo oyera.

- —¡Maldita sea! Rumiaba en voz alta. ¡De acuerdo! Te hago una pregunta: ¿qué ves a tu alrededor?
 - -Cipreses, el convento. ¿Por qué?
- —No, más allá de lo que pueda haber delante de tus ojos.
 - —¿Hablas de la vida?
- —Vida, humanidad, existencia, llámalo como quieras.
- —No sabría contestar. Sé que gente ociosa dedica interminables discusiones a semejantes enredos y que plantean doctrinas que no suelen solucionar, sino complicar el día a día de los que no hacen otra cosa que trabajar. Es cuestión de prioridades.
 - -¡Exacto!, las más de las veces el

hombre lucha por sobrevivir. ¿Y sabes por qué? Porque está inmerso en una perpetua de contradicciones. Genocidios. bélicas entre países y fuerzas disputas internacionales que sacrifican la integridad de sus componentes imponiendo la paz. Odio y amor mezclados en un cóctel demencial que no se deja de agitar. El abuso y el expolio con que someten los ricos y poderosos a los débiles e indefensos, frente a la entrega sin condiciones de personas que se unen para ayudar al prójimo. Las hambrunas provocan la desidia de unos y la caridad que lleva a otros a dar de comer. Todo son escaramuzas intestinas de esa contienda que corroe nuestro corazón. ¿Somos víctimas de una dualidad en continuo enfrentamiento, o el resultado de una conciencia autodestructiva que se niega a aceptar su naturaleza? ¿Contra quién o qué batallamos?... no, mejor no respondas a eso, volvamos al principio. ¿Qué ves cuando miras?

—¿Debería ver enemigos?

Hormi tuerce los labios con una sonrisa.

—Sería lo más oportuno dada las circunstancias, ¿no crees? Pero eso no es lo que bulle a nuestro alrededor. Ven, deja la pala

un momento, sígueme.

Se acercan a un claro, entre los cipreses, desde el que a lo lejos se divisa la avenida marítima, una parte de la ciudad a la derecha y otro tanto de la Maresía hacia la izquierda.

- —Si permanecemos alerta no tardaremos en oír las campanadas de la iglesia reclamando a los fieles en el cabo del Pescador. Y si te fijas, desde aquí se distinguen los chapiteles de la catedral. ¡Son la inconfundible expresión de la vanidad y la insignificancia alzándose en estéril intento de tocar el cielo! En los barrios se edifican parroquias o «casas del Señor», como pomposamente las denominan. Incluso en lo alto de una montaña te topas con una ermita. Pueblos o inhóspitos lugares, cualquier sitio es bueno para construirlas.
 - ¿A dónde pretendes llegar?
- —¿No lo comprendes? Esos templos son refugios contra el miedo y la soledad. No los levantan porque en ellos encuentren al «todopoderoso», lo hacen porque se sienten perdidos y tan insustanciales que anhelan un ser eterno al que asemejarse... la razón que colme de sentido la existencia. Nos

empeñamos en derrotar a la muerte y es a la vida a la que no se puede vencer... ¿qué me cuentas de ti? ¿Ves al Hacedor en alguna parte?

Yago duda y, procurando seguirle la corriente, se decide por la más vulgar de las respuestas.

--- Algo debe de haber. Hay un orden...

-¿Un orden? Imagino que lo dices por la querra encubierta de la que te hablaba. ¿o por ventura te refieres a la inescrutable fuerza que coloca en el mar o en el caudal de un río a las criaturas que precisan agua para respirar? pregunta en tono sarcástico, y prosigue--: No, si existiera, sabrían dónde reside su dios v lo desconocen. Por eso lo meten en santuarios y le rezan a su imagen humanizada. ¡Es ridículo! Mi hermanastro, ese hijo de puta, me lo dijo antes de morir v tenía razón. Creamos demonios que justifican las miserias que dejamos al descubierto y dioses que nos reconfortan cubriéndolas de nuevo. Si te liberas de la angustia que provoca saberse tan vulnerable e intrascendente, te transformas en ángel... o en diablo, tú eliges. Es entonces, una vez redimido, cuando te enfrentas cara a cara con la vida y la exprimes hasta agotar el placer y el dolor que se esconde en cada gota de sangre. En constante lucha por ser el hombre que nos gustaría, nos olvidamos de aceptar y complacer al que somos.

Yago no desea participar de lo que entiende son delirios o razonamientos estériles ni añadir nada que lo contradiga. Está convencido de que Hormi incuba un germen destructor y opta por devolver su atención a lo prioritario. Si su presencia siempre le es incómoda, en las últimas semanas resulta asfixiante.

—Nos urge concluir el trabajo, comienza a amanecer y conviene largarnos de aquí.

-Está bien.

Después, tras examinar y limpiar la zona hasta no dejar rastro del crimen, los hombres cargan en el maletero del auto el saco de tierra y el bolso con los restos de Juan.

- —En el crematorio todo estará preparado. Pregunta por Lito, él se encarga, sigue sus instrucciones.
 - —De acuerdo.

Alberto mira atrás, a la entrada del cerro.

—¿Qué piensas de esto? No consigo dar con una explicación verosímil a lo que

ocurrió aquí anoche.

-A veces las cosas son tal y como parecen. Las huellas demuestran que fueron dos los atacantes y que os siguieron hasta disponer de un disparo limpio. Por lo que me has contado me hago una idea aproximada de los acontecimientos. Es probable que enfermedad terminal de su muier v imposibilidad de asumir el sufrimiento que conlleva, crearan en tu hermanastro un estado emocional que lo indujo al suicidio como única salida. Al no acumular el valor necesario para llevarlo a cabo, contrata a un par de elementos y se cita con ellos aquí. Lo convenido es que le metan una bala entre ceja y ceja mientras sube al cementerio. En mitad de la avenida se arrepiente, ocultándose entre los árboles con la esperanza de que no puedan localizarlo. De improviso sucede lo que sin duda es lo inexplicable en este asunto: lo descubres adentrándote en la arboleda. Después de recuperarse del estupor inicial, Juan, que en un primer momento pudo creerse sorprendido por los sicarios, desarrolla una disparatada historia sobre unas supuestas revelaciones de índole sobrenatural con el propósito de intercambiar las americanas, para que la bala destinada a él, la encajes tú. La poca visibilidad y la presencia de un extraño al que nadie había invitado, pusieron nerviosos a los matones hasta el punto, al menos eso se deduce tras el trueque de chaquetas, de confundir la diana. De ser así, estoy seguro de que eran unos chapuceros e incompetentes, un profesional jamás se hubiera largado sin antes comprobar la conclusión del encargo. También cabe la posibilidad, la más verosímil, de que se dieran cuenta del ardid tramado por tu hermanastro y alcanzaran su objetivo.

- -Sí, es factible.
- —Lo demuestra el hecho de que Juan sabía que os acechaban con intención de disparar. Su implicación es tan evidente como improbable que fuera un plan diseñado para ejecutarte. Según admites, no fue él quien te trajo hasta aquí. Y eso es lo desconcertante en este asunto y tal vez la razón por la que no des con una explicación coherente.
- —¿Y si lo improbable fuera lo cierto? Cabe la posibilidad de que ayer nos siguieran hasta la Maresía y después al cerro.
- —Creo que Juan era parte activa: o conspiró para que te mataran o te alertó impidiéndolo, en cuyo caso habría que

averiguar de dónde sacó la información y cómo pudo adelantarse a tus pasos. Personalmente no creo que se la facilitara ningún espíritu ni que fuera adivino, por lo que me reitero en mis conclusiones. Ya te lo dije: a veces las cosas son lo que parecen.

Hormi abre la puerta del auto y se introduce en el interior sin decir más. Yago cierra el maletero y ocupa su puesto al volante.

- —Son poco menos de las siete de la mañana. Me dejas en casa, me doy un baño, y cuando te deshagas del cadáver vienes a por mí. No te entretengas, necesito estar antes de las nueve en el apartamento de Fedor.
 - —Parece que hoy salió temprano.
- —No importa, ábrela, echaremos un vistazo.

Yago manipula la cerradura hasta desbloquear el acceso, entra y realiza un rápido registro. Alberto se dirige al salón, desliza con los dedos la cortina que da a una pequeña terraza y observa el exterior. A continuación se acomoda en el sillón más amplio.

—No hay nadie. La impresión es la de que no pasó la noche aquí. ¿Deseas que lo

localice?

- —No, me encargo yo. Baja a tomarte un café, ya te doy un toque.
 - —¿Olvidaste tu arma?
- —¡Desde luego que no! Después de lo de anoche no volveré a separarme de ella. Además, he añadido mi viejo cuchillo.
 - —Toda protección es poca.

El chófer se marcha y la casa queda en silencio, como si iamás se hubiese perturbado la apacible complicidad de sus muebles, de sus paredes. Hormi coloca los pies sobre la mesita que tiene frente a sí y entorna los ojos seducido por una tranquilidad inesperada. La cortina del balconcillo tamiza la luz de la mañana hasta crear una placentera penumbra. Está agotado, se le acumulan las horas sin dormir y le cuesta mantenerse despierto. Las sombras que lo rodean se funden en una sola y todo se vuelve plano e impreciso; todo, excepto la cajita de alabastro que está en una repisa junto a la librería. Alberto hace un esfuerzo para fijar la mirada, y al fin se levanta a cogerla.

39. El sendero del último aliento

Las mujeres llegan al bosque con el ocaso. Alina poseída por un afán que destierra prevenciones o recelos, Hilaria con rezos y demandas a Dios, y Melania con el vívido recuerdo del demonio que le mostró el Infierno. Un lapsus de cautela las induce a detener la marcha, pero la determinación de la primera no le concede oportunidades al arrepentimiento y, sin más preámbulos, se aventuran entre los árboles

Recorridos escasos doscientos metros, la bruja de las flores hace un alto e inspecciona el entorno. Le asalta la certidumbre de que el follaje las engulle cerrándose en retaguardia. Al no observar nada más allá de un mal presentimiento, continúa al frente de la comitiva.

—En ningún otro sitio me he sentido tan reconfortada como al amparo de los abedules, sin embargo, juraría que hoy desprenden hostilidad. Prended los candiles, pronto no habrá más luz que la de sus torcidas.

Acaban de encenderlos cuando la noche se les precipita de golpe. El cielo

desaparece tras la urdimbre vegetal y una súbita orfandad las deja a merced de las leñosas ramas que se ciernen sobre sus cabezas. La respiración se enrarece con el vaho que emana de la tierra y a duras penas distinguen el contorno de los troncos en derredor. Todo se rinde al dominio de las sombras, tan toscas e implacables que apenas logran sacudirlas de sus cuerpos.

—Pégate a mi espalda —ordena Melania a la señora Velarroa—, y tú, Hilaria, a la de Alina. No quiero descuidos. Nos llevaría horas localizar ayuda de surgir cualquier eventualidad. Además, unos pasos bastarán para quedar fuera del alcance de las lámparas y perderse en la espesura. No os fiéis si en la oscuridad halláis resquicios por los que mirar.

Medio kilómetro más y la guía se para de nuevo, se gira, da un par de zancadas colocándose a la altura de la aya, y enarbola el candil. En su interior bulle la certeza de que el mal medra alimentado por la inquietud que exhalan sus corazones.

—Es la segunda vez en días que observo fenómeno tan insólito. Se diría que el camino se deshace según lo andamos. Si decidiéramos retornar, nos enfrentaríamos a

una tarea ardua y laboriosa, por no hablar de la angustia que provoca la escasez de aire.

—¡Dios bendito! —exclama Hilaria, abatida por la tensión—. Nos metemos en las fauces del lobo. Deberíamos reconsiderarlo y regresar.

—¡Por favor, señoras!, ¿qué les acucia? No somos adolescentes timoratas — reprocha Alina—. El lugar y las circunstancias nublan nuestro entendimiento. Tú, querida Hilaria, durante años demostraste tener coraje para arrostrar con las consecuencias de mi desgracia. El Altísimo es testigo de que no agravio a la verdad si afirmo que acompañarme hoy no te exigirá más sacrificios que los superados. Melania, fue tu voz la que me sacó de... la que me devolvió la cordura, la esperanza —y añade en tono suplicante—. ¡No quieran abandonarme!

Donde antes creyó que el sendero sucumbía a raíces y hojarasca, ahora Melania reconoce márgenes e incluso los surcos de sus pisadas. La intervención de Alina aborta la posibilidad no pactada de replantearse continuar. No necesita consultar con la aya, sabe que deseaba permanecer en la casa, junto a Toñito, pero también que jamás

traicionará a la madre del niño. Tampoco ella, por mucho que empeoren las cosas, sería capaz. Por eso, conforme se consolida la presunción de que acecha el mal, mayor es la evidencia de que no podrán sortearlo. Lo extraordinario es que la amenaza, tan irracional como perturbadora, renueva en la bruja de las flores las ganas de luchar. Las tres están unidas a un mismo destino.

—Tranquilízate, nos mantendremos a tu lado. Prosigamos, aún queda un buen trecho.

Consumidas varias horas de un transitar libre de percances, la guía propone un alto. La fatiga mella sus maltrechos ánimos y hay que reponer fuerzas. Agrupan los candiles en zona propicia y se sientan en corro aprovechando unos troncos caídos. La noche y el bosque les dan un respiro y todo parece envuelto en un halo de relativa normalidad. A pesar de que las lámparas lucen con un fulgor inesperado, advierten la nebulosa textura del firmamento sobre sus cabezas.

—De lo que sí participé, Melania, fue de la sensación de que faltaba el oxígeno y nos envolvía un fluido inerte. Creí que no volvería a oler las fragancias del río o de las montañas — confiesa Alina, mientras ojea el perímetro—. Ni siquiera logré distinguir movimiento en las ramas y mucho menos apreciar el murmullo del viento en las copas de los árboles. En breve avistaremos el claro de los líquenes, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, en un santiamén, justo al acabar esa senda, la del «último aliento», lo delata el airecillo que nos reconforta. A partir de ahí nos expondremos a la explanada de rocas que la humedad del norte cubre de verde. Se asemeja a la inaccesible pared de una montaña, pero en horizontal, abarrotada de salientes y oquedades. Habrá que extremar la precaución, a nuestra edad una caída supondría, en el mejor de los casos, un hueso roto. —Y acto seguido se dirige a Hilaria—: Ha mucho rato que permaneces callada, es notorio que algo te preocupa, ¿desearías compartirlo?

La aya entiende que la invitación no es gratuita, sino un recurso, una vía al desahogo. Al repartir la carga se sortean o alivian las dificultades, pero en sus alforjas pesan las palabras pronunciadas por el demonio de la habitación número once antes de cerrar la puerta del desván: «Nos encontraremos allí

donde nunca querrás ir». Siempre tuvo un argumento mayor para eludir los sitios que por una u otra razón rechazaba visitar: la de no toparse con el ser de noches sin almohada. Y es consciente, de manera trágica porque no hay forma ni modo de escapar, de que el destino la conduce a ese lugar.

—Hace años que en Hilaria no cabe más preocupación que la de mi familia — afirma Alina, que se adelanta a la intervención de la aya—. Es la madre que vela por mis hijos, mi enfermera, mi amiga. No quiero pensar qué habría sido de nosotros sin su asistencia. No conozco a persona tan entregada y generosa ni riquezas que paguen lo mucho que le debo...

Cuando la aya se dispone a terciar, la bruja de las flores se levanta con la mirada puesta en el horizonte de tinieblas, como si escudriñara en lo profundo de su seno.

—¿Qué pasa?

—¿Qué has visto?

Preguntan las mujeres, sobresaltadas.

Con la misma premura que se rompe la calma, la noche hostiga los candiles y lo hace con tanta saña, que se diría empecinada en apagarlos. El aire se endurece hasta dar la

impresión de que se niega a entrar en los pulmones. Respirar vuelve a ser un reto con cada bocanada.

-¡Callaos, escuchad!

En la distancia, camuflado en el siseo de la brisa, creen distinguir un grito.

- -Es Marta, deambula extraviada.
- —Te equivocas, mi hija se quedó con el compromiso de vigilar y proteger a su hermano. Es evidente que la imaginación nos la juega una vez más. Ese sonido proviene de una de las abundantes alimañas que moran en este emponzoñado redil, incluso del traicionero viento. Oímos lo que queremos. La causa es del ambiente que se torna opresivo.
- —No me extrañaría, señora, la chiquilla es atrevida y porfiada, aunque responsable, le cuesta obedecer —asegura Hilaria—. Si es ella, estoy convencida de que habrá dejado a quien atienda de Toñito. Debemos averiguarlo y sea quien sea, prestarle el auxilio que demanda.

Melania insiste en que es Marta y, más que sentarse, se desploma en el madero. Confiaba en que la odisea de la señora Velarroa avanzara sin conflictos, sin hostilidades; de no ser así, el mal tomaría ventaja y todo se complicaría con las primeras escaramuzas. Son demasiado ingenuas para reparar en engaños y artificios. Por nada del mundo debían separarse y, sin saber cómo, descubre que ya lo están. Pero no ha de caer en la complacencia de la derrota, si la integridad de la joven está en cuestión. La urgencia apremia, resta poco más de una hora para la media noche, y ha de remediarlo.

—No me agrada la idea de dejaros, aunque es la única opción. Si vienen conmigo nos retrasaremos y las expectativas de dar con Marta se verán mermadas. ¿Lo entienden?

—Sí, pero no lo apruebo —alega la aya.

—Asumimos los riesgos de la incursión en la quebrada. Planificar encuentros con apariciones no es un buen plan. Hoy y siempre fuimos cuatro, pero se nos olvidó cuando en la tarde lo hicimos tres. Un error que puede salirnos muy caro. Si tengo la suerte de dar con la joven y ustedes no se mueven de aquí, este incidente pasará a ser una anécdota sin más consecuencia que la de un retraso. Parto de inmediato, lo prioritario es encontrar a la osada e imprudente niña. ¡El cielo nos valga!

Asienten, sobrecogidas por el inesperado vuelco de los acontecimientos y,

tras abrazarse, las mujeres rompen a llorar.

- —Pase lo que pase no se les ocurra abandonar este sitio. Hilaria, necesito que lo prometa.
 - —Se lo prometo.
 - —¡Bien! Volveré con Marta.

Agarra con decisión el candil, se apoya en el báculo y se adentra en la espesura. Unos pasos bastan para que su imagen desaparezca.

—¡Melania! —grita Hilaria, como si le fuese la vida en ello.

La anciana regresa.

—¡Por lo que más quieras, tráenosla sana y salva!

Al disponerse a proseguir, la bruja de las flores recuerda los últimos versos de un cántico popular:

«... Qué más da llegar o no a puerto, si antes o después, del derecho o del revés, todos terminamos muertos».

Y constata lo alejada que está la aya de las elegías donde la parca reclama su tributo. Aun en este vacío del alma, un soplo de esperanza, por nimio que sea, ilumina el mañana.

Un año atrás, despreciando reputación del inhóspito paraje. participó, junto a otros colegas del pueblo, en una excursión que rondó los límites del claro de los líquenes. No es que lo considerase mérito suficiente para repetir la gesta en solitario, menos aún en horas intempestivas con el raquítico apoyo de una lámpara de aceite, pero si a eso se le añadía el don de la orientación del que alardeaba, y un mínimo conocimiento de los alrededores de Los Maniere, la cosa cambiaba. Con esa premisa y una vez que Toñito estuvo dormido, salió de su casa resuelta a adentrarse en la vasta proliferación de árboles con la convicción de que no sería un problema alcanzar a las muieres, mucho más lentas v torpes, debido a la diferencia de edad.

Lo hizo de noche, armada con su candil y un bolso de tela colgado del hombro en el que introdujo una manta pequeña, una botella de agua, pan y una barra de chocolate; sin amedrentarse y sin prevenir más contingencia que la de un tropiezo al abrirse paso, tan persuadida estaba de que Alina e Hilaria la necesitaban.

No pudo evitar cierta pesadumbre al pasar por las inmediaciones del camposanto ni la indignación al dejar atrás la morada de Melania y su invernadero. Lo más doloroso fue la conmoción, casi paralizante, que la sacudió al penetrar sola en la tierra en la que enraízan los abedules, presagiando un error de cálculo que pone en cuestión sus actos, sus decisiones; mas fue un instante, la juventud lo compensó con la vehemencia de un afán tan sólido como la negrura que ahora la cerca.

Tras alejarse del improvisado campamento, la bruja de las flores evalúa las dificultades. Aunque la prioridad es proteger a Marta de su irresponsable proceder, advierte una amenaza mayor que toma forma en los recuerdos de la aya. Los descartó al asociarlo a sus pesadillas, pero es el demonio del desván el que se materializa según transcurre el tiempo, y eso no es todo: está convencida de que Alina supone un peligro. Si se demora, manipulará a Hilaria y proseguirá con la ruta prevista. ¡Sabe Dios lo que podría suceder!

Desplazándose a zancadas, con una agilidad que nadie le presumiría, Melania fija la atención en la hija de la señora Velarroa, y se

sorprende al comprobar que la suerte, siempre esquiva con quien la busca, se trueca en inesperada compañera. La chiquilla parece encontrarse en perfecto estado, calcula que a unos doscientos metros. No ha progresado cincuenta cuando, en sus músculos, a ráfagas, se disparan los precursores químicos de un estruendo imposible de soportar. Es el preludio del *tinnitus* que, lejos de un fenómeno perceptivo, es consecuencia de su capacidad de reparar en los pensamientos ajenos y que, en su mente, detona como el telúrico diálogo de las montañas.

—¡Oh, no, no!

Intenta controlar el vértigo sin dejar de andar, pero tan devastadora como un colosal sismo que sacudiera los valles y serranías que la circundan, la convulsión de su organismo desencadena la huida a un mundo de inconsciencia que la preserve de la tortura. Es un acto reflejo en pos de la supervivencia ante el colapso del ser. Sin embargo, hoy deberá luchar y postergarlo. Está obligada a dar con Marta e indicarle la dirección en la que aguardan su madre y la aya.

Arriba y abajo se confunden, su paso se entorpece y la visión se le nubla. Aún puede

distinguir, mientras avanza, una pared natural originada por un súbito alzamiento del terreno. Es de tierra roja por la que asoman raíces y que rebasa con creces su altura. Motivada por el instinto, se refugia sentándose en la base. Un chisporroteo de lucecitas de colores anuncia el comienzo de la insoportable experiencia. Respira hondo y procura calmarse al tiempo que descubre no estar sola. Se le acerca un animal y, más allá, arropada en la negrura, el diabólico espíritu, la bestia que aúna perversión y crueldad.

Superadas las dos horas de caminata que, según sus cuentas, compensarían la ventaja tomada por sus predecesoras, la joven sigue sin encontrarles el rastro. Están en mejor forma que la atribuida en sus previsiones o es la prueba de que se desvió de la ruta trazada, en cuyo caso, ha de admitir que se ha extraviado. Sobre todo ahora que la asedia la impresión de sobrepasar constantemente los mismos árboles, como si al adelantarlos, las leñosas extremidades que los mantienen erguidos, aprovechasen el ropaje de la noche para colocarlos nuevamente delante. La fatiga y la incertidumbre mellan el ánimo de la

muchacha, que no se resigna a aceptar la precipitación de sus decisiones y las consecuencias que acarrean. En un arrebato de impotencia, grita por Alina e Hilaria, pero su voz se diluye en el cerrado abrazo del bosque.

Apova su espalda en un tronco y la desliza hasta sentarse. Al acomodar su candil entre las piedras, se le ocurre que si lo apaga, de estar a relativa distancia, podría percibir el resplandor que emanan los de aquellas a las que persigue y, sin titubear, lo lleva a cabo. Según se adaptan los ojos, escruta sin aparentes resultados. En un principio teme que le dio a la luz la oportunidad de escapar y que no volverá a verla jamás. En segundos advierte, con alivio, que está equivocada. La sensación es la de hallarse en un angosto túnel del que a lo lejos se vislumbra un hipotético final: es sutil, casi una transparencia que tropieza con infinidad de troncos, quizás lo imagine. Se levanta, orienta el cuerpo hacia el lugar, da fuego a la lámpara y de inmediato enfila la travectoria marcada. Tras minutos repite la operación, por si ha variado el rumbo, comprueba que no es el caso, y prosigue reiterando la acción hasta que su proximidad lo hace innecesario. Proviene de

los árboles que rodean un talud que de improviso crea un desnivel. Se aproxima con cautela.

—¿Hay alguien ahí?

Una pequeña concavidad le impide examinar el fondo. Marta gira a la derecha en busca de un acceso. Camuflada en los arbustos, divisa una rampa construida por la lluvia, a trompicones desciende agarrándose de las rocas. Una vez logrado su propósito, sortea los abedules que la obstaculizan y observa con atención. Lo que se le muestra hiela la sangre en sus venas.

-¡Dios mío!

- —Te digo que no se oía nada, nos sugestionó con sus pamplinas. ¿Puedes afirmar lo contrario?
- —No, señora, ni siquiera estoy segura de que oyera la voz, ¿y por qué habría de burlarnos de forma tan despiadada? Aunque jamás quise que le siguiéramos el juego, no tiene sentido traernos aquí y luego abandonarnos, tampoco la creo capaz de semejante crueldad.
- Es tan sencillo como sucumbir a un ataque de pánico, de histeria. Se puso

nerviosa y se descontroló. Sabes que recelaba de cualquier cosa. ¡Si tuve que imponer sensatez ante tanto desvarío! ¿O no estabas ahí cuando insinuó que el bosque se tragaba el camino?

- —Si nos ha engañado ahora, también pudo hacerlo con el asunto de la quebrada.
- —¿Y cuál era su plan? ¿Desentenderse de nosotras? No es verosímil. Además, ¿ignoras que me rescató del desolado territorio en el que el remordimiento me confinaba? Dime: ¿llegados a este punto, sería lógico exigirme pasividad y no continuar hasta averiguarlo?
 - —Le prometí que no nos moveríamos.
- —No va a regresar. Han pasado veinte minutos y restan pocos más para la media noche. ¿De verdad crees que voy a malgastarlos discutiendo contigo? Si es lo que prefieres, quédate.

Alina recupera su candil y enfila el sendero que señalara la bruja de las flores. Hilaria recoge el suyo.

- —Señora, deténgase, ¿y si estuviéramos equivocadas y la niña está en apuros?
 - —Mi hija se quedó en casa al cuidado

de su hermano. ¿Por qué te preocupas? ¿No partió Melania a su encuentro? No me pidas que permanezca de brazos cruzados. Es tarde y hemos desaprovechado un tiempo precioso. Aligeremos o nos darán las doce sin avistar destino.

La señora Velarroa, que había hecho un alto para responder a la aya, le da la espalda y aprieta el paso.

- —Con esas prisas o no podré seguirla.
- —Con esa calma no podrás alcanzarme.

A Hilaria le da un vuelco el corazón. No comprende lo que sucede porque ese no es el normal proceder de la señora. De lo único que está convencida es de que hará lo imposible por mantenerse a su lado, pero tiembla al pensar que ella no dudará en dejarla atrás.

Melania está tendida en la tierra con parte del tronco recostado en el muro del talud. El candil a su derecha y a la izquierda un lobo que se le acerca. Sin evaluar el riesgo al que se expone, Marta tira una piedra al animal y corre hacia la mujer dando gritos con ánimo de espantarlo.

-¡Por favor! Tranquila, es un viejo

compañero que me protege.

Sin moverse, la bruja de las flores se expresa con un hilo de voz. La fuerza de voluntad y el extremado vigor de su cuerpo, permiten que su conciencia supere, a duras penas, el tormento al que está sometida. La joven intenta incorporarla, pero Melania se lo impide.

-Mejor que no.

Obedece, luego saca la manta y se la coloca por encima. Aparta el contenido y le acomoda el bolso bajo la cabeza a modo de almohada.

- —¡Por Dios! ¿Qué les ha pasado? ¿Dónde dejó a mi familia?
- —No te alarmes... oímos la llamada y salí a tu encuentro.
 - —Al verla creí… ¿está herida?
- —Son los vértigos y trastornos que de cuando en cuando me convierten en una inválida, cosas de la edad. En un rato me habré repuesto.
- —¿Es lo que le ocurrió en el invernadero?
- —Algo parecido. Por favor, te lo ruego, escúchame... me cuesta hablar. Sigue en esa dirección, no tardarás en dar con ellas.

Esperan a un lado del camino, donde unos troncos caídos, pero no creo que lo hagan por mucho tiempo. Así que apresúrate... no te preocupes ni demores por mí, me reuniré con vosotras en cuanto me recupere.

- —No puedo dejarla así.
- —Debes hacerlo, tu madre te necesita... vete. Si no están allí, continúa hasta el claro y procura atravesarlo en línea recta. Recuerda que el viento sopla del norte, mantenlo siempre a tu derecha.

Marta observa durante un instante al lobo, que hurga en la oscuridad sin parar de gruñir.

- -Lo haré. ¿Seguro que estará bien?
- —Sí, gracias a ti, con un pequeño descanso bastará. No dejes la senda ni te detengas por nada.
- —De acuerdo, iré a ver cómo están y regreso. No voy a desentenderme de usted.

-Lo sé...

En Marta bullen sentimientos y emociones contrapuestas. Desea auxiliar y permanecer junto a una persona impedida que, por muy detestable que le parezca, no puede desatender; pero le urge reunirse con su madre y la aya de inmediato. Aparta el pelo del

rostro a la anciana, le acerca el báculo, y mira el trayecto que ha de tomar.

—Saldremos todas de aquí, se lo prometo.

-iSí!

Se alza con decisión y se encamina en la dirección señalada. La bruja de las flores se incorpora asegurándose de que la muchacha se interna en el sendero. Le alivia confirmar que desaparece en él. El lobo se eriza y gruñe con más energía, obsesionado con las entrañas del bosque.

La bestia arrastra tras de sí una ráfaga que proviene de las soterradas profundidades tierra averno lа retumba. resquebrajándose, y la maleza se contrae. Melania cree que los árboles se deshacen en lluvia de naturaleza incinerada. La ronca protesta del lobo se convierte en gemido que no tarda en extinguirse. La anciana, impotente, se gira para no ver su agonía, intentando defenderse del aliento infernal que se expande ante sí. Finalmente sucumbe a la irrupción de la maldad, que en su cuerpo percibe como un gélido temblor que le cristaliza el alma.

El caos se concreta en algo sustantivo, consciente: una vorágine de tinieblas que lo

engulle todo. Hay analogías con la manifestación de Danel, pero no es igual: es una prolongación, un acceso, el umbral de un odio que se materializa sin forma que lo contenga. Melania experimenta, en sus carnes y en su mente, las embestidas de una poderosa influencia que de nuevo la somete, entonces descubre un propósito, una voluntad que no solo rastrea a Hilaria, también la casa en la que Toñito duerme en la soledad de su cuarto

Según concluye el sendero del último aliento, el viento del norte se hace notar con fuerza y el claro de los líguenes surge como postrero obstáculo a salvar. Casi en línea recta, y a menos de doscientos metros, se abre la garganta donde la señora Velarroa espera contactar con los espíritus de sus seres queridos. A pesar de lo negra que es la noche, distingue la silueta desafiante de las montañas contra el cielo. Con un rápido vistazo se cerciora de que, aunque rezagada, la aya no ceja en su empeño. Resuelta a no ceder, devuelve su atención al frente y se adentra las rocas protegiéndose de entre tramontana. Por su parte, Hilaria, al verificar que con cada zancada se alejan más la una de la otra, grita reclamando su favor, pero comprueba, desesperada, que no lo obtiene.

Marta está persuadida de que abandonar a alguien enfermo es un acto innoble y que su conducta no tiene justificación, pero ¿qué la tiene en unas circunstancias en la que los adultos salen al encuentro de los muertos? Son demasiados los caminos a recorrer, ¡cualquiera se extravía!, y la domina la horrible sensación de que hagan lo que hagan o vayan a donde vayan, lo más probable es que las cuatro acaben perdidas.

Absorta en las repercusiones de eventos tan adversos, se ve obligada a realizar repetidos altos para recuperar el trazado establecido, a menudo camuflado por los arbustos y la hojarasca; así, en un margen del mismo, descubre los troncos que sirvieron de descanso. En vano demanda una respuesta al pronunciar sus nombres, pues contesta el viento que, a ráfagas, anuncia la proximidad del claro.

Melania resiste atenazada en el interior

de su cuerpo, sin vigor ni facultad de moverse. Sabe que no puede ceder porque no es su integridad la que está en juego. Tirada, en medio del bosque y junto a los restos del lobo, percibe, a través de la depravada entidad, la ruta que conduce al dormitorio del niño. A su paso, los que fueran abedules altivos crepitan y caen como madera podrida. La tierra supura un vapor fétido que casi la enmascara. Todo se transforma en insalubre ante el abominable ejército que la escolta. Insectos, aves y alimañas que huyen, son aplastadas al salir de sus nidos o madrigueras.

En la base del talud, flanqueada por las retorcidas raíces que sobresalen del terreno, la anciana reconoce la casa en la que duerme Toñito. La aparición entra en el salón, y sus muros se estremecen hasta los cimientos. De inmediato ordena a sus legiones, que parecen apropiarse de aspectos y ademanes humanos, que le traigan al hijo de Alina. En algarabía de gritos y saltos suben al segundo piso. El mandato de la bestia apenas es audible, en vez de voz, produce una vibración que arremete contra el inmueble. El crío se despierta rodeado de una gélida sacudida. La bruja de las flores es el único referente en

medio de la confusión; sus pensamientos, el rastro que deja la luz: luz que solo puede verse cuando reina la oscuridad.

Superados los veinticinco minutos desde que abandonaran el amparo de los árboles, el contacto visual se limita a un débil resplandor que en ocasiones ilumina el horizonte de rocas. La determinación de Hilaria en pos de su señora no le impide mirar atrás. esperanzada en que Melania asome con la joven, pero lo que divisa es el trecho insalvable que la separa de las personas que quiere. Si la idea de que Marta deambule en el claustrofóbico seno del bosque la conmueve, aún le inquieta más la posibilidad de que Toñito esté solo y desprotegido. Sería terrible que algo le ocurriese mientras, junto a su hermana y su madre, se debate en una encrucijada sin salidas. Ni en sus peores sueños hubo espacio para una situación así. La mejoría de la señora Velarroa resulta ser un convincente delirio que las ha involucrado en una espantosa pesadilla. Y aunque se encomienda a Dios al sentir el impacto de su triste destino, no está dispuesta, en tanto el aire colme sus pulmones, a ser cómplice de inescrutables designios ni a rendirse a la fatalidad que las acosa.

La ava sabe que en tales circunstancias las dudas son obstáculos añadidos. De manera que acelera la marcha resuelta a alcanzar a Alina e imponer razón donde reina la locura. Arrebatada por la urgencia se precipita hasta dar un mal paso, pierde el equilibrio y cae golpeándose la nuca. La luz desaparece iqual que la de aquel candil que en su juventud apagara en el pasillo de la casa de huéspedes. Siente en la espalda el mismo frío que desprendía la pared opuesta a habitación número once, y ahí está la puerta que se torna a abrir, despacio e impasible, como entonces. Los goznes chirrían y el interior del cuarto se muestra. Le sorprende un irresistible deseo de acercarse a contemplarlo. Dentro está el inquilino que, de pie, colocado en la cabecera, deshace la cama despoiándola de sábanas, de mantas; y que, sonriente, le ofrece un improvisado lecho de piedras.

Ultimada la caminata, cuando Alina llega por fin al lugar de su cita, descubre que el acceso a la quebrada es una herida abierta que resquebrajó la montaña partiéndola en dos. La agitación que le produce el logro de su

propósito no le deja ver, en un principio de euforia, que la angosta garganta es un profundo aquiero que se desborda con el remordimiento del que huye, y que nadie la aguarda en esa oscuridad. Confusa. inspecciona en pos de un signo o señal a la que aferrarse, pero no encuentra nada, salvo esa grieta por la que la noche sangra y que reconoce entrada de vuelta a su mazmorra. Qué difícil le ha resultado comprender, admite, vida no otorga una segunda oportunidad; y que es ella: la que vio morir a Ernestito y a su marido, la única que puede dársela a la vida. Ahora necesita regresar y apoyarse en Hilaria para que le ayude a recuperar el amor de los hijos que le quedan.

A ráfagas, impelidas por el viento que gime entre líquenes y peñascos, jirones de nubes mantienen húmedo el claro.

Marta se teme lo peor, al finalizar el sendero del último aliento no aprecia los candiles de los que se valen Hilaria y su madre. A pesar del laberinto de rocas, debería ver el reclamo, ya fuera exiguo o fugaz, de sus lámparas en la oscuridad. Parece que se las hubiera llevado la premura de esa niebla que

pasa de largo. Manteniendo el empuje de la tramontana a su derecha, prosigue cuidándose de no obviar indicios. Por primera vez, desde que partió de su casa, no sabe si el tiritar que la asedia es fruto del frío o de la angustia que le ocasiona la perspectiva de que hayan sufrido un accidente.

Recorridas unas decenas de metros se detiene ante el asalto de sensaciones que la desorientan: en vez de ser quien avanza, le invade el convencimiento de que es el claro el que se desnuda y revela; el que la dirige hacia lo que busca, el que necesita librarse del horror que le originan unos pies que asoman extendidos sobre las piedras; el que aparta las rocas que le estorban y la aproxima al cuerpo inerte de Hilaria, que la espera.

Se arrodilla, sitúa el torso de la anciana en su regazo y sin dejar de moverla, arrullándola, intenta conjurar el dolor con el llanto. Luego la deposita con mimo en el suelo y se levanta para gritar el nombre de su madre. Con el azote del viento del norte en el rostro, emborronada la visión por las lágrimas, se dispone a registrar la explanada cuando Alina aparece frente a ella, de pie, sin luz, sin vida y desencajada la mirada. Le recuerda a uno de

esos fantasmas con los que se asustan a los niños en la madrugada, espíritus que arrastran cadenas y el tormento del alma.

40. Del miedo que a la vida le tienen los muertos

Además de su belleza, a Alberto le fascina el tacto orgánico del ámbar. La impresión es la de estar recubierto por una fina película transparente que, a modo de placenta. lo protege y comunica con el exterior. Una cascada de estímulos y sensaciones colapsan sus dedos fundiéndolos en puentes por los que fluye el pálpito de la vida, incluso la convulsión propia de la muerte. Al contemplarlo, sus ojos se desbordan de reflejos incandescentes y su mente se ilumina con una influencia o conocimiento que lo persuade. Hav morboso placer en la simple observación, pero aún es mayor el que le proporciona poseerlo. No es necesario girar el objeto para distinguir en sus adentros un juego de texturas y contraluces que crean imágenes. Las hay que son caprichosas, escurridizas e irreconocibles, aunque abundan las que revelan la esencia o propósito que las anima. Formas que muestran lugares, momentos y personas, como la que ahora le espanta al ver a Fedor encañonarlo y dispararle a quemarropa. Los detalles son tan precisos que reconoce la pistola, es la que le regalara un par de años atrás y que el hijo de Graciano oculta bajo el tablero de la mesa, la misma en la que apoya los pies. Tantea y la encuentra con facilidad, luego la introduce en un bolsillo de su chaqueta. Vuelve al hipnótico artefacto y allí continúa Fedor decidido a apretar el gatillo. Entonces recuerda las palabras del demonio: «Muy pronto, en el transcurso de horas, te dispararán dos veces. Del primero te salvará el fragmento más débil de tu sangre que, al humedecer tu pecho, manchará de rojo tu corazón; en el segundo encasquillaré el arma».

Extraviado en visiones no advierte la llegada de Fedor que, al encontrarlo con la esfera en su poder, no augura nada bueno.

—¿Tú aquí?

Marta comienza a subir sin perderle la cara al ascensor, intentando convencerse de que cuanto experimenta no se compadece con la realidad, que todo se debe a su inusitado estado de ánimo. Ninguna amenaza la acecha, la responsable es la ansiedad que, a golpe de emociones, modela el miedo que la atenaza. Ese miedo del que apenas supo en su juventud

y que los años acrecentaron hasta mostrarla vulnerable, como si no bastara con el imparable deterioro físico que ocasionan. Pero ahí siguen la ronca advertencia del peligro y la mirada de unos ojos que no puede ver. En el primer piso busca v pulsa el interruptor que sobresale de la pared. Los tubos fluorescentes. repartidos por los pasillos y la escalera del edificio, liberan un chorro de luz blanca que aparta de golpe las tinieblas. Un contador automático, programado para desconectar la electricidad, pone en marcha el mecanismo de una cuenta atrás. En vez de alivio, soporta un silencio denso, casi acuoso, en el que invisibles criaturas nadan a su alrededor. El impasible entorno de hormigón ofrece una tregua pasajera a la que desea sacarle partido alcanzando de inmediato el apartamento de Fedor, pero, tras superar los escalones iniciales, comprueba que sus articulaciones se niegan a obedecer. Cada paso que avanza le exige un esfuerzo extremo. Diría que una voluntad siniestra se opone a la suya en lucha por el control de su cuerpo. Poco antes de conquistar el rellano desde el que se accede al cuarto piso, la luz se apaga. El instinto la insta a pegar la espalda a la pared y el temor, a rogar a Dios que sea un mal sueño.

Hormi deja el ámbar en la cajita de alabastro, la cierra y tras retirar los pies, la deposita en la mesa.

- —Disculpa la intromisión. Me apremiaba contactar contigo. Yago llamó repetidas veces sin obtener respuesta y nos vimos obligados a forzar la cerradura. Al percatarnos de que no pasaste la noche aquí, resolvimos aguardar. ¡Di por seguro que no tardarías en aparecer!... y es evidente que no andaba descaminado, aunque me pregunto si no había una razón mayor.
 - -No entiendo, ¿a qué te refieres?
- —¿Que a qué me refiero? Me intrigaban tus andanzas en las últimas horas, ¿crees que no sé que estás enamorado de Marta? ¿Hasta qué punto te escuece que me la tirara? Sin embargo, a estas alturas eso carece de interés. Lo relevante es el estuche y la esfera que contiene. No sé dónde lo obtuviste, aun así te pago lo que pidas, ¡lo quiero!
- En lo de anoche no hay secretos, gran parte la pasé en un bar de copas.
 Respecto a la caja, sería una buena

oportunidad de negociar, pero no es de mi propiedad. Muy al contrario, estoy aquí con el encargo de recuperarla y restituirla a su dueño.

- —Siempre quise saber a qué le tienen miedo los muertos, y por fin lo averigüé. ¿Tú lo sabes?
 - —No, no tengo ni idea.
- —A la vida, querido Fedor, los muertos temen a la vida... si esa cosa no te pertenece, no te apures en devolverla. De atesorar alguna virtud, la del tiempo sería la paciencia. ¿Para qué agravar la situación con disputas cuando de todos es conocido que la severidad de los días les pone remedio? Es más... ¿por qué habríamos de temerle a la vida?

Marta se concentra en el rumor que proviene de la calle. Hay personas ahí afuera, a pocos metros de donde se encuentra, resueltas en los asuntos en que desembocan los días; lejos, muy lejos de los malos augurios que oprimen su corazón. ¿Por qué no puede ser una más entre tantos? Un aura fatal parece aislarla del mundo sumiéndola en las calamidades que destruyeron a su familia. Se resistía a creer que fueran víctimas del destino o de una malvada influencia, pero ¿Cómo se

explica la obstinación que la privó de toda esperanza? ¿Por qué la poseyeron la culpa y el resentimiento sin darle jamás una oportunidad al amor? El bullicio que percibe desde más allá del portal espolea su conciencia, de ningún modo va a darse por vencida. Junto a Alina decidió desterrar el rencor y la soledad, este es el momento de combatir sin que importe contra quién es la guerra, de unirse a Fedor y dejar atrás los días que se han de olvidar.

Las piernas le responden con presteza, alcanza el cuarto piso y de nuevo pulsa el conecta interruptor que los fluorescentes. Las tinieblas que acaba de expulsar del alma, ahora desaparecen del edificio, regresa el horizonte de hormigón con sus escaleras y puertas. Sin más contratiempo que el cansancio, llega a la novena planta. El apartamento de Fedor es el número siete. Mira al pasillo de la izquierda, conduce a los pares y, antes de girarse hacia el de la derecha, la luz apaga. Un escalofrío la paraliza al reconocer el acoso de una presencia feroz que se le aproxima por la espalda.

El hijo de Graciano juzga que el

enfrentamiento es inevitable. No llega a intuir lo que Alberto visualizó en el ámbar, pero, conociéndolo, si su intención es la de apropiárselo, no hallará argumentos que logren disuadirlo. Especula con la posibilidad de agarrar la pistola, intimidarlo y escapar con la caja de alabastro. En Hormi aflora una sonrisa.

—¿Es esto lo que buscas?

Dirige la mano al costado, al interior de la chaqueta, y exhibe el revólver. Comprueba que al tambor no le faltan balas, lo posiciona en la mesita y lo empuja en dirección a Fedor.

—Es evidente que no la vas a vender y te aseguro que no salgo de aquí sin que se venga conmigo. Ahí tienes tu pistola, está cargada, atrápala, no voy a impedírtelo. Esta es tu casa y tu caja de alabastro. ¡Qué menos que aspirar a legítima defensa!

Se observan durante unos segundos en los que se tensan los músculos. Fedor reprime el impulso de asir el arma y Hormi estira aún más los labios.

—Cógela, cabrón, se me agota la paciencia.

Con el pie derecho arrima la mesa a su oponente. Éste, sin pensarlo más, empuña la

pistola y lo encañona.

- —No sé cuál es tu problema ni me importa. Tengo que llevarme esa maldita cosa.
- —No lo entiendes, ¿verdad? Uno de los dos es un muerto y no soy yo quien le teme a la vida.

Alberto se levanta y camina hasta pegar el estómago contra el cañón de la pistola. Fedor aprieta el gatillo, el arma se encasquilla. Cuando aún no termina reaccionar, Hormi le atraviesa con su daga las vísceras y acto seguido la garganta. Gemidos, rojos borbotones y el cuerpo de un hombre que cae al suelo con los ojos desorbitados. El hijo de Graciano, arrollado por la agonía, aún divisa silueta de quien limpia la asesina herramienta en la cortina, pero pensamientos están con Marta a la que dejó entre lágrimas a las puertas del edificio; además de con Isabel, que lo espera en la tienda de antigüedades. Ya no podrá volver junto a ellas, la vida es tan corta que no concede tiempo para llegar a ningún lugar.

Una vez eliminado el fluido que el crimen deja en el acero, lo guarda y coge el recipiente de alabastro. En sus dedos aún persiste el estremecimiento que experimentó al

hundir la afilada arma en la carne: le reconforta el goce que proporciona el auténtico pecado: el que no se puede perdonar. Examina al ser que se retuerce ahogándose en sangre y sale del apartamento. En la entrada al pasillo Marta. а aue se De inmediato desorientada los fluorescentes se apagan. Lejos de perder la visibilidad. la ausencia de luz le permite distinguirla en detalle y avanza firme, como si no hubiera más sendero que el que conduce a su encuentro. La mujer permanece inmóvil sin que aparente advertir que se le acerca, aun así siente el terror que bulle en sus venas. El preludio de un placer instintivo y ancestral lo anima a sacar el cuchillo. Tiembla de la emoción que le produce acecharla sin que lo vea. A cinco pasos de alcanzarla, las puertas del ascensor se abren y opta por retroceder.

- —¡Dios mío! ¿Toño, eres tú?
- —Sí ¿Qué haces aquí?
- —Olvídate de mí. Es Fedor, por favor, ayúdalo. Presiento algo terrible.
 - —Está bien, serénate, no te separes.

Su hermana lo sigue por inercia, sin querer andar hacia lo que considera inexorable.

Alberto, arropado en tinieblas, pierde el interés, Marta es una más en la legión de muertos que vagan aterrados por la vida, poco hay en ella por despojar.

Yago suelta el periódico en la barra, junto a la taza de café, y sale al exterior del bar atraído por las sirenas de coches patrulla que pasan por delante del establecimiento. Al final de la calle, bajo el edificio donde reside el hijo de Graciano, hay un tumulto de prisas alimentado por curiosos. Allí localiza a Antonio que lo informa de su descubrimiento. Además de a Fedor, víctima de mortal herida, las ambulancias se llevan a Marta, inmersa en un estado de estupor mental.

En busca de explicación convincente, el chofer deduce que se trata de un atentado contra Alberto e, igual que Juan en la noche, cree que Fedor tuvo la mala suerte de encontrarse en el lugar equivocado. Tras una tensa calma en la que no se tienen noticias de Hormi, Yago y Toño organizan una búsqueda que dura semanas sin obtener resultados. Nada se averigua sobre su paradero, es como si se lo hubiera tragado la tierra. Los recursos dedicados a la investigación policial tampoco

aclaran lo ocurrido, y los días, conforme pasan, solo acumulan oscuridad. Semanas después aparecen los restos mutilados de Levi y el Galo en un vertedero.

41. Fotos sobre un daguerrotipo

Un mes después del entierro de Fedor, y antes de que la empresa de subastas se haga cargo del contenido, Doña Isabel reúne fuerzas y regresa al Corredor del Anticuario en compañía de Neera y Jorge, con la intención de recuperar documentos y objetos personales. Treinta días de luto lograron lo que el transcurso de los años no pudieron: su porte elegante, casi majestuoso, es doblegado por un andar indeciso que requiere el apoyo de bastón; su sonrisa, desinteresada y perpetua, se diluye en los labios igual que la nieve de las montañas en el río de Los Maniere.

Atravesar el abarrotado pasillo se le hace interminable. Las que consideraba obras de gran valor ahora le parecen trastos que, como a ella, el devenir del tiempo terminará por domeñar; susurros de épocas pretéritas, reminiscencias condenadas a desaparecer. En la trastienda, la anciana ocupa asiento junto a la mesa de mantel azul con flores blancas, donde compartió café con su hijo y, creyéndolas agotadas, aún encontró lágrimas que derramar. La sobrina se le acerca con

ánimo de reconfortarla, pero doña Isabel le asegura que está bien, urgiéndola a empacar. Los jóvenes agrupan v disponen para su archivos de traslado contabilidad. herramientas, inventariados, indumentaria v fotografías familiares que procuraban un entorno amable Destaca un enmarcado en madera, de antiguos retratos sobre una chapa metálica que imita el daguerrotipo de un paisaje al que, por aunar fotos de su etapa de actriz y de su esposo en plena juventud, le tiene especial aprecio.

—Déjame echarle una mirada a eso. Es un colmado de recuerdos que siempre está cerca de mí y que rara vez tengo en mis manos.

Jorge, que se disponía a empaquetarlo, se lo entrega y prosigue con la tarea.

Doña Isabel sitúa el dedo índice en la primera de las estampas, desigualmente ordenadas; desde allí lo desplaza con el afán de no dejarse ninguna. Mientras las recorre, su rostro refleja los ecos de momentos y emociones irrepetibles, auténticas piedras preciosas que se acumulan en la vida: la ingenuidad, la ignorancia, el aprendizaje y el esfuerzo; el trabajo, el triunfo, la decepción, el

amor y los celos; la tristeza, la felicidad y, por encima de todo, los sueños. Uno a uno va deshojando esos instantes atrapados en un trozo de papel. Los hay en los que va del brazo de su marido y otros que solo le atañen a él; un par de su infancia y también del atractivo hombre que llegó a ser; con individuos de los que nunca supo y sujetos de los que jamás quiso saber. En una, Graciano posa con el vizconde Svyatoslav Gólubev. Algo la perturba en esa imagen y detiene la nostálgica singladura.

—¡Oh, Dios mío! Neera, ven aquí.

La joven acude alarmada.

—Dime si es lo que temo.

Neera obedece sin advertir nada anómalo.

- —Son mi tío y un caballero...
- —No son ellos, es lo que asoma en el espejo que hay detrás. ¡Me cuesta asimilarlo!

-Déjeme ver.

Lo escudriña con detenimiento. Aunque los personajes lo ocultan parcialmente con sus cuerpos, el espejo muestra una zona de la habitación, fuera del objetivo de la cámara, en la que dentro de una vitrina se distingue un tercio de lo que sin duda es la cajita de

alabastro.

- —¿Cómo es posible? Eso es...
- —Śí, la pieza que reclamaba Wareen, la que se perdió el día que asesinaron a mi hijo. Él sospechaba que esto no era fortuito, ¡estaba en lo cierto!, de alguna manera vincula a Graciano.
- —Me horroriza pensar que esa cosa esté relacionada con mi tío y con la desgracia que hemos sufrido.

Isabel evoca la confesión de Fedor en la que, ensimismado con la extraña danza en el viscoso interior del ámbar, la vio huir por el corredor, acosada por un voraz incendio.

- —Puede que las calamidades no hayan acabado. Abandonad lo que hacéis y salgamos de inmediato.
 - —Pero...
 - -Aprisa, aprisa, no os demoréis.

Isabel se vale del restaurador para acelerar el paso y empujar a su sobrina al exterior de la trastienda. En el pasillo descubren un enigmático vapor que comienza a emanar de los expositores. Muebles, libros, estatuas, óleos, candelabros o tapices, todo humea sea de metal, piedra, tela o madera, hasta que de uno en uno entran en espontánea combustión. Los tres huyen

de las llamas que se extienden por los cuatro rincones. Apenas abren la puerta de salida a la calle cuando una explosión los precipita contra la acera.

Jorge, a pesar del aturdimiento, se apresura en socorrer a las mujeres. La gente que transita el lugar no vacila en prestar su ayuda y los apartan del violento siniestro.

La tienda de antigüedades escupe fuego por el escaparate y por el acceso a su larga fila de irreemplazables. La anciana propietaria, azogada y sin dar crédito a la ausencia de guemaduras o heridas. intenta hallar una explicación a lo ocurrido. Entonces reconoce a Wareen en el grupo de curiosos que se arremolinan. En su mirada no encuentra los ojos del ser inexplicable que tanto la amedrentara, sino los de Gosha Gólubev, cuyas palabras, pronunciadas años atrás, resuenan en su cabeza con la misma claridad que si ahora salieran de sus labios: «Soportarás durante años el dolor que nos has causado a mi padre y a mí... cuando creas haberlo digerido lo vomitarás sobre aquél que más te importe, iqual que has hecho conmigo, sin tener conciencia del daño que desencadenas».

42. El pensamiento de los sueños. Epílogo

Son tantas las historias que se acumularon en la memoria, que de la mayoría no recuerdo su comienzo o en qué terminaron por acabar. Y aunque las hubo que mejor no saber de ellas, de ninguna quise olvidarme.

Mas ahora que el telón se presta a ocultar el escenario de mi vida, la única certeza es la de que estás cerca y que al final se vuelve a empezar. Ya sé que pudiera confundir la realidad con los deseos, como cuando de niñas imaginábamos el mar tras las montañas, pero si he de cerrar los ojos será para soñar, pues un sueño viví mientras los tuve abiertos.
